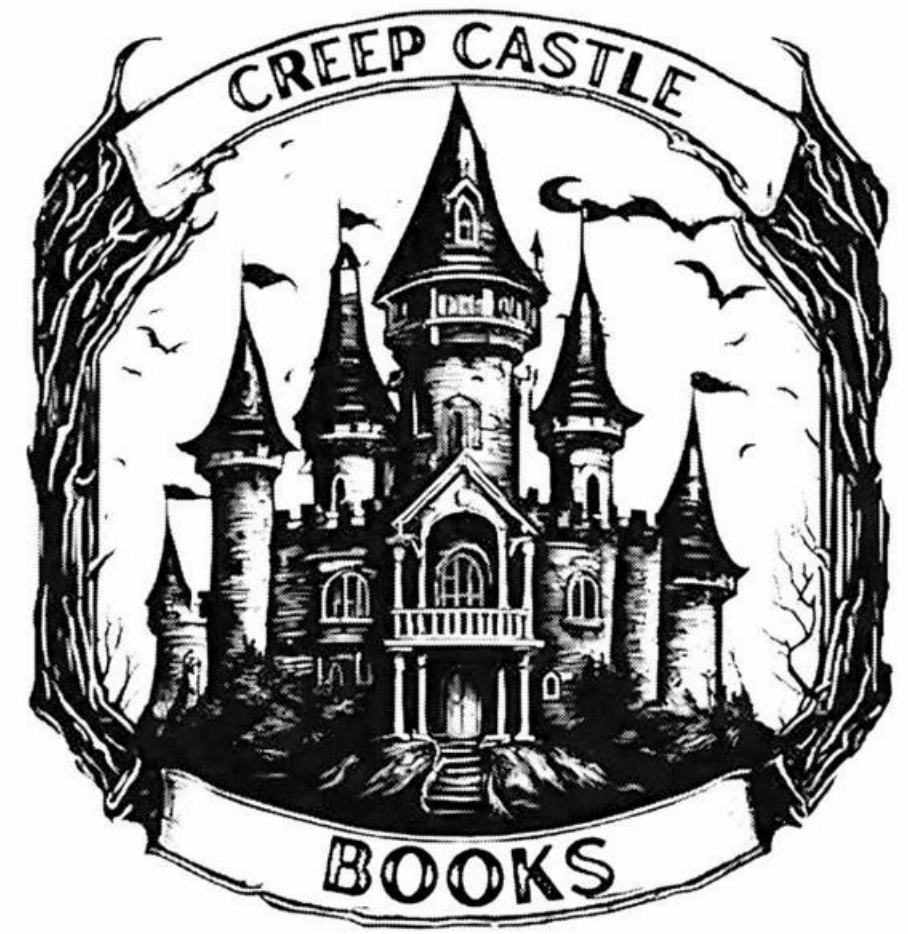
RAÚL REYES

49 VUELTAS AL SOL



49 VUELTAS AL SOL

RAÚL REYES



Copyright © 2024 RAÚL REYES GUERRERO

Bajo el árbol de los sueños ©2024 Raúl Reyes Guerrero
Caminos entrelazados ©2024 Raúl Reyes Guerrero
Amanecer en tus ojos ©2024 Raúl Reyes Guerrero
Adiós en silencio ©2024 Raúl reeyes Guerrero
Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso de los autores. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.
(Artículo 270 y siguientes del código penal)

Diseño e ilustración de la portada: Manuel Reyes (Volta Disseny)
Ilustraciones y logo CREEP CASTLE BOOKS: Raúl Reyes
Iconos de separación by © Canva
Créditos adicionales:
Me colé en una fiesta ©1982 Ignacio Cano/CBS Columbia Records
Is This love ©1987 David Coverdale/John James Sykes/Whitesnake Music Overseas Ltd., Whitesnake Music Ltd
Discotheque Wreck ©1994 Anthony Wright / Ian Shuttleworth / Leigh Marklew / Mark Yates/BMG Rights Management, Songtrust Ave
Do You Love Me ©1962 Berry Gordy Jr.
Edición a cargo de Emilia López y Ana Giráldez

DEDICATORIA

Esta es para Emi, que me ha acompañado por un largo camino. Por ser mi inspiración constante, mi apoyo incondicional y la luz en mis días más oscuros. Gracias por creer en mí cuando yo dudaba, por tus palabras de aliento y por tu amor inagotable.

Contents

Title Page
Copyright
Dedication

PRÓLOGO
PRIMERA PARTE: ERIKA (I)
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
SEGUNDA PARTE: SARA
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
INTERLUDIO: ERIKA (II)
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
TERCERA PARTE: CRISTINA
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO

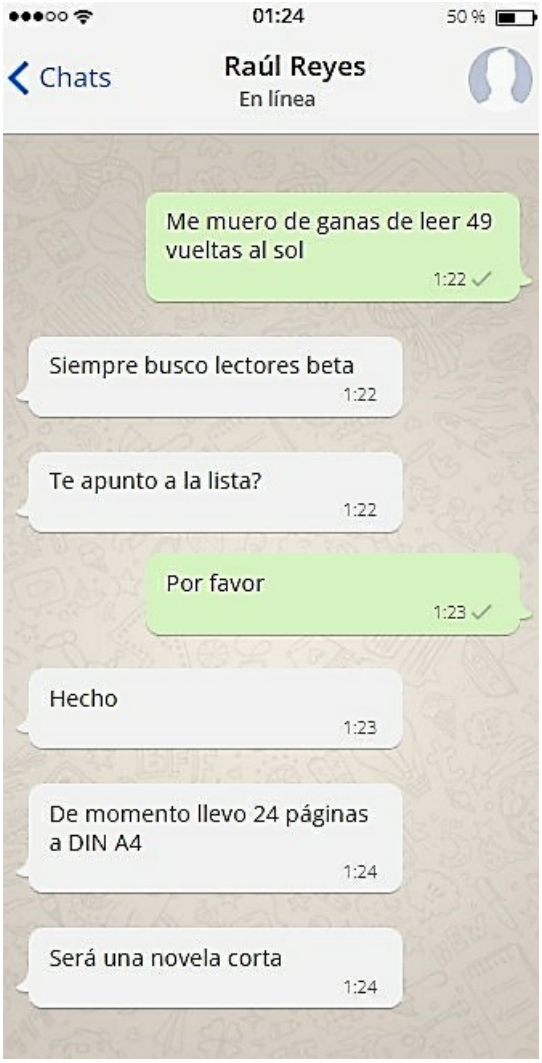
EPÍLOGO: POL
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
El autógrafo (Relato)
AGRADECIMIENTOS
NOTAS
About The Author
Books By This Author

Esta es una obra de ficción. Los personajes y situaciones son fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia. Las opiniones expresadas en esta historia no son compartidas por el autor.

PRÓLOGO

Por Ana Giráldez

Licenciada en Filología Inglesa por la UAB



Madrugada del sábado 12 al domingo 13 de mayo de 2024

Así empezó la más maravillosa aventura literaria de la que nunca imaginé poder ser partícipe, a la vez que disfrutar tanto: Raúl Reyes, mi amigo desde hace más de 30 años, se asomó por el chat de WhatsApp de la facultad para compartirnos que había rescatado del local que antaño tenían sus padres algunas fotografías y cartas de nuestros tiempos universitarios; unos años excepcionales que todos los que formamos parte de aquel grupo atesoramos con gran cariño.

A los pocos minutos, Raúl y yo seguimos la conversación en privado: él derrochaba nostalgia; yo me encontraba convaleciente de una pequeña intervención y le leía emocionada,

recordando aquellos años de juventud… En esa misma conversación, me propuso ser lectora beta de su nuevo proyecto y no solo acepté, sino que acabé ayudándole con la edición del texto: casi cinco meses después de esa madrugada del mes de mayo, *49 vueltas al sol* quedó lista para su publicación.

La historia nos transporta a los años 80 y 90 de Poblenou, Barcelona. En ella, Raúl da vida a Pol Ferrer, protagonista adolescente de la trama, al que dota de una gran profundidad como personaje y de una alta sensibilidad. Pol está aún digiriendo una pérdida irreparable que le supone un duro revés, cuando conoce a Erika, la persona que aportará luz a toda esa oscuridad.

A partir de aquí, el lector emprende un viaje junto a Pol: le acompaña en sus aciertos y en sus indecisiones; en sus alegrías y sus decepciones; aunque también se enfada con él, por no actuar como es esperado. Pol es tan puro como desesperante (cabe decir que, a menudo, tiene una torta y media), pero es que, todos hemos sido Pol en algún momento de nuestras vidas y que, a su vez, Pol tiene un poco de ti y de mí; un poco de todos.

Todos los hilos de la novela están tejidos de forma magistral: la trama genera muchas preguntas en el lector; preguntas a las que, finalmente, la historia va dando respuesta por sí sola. Mientras todo esto ocurre, somos testigos no solo de la evolución del protagonista hasta que alcanza la edad adulta —y, con ella, la madurez—, sino también de la manera en la que Pol va abordando las relaciones de pareja en las diferentes etapas de su vida.

Lo más increíble de todo este proceso de creación es que Raúl escribió la novela en tan solo seis semanas. Inicialmente iba a ser un volumen corto, pero hasta que no sintió que Pol Ferrer había hecho las paces con su pasado, no concluyó la narración.

Desde mis 49 vueltas dadas al sol (muy pronto 50) quiero darte las gracias, Raúl, por este intenso, maravilloso y emocionante viaje. No tengo palabras para describir todo lo que esta experiencia me ha aportado. Estoy segura de que tus lectores entenderán esto al finalizar esta obra tuya, tan íntima y a la vez tan universal.

Gracias, amigo mío, por la generosidad de escribir y compartir con el mundo ese talento tuyo tan evidente y que tan bien sabes plasmar en tu producción literaria; en especial, en *49 vueltas al sol.*

Os dejo con la novela… Que disfrutéis del viaje tanto como lo hice yo.

Barcelona
7 de octubre de 2024

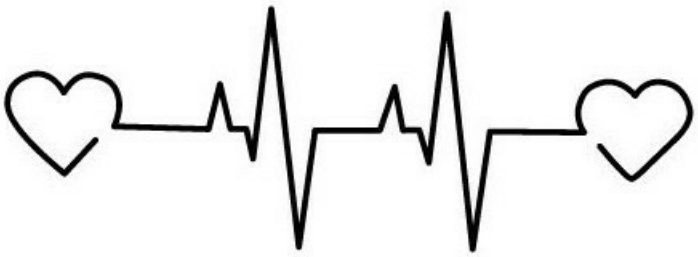
PRIMERA PARTE: ERIKA (I)



Es belleza sin esfuerzo, es gracia que no engaña
es la musa inadvertida que a mi pluma acompaña.

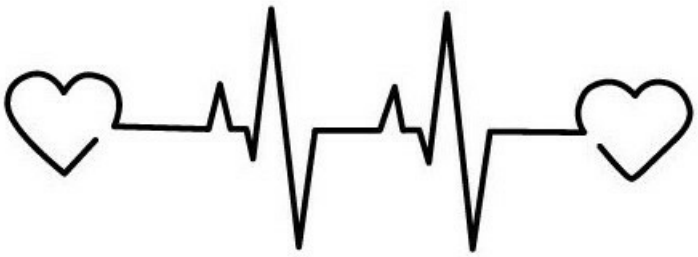
CAPÍTULO UNO

MI MUNDO



¿Has tenido alguna vez algún amigo o amiga que dejara una huella indeleble en tu memoria? Probablemente. Ocurre a menudo. Fue esa persona con la que compartiste tus ideas, tus ilusiones y tus secretos. Alguien a quien etiquetaste, sin ningún género de dudas, como tu mejor amiga o amigo. Esa persona que, en su momento y durante cierto tiempo, pensaste que te acompañaría durante toda la vida, en cada una de las etapas del crecimiento humano.

Yo tuve la gran suerte de tener a esa persona en mi vida y fue quien inició la historia que narraré en este manuscrito. Su nombre es Erika y la conocí el primer día de instituto, allá por 1988.



Antes de llegar a ese momento había sido un chaval un poco distinto al resto. Tenía mucha inquietud por los libros y por leer. Esto se debe al haber crecido entre libros, pues mis padres tenían una librería en la calle Pujadas, cerca del colegio en el que cursé la E.G.B.[1] Era un establecimiento antiguo, lleno de polvo, con dos zonas bien definidas: un área donde los libros de segunda mano y ocasión se amontonaban en pilas y pilas sin un orden aparente, aunque mi padre jamás tardaba más de cinco minutos en encontrar un ejemplar, si es que tenía la certeza de que lo tuviera; y otro con los ejemplares más recientes y mejor catalogados. El negocio lo había fundado mi abuelo y, tras su muerte, pasó a manos de mi padre. A mí me encantaba pasar horas allí, rodeado de miles de libros que intentaba ordenar en vano, pues mi padre iba adquiriendo más volúmenes a peso, en diversos mercados de antiguo.

Papá en cierta ocasión me confesó que bajo una de las montañas de libros podría encontrar la antigua moto de mi abuelo. Al parecer, a falta de garaje para guardarla, solía aparcarla en el interior hasta que su diabetes le pasó factura y se llevó parte de una pierna. Fue entonces cuando el abuelo se olvidó de su motocicleta y comenzó a sepultarla con libros y más libros.

Cuando mi padre me contó esa historia yo tenía doce años y no me la creí. Supuse que era en parte una treta para animarme a ordenar esa zona de libros tan dejada de la mano de Dios.

Durante la segunda mitad de los ochenta, papá y mamá lograron modernizar un poco el negocio, incluyendo servicio de fotocopias y varios expositores de golosinas que se vendían la mar de bien, pues la librería estaba al paso de muchos chiquillos que eran acompañados por sus padres a la Escuela Las Acacias, donde mi hermano y yo cursamos la E.G.B. También incorporaron prensa, lo que implicó ampliar el horario de apertura a los domingos por la mañana.

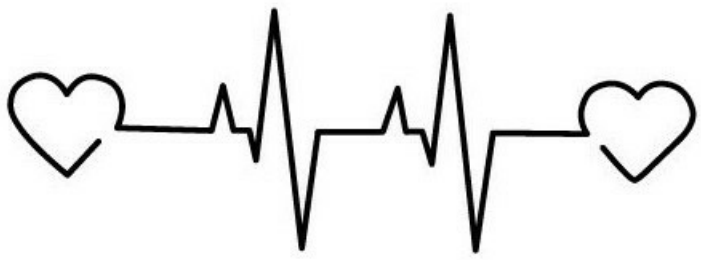
A mis padres no pareció importarles mucho el cambio. Por un lado, papá adoraba estar en la librería, donde pasaba horas atendiendo o mirando la tele en un pequeño aparato que tenía en la trastienda, en los ratos de poca clientela. También se deleitaba charlando en la puerta con los clientes del bar de al lado. Hablaba de fútbol, política y en algunas ocasiones sobre cultura con los escasos artistas bohemios que vivían en los alrededores y se acercaban al bar a tomar el vermut.

Mi madre, en cambio, disfrutaba de una plácida mañana de domingo libre de marido y de niños, pues mi hermano y yo solíamos estar fuera, con el resto de chavales del barrio haciendo el indio.

Poblenou era una zona de Barcelona habitada por gente humilde y trabajadora. Desde su origen, había sido prácticamente un área industrial perteneciente al distrito de San Martín. Hoy día todavía pueden verse algunas fábricas del siglo diecinueve salpicando el mapa urbano. Sin embargo, no voy a caer en el error de dar una visión romántica y nostálgica del barrio en la época en que yo era un adolescente. Había delincuencia, mucha, y droga. La proximidad de la cárcel de mujeres tampoco parecía favorecer la reputación del lugar.

Nuestros padres no amaban el barrio, pero vivían en una casa de propiedad, libre de hipoteca, con la vivienda justo encima de la librería. El negocio iba bien, pero desde un punto de vista muy humilde: daba lo justo para comer, vivir y vestir sin lujos a una familia de cuatro. Mi padre me había comentado que habían considerado la idea de largarse de allí y establecerse en otro barrio. No obstante, lo que pudieran obtener por el piso y el local no cubriría el gasto de otra vivienda y establecimiento en otro barrio en el que la chavalada no estuviera rielando navajas y lanzándolas a los postes de teléfono.

A pesar de nuestro entorno, puedo afirmar, sin ningún género de dudas, que fuimos una familia feliz. Nuestros padres nos inculcaron valores muy positivos y nos concienciaron de los peligros que podían conllevar la delincuencia y la droga, esos dos espectros que habitaban en el barrio. Éramos felices con lo que teníamos y, aunque a veces mi hermano y yo anhelábamos juguetes y otras cosas chulas que veíamos por la tele, aprendimos a aceptar lo que nos caía en las manos.



Quién nos iba a decir que el silencio se apoderaría de nuestra casa el día en que mamá murió. Esto sucedió cuando yo estaba en penúltimo curso de E.G.B. y mi hermano estudiaba B.U.P.[2]

Aunque no lo expresábamos abiertamente, todos sabíamos que su partida había dejado un vacío imposible de llenar que marcó el destino de nuestras vidas.

Mamá era una mujer activa y llena de vitalidad. Siempre estaba ocupada: cocinando, limpiando, cuidando de nosotros. Su risa era contagiosa y su amor incondicional nos envolvía como una manta cálida en invierno.

Una tarde de verano, el infortunio nos la arrebató. El suceso me sorprendió en mi habitación, estando absorto en la lectura al lado de la ventana, que tenía abierta para dejar pasar la brisa y disipar el calor. Mamá había salido al patio trasero para regar las flores. Su figura en movimiento me llamó la atención y desvié la mirada hacia abajo. La imagen de ella con el rostro iluminado por el sol cuando me miró desde abajo y me sorprendió contemplándola se quedó grabada en mi mente. Jamás hubiera pensado en aquel fugaz momento que sería la última vez que la vería sonreír.

El accidente ocurrió mientras mamá intentaba subir una escalera para alcanzar una maceta colgante. El suelo estaba húmedo por la lluvia de la noche anterior y la escalera perdió el agarre al suelo de cemento. Cayó de lado, golpeando su cabeza contra el borde de unos arriates. Espantado por el ruido, corrí escaleras abajo y cuando la encontré, yacía inconsciente en el suelo, rodeada de flores y substrato. Grité a papá, que irrumpió en el patio enseguida, accediendo desde la trastienda de la librería.

La ambulancia llegó rápidamente, pero ya era demasiado tarde. Mamá había sufrido un traumatismo craneoencefálico severo. Los médicos hicieron todo lo posible, pero su corazón dejó de latir en la sala de emergencias. La casa se llenó de lamentos y sollozos y el mundo se volvió gris. El aroma a canela y vainilla que solía impregnar la cocina se desvaneció junto con ella y los pasillos se volvieron más oscuros sin su risa resonando en las paredes.

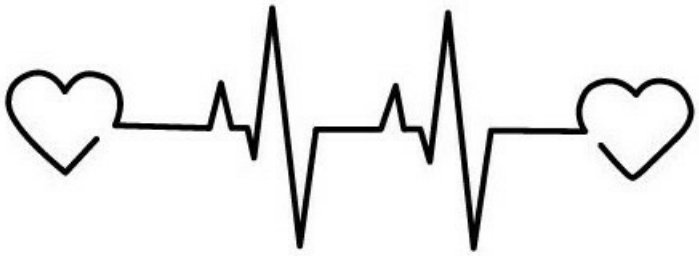
Mi padre, devastado por la pérdida, se sumió en el trabajo y pasaba más horas de lo normal en la librería. En muchas ocasiones mi hermano y yo debíamos bajarle las comidas, pues no subía a las horas que teníamos costumbre reunirnos en la mesa. Era como si evitase enfrentarse a la frialdad de un lugar en el que faltaba mamá.

Mi hermano Jaime, 4 años mayor que yo, se refugió en la música: se compró una guitarra y con la ayuda de los amigos aprendió rápido a tocarla. Encontró en la música un refugio para su alma. Como si las notas fueran un bálsamo que aliviaba sus penas y le permitía escapar de la realidad. La melodía se convirtió en su confidente y las letras de las canciones fueron como páginas de un diario secreto donde depositaba sus emociones más profundas.

Jaime pasaba horas en su habitación, rodeado de vinilos y casetes. La guitarra eléctrica se convertía en una extensión de su cuerpo y sus dedos danzaban sobre las cuerdas con destreza. Cada acorde, cada *riff*, era una forma de liberar lo que llevaba dentro. La música se transformaba en su voz cuando las palabras no bastaban.

Las canciones fueron su compañía constante. Desde los clásicos del rock hasta las baladas más melancólicas, Jaime exploraba diferentes géneros y estilos. A veces, se sumergía en la energía frenética de un solo de guitarra; otras veces, se dejaba llevar por la dulzura de una balada romántica.

La música también le brindó una comunidad. Un año después de morir mamá, se unió a una banda local. Encontró un trabajo como recadero en moto y, en sus horas libres, los ensayos se convertían en terapia. Pronto los conciertos en bares y algún local social en otros distritos se convirtieron en una suerte de catarsis colectivas, pues yo convencía a papá para que me llevara a verlo tocar.



Mientras que mi hermano se refugió en la música, yo me volví un muchacho reservado, tímido y taciturno. La soledad se convirtió en mi compañera constante. Ya no había risas en la mesa durante las comidas ni abrazos al llegar a casa. Me refugié en los libros y la música que mi hermano compraba en vinilo y casetes, encontrando consuelo en las historias ficticias y las melodías melancólicas.

La gente me decía que el tiempo curaría nuestras heridas, pero para mí, el tiempo solo profundizaba la cicatriz. La ausencia de mamá se volvió parte de mi ser, como un fantasma que me seguía a todas partes. Me alejé de mis amigos, evitando las conversaciones y las miradas compasivas. Había perdido la fe en la vida y en la alegría a una edad muy temprana.

A veces, en las noches más oscuras, me sentaba junto a la ventana y miraba las estrellas. Imaginaba que mamá estaba allá arriba, cuidando de nosotros desde algún rincón del universo. Pero la tristeza seguía anclada en mi corazón y la timidez se convirtió en mi escudo protector.

La playa también llegó a ser mi refugio. Estaba cerca de casa y era un lugar al que escapaba siempre que el ambiente lúgubre de la casa parecía devorarme. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla, la brisa salada acariciando mi rostro y la arena bajo mis pies me transportaban a un mundo diferente. Allí, rodeado de la inmensidad del mar y el cielo, encontraba consuelo y una sensación de conexión con algo más grande que yo. Llevaba mis libros favoritos conmigo y me sentaba en la arena, con la espalda apoyada en una roca o una vieja tabla de madera abandonada. Las palabras impresas cobraban vida mientras el horizonte iba cambiando sus tonos en su andadura hacia el atardecer. Las historias me envolvían, me hacían olvidar por un momento la tristeza y la soledad. El tiempo se detenía y solo existía el vaivén de las olas y las palabras que danzaban en mi mente.

En ocasiones, incluso me atrevía a cerrar los ojos y escuchar el susurro del mar. Imaginaba que mamá estaba allí conmigo, sentada a mi lado, compartiendo el silencio y la belleza del atardecer. Su risa resonaba en el viento y su amor incondicional me abrazaba. En esos momentos, sentía que ella seguía cuidando de mí desde algún rincón del universo. La playa se convirtió en mi santuario secreto, donde las palabras de los libros y los recuerdos de mamá se entrelazaban. Cada página que leía era un tributo a su memoria, una forma de mantenerla viva en mi corazón.

En otros momentos, incluso escribía pequeños relatos o reflexiones en un cuaderno, iniciando así mi pasión por escribir. No importaba si era verano o invierno, si el sol brillaba o las nubes cubrían el cielo. La playa siempre estaba allí, esperándome con su abrazo de sal, agua y arena. Y yo seguía yendo, buscando la paz que solo encontraba entre las páginas de mis libros y el murmullo del mar. Aunque mamá ya no estaba físicamente a mi lado, su presencia se manifestaba en cada rayo de sol, en cada caracola que encontraba en la orilla.

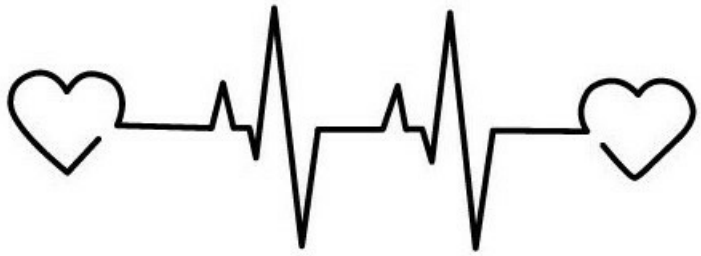
Así que, cuando la tristeza amenazaba con ahogarme, cuando la soledad se volvía insoportable, corría hacia la playa. Allí, bajo el cielo estrellado o el azul celeste, me sentaba solo con mis pensamientos, mi cuaderno y mis libros. Y aunque nunca dejé de extrañar a mamá,

encontraba consuelo en ese rincón de paz que se había convertido en mi refugio.

De esta forma llegamos al verano del ochenta y ocho. En septiembre comenzaría el instituto y mi vida cambiaría de nuevo.

CAPÍTULO DOS

NUEVA ETAPA



Septiembre de 1988

La mañana desapacible de septiembre se cernía sobre el Instituto Icaria, como si el cielo mismo compartiera la melancolía que anidaba en los corazones de los estudiantes que asistíamos allí por primera vez. El aire estaba cargado de expectación y nerviosismo, como si cada paso resonara con la incertidumbre del futuro. Nuestros rostros reflejaban una mezcla de emoción y aprehensión mientras nos agrupábamos en el patio, formando pequeños círculos de conversación.

Yo me reuní con Dani, Miguelete, Chema y Ramón, chavales con los que me había llevado muy bien durante la primaria, pero de los que me había distanciado tras la muerte de mi madre. Parecíamos un grupo de hard rock juvenil, con nuestras camisetas de grupos. Yo no era gran fan de ese género o del heavy metal, como lo eran Chema, Dani o Miguelete, pero heredaba las de mi hermano y me las ponía sin rechistar. Ramón, siempre dicharachero y con ganas de diversión, arrancó con varios chistes que provocó unas tímidas sonrisas en nuestros rostros.

Al cabo de unos minutos, un hombre en sus cuarenta años, con rostro severo y gafas, se presentó hablando por un megáfono. Se trataba de Justo Cánovas, director del centro. Se subió a una silla para tener mejor perspectiva de su público y pidió a los de primer año de B.U.P. que nos reuniéramos en el centro del patio, mientras que los de segundo, tercero y C.O.U. se dirigieran a las aulas asignadas en los listados que encontrarían en la recepción del centro. Los aludidos, conocedores del terreno, se pusieron en marcha con desgana. Algunos ya se fueron dando las primeras collejas, empujones y zancadillas, llevándose al mismo tiempo las primeras reprimendas.

Los cuatro profesores que permanecían en el patio esperaron pacientemente a que «la parroquia» se calmara lo suficiente para dar inicio al discurso de bienvenida. Sus rostros serios y profesionales contrastaban con la efervescencia juvenil que llenaba el aire.

Y entonces, cuando el murmullo generalizado disminuyó, Justo Cánovas, tomó la palabra. Su voz, amplificada por el megáfono, resonó en el silencio expectante, y los ojos de todos nosotros se posaron en él. Era un hombre de edad madura, con cabellos grises y una mirada penetrante. Su presencia imponía respeto, pero también despertaba la curiosidad entre el grupo de estudiantes allí presentes.

—Me recuerda al Oso Yogui —murmuró Ramón. Dani ahogó una carcajada que estuvimos a punto de corear si no fuera porque llamó la atención del director, quien nos fulminó con la mirada. Lejos de calmar nuestras ganas de reír, la situación funcionó como catalizador de más carcajadas, haciéndose cada vez más difícil mantener el rostro serio. En mi caso, me dolía la garganta y las lágrimas amenazaban por salir desbocadas por los ojos. El director seguía hablando, ahora lanzando alguna mirada fugaz hacia nosotros.

—¡Jujujú, Bubú! ¡Vamos a comer unos ricos emparedados! —susurró Ramón, imitando el acento latino de los doblajes. Miguelete empezó a producir sonidos roncos, intentando reprimir las risas. Entré en pánico. Por primera vez en más de un año no había tenido motivo de risa. Era como si un dique hubiera estado reprimiendo todo atisbo de buen humor y ahora amenazara con resquebrajarse y liberar su carga de golpe. No osé mirar a mis compañeros, porque sabía que acabaría estallando en tal carcajada que me habría hecho merecedor de la primera visita al despacho de Cánovas. Solo ver de reojo a Dani, agitando los hombros de forma espasmódica, hizo que tuviera que morderme la lengua para no soltar la risotada del siglo.

Mientras, Cánovas hablaba de oportunidades, de desafíos, de crecimiento. Su discurso no fue solo un conjunto de palabras formales; era un llamado a la acción, una invitación a aprovechar al máximo cada día en el instituto. Habló de la importancia de la educación, de la responsabilidad de ser ciudadanos comprometidos con la sociedad. Expresó sus deseos de que sus palabras resonasen en los corazones de los jóvenes allí presentes, como semillas que germinarían con el tiempo…

—… En el Parque Yellowstone —apostilló Ramón, imitando al narrador de los dibujos animados del Oso Yogui.

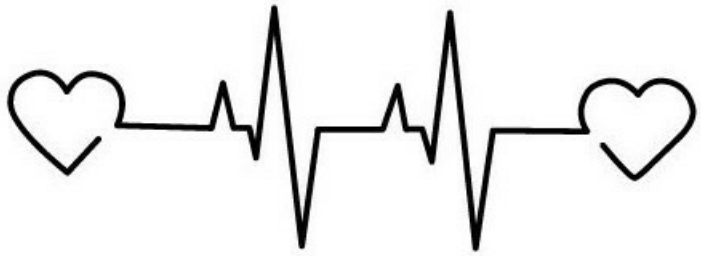
No pudimos aguantar más, estallamos en carcajadas, que fueron amortiguadas en parte por los aplausos que llenaron el patio cuando en ese preciso momento Cánovas finalizó su discurso. Miré a mi alrededor: Ramón, Miguelete, Dani, Chema y varios alumnos más se estaban tronchando de risa. Entre ellos una chica de cabello castaño, gafas y flequillo, que estaba a un metro escaso del granuja que había provocado esa situación.

Desde la silla donde Cánovas se había subido para su discurso, el director nos contemplaba con mirada glacial. Bajé la vista. Mi hermano había estudiado hasta tercero de B.U.P. en el Icaria y me había comentado que la dirección del instituto tenía mano férrea con el alumnado. No era para menos; la mayoría de los alumnos y alumnas venían de familias desestructuradas, con padres y madres enganchados al alcohol, las tragaperras o las drogas. Algunos ya tenían antecedentes de ataque con agresión o habían estado a punto de ir a centros de menores. ¿Qué hacían allí? Los que se lo curraban hacían uso de las becas del estado para labrarse un porvenir y huir del barrio. Otros calentaban las sillas, porque estar allí era una manera de evitar una paliza o el abuso sexual de sus progenitores.

Yo pertenecía al primer grupo. Iba a estudiar, pasar las pruebas de aptitud e ir a la universidad para convertirme en escritor. Tenía catorce años, pero por entonces ya lo tenía clarísimo.

CAPÍTULO TRES

MUSA INADVERTIDA



Cánovas fue pasando lista, distribuyéndonos por grupos. Fuimos conducidos a las aulas por nuestros respectivos tutores. Quiso el destino que Dani, Chema, Ramón, Miguelete y yo fuésemos a la misma clase. Nuestra tutora era una mujer joven llamada Rosa, quien una vez en clase nos informó que también sería nuestra profesora de Lengua y Literatura española. Era guapa, curvilínea, con el rostro redondo y mejillas sonrojadas. Su voz era melódica y nos hablaba sonriendo. A mi lado, Miguelete la miraba embobado. Rosa nos anunció nada más llegar a clase que estaba en su primer año como profesora.

—Tampoco creáis que por eso me vais a tomar el pelo. El primero que se pase de la raya, irá a dirección. No voy a andarme con chiquitas ni permitir que nadie haga de mi trabajo una tortura. ¿Entendido?

Esto último lo dijo con un tono tan frío que todo el alumnado guardó silencio. Tras esto siguieron explicaciones sobre evaluaciones, normas y un largo etcétera que se prolongó hasta la hora del descanso.

Salimos al patio. Mi humor había mejorado varios grados. El incidente durante el discurso del *dire* me había arrancado no solo una sonrisa, sino una buena carcajada.

Como era de esperar, Chema, Miguelete, Dani y Ramón se unieron con otros de la clase para jugar un partido de fútbol. Insistieron con vehemencia en que me apuntara, pero decliné la invitación alegando que me dolía la espalda. Me llamaron «juláis» y se dispusieron a jugar sin mí. Enseguida dos chavales se ofrecieron a ser los capitanes de cada equipo y ambos, por turnos, fueron eligiendo a sus jugadores.

Me dirigí a la grada, a fin de comer el bocadillo en paz mientras contemplaba el partido. Llevaba conmigo un libro de Dean Koontz y mi cuaderno de escritura, pero tampoco tenía ganas de ponerme a una cosa o la otra. Todavía me sentía excitado por el inicio de aquella etapa de estudios.

Di el primer bocado a mi desayuno y mientras masticaba, observé que ya se había originado la primera trifulca en el partido. Miguelete y otro chaval discutían sobre un fuera de juego. Aburrido, desvié la vista hacia mi derecha y allí la vi. Era la chica que se había reído con la ocurrencia de Ramón.

Su cabello castaño caía en cascada hasta los hombros, cada mechón liso como si hubiera sido cuidadosamente alisado por la brisa misma. Un flequillo perfectamente recortado enmarcaba su frente, dándole un aire de intelectualidad que se complementaba con las gafas de montura fina

que reposaban sobre su nariz. No había rastro de maquillaje en su rostro, al contrario de la mayoría de las alumnas que se habían presentado aquella mañana, con las melenas fijadas con nebulosas de laca, flequillos crepados y ojos perfilados «a lo Cleopatra», según había opinado Ramón. Como si así quisieran dejar claro que habían dejado de ser niñas.

Aun así, aprecié que aquella muchacha no precisaba maquillaje alguno, pues cada facción parecía esculpida con una gracia innata, desde sus pómulos altos hasta la curva suave de sus labios.

Estaba sentada sobre un escalón de la grada, absorta en su libro, totalmente ajena a mí. Sus ojos se movían de izquierda a derecha siguiendo cada línea en las páginas, con una concentración que parecía inquebrantable. De vez en cuando, pasaba una página con un gesto delicado, casi reverente. Sus auriculares de diadema, estaban conectados a un Walkman[3] que descansaba en su regazo.

Mientras la observaba, nuestras miradas se encontraron de repente. Fue un instante fugaz, pero en ese breve cruce de ojos, sentí como si el mundo se detuviera. Había una curiosidad en su mirada, un destello de interés que me hizo sentir un hormigueo en el estómago. Luego, volvió a dirigir su vista hacia el libro.

Por mi parte, era totalmente incapaz de dejar de contemplarla, pues hacerlo me provocaba una dulce sensación de calma. Era como si su serenidad se extendiera en el aire y me envolviera, amortiguando el ruido del partido y el bullicio de los chicos y chicas desperdigados por la grada. Me encontré deseando conocerla, saber qué pensamientos cruzaban por su mente en ese instante, qué melodías llenaban sus oídos. La belleza de su presencia era tan palpable que casi podía tocarla y, sin embargo, la chica estaba allí, serena y elegante, ignorando que, a unos metros a su izquierda, un humilde muchacho de barrio acababa de enamorarse de ella.

Respiré hondo, intentando calmar el repentino nerviosismo que me invadía. La curiosidad me picaba y una parte de mí deseaba acercarme a ella, iniciar una conversación, tal vez preguntarle sobre su libro o qué le parecía su tutor. Sin embargo, había otra parte, más cautelosa, que me instaba a permanecer en mi lugar, a no interrumpir su tranquilidad.

Después de un momento de indecisión, opté por un enfoque más sutil. Abrí mi cuaderno de escritura y comencé a garabatear algunas líneas, inspirado por la escena que tenía ante mí. No eran más que fragmentos de pensamientos, impresiones capturadas en papel, pero me permitían mantenerla en mi campo de visión sin parecer intrusivo.

Es belleza sin esfuerzo, es gracia que no engaña,
es la musa inadvertida que a mi pluma acompaña.
Y aunque el partido ruge y la gente se agita,
mi atención solo a ella, serenamente, se inclina.
Quizás nunca hablemos, quizás nunca sepamos,
si compartimos más que un instante robado.

De vez en cuando, levantaba la vista de mis notas, dirigiendo otra mirada hacia ella. Con el tiempo, me atreví a esbozar una sonrisa tímida en su dirección, esperando que ella la percibiera como una invitación amistosa y no como una intromisión.

El partido continuaba a mi alrededor, pero yo apenas registraba el resultado o los gritos de los implicados. Estaba completamente absorto en la presencia de la chica, en la posibilidad de un encuentro que, aunque improbable, llenaba mi mente de «qué pasaría si». No obstante, la timidez me anclaba a la grada, impidiendo que reuniera valor para levantarme, sentarme a su lado y saludarla. Una voz en mi interior me pedía a gritos que reaccionara, despegara el culo de mi sitio

y me acercase a ella.

¡Por el amor de Dios, tienes un libro en tus manos, como ella! Clamaba aquella voz. *¡Qué mejor excusa que hablar de libros!*

Lo había visto en sucesivas ocasiones en la librería de mis padres. Dos desconocidos se encontraban y sin ningún tipo de preámbulo comenzaban a hablar de los libros que sostenían en sus manos.

Me decidí finalmente, pero fue demasiado tarde. Vi cómo empezó a recoger sus cosas y alejarse con pasos seguros. Acto seguido, sonó el timbre que anunció el fin del recreo. Me levanté, con la excusa de estirar las piernas, pero en realidad, comencé a seguirla a una distancia prudente. Observé cómo se dirigía hacia el edificio de clases y fui tras ella. Mi corazón dio un vuelco al ver que entraba en el aula justo al lado de la mía, en el mismo pasillo. Un suspiro de alivio escapó de mis labios; al menos compartiríamos algo más que un cruce de miradas. No tendría que ir demasiado lejos para tropezarme con ella.

Las clases transcurrieron en un susurro, mi mente divagando, con la imagen de ella todavía impresa en mi mente. Cuando sonó el timbre final, recogí mis cosas con una lentitud mal fingida, esperando verla pasar en cuanto saliera de clase. Ignoré a Ramón, que me preguntaba si iba a apagar fuego. Salí y allí estaba ella, saliendo del aula con su libro bajo el brazo y su mochila a la espalda. Iba sola. Al parecer, todavía no había hecho migas con nadie de clase y tampoco parecía tener conocidos de la E.G.B. La seguí, sintiéndome un detective en una novela barata, preguntándome si sería del barrio. No la tenía vista.

Caminé tras ella, manteniendo siempre una distancia que me permitiera observar sin ser notado. Me sentí fatal por lo que estaba haciendo, comportándome como un acosador. Ella todavía no se había percatado de que la estaba siguiendo y eso me animó a continuar mi persecución. Sin embargo, cuando pasamos junto a la cárcel de mujeres, las reclusas se asomaron a sus ventanas y comenzaron a lanzar piropos y comentarios jocosos.

—¡Eh, guapo! ¿Siguiendo a tu amorcito? —gritó una.

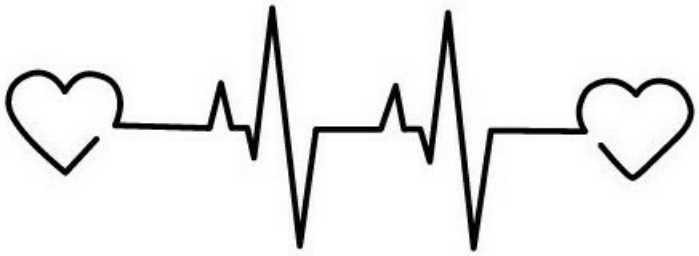
—¡Bombón, cuando te canses de ella, ven a visitarme! —dijo otra.

Los comentarios se incrementaron y mi rostro se encendió como un semáforo. Ella se detuvo y se giró, sus ojos encontrándose con los míos una vez más. Esta vez, su mirada estaba impregnada de una dulzura cómplice y sus labios dibujaron una sonrisa que me desarmó por completo. Había sido descubierto y en ese momento, supe que no había lugar para esconderme.

Con una mezcla de vergüenza y resignación, giré sobre mis talones y me encaminé hacia mi casa. No había palabras, no había explicaciones, solo el eco de su sonrisa acompañándome en la retirada. A pesar de todo, en el fondo, sentía una extraña sensación de gratitud. Ella me había visto, realmente visto, y eso era más de lo que había esperado en aquel primer día de instituto.

CAPÍTULO CUATRO

PRIMER CONTACTO



Apenas dormí aquella noche. Los sentimientos suscitados por aquella chica me afectaron de manera poderosa, hasta tal punto que mi padre me preguntó durante la cena si me encontraba bien.

—Sí, no me pasa nada —contesté de forma ausente.

—Se habrá enamorado —replicó bromeando mi hermano.

Molesto por el acierto, levanté el dedo medio, pero mi cara de póker pareció delatar mi estado, pues Jaime abrió la boca de nuevo, con la intención de contraatacar.

—No empecéis, tengamos la cena en paz —aventuró mi padre, que se veía cansado y con pocas ganas de una trifulca en la mesa.

Nos mantuvimos en silencio, comiendo. Cuando acabamos, recogimos la mesa entre los tres, lavamos los platos y los cubiertos. Después, cada uno se retiró a su rincón: mi hermano a su habitación, mi padre a la sala de estar y yo a mi dormitorio.

Al cabo de una hora de permanecer dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño, oí unos nudillos golpeando la puerta.

—Adelante —dije a desgana.

La puerta se abrió y mi hermano asomó la cabeza.

—Hola, enano —saludó con el apodo que me había asignado desde que era bien pequeño—. Hace rato que oigo los muelles de tu cama y he pensado en grabarte esta joya que a lo mejor te ayuda a dormir —dijo, mientras entraba y se aproximaba hasta donde yo yacía insomne.

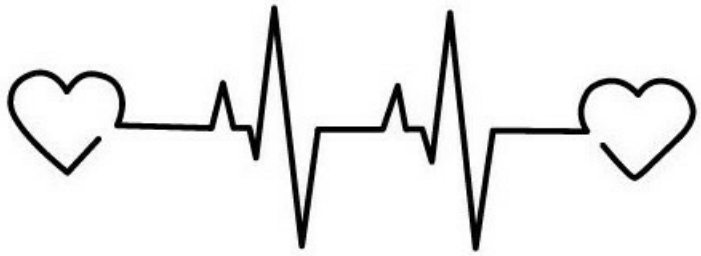
Me ofreció una casete de la marca TDK de 46 minutos, calidad cromo. Mi hermano me pasaba siempre el buen material musical en formato más duradero. La cogí, miré el canto de la tarjeta interior y vi lo que había escrito a bolígrafo: *Mike Oldfield - Ommadawn*.

—Esta mañana, de camino a hacer unos repartos, he ido a Discos Balada y he pillado un estuche con cuatro discos de este músico. Sus tres primeros álbumes y uno extra con rarezas y «singles». *Boxed*, se titula. De todos, el que más me ha gustado es este.

—Gracias, tete[4] —dije y chocamos las manos.

Se despidió de mí y, cuando cerró la puerta tras él, abrí el primer cajón de mi mesilla de noche y extraje mi reproductor de casetes portátil. Introduje la cinta que mi hermano me había dado y me coloqué los auriculares. Enseguida la magia de aquella música me transportó a una

dimensión de fantasía bordada nota a nota. Me pareció un disco tan bueno que, una vez finalizado, volví a reproducirlo. Me quedé dormido antes de acabar la primera cara.



Horas después, el reloj digital sobre la mesilla de noche me despertó con su desagradable timbre. Me levanté diligentemente, motivado por ver de nuevo a aquella chica. Me inquietaba no saber nada de ella, ni siquiera su nombre.

Envalentonado y convencido de que iba a progresar en este asunto, me aseé, me vestí y desayuné a la velocidad del rayo. Revisé mi aspecto una última vez ante el espejo. Tenía el cabello algo largo y casi siempre lo llevaba alborotado. La piel del rostro solo tenía un par de espinillas recién curadas. Me consideraba un chaval del montón, tenía un físico normal que mantenía delgado sin practicar apenas deporte. No era un chico popular, ni creía que llegaría a serlo. Los nuevos compañeros y compañeras me miraron con respeto, pero no se animaron a dirigirse a mí durante la primera jornada de instituto.

Ojalá hubiesen podido decir lo mismo otros alumnos que ya habían comenzado a recibir abusos por su aspecto físico ese primer día. Yo mismo había sido testigo de cómo una chica con sobrepeso y un chico con acné habían recibido las primeras burlas. Sentí verdadera lástima por ellos. Era del todo injusto y sabía que, mientras yo me preparaba con entusiasmo, aquellos compañeros y compañeras empezaban el día con desgana por saber que de nuevo iban a ser el blanco de todas las bromas de mal gusto de los abusones. Llegué a pensar en que me liaría a hostias si aquella chica fuera la diana de los abusones por ser un ratón de biblioteca. Mi hermano me había explicado que, durante su paso por el *insti*, había visto razones más insignificantes que esa por las que algunos habían sufrido burlas.

Dejé aparte aquellos pensamientos para ir a comprobar si quedaba un paquete de Donuts en la despensa. Por una vez, mi hermano no se los había comido sin consultar. Así pues, con el desayuno en mano y la mochila a la espalda, salí de casa en dirección al instituto, dando un fugaz «Buenos días» a mi padre cuando me lo encontré en la calle, con la bolsa del pan en la mano.

—¿No te llevas bocadillo, fiera? —me preguntó. Me giré sin dejar de caminar y le enseñé los Donuts. Me deseó un buen día y le di las gracias.

Llegué al instituto antes de que abrieran las puertas. Ramón estaba allí, charlando animadamente con Chema y Dani. Me hicieron señas para que me acercara a ellos. Avancé mirando a mi alrededor. Ni rastro de la chica.

—A ver si te sabes este, chiquitín —me dijo Ramón nada más llegar. «Chiquitín», por supuesto, tenía una carga irónica, pues yo era el más alto del grupito. A mis catorce años ya medía un metro setenta y cinco—. Se abre el telón, se ve la puerta de un lavabo de hombres y una cola de tíos esperando. ¿Nombre de la peli?

—Ni idea —dije distraídamente.

—¡TERMINA, AITOR! —contestó Ramón, estallando en carcajadas.

Esbocé una sonrisa, mientras mis dos amigos se desternillaban. A ese punto se unió

Miguelete a la fiesta. En este caso, el diminutivo estaba justificado. Era bajito, un metro cincuenta y cinco, y sin pronóstico muy claro acerca de que fuera a crecer más. Podría haber sido víctima de los abusones, pero supuse que al pertenecer a un grupo cerrado donde había un tipo con aspecto de bestia (Ramón) y el chico alto y serio (yo), quizá consideraron prudente no hacer nada hasta saber el grado de «hostiabilidad» que mi amigo y yo pudiésemos demostrar.

Ramón le explicó el chiste y el recién llegado estalló también en carcajadas. No dio tregua, pues al instante ya cargaba con otro:

—¿En qué se parecen los Estados Unidos a una silla? —atronó.

Esperamos la coletilla sin hacer esfuerzo en contestar, pues a continuación nos la soltó:

—Pues que en Estados Unidos está Kansas City y la silla está por «si ti» cansas.

Esta vez no pude evitar reírme de la tontada de chiste. No es que fuera una maravilla, pero es que Ramón tenía una manera muy peculiar de contarlos. Noté que este ya había captado la atención de algunos chavales y chavalas que esperaban y se hizo un pequeño corrillo a su alrededor, motivo por el cual se desató y arrancó con el siguiente:

—Se abre el telón y se ve a la señora Francisca electrocutándose. ¿Cómo se llama la peli?

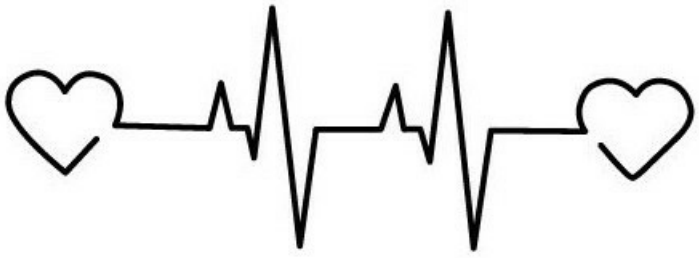
Contuvimos la respiración, se hizo un silencio lleno de expectación.

—¡¡¡EL AMPERIO CONTRA PACA!!!! —contestó.

Las risas se hicieron eco en la mañana. Ramón estaba pletórico y se animó con más chistes, aumentando de esta forma su público. Dejé de prestar atención, pues una idea se me cruzó por la cabeza, que bajó mi humor varios grados. Ramón era divertido, sabía ganarse a la gente y tenía carisma. Cosa que yo no.

Antes de salir de casa había comprobado mi aspecto ante el espejo y me había gustado lo que vi. Sin embargo, había pasado por alto algo que no me había planteado: era soso, serio y taciturno. ¿Cómo iba a llamar la atención de aquella chica? No tenía esa habilidad de hacer reír a la gente ni de atraerlos con charla interesante. Solo sabía hablar de libros, pero y después… ¿Qué más? ¿Música? Ni siquiera escuchaba lo mismo que el resto de chicas y chicos. Escuchaba Vangelis, Mike Oldfield, música folk celta y otras cosas que mi hermano me pasaba.

Sumergido en tan tristes pensamientos, vi como el conserje barbudo y malhumorado abrió las puertas en aquel momento y todos se pusieron en marcha. Ramón y compañía avanzaron hacia el interior, pero yo me quedé allí parado, ajeno a todo. El cacareo de risas seguía atravesando el aire matinal. Finalmente, arrastrado por la corriente de alumnos que confluían en las puertas, avancé hacia el edificio.



Un par de horas más tarde me hallaba sentado en las gradas, en el mismo sitio que el día anterior, con mi libro de Dean Koontz en el regazo, el cuaderno de notas entre las manos y la desesperación pesando sobre mis hombros. Escenario similar al del día anterior: partido de futbol en la cancha y griterío generalizado. Sin embargo, había una diferencia, algo esencial: aquella chica no estaba sentada en el mismo lugar en la grada. Estuve un buen rato contemplando aquel

sitio a mi derecha, como si manteniendo mi mirada ella fuese a materializarse. No fue así.

—Hola —dijo una voz a mi izquierda. Me giré, sorprendido, y acto seguido me zambullí en la belleza de dos ojos color miel. Era ella. Me quedé sin aliento y sin palabras por un momento, incapaz de formular una respuesta coherente. Ella sonrió, una sonrisa que parecía iluminar todo el patio, y se sentó a mi lado.

—Pareces sorprendido de verme —comentó, su voz era tan melodiosa como había imaginado.

—Lo estoy —admití finalmente, rompiendo el bloqueo que me había dejado sin palabras—. Pensé que… bueno… que te sentarías en el mismo lugar de ayer.

Ella rio suavemente, un sonido que se mezclaba con los gritos y vítores del partido.

—La vida está llena de sorpresas —dijo—. Además, quería ver si notarías mi ausencia.

Noté un calor que inundó mis mejillas.

—¿Y si…? ¿Y si no lo hubiera hecho? —balbuceé como un idiota.

—Entonces, probablemente te habrías ido hoy a casa y habrías perdido la oportunidad de conocerme mejor —contestó con una amplia sonrisa.

No quería que eso sucediera. No cuando había pasado las últimas veinticuatro horas pensando en ella, en su presencia serena y en cómo una sola mirada suya podía hacer que el caos del mundo se desvaneciera.

«No me lo habría perdonado», pensé, pero no lo dije.

Estaba totalmente desorientado y sorprendido por su manera de hablar. Tendría catorce años o estaría a punto de cumplirlos, como la mayoría de los que empezábamos ese curso, pero esas primeras palabras que me dirigió me dieron la idea de que tenía ante mí a una muchacha fuera de lo normal. En cierta ocasión, una tía mía, que vivía en Hospitalet, comentó que las chicas maduran más rápidamente que los chicos. Tenía, pues, delante de mí, un ejemplo amplificado de esa teoría.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, mirándome a los ojos y ofreciéndome una sonrisa de Mona Lisa.

—Pol —contesté, sin apenas saliva en la boca—. ¿Y tú?

—Erika, escrito con ka, que parezca más vasco—contestó.

—¿Eres del País Vasco?

Asintió.

—Es bonito —comenté, volviendo a ruborizarme.

—¿El País Vasco o mi nombre?

—Tu nombre.

—Es germánico en su origen —apostilló, arrancándome una sonrisa.

—¿Qué te parece tan gracioso? —inquirió, con un tono cubierto por la curiosidad, no por la irritación.

—Tu manera de hablar… —me detuve y enseguida rectifiqué, añadiendo—: Bueno, no quería decir que tu manera de hablar sea graciosa, sino que me resulta curiosa.

—¿Te disgusta? —preguntó ahora con el rostro serio.

—No, no, no, no… En absoluto. Todo lo contrario. La encuentro muy interesante.

Erika estalló en carcajadas. Dando una ligera palmada sobre su muslo.

—¡Ay! ¡Qué gracioso! ¡Qué cara de apuro que has puesto! ¡Deberías de haberte visto!

—No, en serio, me gusta —insistí, defendiendo mi posición e intentando recuperar algo de dignidad—. Es… diferente. Y me gusta lo diferente.

Erika me observó por un momento, como si evaluara la sinceridad de mis palabras. Luego, su

expresión se suavizó y asintió con la cabeza.

—Me alegro —dijo—. Porque yo también pienso que eres diferente. No muchos chicos traerían un libro a la hora del recreo en lugar de ponerse a jugar un partido de fútbol.

—Bueno, no es que el fútbol me disguste, pero… —hice una pausa, buscando las palabras correctas—. Pero hay cosas que me interesan más.

—¿Como qué? —preguntó, inclinándose hacia mí con genuino interés.

—Como… —empecé y luego me detuve. ¿Debería decirle que una de esas «cosas» era ella? Imposible, eso sería demasiado directo, demasiado pronto. También era consciente de que mi timidez me lo impediría. Y en caso de que pudiese, la espantaría, ahora que había conseguido atraer su atención. Opté por una verdad menos arriesgada, que a la vez le permitiera asomarse a mi mundo de algún modo—. Como los libros, la música y contemplar las estrellas desde la playa… ¿Sabes? Una vez leí que hay más estrellas en el universo que granos de arena en todas las playas de la Tierra.

Erika se echó hacia atrás, impresionada.

—No tenía ni idea —admitió—. Eso es… increíble.

—Sí y eso es solo una pequeña parte de por qué me gusta leer. Cada libro es como una ventana a un mundo diferente, una realidad diferente, ¿no crees?

Erika asintió, su mirada perdida por un momento en la distancia, como si estuviera contemplando esos mundos lejanos.

—Me gusta cómo ves las cosas —dijo finalmente. Después, giró su cabeza y me miró a los ojos—. Es… *estimulante*.

De nuevo, esa manera de hablar me sorprendió.

—Gracias —respondí, sintiendo cómo el rubor volvía a mis mejillas—. Y… ¿Qué hay de ti? ¿Qué te gusta hacer?

Erika se mordió el labio inferior, pensativa.

—Me gusta mucho leer, como a ti. Y la música —comenzó—. Me encanta comprar discos y casetes. Cuando era pequeña me apuntaron a aprender piano, pero no se me daba bien, así que disfruto de la música como oyente y aficionada.

—Eso es genial —dije—. Mi hermano toca la guitarra, aprendió solo. Ahora está en una banda. Él me regala casetes con grabaciones de los discos que compra. Mi padre ahora me da una semanada y la estoy ahorrando para comprar discos. Los libros al menos me salen gratis. Mi padre tiene una librería.

—¿En serio? ¿Dónde? ¿Aquí en el barrio?

—Sí, en la calle Pujadas —respondí.

—¡No me lo puedo creer! No conozco el barrio, porque hace muy poco que mi familia y yo vivimos aquí. ¿Es una que hay al lado de un bar?

—¡Esa! —exclamé—. ¿Has estado?

—Todavía no, pero el vistazo que eché desde fuera me dio la impresión de que debe ser un lugar muy interesante.

—Pásate cuando quieras y te enseñaré con detalle todos los rincones —ofrecí sin pensarlo, y luego me preocupé de haber sido demasiado precipitado.

Lejos de sentirse molesta, su rostro se iluminó aún más, si eso era posible.

—Me encantaría —afirmó—. Siempre he pensado que las librerías son como portales a otros mundos. Me gustaría visitarla.

La conversación fluyó con más facilidad después de eso. Estuvimos hablando de los libros que nos gustaban. Coincidimos en que ambos leíamos ya textos para adultos y que hacía años

que habíamos abandonado la literatura juvenil.

Esto llevó a Erika a apuntar al libro que tenía entre manos.

—¿Qué estás leyendo ahora? —inquirió.

—Una novela de Dean Koontz. *Fantasmas.* Acojona mucho, la verdad —contesté, mostrando el volumen, que ella cogió y giró para leer la sinopsis.

—Parece interesante, aunque no he leído nada de terror. ¿Me lo recomiendas?

—Sí. Cuando lo acabe te lo dejo.

—Genial, ¡muchas gracias, Pol! —dijo y a continuación apuntó a mi cuaderno de notas—. ¿Qué es eso? Ayer, cuando creías que no te observaba, escribías algo ahí.

De nuevo noté el rubor subiendo por las mejillas y un ramalazo nervioso agitó mi cuerpo. No vi venir aquella pregunta.

—Esto… bueno… es… —balbuceé, sin saber qué decir. Estuve a punto de decirle que se trataba de un diario personal, en prevención de que me pidiera verlo. Sin embargo, eso hubiese sido una burda mentira y, considerando que lo que estaba sucediendo en ese momento era algo casi mágico y milagroso, no era cuestión de soltarle algo que no fuera cierto—. Es mi cuaderno de escritura.

—¿Eres escritor? —preguntó con genuino asombro y un brillo especial en los ojos.

—Es lo que quiero ser en el futuro. Ahora solo practico… Escribo historias. Nada de valor.

—¿Nada de valor? —preguntó, curiosa y añadió—: Mira ahí.

Apuntó a los chavales jugando a fútbol, justo en el momento en que Miguelete escupía al suelo y Ramón se llevaba las manos a la entrepierna mientras vociferaba obscenidades a un garrulo del equipo contrario. Durante unos segundos nuestras miradas se cruzaron y acto seguido mi amigo reparó en Erika. Ramón enarcó una ceja. Aquello no era buena señal. Imaginé un interrogatorio a la salida de clase e hice nota mental de salir disparado, tan pronto sonara el timbre que indicara el final de la jornada escolar.

—¿Cuántos de esos chicos serían capaces de escribir relatos? Por no decir poemas, claro está.

Me encogí de hombros, sin saber qué decir.

—¿Me dejarías leer lo que has escrito? —preguntó.

Contuve el aliento. Lo que me temía. Miré su rostro. Me observaba con una serenidad y una calma inmensas. Horas más tarde de aquel momento, consideré la peregrina idea de que Erika ejercía una suerte de poder hipnótico sobre mí, que hacía que cediera a sus deseos.

—Bueno, pero no seas muy dura conmigo —dije, levantando el cuaderno de notas—. Son bocetos, ideas para historias que tendré que desarrollar.

Erika asintió con comprensión.

—A veces, empezar es lo más difícil —comentó—. Pero me gustaría leer esos relatos, si no te importa, claro.

Le ofrecí el cuaderno, que ella recogió con solemnidad, casi de forma reverencial. Después me miró y me dijo:

—¿Por qué me observabas ayer, cuando estaba leyendo ahí, en los escalones? ¿Y por qué me seguiste al salir de clase?

En aquel momento deseé que la tierra me tragara. Noté un sudor frío recorriendo la espalda. Miré en dirección a la cancha. Volví a cruzar miradas con Ramón, quien esta vez me obsequió con una sonrisa torcida que conocía muy bien. Decididamente, iba a preguntarme sobre aquella chica que estaba hablando conmigo.

—¿Hola? Nave nodriza llamando a Pol, permiso para aterrizar —oí la voz de Erika con un tono nasal. Se había tapado la nariz para imitar el sonido de un radio comunicador. Era una

lástima que me sintiera tan azorado, puesto que el efecto era de lo más cómico, a la vez de ser una muestra de un buen sentido del humor.

—Perdona, no era mi intención molestarte —dije bajando la vista.

—No me molestaste en absoluto, pero me quedé intrigada. Soy curiosa por naturaleza…

—Me resultó… —Hice una pausa. Mi cerebro comenzó a trabajar a toda velocidad, seleccionando las palabras adecuadas, que no pudieran delatar mi motivo principal, pero a la vez que lo que contestase fuese honesto—. Me resultó curioso ver a alguien que también se había sentado allí a leer. Como ves, no hay muchas más que hagan lo mismo.

Señalé a un grupo bastante nutrido de chicas de primero, que hacían corrillo en una esquina de la cancha. Minifaldas, rímel, flequillos arqueados, uñas lacadas… Algunas masticaban chicles, otras se pasaban cigarrillos que fumarían a la salida, otras reían imitando el sonido de los grajos.

—Me pareció… *estimulante* también.

Ella sonrió.

—Gracias —dijo.

—¿Por qué? —inquirí, perdiéndome de nuevo en sus hermosos ojos color miel. El partido de fútbol, las conversaciones y el griterío continuaban a nuestro alrededor, pero en ese momento, para mí, todo aquello había desaparecido.

—Por tus palabras, por dejarme leer tu cuaderno de escritor en ciernes. Y por ser la primera persona en este instituto que me ha dirigido la palabra para decir cosas interesantes.

Noté cómo el rubor visitaba de nuevo mi rostro. Sin embargo, el timbre anunciando el final del receso sonó en aquel instante. Los chavales del partido de fútbol detuvieron su juego y el griterío se fue desvaneciendo a medida que todo el mundo se dirigía hacia las aulas. Nosotros, en cambio, nos quedamos sentados un rato más, compartiendo un cómodo silencio.

—Deberíamos irnos —dijo Erika, poniéndose de pie—. Esto ha sido… bueno, ha sido más de lo que esperaba para un viernes en el instituto. ¿No crees?

—Sí, yo también —admití, recogiendo mis cosas—. ¿Te veré el lunes?

Ella asintió, su sonrisa era una promesa.

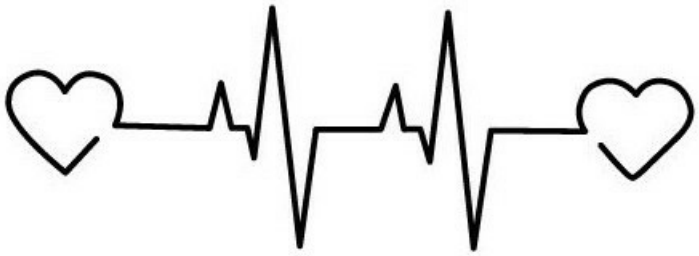
—El lunes. Y tal vez antes, si decides mostrarme esa librería tan chula.

Nos despedimos con un breve adiós y la promesa de un fin de semana que, de repente, parecía lleno de posibilidades. Mientras la veía alejarse, no pude evitar pensar que, quizás, los libros y las estrellas no eran las únicas ventanas a mundos nuevos y emocionantes. Yo acababa de descubrir un mundo nuevo, millones de veces más interesante.

Minutos después, cuando me senté tras mi pupitre y extraje la libreta de matemáticas, fui consciente de un dato que me produjo un desasosiego de proporciones bíblicas: había dejado a Erika el cuaderno con mis escritos, entre los que se encontraba el poema que había compuesto pensando en ella.

CAPÍTULO CINCO

SOBRE SORPRESA



La mañana de viernes había transcurrido con una gracia inesperada, pero al abandonar el aula, una sombra de desaliento se cernía sobre mí. Un presentimiento me acosaba: Erika me había dado la impresión de ser una chica perspicaz y temí que pudiese descubrir que los versos que yacían en la última página de mi cuaderno eran un espejo de su esencia. La sola idea me sumía en un abismo de vergüenza. Y lo que más me atormentaba era la posibilidad de que ella se sintiera incómoda, que me viera como un perseguidor o un acosador.

Para colmo de males, los alumnos de su clase salieron antes que nosotros y tuve que correr a la salida para ver si la podía localizar y pedirle el cuaderno de vuelta. No se me ocurría ninguna excusa, pero veía imperativo poder recuperarlo, arrancar esos horribles versos y devolverle el cuaderno el lunes.

Cuando salí a la calle no pude distinguirla entre la multitud de jóvenes que avanzaban de forma desordenada, en pequeños grupos.

—Mierda —dije entre dientes.

—¿Adónde vas tan rápido, ladrón? —dijo una voz detrás de mí al mismo tiempo que una mano enorme se posaba con firmeza en mi hombro derecho.

Me giré. Era Ramón. Las escasas opciones de acercarme a Erika se esfumaron.

—Tengo prisa —contesté e intenté ponerme en marcha.

La mano de Ramón se aferró con más fuerza sobre el hombro, deteniendo mi avance.

—¿Estás buscando a la pava esa con la que hablabas en el recreo? —preguntó con cierto tono de sorna y un brillo de diversión en los ojos.

Ramón me gustaba, había sido amigo mío desde parvulario, pero cuando había chicas por medio cambiaba su personalidad radicalmente. Era como una especie de depredador prematuro. Ya en la E.G.B. había salido con alguna que otra chica y nos había restregado que les había tocado los pechos o se habían besado en los labios. Era, a pesar de su aspecto de bestia, quizá el más guapo y carismático de nuestro grupo. Supuse que sería un rival imbatible si alguno de nosotros —Miguelete, Dani o Chema— se encaprichaba de alguna chica a la vez que él.

Ramón retiró su mano de mi hombro derecho al izquierdo, reposando su enorme y musculoso brazo sobre mi espalda. Gentilmente, me empujó para que comenzara a caminar. Detrás de nosotros oía a Dani, Chema y Miguelete hablando entre ellos sobre programas de la tele. Me imaginé que Ramón les habría dicho que se mantuvieran al margen.

—¿Cómo se llama? —inquirió.

—¿Quién? —respondí.

—No me tomes por gilipollas. ¿Cómo se llama la pava? —dijo con frialdad, sumergiendo al Ramón dicharachero y cuenta-chistes a un rincón oscuro de su psique.

—Erika.

—¿Ves? Vamos avanzando —sentenció. En aquel momento me arrepentí de haberlo invitado tantas veces a mi casa para ver películas policíacas. Se comportaba como el típico «poli malo» en un interrogatorio—. Nadie la conoce, no debe ser de por aquí. Está buena, ¿eh, bandarra?

—No me he fijado —comenté, molesto por ese último comentario. No me gustaba cómo Ramón «cosificaba» a las chicas. Solo se dirigía a ellas con un solo objetivo. Detestaba esa faceta de él.

—Pues cuando puedas, aparta los ojos de tus libros y fíjate, porque tiene un culo de la hostia —replicó—. A ver cuándo me la presentas.

—Apenas la conozco, Ramón. Y no, no es de aquí —contesté con ánimo de desviar el tema de su físico.

Me sentía incómodo con aquella situación. Por un lado, mi actitud de defensa hacia Erika me reafirmó mis sentimientos: estaba enamorado de ella. Por otro, temí que Ramón se interesara por ella y la intentara seducir, solo para demostrarme que él podía y yo no. Entré en pánico.

—Interesante… ¿Te ha dicho de dónde viene?

Me encogí de hombros.

—Únicamente sé que viene del País Vasco.

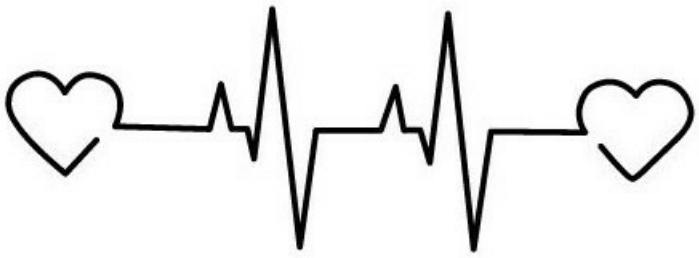
Ramón silbó.

—Vigila, Romeo, no te vaya a poner una bomba en la cartera[5].

Me detuve. Lo miré con intensidad y después me sacudí su brazo de encima de forma brusca. Lo pillé con la guardia baja. Aprovechando el factor sorpresa, le di un empujón, apartándolo de mí.

—Que sea del País Vasco no significa que sea una terrorista —siseé y añadí—: Si no quieres que te tome por gilipollas, no te portes como tal.

Ramón se quedó mirándome sorprendido. Era la primera vez que me dirigía a él de aquella manera. Chema, Dani y Miguelete me miraban boquiabiertos. Me giré, dándoles la espalda y dirigí mis pasos rápidamente hacia casa de mi padre, dejándolos atrás.



Pasé el resto de la tarde del viernes de mal humor y con sentimientos divididos. Pensar en el rato que había pasado con Erika me aliviaba profundamente, pero después, al recapacitar en las consecuencias que había tenido, mi angustia aumentaba.

No lograba evadirme con la lectura. Escribir lo descarté porque Erika tenía mi cuaderno, así que fui a mi otro refugio: la playa.

Llegué en unos minutos. La brisa marina acariciaba mi rostro, llevando consigo el salado

consuelo del mar. La arena, aún tibia por el sol del día, se amoldaba a mis pisadas. Me senté, cerré los ojos y dejé que el sonido de las olas me envolviera, buscando en su eterno vaivén alguna respuesta, algún susurro que me guiara.

—Mamá —comencé, mi voz apenas un hilo sobre el murmullo del mar—, nunca me sentí tan perdido.

Las palabras flotaban en el aire, esperando ser recogidas por el viento y llevadas a algún lugar donde pudieran encontrar significado.

—Erika… ella es diferente. Hay algo en su sonrisa, en la forma en que ve el mundo, que me hace querer ser parte de todo lo que es ella.

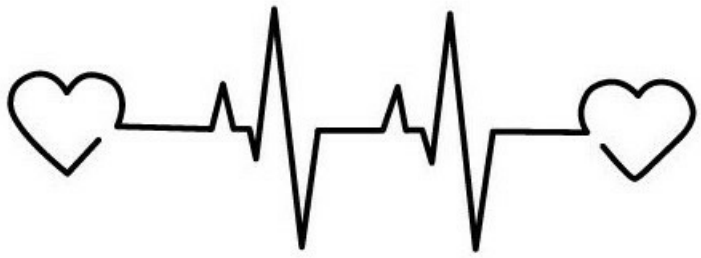
Detuve mis palabras, aunque mil y una dudas rebotaban en mi mente. Solo el silencio me respondía, un silencio tan profundo que podía sentir su peso sobre mi pecho.

—¿Cómo puedo saber si lo que siento es real? ¿Si es amor lo que está creciendo dentro de mí? —pregunté, esperando que, de alguna manera, a través del infinito, las respuestas encontraran su camino de regreso a mí—. ¿Por qué te fuiste tan pronto, mamá? Te echo de menos y estoy perdido —susurré. Planté los codos sobre los muslos y cubrí mi cara con las manos, para así ocultar mis lágrimas a las escasas personas que en aquel momento visitaban la playa.

Las horas pasaron y, con ellas, la marea comenzó a subir, lamiendo mis pies descalzos, recordándome que la vida sigue su curso, con o sin respuestas. Me levanté, sacudiendo la arena de mis pantalones y miré hacia el horizonte donde el cielo se encontraba con el mar en un abrazo perfecto.

—Quizás no necesito respuestas —murmuré.

Recordando el carácter de mi madre, llegué a la conclusión que, de estar viva, me habría tranquilizado diciéndome que quizás solo necesitaba vivir y ver qué pasa.



Con esa nueva resolución, volví sobre mis pasos, dejando atrás la playa y el consuelo que ofrecía. Eran las ocho de la tarde cuando regresé a la librería. Mi padre ya estaba cuadrando la caja de la jornada, pues por experiencia sabía que poco más podría vender en la última media hora que quedaba antes de cerrar.

Era un hombre alto, con incipiente calva, rostro afable y carácter muy calmado. Tenía cuarenta y dos años, pero tras la pérdida de mamá, pareció haber envejecido mucho más.

Cuando entré en la librería, levantó su cabeza de la caja registradora y me miró por encima de sus gafas.

—¿Dónde has estado, chico? —inquirió.

—En la playa, pasando el rato.

—Mejor habrías hecho quedándote aquí —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? —pregunté, intrigado.

—Ha venido una chica guapísima preguntando por ti.

Me quedé clavado donde estaba.

—Cabello castaño, liso y con flequillo. Tenía gafas y me dijo que se llamaba Erika, que es amiga tuya, del instituto —me informó.

Me agarré al mostrador a fin de no caer en redondo. Creí que estaba soñando. Erika había venido buscándome.

—Me dio esto para ti —dijo con una sonrisa, mientras sacaba un sobre de grandes dimensiones con mi nombre escrito en él.

—¿Te dijo algo? —pregunté en un hilo de voz.

Mi padre negó con la cabeza.

—Preguntó por ti y, al decirle que no estabas, me dio eso —contestó papá señalando el sobre con su boli Bic de cuatro colores que tenía en la mano—. Solo dijo que ya volvería a pasar.

Aquello era una fantástica noticia, aunque enseguida el peso de la incógnita sobre cuándo volvería a visitar la librería comenzó a crecer en mi interior de forma abrumadora.

Tan absorto estuve en esos pensamientos, que no me di cuenta de que mi padre me había hecho una pregunta.

—Míralo, qué «embobao» —dijo.

—Perdona, papá, ¿qué decías?

—Tu hermano me ha llamado para decirme que se queda a ensayar con sus amigos, así que si te apetece podemos cerrar en media hora y tomar un bocadillo aquí en el bar. ¿Te apetece?

—De acuerdo, me quedo por aquí hasta que acabes —dije y me dirigí a la trastienda. Era una pequeña habitación con un amplio sillón, una mesita y un mueble con una televisión antigua. Una única ventana y una puerta acristalada daban al patio trasero.

Me senté en el sillón y con dedos temblorosos comencé a abrir el sobre. En su interior encontré mi cuaderno de escritura. Los vellos se me pusieron de punta. Lo extraje temblando con una extraña emoción. ¿Qué me iba a encontrar?

Lo abrí por la primera página. En ella encontré un trozo de papel cuadriculado donde había algo escrito.

¡Hola, Pol!
No importa si nos íbamos a ver o no, solo quería que echaras un vistazo en privado y con calma a lo que pienso sobre los cuentos que me pasaste. Primero que nada, ¡mil gracias por compartirlos! Es de valientes darle tus escritos a alguien que casi no conoces.
Al final de cada cuento te he dejado una nota con lo que pienso. Ojalá te sirvan mis comentarios, aunque ya sabes que no soy ninguna experta.
¡Nos vemos!
Erika

Ni qué decir tiene que dirigí mi atención al final de cada uno de los cuatro relatos que había escrito. Todavía guardo esos recortes de papel con el título y sus comentarios.

El Silencio del Roble
Este relato me atrapó desde el principio. La forma en que describes la majestuosidad del roble y su misterioso silencio crea una atmósfera intrigante. Me dejó con ganas de saber más sobre el secreto que guarda este árbol ancestral.

El Eco de las Mareas
La metáfora de las mareas como ecos es poética y evocadora. Me gustó cómo exploraste la conexión entre el océano y las emociones humanas. Sin embargo, creo que podrías profundizar aún más en los personajes para que el lector se sienta aún más inmerso en la historia.

El Reloj de Arena Invertido
Este relato me desconcertó en el buen sentido. La idea de un reloj de arena que fluye hacia atrás es fascinante. Me gustaría saber más sobre el protagonista y cómo afecta esta inversión del tiempo a su vida.
El Susurro de las Luciérnagas
La imagen de las luciérnagas susurrando secretos en la noche es encantadora. Sin embargo, siento que la trama podría ser más sólida. ¿Qué tipo de secretos revelan estas pequeñas criaturas? ¿Hay un conflicto más profundo en juego?
¡Espero que estos comentarios te ayuden a seguir desarrollando tu talento!

Acabé de leer la última nota con una sonrisa. Mientras yo me desesperaba durante la tarde, en una tormenta de sentimientos y confusión, ella había estado leyendo mis cuentos y dedicando su tiempo a dejarme una opinión. Fui a la temida última página, donde aquellos versos, los primeros que había compuesto en mi vida, me esperaban.

Bajo mi último verso, Erika había escrito a lápiz

¿¿¿Y estoooo???
¡Qué preciosidad!
Tienes una gran sensibilidad, Pol. Vas a ser un gran escritor, no tengo duda alguna.
Y yo leeré todo lo que publiques.

Noté un calor subiendo por mi rostro. Lo había visto y sentí alivio, pues le había gustado, lejos de haberla espantado, como yo había temido. Leí los versos que había hilvanado totalmente enajenado y llegué a la conclusión de que estando al final del cuaderno y haciendo referencia al partido de fútbol, era imposible que no dedujera que esa «musa» era ella.

La voz de mi padre a través del reducido espacio de la trastienda me sobresaltó:

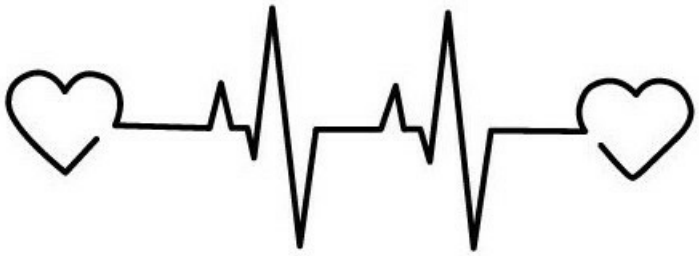
—¿Estás preparado para ir a cenar?

Asentí. Guardé cuaderno y notas dentro del sobre y, tras dejarlo en la mesilla, salí con papá a degustar un buen bocadillo de malagueña.

Horas más tarde me hallaba en la cama, releyendo las notas que Erika había escrito. Después me quedé dormido, no sin antes imaginarme que ella y yo éramos adultos y vivíamos juntos en una hermosa casita junto a la playa. Un lugar donde nos amábamos hasta el fin de los días.

CAPÍTULO SEIS

BLUE VELVET



Me levanté temprano y desayuné con mi padre y mi hermano. Este último dijo que estaría todo el día fuera; por la mañana trabajando de recadero y, después de comer un bocadillo, iría al local de ensayo.

—Yo estaré en la trastienda —anuncié.

—¿Haciendo qué, enano? —inquirió Jaime.

Me quedé petrificado. No me esperaba que tuviera que dar explicaciones acerca de un patrón de hábitos poco común. Los fines de semana yo no solía frecuentar la librería a menos que quisiera leer algo de la sección de segunda mano.

—Leer —contesté, deseando no tener que dar más explicaciones.

—¿Mientras esperas a que venga tu amiga? —intervino mi padre. Lejos de mostrar curiosidad o suspicacia en su rostro, me miró con gesto neutro.

—¿Qué amiga? —preguntó mi hermano, con una sonrisa aviesa.

—Una chica muy guapa que le trajo un misterioso sobre ayer y que me dijo que se volvería a pasar.

Mi hermano me miró con una sonrisa.

—Ya me extrañaba que este guaperas no fuese a romper corazones en el instituto —dijo de buena gana mi hermano, alborotándome el cabello. No me lo tomé mal. Tras la muerte de nuestra madre, nuestros lazos se habían estrechado. Nos hacíamos bromas, pero peleábamos menos o casi nada, como si hacerlo fuese a ofender su memoria.

—Es solo una amiga, tío. La conocí ayer —contesté en mi defensa.

—Y por la tarde ya te iba buscando —apostilló papá, guiñándome el ojo.

—La tienes en el bote, tío —sentenció mi hermano, logrando sacarme los colores.

—Es un bombón y tiene aspecto de saber más que el hambre —añadió papá.

—¿Cómo se llama? —inquirió Jaime.

—Erika, escrito con ka. Me dijo que era de Euskadi.

—Vaya, a ver si va a ser de la familia que hace un par de meses vino a vivir al barrio —comentó mi padre, llamándome la atención—. Lo dijo alguien en el bar hace unas semanas. Al parecer ha venido un empresario de Bilbao. Hay una fábrica nueva por aquí, creo que manufacturan componentes eléctricos. Algunos dicen que abrieron esta fábrica debido a la inseguridad que hay en el norte[6]; otros, que han comenzado a trabajar allí, dicen que se han establecido aquí porque todo va mejor a nivel industrial; mejor puerto para los materiales

importados y esas cosas. Estaría bien que echaras un vistazo a ver si tienen alguna vacante, Jaime. Algunos de los que frecuentan el bar comentan que pagan bien y que el gerente es buena persona. Me preocupa que estés todo el día arriba y abajo con esa moto, de la manera que está el tráfico en esta ciudad.

Jaime asintió. Con la muerte de mamá se había desanimado con el tema de los estudios. Sin embargo, se había sacado el B.U.P. y era un tío listo y trabajador. Yo mismo entendía la preocupación de papá. Solo faltaba tener un disgusto con un accidente de moto.

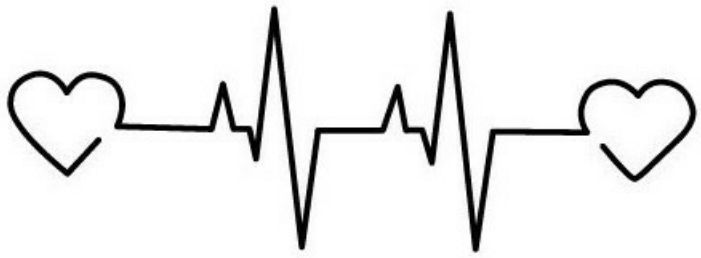
—Si Erika es realmente la hija de ese empresario, puedo preguntar —me ofrecí. Jaime me miró. Por un segundo, pensé que se iba a enojar por meternos en su vida, ahora que ya era adulto —. Seguro que ganas más pasta allí que como «mensaka». Podrías comprarte más accesorios para tu guitarra, por ejemplo, ese pedal que querías.

—¿Harías eso por mí, enano? —preguntó.

—Siempre y cuando dejes de llamarme «enano» —contesté.

—De acuerdo, enano —dijo él, ganándose un puñetazo en el brazo de mi parte.

A las diez de la mañana, mi padre abrió la librería y yo me dediqué a pulular por el establecimiento, barriendo, ordenando y, en definitiva, manteniendo mis manos y mi mente ocupadas para que el tiempo no pareciera pasar tan lentamente.



A las once y diez se oyó la campanilla de la puerta y yo me asomé desde la sección de segunda mano. Allí estaba: Erika, como una visión en azul, su vestido ondeando suavemente con cada movimiento, reflejando la luz que se filtraba a través de la puerta y el escaparate. Era un azul profundo, casi irreal, que hacía juego con la melodía de la canción *Blue Velvet,* que justo en ese momento sonaba en el radiocasete de mi padre. El tema parecía haberse sincronizado con su entrada, como si el universo conspirara para subrayar su presencia en mi día.

Su cabello castaño caía sobre sus hombros, cada mechón en su lugar, brillando con un lustre que solo podía compararse con las tapas de cuero de los libros antiguos que reposaban en los estantes. El flequillo, cortado de manera impecable, enmarcaba su rostro, destacando sus ojos que escudriñaban con asombro, a través de sus gafas, las filas y filas de lomos de libros. Eran ojos que admiraban ese mundo de historias, de sueños, de anhelos que los libros ofrecían, y ahora, se maravillaban ante la promesa de nuevos mundos por descubrir.

Mientras ella avanzaba, su mirada se detenía en los títulos, en las portadas ilustradas, en las letras que titilaban bajo la luz. Su expresión era de pura admiración, de un amor por la literatura que resonaba con la mía propia. Sentí cómo mi corazón se expandía, cómo el afecto que sentía por ella crecía con cada paso que daba hacia el interior de ese santuario de papel y tinta que era la librería de mis padres.

Erika se movía con una gracia que parecía casi coreografiada, sus dedos rozaban los lomos de los libros con reverencia, con la delicadeza de quien toca un tesoro. No pude evitar pensar que ella misma era un libro abierto, una historia que deseaba leer, aprender de memoria, recitar en las

noches de insomnio.

—¿Buscas algo en particular? —logré preguntar, mi voz sonando extrañamente firme a pesar del torbellino de emociones que me embargaba. Ella se giró hacia mí, una sonrisa iluminando su rostro, y fue como si el sol hubiera decidido brillar solo para nosotros en ese instante.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento, buenos días! Disculpad, no he dicho nada —dijo.

—Buenos días, Erika. Me alegro de que hayas vuelto —saludó mi padre. Después se dirigió a mí y añadió—: ¿Pol, puedes atender a tu amiga mientras preparo unos pedidos?

Dicho esto, y sin esperar respuesta mía, se retiró a la trastienda. Adiviné su ardid enseguida, pues nosotros no teníamos pedidos que preparar. Mi padre nos estaba dando espacio.

—Vaya sorpresa —dije.

—¿Estás seguro de eso? —inquirió ella, sorprendiéndome con la guardia baja.

Debí poner cara de póker, pues Erika sonrió.

—Te dije que me pasaría, ¿no?

—Sí, y me alegra que lo hayas hecho.

—Yo también. Esta librería promete —dijo, con una sonrisa radiante.

«El día contigo ya promete», pensé.

—¿Qué tenéis allí? —preguntó Erika, apuntando con el dedo hacia la sala adjunta donde nos hallábamos.

—Son las dos salas de libros de ocasión. Hay de todo, pero creo que el orden brilla por su ausencia.

Erika avanzó con decisión pasando a mi lado, con un gesto de emoción en el rostro. Apenas puso un pie en la primera de las salas, oí que profería una exclamación entre dientes, un susurro ahogado.

—¡Dios mío, Pol! ¡Qué maravilla! —dijo, mientras contemplaba las pequeñas colinas de libros amontonados unos encima de otros. Otros cientos de ejemplares reposaban en anaqueles, siguiendo un cierto criterio, ya sea por lenguas, temáticas o géneros. Aparte de eso, no había un orden prescrito, ni siquiera alfabético. Los libros se habían ido acumulando de forma gradual, hasta que llegó a un punto en que catalogarlos podría llevar años.

—¿Buscas algún libro en particular? —inquirí.

—No. Realmente, disfruto explorando —respondió—. Me encanta la sensación de encontrar algo inesperado cuando voy a una librería y la vuestra parece guardar más de una sorpresa. ¿Te importa si curioseo?

—Mira todo lo que quieras —dije.

—Una librería debe ser como esta: un lugar de descubrimientos, de encuentros fortuitos, con historias que podrían cambiar vidas —prosiguió ella, con una voz que expresaba su fascinación ante lo que tenía en su campo de visión.

En cierto modo supe de qué estaba hablando, del mismo modo que supe que Erika había cambiado la mía, simplemente al cruzarse conmigo en mi camino y traer consigo un pedazo del cielo.

Se adelantó y echó mano a uno de los libros del primer montón.

—Mira, creo que ya he hecho la primera adquisición del día —proclamó victoriosa, enseñándome un ejemplar de *Cien años de soledad*—. Parece que me estuviera esperando aquí, a que llegara. He tenido siempre mucha curiosidad por este libro. ¡Qué título tan poderoso! ¿Quién quisiera vivir cien años sin nadie? ¿No te parece horrible el concepto?

—Solo querría vivir tanto tiempo si fuera con la persona adecuada. De hecho, me conformaría con vivir solo la mitad de ese tiempo si fuera con esa persona —contesté,

sorprendiéndome a mí mismo por ese gesto de audacia.

Erika se quedó unos segundos contemplándome.

—¿Te conformarías con dar cincuenta vueltas al sol? —inquirió.

—Si es con la persona con la que soy feliz, sí. Incluso menos —contesté con solemnidad.

—Mejor poco y feliz, que mucho y desdichado, ¿no? —dijo.

Asentí con la cabeza.

«Si fuese contigo, sería el ser más feliz de este mundo», pensé. «No me importaría vivir poco si el tiempo que respiro es a tu lado, Erika».

—Ojalá encuentres esa persona —dijo ella.

«La tengo delante de mí», pensé. Sonreí, pero guardé silencio.

Erika prosiguió examinando libros y más libros. Su conversación, continua y teñida de entusiasmo, me tenía fascinado e hipnotizado. Tan cerca de mí, su belleza se veía amplificada, haciendo crecer mi amor por ella, un amor que prometía ser tan eterno e inmutable como las palabras impresas en las páginas que nos rodeaban. La fragancia de un perfume la envolvía, sutil, pero en la cantidad suficiente para viajar a través del olor a papel y tinta que flotaba siempre en el ambiente de la tienda.

—¿Me lo sujetas, por favor? —pidió, ofreciéndome el volumen de Gabriel García Márquez, que yo tomé entre mis manos con presteza.

Erika persistió en su revisión de las extensas montañas de volúmenes. Seleccionaba algunos, los colocaba de nuevo en su sitio y luego los recogía otra vez para sumarlos a su colección de intereses. Paralelamente, no cesaba de emitir opiniones, deteniéndose ocasionalmente para inquirir si había leído este o aquel ejemplar. La luz de entusiasmo era evidente en sus ojos, detrás de las gafas. Se mostraba contenta y segura de sí misma.

Después de un tiempo, ya me encontraba sosteniendo una pila de libros en mis manos. En varias ocasiones, ella hizo el intento de tomarlos, pero le insistí en que no se preocupara, que yo los llevaría al mostrador. La sonrisa que me regaló fue tan gratificante que hubiese cargado con la mitad de la tienda sin pensarlo.

En aquel punto, llegó papá, que «había terminado de «preparar los pedidos», para cobrarle. Metió con gran cuidado los libros en tres bolsas de plástico. Mi padre siempre trataba los libros con delicadeza, ya fuesen nuevos o viejos.

—Son quinientas pesetas —dijo él, mientras apuntaba el importe en la libretita de ventas.

—No es posible, debo llevar más de una docena de libros en esas tres bolsas —replicó Erika, que había abierto el monedero para pagar.

—Precio especial por ser nueva clienta —explicó mi padre—. Eso incluye el transporte —añadió, señalándome para dejar claro que la iba a ayudar a llevárselos a su casa.

—No sé cómo darle las gracias, señor… —comenzó a decir, mientras le daba un billete de quinientas pesetas a papá.

—Lázaro, llámame Lázaro. No hay nada que agradecer… Y ven cuantas veces quieras; no he podido evitar escuchar desde la trastienda cómo hablabas de libros —interrumpió papá—. ¿Qué edad tienes, Erika? Tengo clientes mayores que tú y que no hablan con tanta soltura sobre libros.

—Catorce, pero llevo desde los cuatro años leyendo. Me gusta mucho leer —dijo Erika con humildad.

Mi padre la miró con admiración.

—Ya veo —contestó papá.

Erika extrajo un pañuelo de papel del bolso y comenzó a limpiarse las manos del polvo que se había adherido al manejar tantos libros viejos.

—Pol, acompáñala un momento al lavabo de arriba para que pueda lavarse las manos. El de la trastienda está lleno de las cajas del pedido —propuso mi padre.

—Claro —contesté—. ¿Me acompañas?

Erika asintió. Juntos atravesamos la librería y accedimos al patio trasero por la puerta de la trastienda. Subimos a la planta superior y la conduje al baño. Allí dejé que se lavara las manos y después le mostré el camino de la puerta que daba a las escaleras para salir por la calle.

Al pasar por delante de mi dormitorio, se detuvo.

—¿Esta es tu habitación? —preguntó. Asentí un tanto incómodo. No había hecho la cama y seguro que habría alguna prenda sucia de por medio. Erika me observó, deseosa de que la invitara a pasar. Así lo hice, porque anhelaba tanto que entrara en mi mundo, que no iba a negarle nada.

Entró con timidez y enseguida dirigió la mirada a los pósters de *Regreso al futuro*, *Robocop, Indiana Jones* y *Superdetective en Hollywood*, que mi hermano me había traído del Cine Ideal, donde trabajaba Paco, un amigo suyo de la banda. Aproveché que Erika contemplaba los carteles para esconder debajo de la cama unos calcetines sucios. También para cerrar el cajón de los calzoncillos, que estaba abierto.

—No hace falta que escondas los calcetines o cierres cajones —dijo Erika sin girarse—. Me encantan los carteles de películas. Veo que también te gusta el cine, ¿verdad?

—Sí —dije totalmente avergonzado por haber sido descubierto en mi treta—. ¿A ti también?

En ese momento se giró y con una amplia sonrisa me dijo que le encantaba.

—Podríamos quedar un día e ir al cine —añadió.

—Sí… Sí… Podría… Podría ser divertido —balbuceé, incapaz de creer que aquello estuviera sucediendo.

—Tienes unos amigos muy simpáticos, podríamos quedar todos e ir a ver una película —propuso.

Toda la efervescencia del momento se diluyó.

—¿Cómo se llama el chico que imitó el otro día la voz del oso Yogui? —inquirió, mientras examinaba las estanterías con mis libros.

—Ramón —contesté, disimulando mi disgusto. Una sensación de malestar me invadió.

Mi miedo a competir con el carisma de Ramón se materializó al instante. Me sentí celoso y eso afectó a mi estado de ánimo aún más.

—Pues a ver si un día me los presentas, no conozco a mucha gente todavía y tu grupito parece interesante —comentó.

«Interesantísimo: Dani es el tipo más tímido que te puedas echar a la cara y apenas habla, dale dinero y lo tendrás toda la tarde en los recreativos; Miguelete, un chaval que a sus casi catorce años todavía lo había sorprendido en clase sacándose un moco y comiéndoselo; Chema, aficionado a las revistas pornográficas que le roba a su padre y Ramón un chulo machista en periodo de prácticas que ya bebe cerveza y fuma tabaco», pensé.

—¿Estás bien, Pol? —preguntó de repente Erika—. Te has quedado en la inopia.

—Disculpa, pensaba en mis amigos… No te preocupes, ya te los presentaré —contesté.

—¿Volvemos abajo?

Asentí.

—Gracias por enseñarme vuestra librería y tu habitación —dijo con una dulce sonrisa y añadió—: No es necesario que me acompañes a casa, puedo cargar con las bolsas.

—No es ningún inconveniente; hace calor y vas a llegar chorreando con la carga.

Erika se quedó unos segundos contemplándome, sin moverse del punto en el que se había

quedado, en medio de mi dormitorio.

—Solo te conozco desde ayer, pero estoy contenta de que nos hayamos encontrado. Hasta entonces no lo he pasado bien, ¿sabes? Dejamos nuestra casa para venir aquí. También se han quedado atrás muchos amigos en Bilbao. Esto es muy diferente y me estaba costando adaptarme. Hasta ayer había sido un rollo.

»Me picó la curiosidad que un chico se fijara en mí mientras leía en la hora del recreo. ¡Hasta entonces creía que era invisible! Por eso ayer me planté a tu lado y comencé a hablarte. Espero que no te haya molestado mi descaro.

—¿Molestado? ¡En absoluto! —exclamé—. Fue genial poder hablar contigo. Además, te tomaste la molestia de leer mis cuentos y opinar sobre ellos.

—Espero no haber sido demasiado dura; te puse mi opinión para que pudieras mejorarlos. En líneas generales las ideas que tienes son geniales. ¿Qué opinan tus amigos de tus historias?

—No las han leído —contesté—. De hecho, ni saben que escribo.

Me miró estupefacta.

—¿No se lo has dicho?

Negué con la cabeza.

—Ninguno de los cuatro leen libros, dicen que es aburrido. Dani es aficionado a los cómics, pero no lee demasiados libros.

—¿Cómo pueden decir que leer es aburrido? —preguntó perpleja. Me encogí de hombros como única respuesta—. Bueno, no te sorprendas, muchos de mis amigos allí en Bilbao piensan lo mismo. Pero escribir… Eso son palabras mayores, chico.

—¿Tú no escribes? —pregunté.

—No. No creo que tuviera la capacidad para inventarme historias. Adoro leer e imaginarme los mundos creados por otros —contestó.

—Creo que lo harías bien, Erika.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu manera de hablar. Es muy culta.

—Es como hablo, no lo hago para aparentar —dijo, un tanto apurada.

—Es guay, me gusta cómo te expresas. Estoy harto de tanto garrulo —dije, intentando aliviar su estado.

Me sonrió y se dispuso a salir de la habitación, pero se detuvo, girándose hacia mí y mirándome con intensidad. Aquellos bellos ojos color miel me atraparon, sentí un profundo vértigo, como si estuviera siendo absorbido por ellos. Mis emociones se enredaron como un ovillo de hilos al borde del abismo.

—Esos versos en la última página… ¿Los escribiste en el recreo…? Mientras… Ya sabes…

Me quedé sin aliento, petrificado y sin palabras. Solo pude asentir. Con Erika me sentía incapaz de eludir la verdad o decirle una mentira. Jamás usaba ese artificio con nadie y mucho menos lo iba a hacer con ella.

—¿Fui la «Musa inadvertida que a tu pluma acompaña»?

Volví a asentir, totalmente perdido en sus preciosos ojos. El silencio era tan profundo que hasta llegué a sentir el suave susurro de la tela de su vestido cuando ella avanzó hacia mí. Se detuvo muy cerca, a escasos centímetros de mí. La inmensidad de su mirada me arrasó. Tragué saliva, expectante.

—Es lo más bonito que me han dicho, Pol. Gracias —se inclinó hacia mí y me dio dos suaves besos en las mejillas que me elevó a una especie de nirvana en un par de segundos. Fueron dos besos entregados de manera gentil, con una delicada presión. Mientras cada una de las palabras

que había pronunciado resonaba en mi pecho, haciendo vibrar mi alma—. Te los debía. Ayer me presenté y no te los di. Tú, en cambio, me dedicas unos versos y me dejas leer tus historias sin conocerme siquiera. Gracias de nuevo, por la confianza.

—De… nada… —dije embobado, sintiendo el eco de sus labios en las mejillas.

Erika dio un paso atrás y me sonrió.

—¿Sabes, Pol?

—Dime —dije en un hilo de voz.

—Algo me dice, llámalo intuición femenina o lo que sea, que vamos a disfrutar de una bonita amistad.

Sonreí sin saber qué decir, todavía sumido en un estado de éxtasis.

—¿Vamos? —preguntó.

Asentí y descendimos por las escaleras. Salimos a la calle y entramos en la librería por la puerta principal. Mi padre, que estaba apuntando algo en una libreta cuando hicimos nuestra aparición, levantó la vista hacia nosotros.

—¿Ya estáis? —inquirió.

—Sí, va siendo hora de que vuelva a casa —dictaminó Erika. Después, dirigiéndose a mí, añadió—: No es necesario que me acompañes, de verdad.

—No es ninguna molestia —dije, agarrando las dos bolsas más pesadas.

—Así le da el aire —le dijo papá a Erika.

En aquel momento, en el radiocasete de papá, comenzó una melodía tranquila y bella, con el meloso sonido de una *slide guitar,* que enseguida captó la atención de Erika.

—¡Qué canción más bonita! —dijo ella.

—Es de un casete de música de los años cincuenta que compré en el mercadillo de *Els Encants* hace unas semanas. ¿Te gusta?

—Mucho. Escucho un poco de todo, Elton John, Sabina, Ana Belén y también algo de rock and roll antiguo, como Elvis o Chuck Berry.

—Esos dos últimos son unos grandes artistas —dijo papá mientras inspeccionaba el estuche del casete—. Mira, esta canción que oyes es *Sleepwalk*, de un dúo llamado Santo and Johnny.

—Es preciosa —dijo Erika y consultó su reloj de pulsera—. ¡Oh, Dios mío! Se ha hecho tardísimo. Tengo que irme, mi familia me espera. Muchas gracias por el descuento, Lázaro. Es usted muy amable.

Mi padre la obsequió con una sonrisa afable.

—Puedes tutearme —le dijo y le ofreció la mano, que ella estrechó, devolviéndole la sonrisa —. Ha sido un placer conocerte, Erika.

—Igualmente, Lázaro —contestó ella.

Salimos al sol de septiembre. La calle Pujadas mostraba la actividad típica de un sábado al mediodía. Mi mente bullía también de agitación. Había sido una mañana llena de emociones. Estar con Erika había superado cualquier expectativa que hubiese soñado tres días atrás.

—Te veo muy pensativo —dijo ella, al dejar atrás la primera manzana y alcanzar el siguiente chaflán—. *A penny for your thoughts*.

—¿Cómo? —pregunté intrigado.

—Es una expresión que aprendí de mi profesora de inglés en Bilbao. *Un penique por lo que pienses.*

—¿Cuántos idiomas hablas?

—Euskera, español, un poco de inglés y desde principios de septiembre estoy aprendiendo catalán.

—¿Tu familia es la propietaria de la nueva fábrica en el barrio?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Esto es un barrio, pero funciona como un pueblo pequeño. Las noticias y los chismes vuelan —expliqué—. Me enteré esta mañana, durante el desayuno. Le dije a mi hermano que intentara cambiar de empleo y mirase si hay alguna vacante.

—Pues le hablaré a papá de él, a ver qué puede hacer.

—¿Harías eso? —inquirí.

—Claro. Tienes una familia maravillosa y eso que todavía no he conocido a tu hermano y a tu madre.

—Mamá murió hace dos años.

Erika se detuvo.

—Lo siento mucho, Pol —dijo cogiéndome el brazo con su mano libre y apretando con gentileza—. Debió ser duro para todos. Si no quieres hablar…

—Prefiero no hablar, está siendo una mañana muy buena. Quizá en otro momento.

Continuamos caminando en silencio hasta llegar al portal de su casa, a tres manzanas de la mía.

—¿Quieres subir? Mis padres me esperan para irnos a un apartamento que compraron en Vilanova i la Geltrú, pero me gustaría que conocieran al primer amigo que he hecho en Barcelona.

Asentí, sintiendo una mezcla de emoción y curiosidad. ¿Qué tipo de familia vivía allí? Erika abrió la puerta del portal y subimos juntos por las escaleras. El olor a comida casera y limpiador llenó el aire mientras ascendíamos.

En el rellano del segundo piso, Erika se detuvo frente a una puerta de madera oscura. La abrió con su llave y la seguí después de atravesar un recibidor y recorrer un pasillo. Allí estaban sus padres, sentados en el sofá de la acogedora sala de estar. Su madre tenía el pelo oscuro y una sonrisa cálida, mientras que su padre, más serio, nos miró con curiosidad.

—Erika, es tardísimo. ¿Dónde estabas? —Se detuvo al verme y preguntó—: ¿Quién es tu amigo?

La mujer se levantó para saludarme.

—Este es Pol —dijo Erika y me presentó con orgullo—: Es mi primer amigo aquí en Barcelona.

Los padres de Erika me dieron la bienvenida con amabilidad y pronto estábamos charlando como si nos conociéramos de toda la vida. Su hermana mayor, Martina, apareció en la puerta de la cocina, con una sonrisa burlona en los labios. Parecía que ya había escuchado sobre mí.

—¿Así que este es el famoso Pol? —dijo Martina, cruzando los brazos—. Erika nos habló de ti ayer. Dice que eres escritor.

Me sonrojé, pero Erika me defendió sin titubear.

—Sí, escribe estupendamente. Además, tiene una librería maravillosa. Mirad qué montón de libros por solo quinientas pesetas.

El padre de Erika me miró y me guiñó un ojo.

—En ese aspecto ya te la has ganado —dijo, después su rostro se puso un poco más serio y consultando su reloj dijo—: Lamento que nos tengamos que marchar ya, pero ven cuando quieras, en otro momento que podamos atenderte mejor, Pol. Tengo que agradecerte que le hayas devuelto la alegría a nuestra hija.

Sonreí complacido. Tras intercambiar unas palabras más, me despedí de la familia. Volví a la librería, donde mi padre acababa de despachar unas golosinas. Al verme me sonrió y dijo unas

palabras que quedaron grabadas en la memoria:

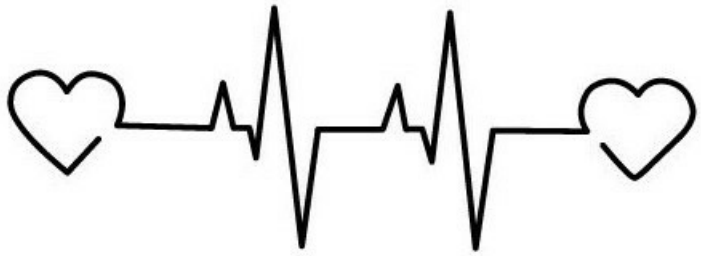
—Pol, Erika es una chica insuperable, una fuera de serie. De las que vas a encontrar una entre un millón. Cuida esa amistad que habéis comenzado a toda costa.

Asentí sin decir nada más. Supe que los días que seguirían estarían llenos de risas, ratos compartidos con Erika y aquello me dio una paz que las asignaciones del instituto, por muchas que fueran, no llegarían a mermar.

Fui plenamente consciente de que estaba ante el inicio de una nueva vida.

CAPÍTULO SIETE

TURCOS OTOMANOS



Reflexionar sobre mi estado de ánimo de aquel sábado por la tarde es todo un desafío. Incluso ahora, tras el paso de los años, desde aquella primera mañana junto a Erika, me cuesta hallar las palabras precisas para describir mis emociones. Y si las encontrara, probablemente solo serían un eco lejano de lo que realmente sentía. Únicamente quienes han amado con una intensidad total y absoluta durante la adolescencia podrían vislumbrar la esencia de mis emociones.

Dominado por la inquietud y el deseo de volver a estar con Erika, aquel sábado por la tarde me vi impulsado a actuar, incapaz de quedarme en casa contando las horas hasta acabar el fin de semana. Así que, extraje algo de dinero de mi hucha y le dije a mi padre que iba a comprar algo de música en la zona de Plaça Catalunya.

Papá me había empezado a dar permiso para moverme independientemente por Barcelona, siempre y cuando siguiera dos reglas básicas: dejar claro a dónde iba y regresar a casa antes de las nueve de la noche.

Con la imagen de Erika girando en mi mente como un vinilo en un tocadiscos, recorrí las seis paradas que me llevaron desde la estación de Poblenou a la de Urquinaona. Anduve todo el tramo de Ronda Sant Pere hasta Plaça Catalunya, donde dirigí mis pasos hacia la calle Pelai. La brisa de la tarde acariciaba mi rostro, llevando consigo el aroma a café recién hecho de las cafeterías y bares por los que pasaba. Las tiendas de discos, con sus escaparates, me esperaban repletas de promesas musicales, aunque mi intención aquella tarde no era gastarme los ahorros en algo para mí.

La primera parada la hice en Discos Balada, un rincón repleto de tesoros ocultos y melodías olvidadas. El lugar lo había descubierto un día que acompañé a mi hermano y me quedé fascinado por las dos plantas atiborradas de vinilos y de discos compactos —estos últimos por entonces a precios prohibitivos— que colmaban los expositores. Recorrí los pasillos estrechos, pasando los dedos por las portadas, algunas de ellas desgastadas, buscando ese single que capturó el corazón de Erika. *Sleepwalk*, de Santo & Johnny, tenía que estar allí, escondido entre las pilas de vinilos que contaban historias de épocas pasadas. Sin embargo, tras una búsqueda minuciosa, el disco no apareció.

No me di por vencido. La determinación me guio a Discos Castelló, en la calle Tallers, un lugar conocido por su colección ecléctica y su dueño, un veterano de la música con una memoria

prodigiosa para los éxitos de antaño.

—Busco *Sleepwalk*, el single o cualquier LP que lo contenga —le dije con la esperanza de que sus conocimientos musicales pudieran ayudarme.

El hombre asintió con una sonrisa comprensiva y, tras unos momentos que parecieron eternos, emergió de entre las sombras del almacén con el disco en mano.

—Aquí lo tienes, joven. Es una versión grabada en 1959. Disfrútalo, es una pieza clásica —dijo, entregándome el vinilo que brillaba bajo la luz tenue de la tienda.

El corazón me latía con fuerza al sostener el disco, sabiendo que muy pronto estaría en las manos de Erika.

—Gracias —murmuré y, después de pasar por caja, salí de la tienda con aquel tesoro en una bolsa de plástico.

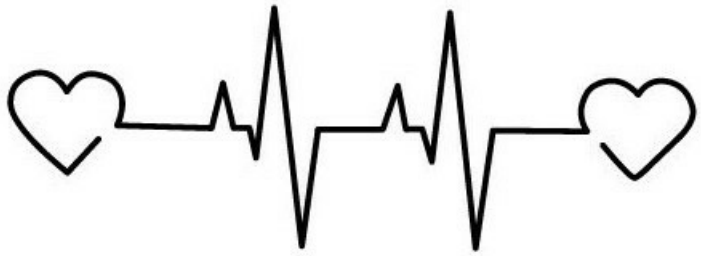
Fui directamente a la librería, donde encontré a mi padre atendiendo a varios clientes que habían decidido pasar la tarde entre libros. Eché una mano a papá y, cuando el último cliente fue despachado, envolví el single con papel de regalo.

—¿Regalito para Erika? —preguntó papá.

—Sí. Le he comprado el single de la canción que escuchó antes de irse esta mañana.

—Es un bonito detalle, Pol. Seguro que le gusta —dijo papá, poniéndome una mano en el hombro para después meterse en la trastienda.

Subí a casa para empezar a preparar la cena, pues Jaime no tardaría en llegar. Me encontraba todavía cargado de energía y emoción por la visita de Erika aquella mañana y ese entusiasmo se prolongó hasta el lunes por la mañana a la hora de levantarse para ir al instituto.



Después del ritual matutino de higiene, desayuno y preparativos, incluí en mi cartera el currículo de mi hermano, que me lo había dado el domingo, y el disco envuelto en papel de regalo en una carpeta aparte. Salí a la mañana de lunes, que me recibió con un cielo nublado y un viento cargado de humedad que no consiguieron rebajar mi humor.

Sabiendo dónde se ubicaba el domicilio de Erika, opté por seguir la ruta directa al instituto a través de la calle Pujadas, evitando el recorrido en zigzag de mis primeras jornadas. Este camino me brindaría la oportunidad de encontrarme con ella y gozar de su presencia, aunque fuera brevemente. La idea de entablar conversación con Erika me atraía enormemente, ya que sus impredecibles comentarios y sus inesperadas respuestas me habían resultado fascinantes, aunque en algún momento me hubiesen dejado sin palabras.

Caminé con paso rápido, mirando el reloj para comprobar la hora. Al llegar al portal del edificio, la vi. Erika estaba allí, apoyada en la pared, con una vestimenta que reflejaba su sencillez y elegancia natural: una camiseta blanca de algodón, unos vaqueros azules bien ajustados y unas zapatillas blancas impecables. Su cabello castaño brillaba a la mortecina luz del día, como si dispusiera de luz propia.

¿Me estaba esperando? Probablemente. Llevábamos dos días de instituto y todavía no había

entablado amistad con nadie aparte de mí. El mero hecho de que me estuviera esperando para ir juntos al instituto me dejó maravillado.

Sentí cómo mi corazón se aceleraba al verla, una mezcla de nerviosismo y emoción pura. Me fascinaba cómo Erika tenía ese efecto en mí, como si cada encuentro fuera el primero. Me acerqué a ella con una sonrisa que no pude contener y ella respondió con otra, iluminando el día gris.

—Buenos días, Erika —saludé, intentando que mi voz sonara más firme de lo que me sentía.

—Hola, Pol. ¿Listo para otro día de descubrimientos? —preguntó con ese tono juguetón que tanto me gustaba.

Asentí, pero enseguida le rogué que se detuviera. Me descolgué la mochila, de donde extraje la carpeta con el disco envuelto que acompañaba el currículo de mi hermano.

—Esto es para tu padre, por si necesita a alguien en su fábrica —le dije dándole la carpeta con el currículo de mi hermano. Después le di el disco envuelto en papel de regalo—. Y esto es para ti.

Sus ojos se iluminaron con curiosidad y gratitud y supe que, sin importar lo que el día nos deparara, ese momento con ella era lo que verdaderamente atesoraría.

Erika deslizó sus dedos con delicadeza por el papel de regalo, tratándolo con la misma pulcritud con la que vestía. Sus movimientos eran meticulosos, casi ceremoniales, mientras desvelaba el contenido del paquete. Al ver el single, sus ojos castaños se abrieron con sorpresa y una sonrisa genuina se dibujó en su rostro.

—¡No puede ser! —exclamó con una mezcla de asombro y alegría—. ¡Qué bonito detalle has tenido! ¡Justo esa canción que me gustó!

Su voz vibraba con una emoción que no necesitaba adornos, auténtica. La gratitud se reflejaba en su mirada y, por un momento, todo lo demás parecía desvanecerse para mí. Erika acarició la portada del single y luego, levantando la vista hacia mí, dijo:

—¡Este es el mejor regalo que podría haber recibido para comenzar la semana! ¡Gracias, de verdad!

Asentí, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Pero antes de que pudiera decir algo más, Erika se acercó y depositó un suave beso en mi mejilla. Fue un gesto rápido, pero cargado de una ternura que me dejó sin aliento. Sentí un calor que se extendía por mi rostro y un cosquilleo que recorrió mi columna.

—No hay de qué —logré decir, mi voz apenas un susurro.

El contacto de sus labios fue breve, pero en ese instante, al igual que había pasado el sábado por la mañana, el mundo pareció detenerse. Todo mi nerviosismo se disipó, reemplazado por una sensación de felicidad abrumadora. No era solo la cercanía física lo que me emocionaba; era la confirmación de que lo que habíamos iniciado era especial.

Erika se apartó ligeramente, observando mi reacción con una sonrisa cómplice. Su gesto había sido un simple agradecimiento; sin embargo, para mí significó mucho más.

Con una sonrisa aún más amplia, si eso era posible, continuamos nuestro camino hacia el instituto. El beso había sido un regalo inesperado, un detalle que añadía magia a un lunes por la mañana que, en circunstancias normales, solo hubiera deparado aburrimiento.

Sentí una calidez en el pecho, un sentimiento de satisfacción que solo se obtiene al hacer feliz a alguien importante. Erika guardó el single y la carpeta con cuidado en su mochila y juntos emprendimos el camino hacia el instituto.

Erika comenzó a hablar de libros y música con esa chispa en los ojos que siempre me fascinaba.

—¿Has leído *El amor en los tiempos del cólera*? —preguntó, con una sonrisa que sugería que ya conocía la respuesta.

—No, pero por lo que veo Márquez te interesa mucho, ¿verdad? —respondí, sintiendo una punzada de curiosidad.

—Deberías leer algo de su obra. Es magistral. Esta en concreto es una historia de amor que desafía el tiempo, algo que creo que te gustaría —dijo, añadiendo luego con un guiño—: Además, la música juega un papel importante en la novela. Tiene todo lo que me gusta y, si no me equivoco, también te interesa.

Erika tenía razón; desde que nos habíamos conocido, en un tiempo tan corto, parecía que los libros, la música y los sentimientos —al menos por mi parte— habían cobrado un cierto protagonismo. Recordé entonces el single que le había regalado y cómo sus ojos se habían iluminado al reconocer la canción.

—Hablando de música, ¿has escuchado algo interesante últimamente? El sábado, cuando fui a comprarte el disco, quise comprarme algo para mí, pero estaba sin ideas —sugerí, esperando captar su interés.

—Esta mañana, al levantarme, Martina estaba en la cocina preparándose su desayuno y en la radio sonaban los The Cure —explicó—. *Just Like Heaven* es una de mis canciones favoritas. Es curioso cómo una canción puede capturar tantas emociones, ¿no crees?

Asentí, impresionado por su capacidad para encontrar significado en las letras y melodías.

—Es como la poesía, cada uno encuentra su propio mensaje en ella —comenté.

—Exactamente. Eso es lo hermoso de la música y la literatura. Son universales y, al mismo tiempo, íntimamente personales —concluyó Erika, regalándome una sonrisa.

En aquel momento, cuando iba a decir algo, un silbido atravesó el aire. Solo conocía a alguien capaz de hacerlo tan sonoro que pudiera traspasar el sonido del tráfico matutino: Ramón.

Invadido por el pánico, giré la cabeza. Allí estaban: Dani, Chema, Miguelete y Ramón. Caminando en sincronía, uno al lado del otro, en posición estorbo.

—¿Qué pasa, chaval? —bramó Ramón desde la distancia.

Tragué saliva y miré de reojo a Erika, quien se había detenido y esperaba a que se acercaran a nuestra posición. Su sonrisa no se había desvanecido, cosa que me sorprendió.

Cuando la feliz pandilla se nos unió, Ramón avanzó un paso por delante de los demás y sin pensárselo dos veces, estampó dos besos a Erika diciendo:

—Soy Ramón y tú Erika —dijo. No pude evitar recordar las películas de Tarzán que había visto de pequeño, en las que Johnny Weissmuller decía la famosa frase: «Yo, Tarzán; tú, Jane». Por otro lado, el gesto de besarla me enfureció. Me pareció tan sacrílego como la entrada de los turcos otomanos saqueando los templos de Constantinopla. El profesor de historia, un tipo que te explicaba los hechos históricos como si de un poeta clásico se tratase, nos había narrado eso el viernes anterior.

—Así es, desde hace catorce años —contestó la aludida. Aunque lo hizo en un tono neutro, el comentario pilló desprevenido a mi amigo, dejándolo con tal cara de póker que apenas pude sofocar una carcajada. Ramón me dirigió la «mirada de la muerte» de reojo.

—Y estos son Dani, Chema y Miguelete —fue lo único que pudo decir.

—¡Hola, chicos! —exclamó Erika.

Nos pusimos a caminar todos a una en dirección al instituto.

—Erika —dijo Dani—, Pol nos comentó que eres del País Vasco.

Aquello no era del todo exacto, Dani se había enterado mediante Ramón, pero no quise decir nada. Aquella intromisión había bajado mi entusiasmo bastantes grados.

—Así es —contestó ella, sonriente.

—¿De dónde, exactamente? —insistió. Dani siempre era muy curioso, a la vez que correcto. De todos los que nos habíamos reunido esa mañana era el que me daba la tranquilidad de que no me iba a dejar en evidencia o hacerme sentir abochornado.

—De Bilbao —contestó Erika.

—¿Cómo es? —intercedió Miguelete. De repente todos tenían interés en Erika y aquello me incomodó—. No he estado nunca.

—Bilbao es una ciudad industrial, muy diferente a Barcelona —comenzó Erika—. A mí me encantaba pasear por el Casco Viejo, con sus calles empedradas y sus bares de *pintxos*. Puede parecer un sitio gris, pero la gente es abierta y amigable, al contrario de lo que muchos puedan pensar. El paisaje, fuera del área urbana, es verde y lluvioso, lo que le da a la ciudad una frescura que echo de menos. Y no olvidemos la comida, ¡la gastronomía es excepcional! No quiero decir que aquí no se coma bien, es simplemente que echo de menos mi tierra.

Nos quedamos observándola. Realmente era fascinante escucharla hablar con aquella pasión y aquella manera culta que para mí se había convertido en su sello personal. Ramón se aclaró la garganta y dijo:

—Descrito así suena de la hostia. Lo que me recuerda a un chiste. ¿Quieres que lo cuente?

—¡Claro! Creo que ya tienes fama en el instituto de saber contarlos estupendamente —contestó Erika.

Me eché las manos mentalmente a la cabeza, temblando solo de pensar en la posible barbaridad que Ramón pudiera contar.

—Es el chiste de un tío que pasa por delante de una tienda de animales y le llama la atención una cacatúa. Le empieza a hacer cucamonas y el pájaro las imita. Total, el hombre se queda prendado del bicho y entra en la tienda y le pregunta: «¿Es cara la cacatúa?» Y el dependiente le contesta: «Lo siento, no hablo euskera».

Se hizo el silencio. Mortificado de vergüenza, quise, por un instante, que el cielo reuniese todas las nubes cargadas de estática y descargara un rayo sobre mí. O, mejor, sobre Ramón. Sin embargo, lo que sucedió fue algo inesperado: Erika estalló en carcajadas.

Su risa, tras oír el chiste de Ramón, era como una melodía contagiosa que llenaba el aire con vibraciones de alegría. En otras palabras, poseía ese tipo de risa que podía iluminar una habitación sombría, como si un rayo de sol hubiera encontrado su camino a través de una ventana.

—Bueno, ya que estamos con chistes, os contaré uno de Bilbao —dijo Erika, aún con lágrimas de risa en los ojos. No pude evitar mirarla con asombro—. ¿Sabéis qué hace un bilbaíno para reparar las abolladuras de un coche?

La miramos sin decir nada.

—Pues soplar por el tubo de escape —concluyó ella.

Todos reímos el final, sorprendidos por haber sido capaz de contar un chiste sobre la gente de su lugar.

—¿A los de allí no os molesta que se expliquen chistes de bilbaínos? —inquirió Chema, que hasta entonces se había mantenido en silencio.

Erika se encogió de hombros.

—Habrá a quien no le guste, a mí es una cosa que me da un tanto igual. Opino que hay que saber reírse de uno mismo, ¿no crees? Si eres capaz de hacerlo, la mofa de los demás ya ni te afecta.

Chema, Ramón, Miguelete y Dani asintieron. Era curioso cómo Erika, en pocos minutos, se

había ganado el respeto de mis amigos, cosa que me tranquilizó considerablemente. En el fondo eran buenos chicos, los únicos que había conservado de la E.G.B. y, aunque a veces me entraban ganas de darles una colleja a algunos de ellos, tenía que admitir que me respetaban. Debo reconocer también que, después de la muerte de mamá, habían intentado animarme, viniendo a visitarme, a pesar de mis reiteradas negativas a salir con ellos a jugar un partido de fútbol o ir a los recreativos.

—¿Os sabéis el del tío que va con su hijo al bar? —dijo Ramón.

Todos negamos, porque ya se esperaba que debiéramos hacerlo para que el chaval soltara el chascarrillo.

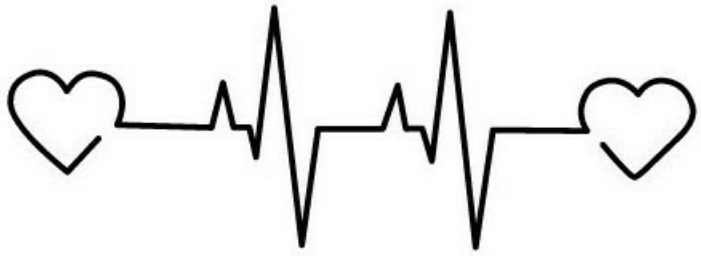
—El tío le pide un bocadillo y una cerveza al camarero y este le pregunta: «¿Al niño le pongo una Mirinda?» Y el padre del crío le contesta: «No, que el niño ya ha "mirindado" y después no cena».

Volvimos a reír con ganas. Ver a Erika riendo era maravilloso, pues su belleza parecía amplificarse. Continuamos caminando hacia el instituto, Dani empezó a hablar de un programa de humor que había visto en la televisión y yo desconecté un poco. En cierto momento, Erika, que seguía caminando a mi lado, me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Tus amigos son geniales.

Tomé contacto visual con sus preciosos ojos y sonreí.

«Tú sí que eres genial», pensé. Ojalá hubiese tenido el arrojo para verbalizar todo lo que pensaba y no verbalizaba. Sin duda, las cosas hubiesen sido mucho más sencillas.



Momentos antes de la clase de lengua española, tuve un impulso creativo y, disimuladamente, extraje mi cuaderno de escritura. Mientras Rosa, la tutora, preparaba sus cosas, escribí unos versos inspirados en Erika.

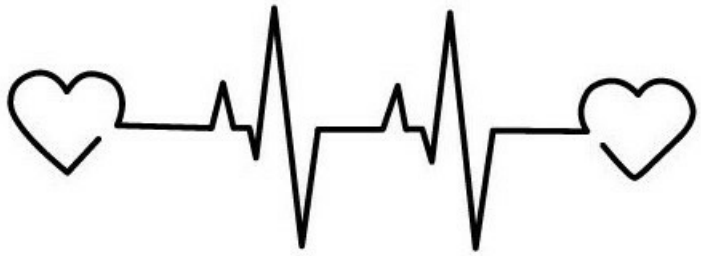
En cada risa de Erika, un destello,
como estrellas danzando en el cielo bello.
Su alegría, un río que fluye sin freno,
en su sonrisa, el sol encuentra su reflejo.

La risa de Erika, melodía pura,
un canto de júbilo que la tristeza cura.
Es un eco de felicidad que mi alma atesora,
y su carcajada, una joya que mi oído decora.

No demasiado convencido con el último verso, cerré el cuaderno y me dispuse a atender la lección.

CAPÍTULO OCHO

¡QUE SE BESEN!

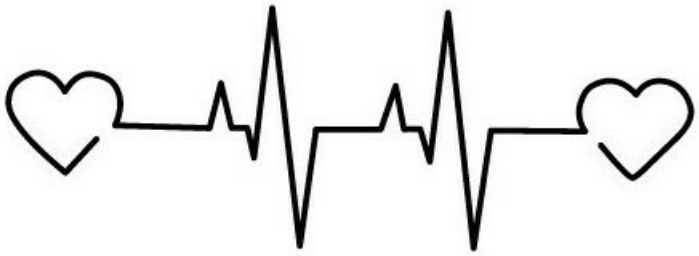


Ese día marcó una gran diferencia, además de señalar el inicio de una época maravillosa de compañerismo y amistad. Nuestro círculo de amigos se amplió, pues a Chema, Dani, Ramón y Miguelete se unieron las amigas que Erika hizo en el transcurso de las semanas.

La primera en llegar fue Lara, una chica de sonrisa fácil y ojos que destellaban curiosidad. Ella trajo una brisa de creatividad al grupo; sus ideas siempre eran frescas y su entusiasmo por los proyectos de arte nos inspiraba a todos. Tenía estatura media, cabello largo y ondulado, con tonos castaños que capturaban destellos dorados bajo el sol. Sus ojos, grandes y expresivos, eran de un color marrón claro y su sonrisa era fácil y genuina, revelando una hilera de dientes perfectamente alineados que complementaban su rostro amable.

Alba llegó poco después, con su serenidad y su capacidad para escuchar, se convirtió en el refugio seguro para aquellos días en que el mundo parecía demasiado ruidoso. Poseía una figura esbelta y grácil, con una altura que superaba ligeramente la media. Su cabello era una cascada de rizos rubios que caían suavemente sobre sus hombros, reflejando destellos de luz como si fueran hilos de oro puro. Sus ojos eran de un azul profundo, reminiscentes del mar en calma, y enmarcados por largas pestañas que acentuaban su mirada serena y pensativa. Su estilo a la hora de vestir era sencillo, pero con un toque de sofisticación.

Irene, la tercera en unirse, era la definición de aventura. Pertenecía a un grupo excursionista de la parroquia y era una auténtica enamorada de la naturaleza. Se distinguía por su aire despreocupado y su amor por la libertad. Tenía el cabello largo y a veces solía adornárselo con bandas de colores vivos. Vestía con ropas holgadas y cómodas y en su muñeca nunca faltaba una pulsera de cuero trenzado. Irene irradiaba una energía tranquila y positiva que atraía a las personas hacia ella. Su estilo *hippie* no era solo una moda, sino una extensión de su filosofía de vida: vivir en armonía con el mundo que la rodeaba, respetando la diversidad y buscando la belleza en lo simple y auténtico.



La llegada de estas tres chicas al grupo cambió la dinámica de una manera que ninguno de nosotros esperaba. Las barreras que típicamente separan a los «nuevos» de los «viejos» amigos se disolvieron rápidamente. Erika, con su calidez innata, fue el puente que nos unió a todos.

La influencia de Lara, Alba e Irene fue más allá de las actividades grupales. Nos enseñaron el valor de la diversidad y la importancia de la inclusión, en una época en la que esos términos todavía no se habían popularizado. Cada una, con su personalidad única, aportó una nueva perspectiva a nuestras vidas. Los debates sobre libros, música, películas y múltiples temas, como nuestros padres, los estudios, los problemas sociales y un largo etcétera, se volvieron más profundos y significativos. Los proyectos escolares se transformaron en colaboraciones creativas que reflejaban la variedad de nuestras habilidades y talentos.

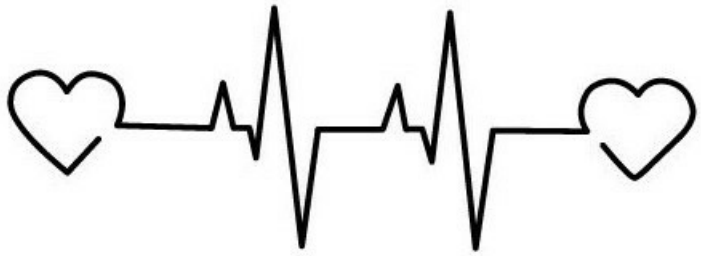
En retrospectiva, la integración de las amigas de Erika en nuestro grupo no solo implicó una expansión de nuestro círculo social, sino una evolución de nosotros mismos. Los cinco nos volvimos más abiertos, más empáticos y, en muchos aspectos, más valientes. A través de la risa y el apoyo mutuo, forjamos lazos que sabíamos que durarían mucho más allá de los años de instituto. Erika y sus amigas no solo trajeron alegría a nuestras vidas, sino que también nos mostraron cómo la amistad verdadera tuvo el poder de transformar y enriquecer nuestras almas.

En definitiva, fue como si las piezas que faltaban en un rompecabezas se uniesen finalmente y, con ellas, los momentos compartidos se volvieron más ricos, más llenos de vida. Los silencios, antes incómodos, ahora eran espacios de comprensión mutua y las risas, más frecuentes, se convirtieron en el eco de nuestra complicidad. Chema, Dani, Miguelete y Ramón, que antes solo pensaban en el fútbol, programas de televisión y chicas, ahora se unían a Erika, Lara, Alba, Irene y a mí en las gradas del patio, donde las conversaciones fluían tan libres como el viento.

Mirando hacia atrás, puedo decir con certeza que formamos un grupo fenomenal. Estábamos en esa edad dorada de transición, dejando atrás los juegos infantiles para abrazar las experiencias que la vida nos ofrecía. A pesar de ser un grupo relativamente grande, nunca me resultó un obstáculo para estar cerca de Erika. Lara, Alba e Irene mantenían al resto de los chicos entretenidos, lo que nos daba a Erika y a mí la oportunidad de disfrutar de charlas estimulantes durante el recreo.

Erika, con su sonrisa que iluminaba el patio y su risa que todavía resuena en mi memoria, se convirtió en una fuente de inspiración diaria. Sus palabras, siempre llenas de sabiduría y calidez, me hacían reflexionar y a menudo me encontraba sonriendo sin razón aparente. Su presencia era un bálsamo para el alma y cada día a su lado era una promesa de nuevos descubrimientos.

Por mi parte, me sentía agradecido por cada momento compartido, por cada risa y cada conversación. Erika me enseñó a ver el mundo a través de otros ojos, a apreciar la belleza en lo cotidiano y a valorar la amistad verdadera. Nuestra conexión era algo especial, un lazo que se fortalecía con cada palabra y cada gesto compartido. En su compañía, el mundo parecía un lugar más brillante, más esperanzador.



Erika también ejercía sobre mí un poder transformador. Con el paso de los días tomó más confianza y me fue comentando cosas acerca de mí. En cierta ocasión, un día al volver a casa desde el instituto, criticó mi naturaleza taciturna y me instó a reír más y ser más alegre, porque solo sonreía cuando estaba con ella, pero no por iniciativa propia. Recuerdo que en aquel instante íbamos caminando uno al lado del otro, ignorando los comentarios que proferían las presas que se asomaban a las ventanas enrejadas, a nuestro paso por la prisión de mujeres.

Fue entonces cuando le hablé de la muerte de mamá y de cómo me había afectado hasta el punto de no tener ganas yo mismo de vivir en algunos momentos. Erika se detuvo y me miró con una ternura que parecía abrazar mi alma.

—Pol, la vida es como un libro —comenzó, su voz era suave pero firme—. Cada día es una página nueva y, aunque algunas estén manchadas de lágrimas, otras están llenas de risas y colores.

Asentí, sintiendo cómo sus palabras calaban hondo.

—Es solo que, desde que mamá… se fuera, cada página pareciese gris —confesé, las palabras salían con dificultad, como si llevaran el peso de mi dolor.

Ella se acercó y me dio un pequeño empujón amistoso.

—Pero mira a tu alrededor, Pol. Mira cómo el sol se filtra a través de las nubes, cómo el cielo se extiende amplio y claro. Hay belleza aquí, incluso ahora, incluso cuando duele.

Me puso una mano en el pecho, sobre el corazón, el contacto me pareció electrizante.

—Eso es fácil decirlo para ti —repliqué, aunque sin malicia—. Siempre estás sonriendo, siempre ves el lado bueno de las cosas.

Erika apartó su mano de mi pecho y se encogió de hombros, esbozando una sonrisa juguetona en sus labios.

—Bueno, ¿y qué si lo hago? ¿No es mejor buscar la luz que quedarse en la oscuridad? Además —añadió—, tú también tienes una sonrisa bastante genial, solo tienes que usarla más a menudo. Me encanta verte sonreír, tontorrón.

No pude evitar sonreír ante eso y ella aplaudió, como si hubiera ganado un premio.

—¡Ahí está! ¡Aúpa! ¡Ves! No es tan difícil. Estás guapísimo así.

—Supongo que no es tan difícil. Tú lo haces fácil —admití, ruborizándome. Por un momento, la carga en mi pecho se sintió más ligera.

Erika se puso seria de nuevo.

—Pol, perder a alguien que amas… Yo no puedo imaginar lo duro que debió y debe ser. Pero sé esto: tu madre te amaba y quería lo mejor para ti. Ella querría que fueras feliz, que vivieras y disfrutaras cada momento.

Las palabras de Erika obraron en mí una paz indescriptible y sentí cómo las barreras que había construido alrededor de mi corazón comenzaban a desmoronarse.

—Gracias, Erika —murmuré—. No sé qué haría sin ti.

Ella me dio un abrazo rápido y fuerte.

—Cuenta conmigo, Pol. Siempre. Y juntos, vamos a llenar este libro de la vida con las mejores historias que podamos imaginar en cada página.

—A veces, cuando me siento hundido, voy a la playa, me siento en la arena y hablo con mi madre. Jamás obtengo respuesta, pero me alivia —confesé.

—Pol, a lo mejor la respuesta a tus palabras solo las oyes en tu corazón, no en tus oídos —sugirió Erika, mirándome con intensidad y un dulce gesto en su rostro—. Te conozco poco, pero lo suficiente para saber que tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Venga, levanta ese mentón y camina con la cabeza bien alta, que tu madre, allá donde esté, vea a su hijo contento.

Esta vez fui yo quien la abrazó con fuerza y le susurré:

—Gracias, Erika. Si algún día que vaya a la playa quisieras venir…

Ella se separó de mí y me preguntó:

—¿Querrías que te acompañara? No quiero ser una intrusa en un momento tan íntimo, Pol.

—Lo haría todo más fácil.

Erika se descolgó la mochila con rapidez, extrajo una libreta y un bolígrafo. Apuntó algo en el papel y lo arrancó. Era su número de teléfono. Le dicté el mío.

—Llama cuando lo necesites, Pol.

Sonreí.

—¡Venga, tortolitos! —apremió Ramón más adelante—. ¡Que tenemos clase esta tarde!

El resto del grupo se volvió. Irene propinó una palmada en el hombro a Ramón para que siguiera caminando y los demás continuaron con sus conversaciones.

—Gracias de nuevo —le dije a Erika. La habría besado con dulzura y pasión en aquel momento en que me miraba con aquella intensidad. Sin embargo, fui incapaz; mi timidez volvió a asomar y a tomar las riendas de mis actos.

—¡Que se besen! ¡Que se besen! —comenzó una rea desde su ventana y enseguida fue coreada por varias compañeras.

Erika se ruborizó, miró a las mujeres detrás de los barrotes y después me colocó los brazos alrededor del cuello. Me dio un tierno beso en la mejilla y posteriormente se giró hacia las ventanas de la cárcel con los brazos extendidos, como una actriz de teatro que ha finalizado su función y saluda al público.

—¡Súbeme al mozo, que te enseño cómo le tienes que besar! —profirió una.

—¡Pobrecito! ¡Qué ducha fría se va a tener que tomar cuando llegue a casa! —gritó otra.

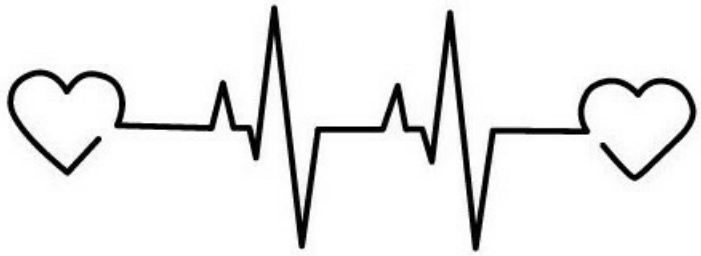
Erika se giró rápidamente hacia mí. Por un momento, pensé que me iría a besar de otro modo, pero en lugar de eso me dijo:

—¡Por Dios, qué bochorno! ¡Huyamos!

Sin poder contener la risa por verla tan roja, me uní a sus rápidos pasos, poniendo distancia entre nosotros y las prisioneras, que no dejaron de gritar más chanzas.

CAPÍTULO NUEVE

ARENA Y POLAROID



Noviembre de 1988

Erika y yo encontramos en la playa nuestro pequeño santuario, un lugar donde las olas del mar borraban las preocupaciones de la rutina diaria. A veces íbamos después de salir de clase, por la tarde, antes de que anocheciera. Aunque a menudo nos acompañaba Martina, su hermana, con su risa contagiosa y su colección interminable de historias, o los chicos y chicas del grupo, con sus juegos y charlas animadas, siempre había un momento en el que el mundo se reducía a solo nosotros dos.

En esos instantes, compartíamos confidencias y sueños, hablábamos de futuros posibles y recuerdos de la infancia. Y, cómo no, de libros, autores, películas y música. A veces, construíamos castillos de arena, no para que perduraran, sino para disfrutar del placer de crear algo juntos, aunque fuera efímero. Lara, la artista del grupo, nos enseñó a erigirlos. Su talento artístico parecía no tener límites. Nos mostró cómo humedecer la arena para después moldearla. Pronto, Erika y yo, aprendimos a hacer figuras juntos, mientras hablábamos. No llegamos a tener la destreza de nuestra amiga, pero nos divertíamos en el intento.

—¿Has visto cómo se miran Lara y Ramón? —me dijo Erika una de esas tardes en la playa. Hacía frío, estábamos a finales de noviembre, pero no habíamos dejado de visitarla al menos una tarde a la semana.

Desvié la mirada del montón de arena que Erika y yo estábamos moldeando a los que nos habían acompañado aquella tarde: Dani, Lara, Irene, Alba, Ramón, Chema y Miguelete.

Ramón fumaba y hablaba animadamente con Lara, que atendía a sus palabras, jugueteando con la arena entre sus dedos. El rostro de ambos mostraba una mutua admiración y me pregunté si Ramón sentía algo hacia Lara, algo tan poderoso como lo que yo sentía por Erika. Irene parecía estar atenta a la charla de Chema y Alba, a la de Miguelete. Dani, se mostraba ajeno a todo, leyendo un cómic y mirando de vez en cuando en nuestra dirección.

—Es curioso como, a medida que pasan las semanas, vas viendo más y más parejas en el instituto. ¿Te habías fijado, Pol? —comentó Erika mientras iba apelmazando un montón de arena —. Hay como una necesidad imperiosa de citarse entre todos los de nuestra edad.

—¿Has…? ¿Has salido con algún chico, Erika? —pregunté con el corazón en un puño. Era la pregunta que me rondaba desde hacía días. No la había formulado, porque una respuesta afirmativa o que revelara su inclinación hacia un chico, sabía que llegaría a ser total y

absolutamente devastadora.

Así pues, allí estaba, se lo había preguntado. Solo quedaba contener el aliento y esperar el golpe.

—No —contestó contundentemente—. No me he citado con ningún chico. Creo que cuando lo haga será porque sienta algo poderoso que me impulse a hacerlo. ¿Y tú?

Me quedé sin palabras. No supe qué pensar en aquel momento sobre su respuesta.

—Yo, ¿qué?

—Que si sales o has salido con alguien. Chico, a veces estás en la parra —me dijo, sin mirarme, mientras intentaba moldear una almena con una herramienta de un juego de plastilina. Hasta ese extremo llegó la afición de las figuras de arena.

—No.

—Será porque no quieres.

Detuve lo que estaba haciendo y la miré inquisitivamente.

—Ahora me dirás que no lo sabes —dijo Erika crípticamente, mirándome por encima de sus lentes.

Mi corazón se aceleró, esperando algún comentario que apuntara a que ella sentía algo por mí y que deseaba ser mi pareja.

—Las chicas del instituto hablan mucho de ti, Pol. Parece que les gustas.

Me relajé un poco, hasta sentí cierta decepción, pero no bajé la guardia. Sabía que con Erika no debía hacerlo. Tenía una catapulta intelectual capaz de superar cualquier muralla emocional.

—Me tomas el pelo —dije, mirándola intensamente, a la espera de una carcajada.

—En absoluto, el otro día varias de mi clase conspiraban para ver quién se atrevía a charlar contigo. Creo que alguna ganó la apuesta —comentó con una sonrisa pícara y guiñándome el ojo.

Ese gesto me pareció del todo arrebatador y me hizo sonrojar.

—Emmm… Ahora me explico por qué hace unos días aquella chica me preguntó algo sobre el examen de música que tuvimos —dije, rascándome la cabeza.

Erika rio.

—Se te acercó Vanessa, la más guapa.

—No me pareció tan guapa. Ni yo creo que sea tan guapo como dicen —apunté.

—Pues yo pienso que sí eres guapo —dijo Erika, sin desviar su mirada de la serie de almenas que iba moldeando—. Lo que pasa es que no te sabes ver. Déjame enseñarte algo.

Se sacudió las manos de arena y fue a por su mochila, de la que extrajo un neceser a rayas. Lo abrió y extrajo un objeto plano y rectangular. Se sentó a mi lado, a una distancia que jamás había estado. Sentía su figura adherida estrechamente a la mía, permitiéndome sentir el cálido y reconfortante calor que desprendía, lo que provocó un abanico de sensaciones placenteras en mí. Erika puso ante mí el espejo que había sacado del neceser. Contemplé mi rostro reflejado en la superficie.

—Mírate, Pol. Por lo más sagrado, no vuelvas a decir que no eres físicamente atractivo —me dijo al oído. Su voz sonó tan firme como dulce—. Empieza a aceptarte tal y como eres. No vas a engañarme diciéndome que eres aburrido o feo. No. A estas alturas de la película, no.

Un temblor de emoción comenzó a recorrer mi cuerpo, interrumpido por la voz de Lara.

—¡Chicos, estáis para una foto!

La muchacha estaba de pie, sosteniendo una enorme cámara en las manos.

—¿De dónde has sacado esa Polaroid? —preguntó Erika.

—Es de mi padre —contestó Lara.

—A saber qué harán tus viejos con esa cámara —intervino Chema con una sonrisa traviesa —. Esas fotos no pasan por un estudio de revelado…

Lara rio, pero castigó a Chema dando una patada a la arena, que cayó sobre nuestro amigo, que no paraba de reír.

—Venga, chicos. Sonreíd a la cámaraaaa —pidió Lara, situando el dispositivo delante de su cara. Pulsó un botón y, tras un chasquido, el aparato expulsó una tarjeta cuadrada. La chica la guardó en el bolsillo de la chaqueta que llevaba puesta—. Hay que esperar un par de minutos a que se revele.

Al cabo de un rato nos mostró el resultado.

—Aquí tenéis —dijo, dándosela a Erika—. Habéis quedado divinos. Que se la quede quien quiera.

Dicho esto, Lara se dispuso a hacer fotos del resto del grupo, dejándonos de nuevo a solas. Erika y yo contemplamos la fotografía.



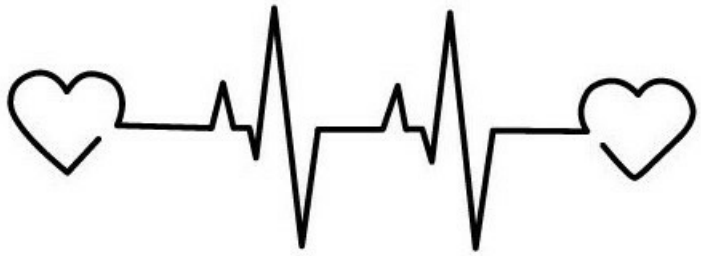
—¿Te gusta? —pregunté.

—Sí, mucho —contestó Erika y me ofreció la fotografía—. Para ti, para que comiences a verte mejor.

Cogí la foto y la contemplé con una sonrisa.

Y así, día tras día, la playa se convirtió en testigo de nuestra amistad, un lazo que se fortalecía con cada atardecer compartido. Aunque el resto del grupo nos proporcionaba compañía y diversión, era en esos momentos de tranquilidad donde Erika y yo nos encontrábamos

verdaderamente a nosotros mismos, en la simpleza de la arena, el mar y una amistad que parecía tan infinita como el horizonte que se extendía frente a nosotros.



A pesar de que aquellos días estuvieron llenos de risas y momentos inolvidables, surgió un evento inesperado que puso a prueba la fortaleza de nuestro pequeño grupo de amigos. Fue una situación difícil que, aunque inicialmente trajo sombras a nuestra alegría, terminó por estrechar los lazos que nos unían. Como si fuera una tormenta que, al pasar, deja el aire más fresco y limpio, aquel episodio desafortunado nos enseñó el valor de la solidaridad y la confianza mutua.

Sucedió horas después de que Lara tomara aquella instantánea de Erika y de mí. Me encontraba en la cama, contemplando la belleza de Erika en la foto, imaginándome una vida a su lado, envejeciendo juntos. Bajo aquel estado de ensoñación, me sentí incapaz de entregarme al sueño. Sin embargo, esa tranquilidad fue abruptamente interrumpida por el sonido insistente de alguien golpeando nuestra puerta. Con el corazón acelerado, me apresuré a ver quién podía ser a esas horas intempestivas.

Allí estaba Ramón, su figura recortada por la tenue luz de las farolas y las lágrimas surcando su rostro juvenil. La desesperación en sus ojos era palpable y su voz temblorosa apenas lograba articular las palabras. Por lo que entendí, su padre, bajo los efectos del alcohol, había desatado su furia sobre su madre. Ramón, superado por el miedo y la confusión, había corrido hacia el único refugio que creía seguro: nuestra casa.

Mi padre, que también había acudido a la puerta y, al percibir la gravedad de la situación, me instó a cuidar de mi amigo. Me pidió que le ofreciera consuelo y seguridad, mientras él y mi hermano mayor se aventuraban en la noche para enfrentarse a la tormenta que se había desencadenado en la casa de Ramón. Con un abrazo fraternal, acogí a Ramón, prometiéndole que todo se resolvería. Mientras tanto, mi padre y hermano, salieron corriendo para poner fin al caos y proteger a una familia que se desmoronaba.

—Puedo prepararte algo, si quieres —ofrecí una vez estuvimos en la sala de estar. Me sentí torpe. Jamás había visto a Ramón en ese estado. Siempre estaba de buen humor—. ¡Una tila! ¡Voy a prepararte una!

Corrí a la cocina y puse agua a calentar en un cazo. Busqué la lata de las infusiones y encontré un sobrecito con una bolsa de tila que puse en una taza. Cuando el agua hirvió, vertí un poco y tapé la infusión. Aquello me trajo tristes recuerdos, pues mi tía había hecho lo mismo cuando vino a visitarnos y a ayudar un poco en la casa mientras sufríamos los primeros días de duelo tras la muerte de mamá. Los sollozos de Ramón eran audibles desde la cocina.

Cuando llegué con la infusión, mi amigo lloraba desconsoladamente. Dejé la taza sobre la mesita y me quedé contemplándolo, sin saber exactamente qué hacer. Me pregunté qué haría Erika en aquella situación y entonces lo vi claro.

Me senté al lado de Ramón y lo abracé.

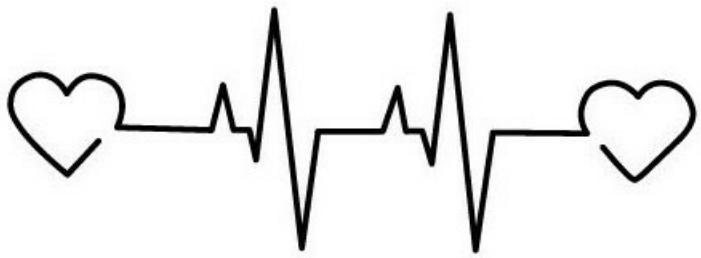
—Tío, ya está. Estás a salvo, tu padre no te va a tocar un pelo. Mi padre y mi hermano ya

deben estar allí. Todo se arreglará, ¿vale?

Mi amigo se derrumbó, llorando sobre mi hombro y diciendo que debió haberlo denunciado hacía tiempo. Que, por culpa de él, su madre sufría, por haber sido incapaz de denunciar a su padre.

—Eso se va a acabar esta noche, tío. Papá y Jaime se encargarán.

Logré calmarlo de algún modo e hice que se tomara la infusión. Al cabo de media hora, lo convencí para que se tumbara y, unos minutos más tarde, bajo el efecto de la tila, se quedó dormido. Consulté mi reloj: eran las dos de la mañana.



A las tres y diez oí el sonido de la puerta principal abrirse y a los segundos aparecieron papá y Jaime. Mi padre me indicó que fuéramos a la cocina y allí se sentó a mi lado, su mirada reflejaba la seriedad del momento. Tanto su rostro como el de mi hermano se mostraban serios y preocupados.

—Ha sido una noche larga y difícil —comenzó papá con voz pausada—. Cuando llegamos a casa de Ramón, la situación era caótica. Su padre estaba fuera de sí, había muebles rotos, vajilla destrozada y tuvimos que llamar a la policía para que interviniera. No tardaron en llegar, junto con las ambulancias, para atender a la madre de Ramón y asegurarse de que recibiera la ayuda necesaria. Su marido le ha dado una paliza. ¡Jesús, María y José! Pobre mujer…

Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para continuar.

—La policía se ha encargado de que la casa de Ramón sea un lugar seguro por ahora. Se ha llevado a su padre detenido y con cargos. Agredió a uno de los agentes cuando le dijeron de ir a comisaría. Además, he hablado con un psicólogo que se ha presentado allí y me ha asegurado que vendrá aquí por la mañana para hablar con Ramón. Es importante que reciba apoyo profesional después de lo que ha vivido esta noche. También lo acompañará a la comisaría para que pueda dar su declaración. Todo esto es para asegurarnos de que él y su madre estén protegidos y puedan empezar a recuperarse de esta terrible experiencia.

La explicación de mi padre me dejó pensativo, pero también agradecido por la rapidez y eficacia con la que había actuado. Era un recordatorio de que, en medio de la adversidad, no estábamos solos y que había personas dispuestas a ayudar y proteger a quienes lo necesitaban.

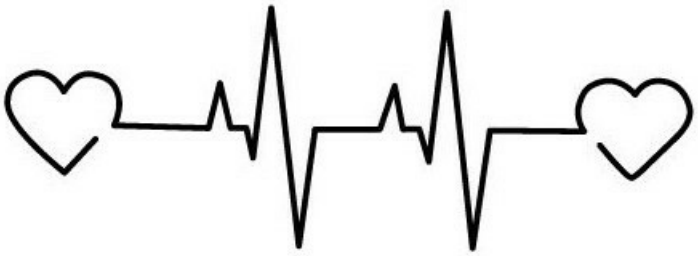
Esa noche, las máscaras cayeron y la realidad de la vida se mostró en su forma más cruda. Pero también fue una noche donde la fuerza de nuestra amistad se solidificó, donde los lazos de fraternidad se tensaron para sostener el peso de la adversidad. Desde ese momento Ramón cambió en todos los aspectos, convirtiéndose en una persona muy diferente. Ya había empezado una evolución muy positiva tras conocer a Lara, por la que albergaba sentimientos que no ocultaba en absoluto.

Días más tarde de aquel suceso, me prometió que, a partir de entonces, iba a tratar a las chicas con respeto y me daba su permiso para administrarle una paliza si algún día él seguía los pasos de su padre.

No fue necesario, siempre fue fiel a su palabra.

CAPÍTULO DIEZ

¿FELIZ NAVIDAD?



Aquella mañana, la luz del amanecer apenas se filtraba a través de las cortinas cuando sentí una mano suave en mi hombro. Era papá, quien con una sonrisa cansada, pero reconfortante, me sacó de un sueño profundo.

—Despierta, campeón —dijo con esa voz que siempre lograba hacerme sentir seguro.

Me incorporé, frotándome los ojos, aún aturdido por los recuerdos de la noche anterior. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el olor a pan tostado, creando una atmósfera cálida que contrastaba con el frío recuerdo de los eventos recientes.

Una vez en la cocina, papá me pasó una taza humeante y, por un momento, todo parecía normal, como si la tormenta de la noche anterior nunca hubiera ocurrido.

—Te he preparado café. Sé que todavía no tienes edad, pero hoy lo necesitas —me dijo.

Nos sentamos en silencio, compartiendo ese pequeño ritual matutino que siempre había sido nuestro momento de conexión.

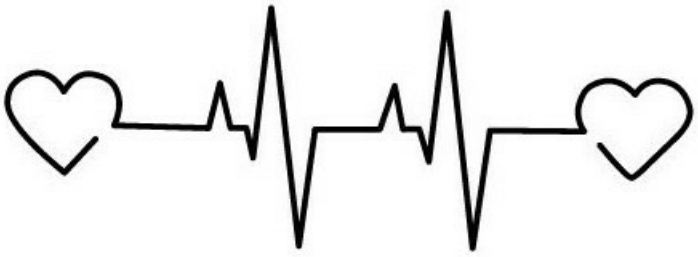
—Hoy será un día mejor —aseguró papá y aunque las palabras eran sencillas, llevaban consigo un peso de verdad y esperanza.

Ese gesto tan simple, el de prepararme café después de una oscura noche, era su manera de decirme que la vida continúa, que después de la oscuridad siempre llega la luz y que no importa lo que pasase: siempre estaríamos ahí el uno para el otro.

—¿Tengo que ir al *insti*? —inquirí con desánimo.

—Sí, es necesario que Ramón tenga intimidad cuando venga el psicólogo.

Bufé y eché una cucharada de azúcar en la taza llena a rebosar de café y leche. Después del desayuno me aseé y me preparé para salir. Ramón todavía dormía en el sofá.



Como era costumbre, enfilé la calle Pujadas y me encontré a Erika, que me esperaba en su portal, radiante y sonriente.

—¡Buenos días! ¿Listo para otro día de…? —comenzó a decir, pero se detuvo al verme, pues algo notó enseguida. Como siempre, yo era un libro abierto para ella—. Estás diferente, ¿qué ha sucedido?

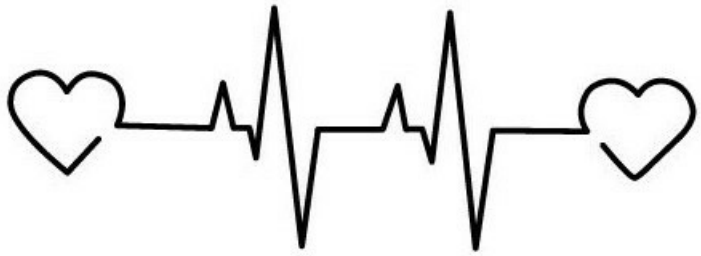
Le expliqué lo ocurrido la noche anterior y Erika escuchó atentamente, su rostro reflejando una mezcla de preocupación y compasión. Cuando terminé de contarle todo, sus ojos se llenaron de una calidez que solo ella podía transmitir.

—Has hecho más de lo que muchos habrían hecho en esa situación —dijo con una voz tan suave que fue como si me estuviera acariciando con ella—. Ramón tiene suerte de tenerte como amigo y tus acciones hablan mucho del tipo de persona que eres. Me siento muy afortunada de haberte conocido, Pol. Tu padre y tu hermano son maravillosos también.

Su mano encontró la mía, un gesto de apoyo y confianza.

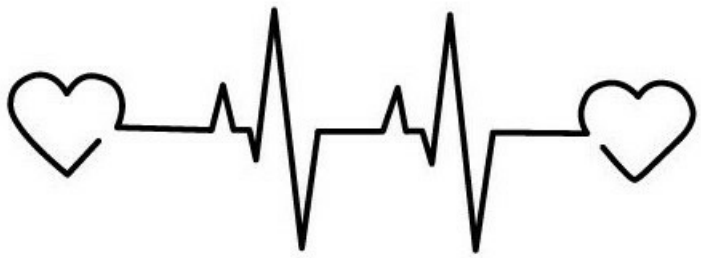
—Estoy aquí para lo que necesites, juntos podemos a ayudar a Ramón a superar esto. Es lo que hacen los amigos, ¿verdad? Ramón es un buen chico, tras esa coraza de brutote.

Su sonrisa me llenó de esperanza y su disposición a ayudar reafirmaba por qué me había enamorado de ella perdidamente. Erika no solo poseía una belleza delicada y dulce, también tenía una luz interior capaz de iluminarte el alma.



Ramón tardaría unas semanas en reaparecer por el instituto, pero no por eso estuvo solo. Lara, Miguelete, Chema, Dani, Irene, Alba, Erika y yo estuvimos con él por las tardes, cuando podíamos encontrar un hueco entre las asignaciones del instituto, que cada vez se hacían más y más abrumadoras. Su ánimo se había visto afectado, pero la presencia de Lara parecía calmarlo y eso me dio un rayo de esperanza en el proceso de superación de tan traumático episodio.

El padre de Ramón finalmente abandonó a su familia, desapareció del mapa y jamás volvimos a saber de él. Temí por mi amigo, por cómo iba a gestionar aquella pérdida. Sin embargo, y contra todo pronóstico, que su progenitor desapareciera de su vida le dio más calma y equilibrio que pesar, pues su hogar había adquirido una calma desconocida por Ramón y su madre, acostumbrados a la amenaza de palizas y abusos.



Diciembre de 1988

Con el paso de las semanas, realizamos los exámenes de evaluación. Erika y yo nos reuníamos frecuentemente para estudiar, ya fuera en su casa o en la mía. Fue una experiencia realmente estimulante que me ayudó a tomarme los estudios más en serio, si cabe. Mientras que nosotros dos obtuvimos muy buenas calificaciones, los resultados del resto del grupo fueron bastante variados. No obstante, nuestros ánimos comenzaron a elevarse con la proximidad de las vacaciones de Navidad.

Para mí era una época que había dejado de ilusionarme después de la muerte de mamá, quien poseía un espíritu navideño imbatible. Ni siquiera teníamos ánimo para decorar la casa; como mucho, poníamos algún adorno en la tienda, para atraer a la clientela. Sin embargo, la perspectiva de pasar una Navidad, la primera, con Erika me seducía a niveles astronómicos.

Preparé un regalo especial para ella. Durante aquel primer trimestre había escrito varios relatos y poemas que después puse en un cuaderno, escribiéndolos a pluma y con una caligrafía impecable. A esto añadí el álbum *Reg Strikes Back,* de Elton John. El tercer regalo era declararle mi amor. Lo tenía decidido.

Recuerdo haberlo ensayado varias veces delante del espejo, observando mi rostro, intentando no poner cara de bobo.

—Erika —decía, intentando que mi voz no temblara—, tengo algo súper importante que decirte.

Llegado a este punto, realizaba una pausa y proseguía de la siguiente manera:

—Eres la razón por la que me gusta escribir. Cada historia, cada poema que escribo, es como si hablaran de ti, de nosotros. Sí, eres «mi musa inadvertida», pero también algo más… Lo que quiero decir es que… me gustas mucho. No es algo de un día para otro, es algo que siento aquí —decía a mi reflejo en el espejo, señalando mi pecho—, desde el día que te vi por primera vez.

Era el momento de respirar hondo.

—Quiero que sepas que te quiero. Y no es un «te quiero» de esos que se dicen así como así. Es un «te quiero» de los grandes, de los que no se olvidan.

Sonreí, pensando en cómo sería darle un beso largo y apasionado. Miré al espejo y vi a un joven tímido, inseguro y torpe cuando se ponía nervioso. Repetí varias veces aquella declaración, haciendo variaciones, trabándome en palabras que en otros intentos había dicho con fluidez y bordándolo allí donde antes me trababa.

Quedamos para el día de san Esteban por la tarde, pues el día de Navidad la familia de Erika iría a casa del socio de su padre y yo estaría en casa de mi tía el Día de Reyes.

Ese día, un poco antes de la hora que convenimos, recorrí la distancia de mi casa a la de Erika como una exhalación. El aire parecía impregnado de una mezcla de nerviosismo y anticipación mientras me acercaba al portal del edificio donde vivía aquella chica que me hacía sentir vivo y alegre. Mis pasos resonaban en el pavimento, marcando el ritmo de mi corazón acelerado. No era la primera vez que visitaba su hogar, pero aquel día era diferente; llevaba conmigo algo más que unos regalos de Navidad.

Toqué el timbre del portero. Los segundos antes de que la puerta se abriera se estiraron como horas. Ascendí los dos pisos hasta alcanzar la puerta del domicilio de la familia de Erika. En la puerta me esperaban sus padres, recibiéndome con sus sonrisas acogedoras y una calidez que logró disipar un poco mi ansiedad.

—Hola, Pol —saludó su madre con esa voz suave que siempre me había hecho sentir en casa —. Erika está en su cuarto, adelante.

Asentí, les deseé una feliz Navidad, agradeciendo al mismo tiempo su hospitalidad con una

sonrisa tímida. Su padre me dio una palmada amistosa en el hombro, un gesto simple, pero que cargaba con él un peso de aprobación y confianza.

—Estoy muy contento de que nos visites y realmente agradecido de que tu hermano nos entregara su solicitud. Es un buen trabajador, Pol.

—Gracias —murmuré y pasé al interior. Cada paso en dirección a la habitación de Erika parecía elevar también la intensidad de mis emociones. La mezcla de emoción y miedo era abrumadora, pero la esperanza de lo que podría ser, de lo que estaba a punto de compartir con Erika, me impulsaba hacia delante.

Al llegar a su puerta, respiré profundamente, intentando calmar el torbellino dentro de mí. Toqué suavemente y entré. Erika me esperaba en su habitación, una pequeña estancia repleta de pósters de bandas y estrellas del cine. Se hallaba sobre su cama, con las piernas cruzadas, sosteniendo un libro entre sus manos. La luz del atardecer se filtraba a través de la ventana, bañando la habitación en tonos dorados y anaranjados.

—¡Aúpa! ¡Eres de puntualidad suiza, chico! —dijo al verme. Dejó el libro sobre la cama y vino a darme dos besos de bienvenida que me supieron a gloria bendita.

—Feliz Navidad, Erika —dije entregándole el cuaderno con mis historias, que había envuelto con papel de motivos navideños.

Erika cogió el regalo entre sus manos, lo abrió con delicadeza y un brillo de ilusión en sus ojos, que se iluminaron al abrirlo, recorriendo cada página escrita a mano en el cuaderno. Una sonrisa se dibujó en su rostro y su mirada se encontró con la mía.

—Tus historias son maravillosas, Pol. Me transportan a mundos desconocidos, cada vez los escribes mejor. —Se detuvo en una página y se ruborizó—. ¡Oh, pero si hay poemas! ¡Muchas gracias! Esta misma noche los leeré, te lo prometo.

Me dio un fuerte abrazo y posó otro beso en mi mejilla. A continuación, le di el disco.

—Pol, eres increíble, no tenía este disco y me hacía mucha ilusión. En una enciclopedia, tu foto está en dos entradas: junto a «Generosidad» y «Mejor amigo».

Sonreí.

—¿Te apetece escucharlo juntos? —propuse, con la intención de que aquel disco sirviera de banda sonora al tercer y último regalo.

—¡Claro que sí! —exclamó dirigiéndose al giradiscos que tenía en un mueble, en un rincón de su habitación. Extrajo el vinilo de su sobre y lo puso sobre el plato. Fue directa a un tema en medio de la primera cara titulado *I Don’t Wanna Go On With You Like That.* El ritmo alegre de la canción comenzó y Erika, animada por este, comenzó a chascar los dedos siguiendo el compás.

Se giró hacia mí, moviendo su cuerpo con soltura, contoneando las caderas en un dulce movimiento, sin provocación alguna. Comenzó a cantar con voz suave, acompañando a Elton John. Me tomó de la mano, tirando de mí hacia ella.

—¡Vamos, baila conmigo! —exclamó, cantando la letra y riendo entre estrofa y estrofa.

—No sé bailar, Erika.

—Yo tampoco, así pierdes todo derecho a reírte de mí.

Nos movimos al unísono, girando y riendo, olvidando por un momento todo lo demás. La música nos envolvía y, en ese instante, nada más importaba. Sostuvo su mirada en mis ojos, sin separarla ni un segundo. Su radiante sonrisa era contagiosa y su voz me resultaba del todo embriagadora.

Cuando acabó el tema, me dio un abrazo y me dio las gracias.

—¿Por qué?

—Por ser tan buen amigo —dijo, poniendo una mano en mi hombro—. Y ahora, ¡tu regalito!

Me dio un paquete con forma rectangular, que abrí con genuina curiosidad. Cuando descubrí lo que era, me quedé de piedra. Era un cuaderno de escritura, con tapa de piel y un broche metálico. Una auténtica pieza artesanal. Me entró sudor frío con solo imaginar lo que habría llegado a pagar por aquella belleza.

—Regalarte un libro hubiera sido como regalar un paquete de azúcar a Fidel Castro —dijo—. Pero este es especial.

Liberé el cierre y lo abrí. En la primera página Erika había escrito algo:

Toma la pluma, joven creador,
y en el vasto blanco, sé el pintor,
de sueños, de risas, de lágrimas, de amor,
que tu libro sea reflejo de tu interior.

Con tinta de esperanza y aventuras,
plasma tus relatos, tus dulces locuras,
que cada historia sea un valiente navío,
navegando mares de papel; cada ola, un desafío.

Que no te detenga el miedo ni la duda,
y tu musa en tu auxilio acuda,
a contar las epopeyas que en ti residen,
y en el libro en blanco, por siempre habiten.

Con cariño,
Erika

Miré a Erika, que había enrojecido intensamente, pero que, a pesar de su rubor, sostuvo su mirada.

—Gracias… De nuevo me dejas sin palabras. Es un regalo maravilloso, Erika.

—Este libro es especial, porque solo habrá una copia. Tal y como te digo en estos torpes versos, aquí escribes tus historias, pero no olvides lo que te dije hace unas semanas: juntos, vamos a llenar el libro de la vida con las mejores historias que podamos imaginar en cada página.

—De eso mismo quería hablarte —dije.

Ella me miró con curiosidad. Estábamos sentados sobre su cama, con una serenidad envolviéndonos, como si nuestro entorno se hubiera desvanecido, dejando solo el susurro de nuestras respiraciones. Había llegado el momento. El corazón me latía con fuerza, cada pulsación resonaba en mis oídos como un tambor de guerra.

—Verás … —comencé.

El sonido del teléfono interrumpió mi discurso. A los pocos segundos, oímos el sonido de unos nudillos golpeando suavemente la puerta entreabierta de la habitación de Erika. Martina, su hermana, se asomó y anunció:

—Erika, es para ti.

—¿Quién es?

—Koldo.

Erika se levantó y caminó hacia el teléfono supletorio que descansaba sobre su tocador, con una naturalidad que me desconcertó. Tomó el teléfono y comenzó a hablar en euskera, esa

lengua melódica y misteriosa que yo no comprendía.

Sus risas y el tono cálido de su voz me llenaron de unos celos inesperados. ¿Quién era Koldo para ella? ¿Qué palabras se intercambiaban que podían provocar tal alegría en su rostro? Sentí un vacío en el estómago, una mezcla de celos y desánimo que me consumía. La impotencia de no entender sus palabras solo amplificaba mi inquietud.

Erika se giró hacia mí, sonriendo mientras hablaba, y por un momento pensé que su sonrisa era para mí. Pero no, era para él, para Koldo. Me sentí pequeño, insignificante, como si mi presencia se diluyera en la nada. La habitación, antes cálida y acogedora, se transformó en un espacio frío y distante.

Intenté concentrarme en los detalles de la habitación, en los pósters, en la luz que se colaba por la ventana, en cualquier cosa que me distrajera de la conversación que no podía entender. Pero era inútil; cada palabra que Erika pronunciaba con aquella ternura era como una daga que se clavaba en mi confianza.

Cuando finalmente colgó, su sonrisa seguía intacta, pero algo en mí se había roto. No podía evitar preguntarme qué significaba Koldo para ella, qué historias compartían, que yo no podía ser parte. La incertidumbre me carcomía y, aunque quería hablar, preguntar, mi voz se quedó atrapada en mi garganta.

Erika volvió a sentarse junto a mí, su energía era diferente, vibrante. Intentó retomar nuestra conversación, pero yo ya no estaba allí, no del todo. Mi mente seguía dando vueltas alrededor de esa llamada, a ese nombre, Koldo.

—¿Todo bien? —preguntó Erika, notando mi cambio de humor.

Asentí, aunque era una mentira. La primera que le decía. Supe que no estaba bien; sin embargo, me sentía incapaz de expresarle lo que verdaderamente sentía. Quería gritar, quería correr, quería entender. Aun así, quería que Erika me mirara como lo había hecho antes de esa llamada, antes de que Koldo se convirtiera en el fantasma entre nosotros.

—Sí, todo bien —mentí de nuevo, forzando una sonrisa.

Erika pareció satisfecha con mi respuesta y continuó hablando de planes, de sueños, de futuros. Sin embargo, ya no pude seguirle el ritmo. Estaba atrapado en ese momento, en esa llamada, en aquella calidez de su voz que no era para mí.

La tarde se desvaneció y, con ella, mi oportunidad de confesarle mis sentimientos. Koldo, quienquiera que fuera, había cambiado el curso de nuestra historia sin siquiera estar presente. Y yo me quedé con las palabras atascadas en la garganta, con el corazón pesado y la mente llena de dudas.

Erika había vuelto a su mundo, ajena a la tormenta que se desataba en mi interior. Yo, por mi parte, me encontraba atrapado en una encrucijada de emociones, donde cada camino parecía llevar al mismo destino: la aceptación de que lo nuestro no pasaría de una amistad.

Era una verdad difícil de digerir, un bocado amargo que se atoraba en la garganta. Había soñado con más, con una versión de nosotros que trascendiera las páginas de una novela, que se escribiera en los capítulos de la vida real. Pero la realidad a la que yo debía enfrentarme era otra.

Me despedí de ella aquella tarde, envuelto en la incertidumbre y la tristeza, derrotado por no haber tenido el coraje de haberle confesado mis sentimientos, vencido por la convicción de que lo que había entre nosotros era una mera amistad, por mucho que yo me obcecara en querer algo más. Erika siempre hablaba de «amistad», de «amigos». Me maldije por no haber prestado atención, pues si ella hablaba en aquellos términos era porque estaba estableciendo unos límites.

«Erika es mi amiga, nada más», me repetía una y otra vez, como un mantra que buscaba apaciguar el deseo de algo más profundo. Sin embargo, pasaron los días y las semanas y cada

sonrisa compartida, cada mirada que se cruzaba, cada palabra que fluía entre nosotros, era un recordatorio de lo que mi corazón anhelaba y mi razón rechazaba.

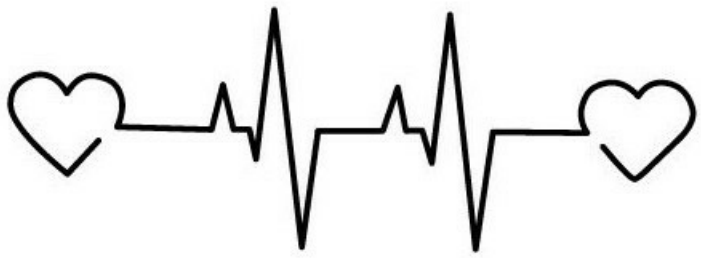
Intenté convencerme de que la amistad era un tesoro en sí mismo, que debía estar agradecido por la conexión que teníamos. Pero la verdad era que cada momento a su lado era una dulce tortura, un recordatorio constante de lo que podría haber sido y no sería.

«Atesoraré lo que tenemos», me prometí, intentando encontrar consuelo en la idea de preservar nuestra amistad. Pero la cercanía de Erika era un fuego que me consumía y avivaba las llamas de una pasión unilateral. Cada risa, cada gesto, cada palabra que me dedicaba, era una chispa que encendía la esperanza y al mismo tiempo la desvanecía.

La resignación se instaló en mi pecho, pesada como una losa. Aceptar que Erika y yo no compartiríamos más que risas y confidencias era renunciar a una parte de mí mismo, a los sueños que había construido en torno a ella. Era reconocer que el amor que sentía debía transformarse, mutar en algo que no doliera con cada latido.

«Seré el mejor amigo que pueda ser», me dije, intentando encontrar valor en el papel que me había tocado desempeñar. Pero cada vez que la veía, cada vez que su nombre aparecía en mi mente, cada vez que su voz llenaba el espacio, era un recordatorio de lo que mi corazón no podía tener.

Y así, día tras día, me convertí en el guardián de una amistad que era mi salvación y mi condena. Erika seguía siendo mi musa, la inspiración detrás de cada línea que escribía, pero también la fuente de un amor que debía callar.



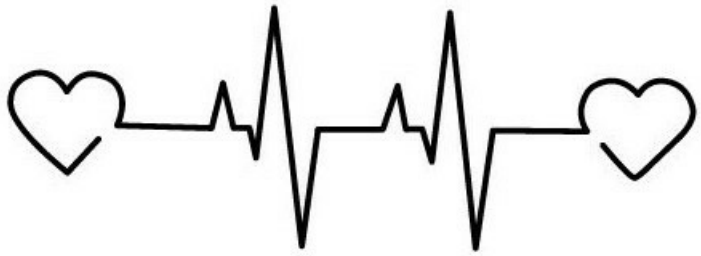
La vida continuó y con ella, nuestra amistad. Pero en lo más profundo de mi ser, sabía que siempre habría una distancia, un abismo que no me atrevía a cruzar.

«Ella nunca sabrá», pensaba, cada vez que observaba su sonrisa iluminar mi alma. «Ella nunca sabrá cuánto la amo».

Y así, con un corazón lleno de amor y un alma marcada por la resignación, seguí adelante, atesorando cada momento con Erika, sabiendo que, aunque no podía tener su amor, siempre tendría un lugar especial en su vida. Y quizás, solo quizás, eso sería suficiente para mantener a raya la tormenta que llevaba dentro.

CAPÍTULO ONCE

OSCURO VERANO



Verano de 1989

De este modo pasé el resto de mi primer curso en el instituto. El verano no trajo mejores expectativas, según anunció Erika una tarde de principios de junio, poco antes de finalizar primero de B.U.P.

—Mamá, Martina y yo nos vamos a San Sebastián a pasar el verano. Todavía tenemos una segunda residencia allí. Mi padre irá en agosto, cuando inicie sus vacaciones.

Erika debió reparar en mi rostro serio y triste, pues añadió con dulzura:

—No te preocupes, Pol. Estaremos en contacto, ¿vale? Te daré la dirección para que escribas. Prometo corresponder a tus cartas —su voz era suave, intentando aliviar la pesadez que se había asentado en mi ánimo.

Asentí, intentando esbozar una sonrisa que no llegó a mis ojos. La idea de un verano sin Erika era como contemplar un cielo sin estrellas; oscuro, vacío, sin la luz que guiaba mis días. Pero no podía atarla a mí, no podía pedirle que se quedara. Solo podía asentir y pretender que estaría bien.

Los días que siguieron a su partida fueron un reflejo de mi estado interior: grises, monótonos, desprovistos de la chispa que Erika aportaba a mi vida. Me sumergí en la escritura, vertiendo en el papel todo lo que no podía decirle, cada sentimiento, cada pensamiento, cada deseo no cumplido. Le escribí cartas que ella respondía con diligencia. Todavía guardo algunas. Esta fue de las primeras que recibí.

Querido Pol:

Espero que esta carta te encuentre disfrutando del verano, aunque debo admitir que me resulta extraño no compartir estos días contigo. San Sebastián es hermoso, como siempre, el mar es un lienzo que cambia con cada hora del día y las olas cuentan historias que solo el viento parece entender.

He estado pasando tiempo con viejos amigos, aquellos con los que crecí antes de mudarnos, pero a menudo me encuentro pensando en ti, en nuestras conversaciones y en las risas que compartimos. Hay un banco frente a la playa donde suelo sentarme a leer y, en más de una ocasión, he deseado que estuvieras aquí a mi lado, hablando de libros y de nuestros intereses.

Ayer, mientras caminaba por la Parte Vieja, me topé con una librería que me recordó a la vuestra. Estaba llena de estanterías de madera que crujían con cada paso y libros que olían a

historias antiguas. Me pregunté cuáles elegirías tú, qué historias captarían tu atención.

He conocido a gente nueva, personas interesantes. ¿Sabes? A veces, en medio de una conversación, me sorprendo a mí misma utilizando expresiones que aprendí de ti y eso me hace sonreír.

Aunque estoy disfrutando de mi tiempo aquí, hay una parte de mí que cuenta los días para volver a verte. Extraño nuestras tardes de estudio, nuestras discusiones amistosas sobre cualquier tema bajo el sol y sí, incluso extraño tus intentos de enseñarme a jugar a ese videojuego que tanto te gusta de la Megadrive de tu hermano y en el que soy terriblemente mala.

Pol, quiero que sepas que, aunque la distancia nos separa ahora, la amistad que compartimos es un puente que nos une. Eres una parte importante de mi vida y no puedo esperar para contarte todas estas historias en persona, para ver tus reacciones y compartir las risas que tanto echo de menos. Porque si hay algo de lo que estoy muy orgullosa de ti es de que me hicieras caso cuando te dije que rieras más y fueses más alegre. Sé que te esfuerzas en estar de buen humor y en arrancarme una sonrisa, eso lo aprecio y te lo agradezco de todo corazón.

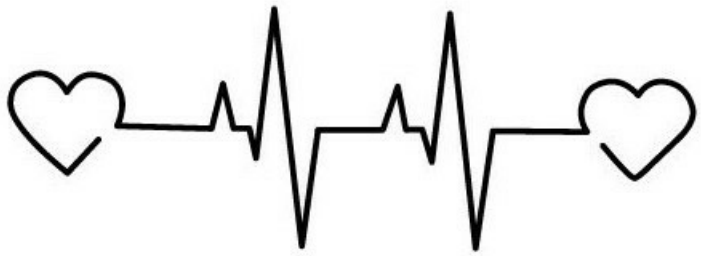
Cuídate mucho y no dejes que la pluma se seque ni que las páginas del cuaderno permanezcan en blanco. Cada palabra que escribes es un tesoro que espero descubrir a mi regreso.

Con cariño,

Erika.

Ni que decir tiene que aquella carta volvió a encender una llama en mí. La releí cientos de veces, preguntándome si realmente había algo más entre los dos o si Erika solo consideraba lo nuestro como una amistad profunda y especial.

Las páginas del cuaderno que ella me había regalado se llenaron de historias y poemas que hablaban de amor y pérdida, de esperanza y desesperación. Era mi forma de mantenerla cerca, de sentir que, de alguna manera, ella seguía siendo parte de mi mundo.



El verano avanzó lentamente y, con cada día que pasaba, la distancia entre Erika y yo parecía crecer. Las cartas eran nuestro único nexo, pero las palabras que se compartían a través del papel nunca podían igualar la calidez de su presencia.

A veces, en las noches más solitarias, volvía a atormentarme, preguntándome si alguna vez pensaría en mí mientras miraba el mar desde su residencia en San Sebastián. Pero esas preguntas se quedaban sin respuesta, flotando en la inmensidad de mi habitación, en la soledad de mi corazón.

Cuando agosto llegó recibí una llamada inesperada.

—¡Hola, Pol! Vamos a Barcelona el fin de semana. —La voz de Erika sonaba emocionada —. Papá tiene que resolver unos asuntos allí y pensé… bueno… ¿te gustaría que nos viéramos?

Mi corazón dio un salto. Era más que un sí, era un grito silencioso de alegría que recorría

cada fibra de mi ser.

—Me encantaría —respondí, tratando de mantener la calma en mi voz.

El reencuentro fue breve, un par de horas robadas al tiempo, pero para mí valieron más que todos los días de aquel verano. Verla de nuevo, escuchar su risa, sentir la cercanía de su ser, sería un remanso de paz en mi turbulento espíritu.

El día del encuentro, el sol de agosto brillaba con una intensidad que parecía querer compensar la frialdad de las semanas pasadas sin Erika. Esperé en la librería, donde habíamos quedado para después ir a tomar un helado. Mi corazón latía con una mezcla de nerviosismo y emoción. Cada persona que pasaba por delante de la entrada me hacía girar la cabeza, esperando ver su figura familiar.

Cuando finalmente la vi, todo lo demás se desvaneció. Erika estaba allí, tan radiante como la recordaba, con su cabello capturando los destellos del sol y su sonrisa proyectando toda su luz. Corrí hacia ella y en ese abrazo, en ese instante, todas las cartas y llamadas telefónicas se materializaron en un lazo tangible que nos unía.

—¡Pol! —exclamó—. ¡Cuánto te he echado de menos!

—Y yo a ti —confesé, sin poder ocultar la emoción en mi voz.

Nos sentamos en una cafetería cercana y con cada palabra, con cada risa compartida, sentí cómo la distancia se acortaba, cómo los días de soledad se convertían en meros recuerdos. Erika hablaba con entusiasmo de sus aventuras en San Sebastián, de las olas y las librerías, de los viejos amigos y las nuevas experiencias. Pero lo que más me tocó fue cuando dijo:

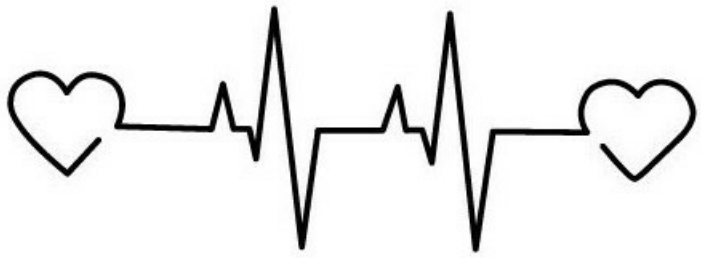
—Aunque he conocido a muchas personas, nadie me hace reír como tú, Pol. Nadie me entiende como tú.

El tiempo pasó volando y, antes de que nos diéramos cuenta, llegó la hora de despedirse. Nos prometimos escribir más cartas, hacer más llamadas, mantener viva la llama de nuestra amistad hasta que pudiéramos reunirnos de nuevo.

—Pronto volveré —dijo Erika, con el brillo de una promesa en sus ojos—. Y entonces, tendremos todo el tiempo del mundo.

Nos abrazamos una vez más, un abrazo que intentaba contener meses de palabras no dichas y sentimientos no expresados. Y cuando se alejó, creí que aquel breve encuentro sería un faro de esperanza, un recuerdo al que aferrarme durante los días venideros.

Pero tan rápido como llegó, se fue. Y yo me quedé de nuevo con la sensación de haber tocado el cielo solo para volver a caer. La realidad era cruel en su claridad: Erika y yo éramos amigos… y eso era todo lo que seríamos.



La última carta fue breve, pero devastadora, pues comentaba cómo de repente las vacaciones habían adoptado otro color con la inesperada visita de Koldo y su familia. Me explicó sus paseos, las visitas que hicieron juntos y cómo habían disfrutado de los ratos de playa. No hubo un «te echo de menos» ni un «tengo ganas de verte» a los que me tenía acostumbrado en sus cartas y

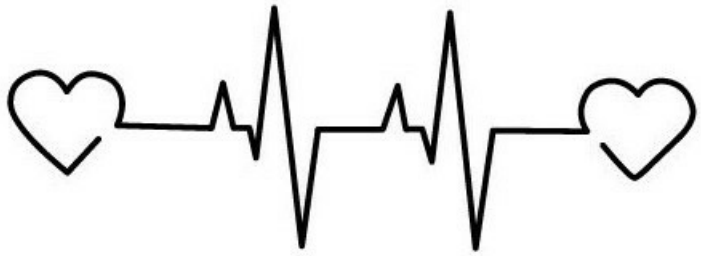
sus llamadas.

El verano terminó y con él, la ilusión de un amor que nunca sería correspondido. Para finales de agosto tenía claro que debería aprender a vivir con ese dolor, a aceptarlo como parte de mí. Quería continuar riendo con Erika y compartir momentos, sabiendo que, aunque mi amor era grande, nuestra amistad lo era aún más.

Era consciente de que vendrían días buenos y otros en los que aquella carga emocional se me haría insoportable y, en esos oscuros momentos, tendría que aferrarme a la esperanza de que, con cada día que pasaba, el peso de mis sentimientos se transformaría en una dulce nostalgia que podría atesorar sin dolor.

CAPÍTULO DOCE

MEJORES AMIGOS



El inicio de septiembre llegó cargado de sorpresas, disolviendo rápidamente mi ánimo sombrío y transformando los últimos ocho meses en una pesadilla distante. Era como si el final de agosto hubiera marcado la conclusión de un ciclo y el comienzo de otro, más luminoso y esperanzador.

El uno de septiembre de 1989, temprano por la mañana, me dirigí a la playa. El lugar, aún desierto, albergaba gaviotas que se posaban en la arena, picoteando restos de comida abandonados el día anterior.

Me sentía vacío, aburrido y abatido. Miraba al horizonte y, en silencio, hablaba con mamá, abriendo mi corazón. Como siempre, no obtenía respuesta, ni en mis oídos, ni en mi alma. Sin embargo, el sonido de las olas acariciando la orilla consiguió calmarme un poco.

Así transcurrió una hora, en un diálogo silencioso con el mar y conmigo mismo, dejando que la brisa marina y el vaivén de las olas fueran mis únicos compañeros, cuando, de repente, unas delicadas manos cubrieron mis ojos y una suave voz susurró a mi oído:

—Sorpresa.

Mi corazón dio un vuelco. Las manos se apartaron de los ojos y al girarme hacia la izquierda me encontré con el rostro iluminado de Erika. Me quedé sin palabras, fascinado por aquella belleza natural, que jamás maquillaba.

—¿Cómo estás, amigo? —inquirió con dulzura y posó un largo beso en mi mejilla. La abracé, reprimiendo las lágrimas y, al mismo tiempo, lo que sentía por ella. Aquel habría sido un buen momento para confesarle lo solo que estaba y el amor que sentía por ella. Sin embargo, no lo hice porque, de nuevo, temía perder su amistad, porque el miedo a un rechazo me paralizaba y porque, en el fondo, me aterraba la idea de que mis sentimientos cambiaran la dinámica tan especial que teníamos. Prefería vivir con el anhelo en silencio a arriesgarme a que todo se rompiera.

—Estoy bien, Erika —respondí finalmente, tratando de mantener mi voz estable—. No esperaba verte.

Ella se sentó a mi lado en la arena, dejando que sus pies descalzos se enterraran ligeramente en los granos tibios. Su presencia volvió a suscitarme una gran serenidad, a la vez que una mezcla de alegría y dolor, como un recordatorio constante de lo que anhelaba, pero no podía tener.

—Quería sorprenderte. Llegamos anoche a última hora —dijo con una sonrisa radiante—.

¿Me has echado de menos desde que nos vimos a mediados de agosto?

«Cada segundo, Erika», pensé.

—Por supuesto. Se me ha hecho muy largo —contesté.

—Me lo he imaginado. Por eso he ido a verte a la librería. Sin embargo, algo me dijo que estarías aquí. Y no me he equivocado.

La obsequié con una sonrisa y el anhelo de besarla me sobrevino con ímpetu. Aparté la vista, fijándola en la línea del horizonte, a fin de reprimir ese impulso. Su belleza me atraía con un magnetismo irresistible. Ella, en cambio, me puso la mano afectivamente en el hombro.

—Yo también te he echado de menos —me dijo, mirándome a los ojos—. Ahora volveremos a la rutina y todo será igual que antes de vacaciones. O mejor…

Aquello fue el detonante de una larga conversación. Hablamos de todo y de nada, compartiendo anécdotas y risas, mientras el sol iba ascendiendo en el horizonte y la playa iba siendo ocupada por más bañistas. En un momento de silencio, Erika me miró fijamente, sus ojos reflejando la luz del sol.

—Te he extrañado muchísimo, Pol —repitió suavemente—. Nuestras largas conversaciones, nuestros ratos en la playa… Tú siempre sabes cómo hacerme sentir bien. Creo que el curso pasado nos vimos poco, lo de tener que marchar al apartamento de Vilanova cada fin de semana fue un tostón. Martina sigue saliendo con el chico que conoció en mayo y dice que seguramente se quede algún fin de semana en Barcelona, así que aprovecharé para hacer lo mismo y así podremos ir al cine o quedar para ver una película en casa. También podremos quedar con nuestros amigos, claro.

Asentí. Ella frunció el ceño.

—Pol, algo ha cambiado en ti. Te veo triste. ¿Qué sucede?

Mi corazón latía con fuerza, las palabras se agolpaban en mi garganta, pugnando por salir. Sentí una oleada de valentía, quizás motivada por la magia del reencuentro o por la cercanía de Erika.

—Erika, yo…

En ese momento una voz familiar detuvo mis palabras. Nos giramos al unísono. Ramón y Lara venían de la mano. Él llevaba una nevera y, colgada del hombro, una sombrilla y ella una bolsa de playa. Parecían un matrimonio.

—¡Hola, chicos! —saludó Ramón, levantando una mano—. ¡Qué sorpresa veros aquí tan temprano!

Erika sonrió y saludó con la mano mientras yo intentaba disimular mi frustración. Ramón y Lara se acercaron, nos dimos besos, abrazos y pronto estuvimos todos envueltos en una conversación animada sobre los planes para el día.

—¿Habéis decidido qué hacer hoy? —preguntó Lara, abriendo la bolsa de playa sobre la arena y sacando una toalla.

—No del todo —respondió Erika—. Estábamos pensando en relajarnos un rato aquí y quizás después dar un paseo por la orilla.

Ramón asentía mientras desplegaba la sombrilla y la clavaba en la arena. Parecía contento de vernos, pero yo no podía evitar sentir una punzada de incomodidad. Había estado tan cerca de confesar mis sentimientos a Erika y ahora esa oportunidad parecía haberse esfumado de nuevo.

Lara se acercó a mí y me dio un amistoso golpe en el brazo.

—Pol, ¿estás bien? Pareces un poco distraído.

—Tan distraído que ha venido sin bañador, el tío —apostilló Ramón.

—Sí, sí —respondí rápidamente a Lara, con una sonrisa forzada—. Solo que he dormido

poco esta noche y me he levantado temprano para venir aquí.

Erika me lanzó una mirada preocupada, aunque permaneció en silencio. Sabía que tenía que hablar con ella en algún punto, pero ahora no era el momento adecuado. No con Ramón y Lara allí, no con la playa llenándose de gente y el bullicio del verano a nuestro alrededor.

Pasamos la mañana juntos, disfrutando del sol y del mar, riendo y charlando animadamente. Pero en el fondo, mi mente estaba en otra parte, en esa conversación pendiente con Erika. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sentía un nudo en el estómago. Sabía que ella también sentía que algo quedaba en el aire.

Un par de horas más tarde, mientras todos comíamos unas galletas acompañadas con unas bebidas bajo la sombrilla, Erika se levantó y se sacudió la arena de las piernas y de sus shorts. Era la primera vez que veía sus piernas desnudas en detalle y me parecieron hermosas, sobre todo con aquel ligero bronceado que habían adquirido.

Eran esbeltas y bien proporcionadas, con una suavidad que se adivinaba incluso a distancia. La piel dorada por el sol resplandecía con un brillo saludable, destacando los músculos definidos de sus pantorrillas y muslos. Las líneas de sus piernas eran elegantes y gráciles, transmitiendo una fuerza sutil y una feminidad natural. Cada movimiento, al sacudir la arena, revelaba una delicada sinuosidad, como si sus piernas fueran esculpidas por la misma brisa marina que ahora acariciaba nuestra piel.

Verlas así, tan cerca, me hizo sentir una mezcla de admiración y una conexión más profunda con Erika. Cada detalle, desde la curva de sus gemelos hasta la forma en que la luz del sol jugaba en sus muslos, me parecía una obra de arte en movimiento.

—Voy a dar un paseo por la orilla. ¿Alguien quiere venir? —anunció.

Ramón y Lara estaban enfrascados en una conversación sobre una película reciente, así que ambos negaron con la cabeza. Yo aproveché la oportunidad.

—Voy contigo —dije, levantándome rápidamente.

Caminamos en silencio por la orilla, el sonido de las olas acompañando nuestros pasos. Finalmente, Erika rompió el silencio.

—Pol, ¿qué es lo que querías decirme antes?

Tomé aire profundamente, sintiendo cómo el valor volvía a inundarme.

«Erika, he estado dándole muchas vueltas a esto. No quería arruinar nuestra amistad, pero tengo que ser honesto contigo. Desde hace tiempo, me he dado cuenta de que siento algo más que amistad por ti. Te quiero, Erika. Más de lo que puedo expresar con palabras», pensé, pero no dije.

—Estos dos meses en los que no nos hemos visto… Me han hecho sentir muy solo. No quiero que te sientas culpable. Debías ir con tu familia. Solo es que… Eres la única persona que logra llenar mi soledad. No tengo ninguna otra amiga o amigo que haga lo que tú haces. A veces me pregunto qué ves en mí —contesté.

Erika se detuvo, mirándome con una expresión que no podía descifrar del todo. Sus ojos brillaban bajo la luz del sol y sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Pol, tú eres… muy importante para mí. Sabes que siempre he valorado nuestra amistad, nuestras charlas y esos momentos en los que nos entendemos sin decir una palabra. También he sentido tu ausencia este verano. No es fácil encontrar a alguien con quien pueda ser yo misma, sin filtros ni máscaras.

Su respuesta estaba llena de afecto, pero también de una ambigüedad que me hacía dudar de su verdadero significado. Sentí un nudo en el estómago mientras intentaba leer entre líneas.

—Erika, lo que quiero decir es que… —comencé de nuevo, tratando de ordenar mis

pensamientos—. Me pasa lo mismo: eres la única persona con la que puedo ser yo mismo.

Ella me miró intensamente y, por un momento, creí ver algo más profundo en sus ojos. Algo que quizás iba más allá de la amistad. Pero en lugar de aclararlo, sus palabras parecieron sumergirme en una mayor incertidumbre.

—Pol, todos necesitamos a alguien así en nuestras vidas. Alguien que nos comprenda y que esté ahí para nosotros, sin juzgarnos. Y eso solo lo consiguen los mejores amigos. —Hizo una pausa, mirando hacia el horizonte—. ¿Sabes? Después de un año, oficialmente te puedo considerar mi mejor amigo.

Sentí una mezcla de alivio y confusión. Sus palabras eran sinceras, pero dejaban un margen amplio para la interpretación. ¿Quería ella lo mismo que yo? ¿Temía también arruinar nuestra amistad y disfrazaba así su amor?

—Es genial estar contigo —admití—, por eso estoy como estoy. Porque te he echado mucho de menos. Yo también te considero mi mejor amiga.

Ella asintió y su mano buscó la mía, entrelazando nuestros dedos en un gesto que me pareció tan reconfortante como desconcertante.

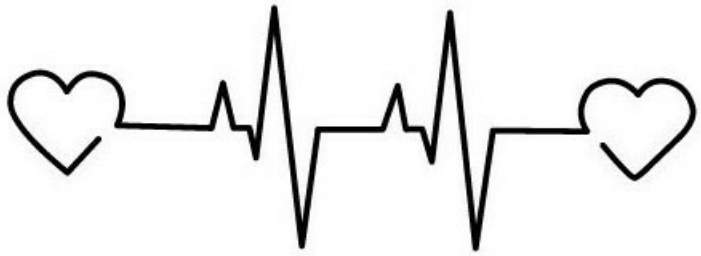
—Gracias por decírmelo, Pol. Significa mucho para mí saberlo.

Separamos nuestras manos y seguimos caminando en silencio, dejándonos llevar por el sonido de las olas y el calor del sol. Sabía que nuestra relación había cambiado de alguna manera, pero aún no podía discernir hacia dónde nos llevaría ese cambio.

Erika seguía siendo un enigma y yo seguía atrapado en la ambigüedad de sus palabras y sus gestos. Pero, por primera vez en mucho tiempo, sentí que habíamos abierto una puerta hacia una nueva etapa, aunque todavía no supiéramos lo que nos esperaba al otro lado.

CAPÍTULO TRECE

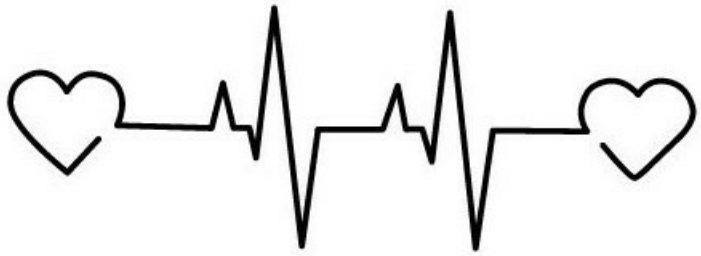
DE VUELTA



Aquella mañana de septiembre pareció definir la tónica que íbamos a adoptar durante ese curso. El mismo día, un poco más tarde, estuve reflexionando sobre nuestra conversación a la orilla del mar. Sí, podíamos ser mejores amigos. Quizá, pensé, sería necesario conocernos un poco más. Así que me propuse templar un poco mis sentimientos hacia Erika, intentando no albergar grandes esperanzas, pero atesorando cada instante que pasásemos juntos. Causarle ansiedad estaba fuera de mis intenciones y me había acongojado verla tan preocupada por mí.

No había exagerado en absoluto cuando confesé a Erika lo solo que me había sentido durante los meses de vacaciones. Dani también había marchado al pueblo de sus padres para pasar todo julio y agosto allí. Ramón y Lara habían comenzado a citarse a mediados de julio. Lara había ayudado mucho a Ramón y a su madre a encauzar sus vidas, tras la marcha del padre, que les había dejado una situación económica muy precaria. Afortunadamente, los padres de Lara, propietarios de una panadería en el barrio, contrataron a Herminia, la madre de Ramón, para trabajar como dependienta. Me fascinaba observar al renovado Ramón, quien mantenía su característica alegría y picardía, mientras que, simultáneamente, revelaba su reciente rol de enamorado.

Alba y Miguelete parecía que iban en camino de comenzar una relación, según me comentó Ramón, mientras que Irene y Chema ya llevaban citándose desde antes de finalizar el curso. Aquello me dejó un poco al margen de todos ellos, quienes insistieron repetidas veces en que me uniera a ir al cine durante las vacaciones. Especialmente Ramón, que, al igual que Erika, parecía percibir mi estado de tristeza.



El segundo curso comenzó con varias sorpresas. En primer lugar, y la que menos me

sorprendió, fue que Ramón abandonara el instituto para comenzar un módulo de formación profesional.

—Mecánica del automóvil —me anunció una tarde que vino a verme a la librería—. Un vecino mío me ha dicho que vaya a echarle una mano en su taller. No me puede contratar, pero me enseñará cosas.

Lo observé sin decir nada.

—Tío —añadió—, tan pronto como pueda trabajar, tendré que ponerme. Necesitamos dinero en casa.

Asentí, comprendiendo su situación.

—El instituto sin ti va a ser muy diferente, por no decir una mierda. ¿Quién nos va a provocar la sonrisa con sus chistes? —dije, genuinamente apenado. Para mi sorpresa, se acercó a mí y me dio un abrazo.

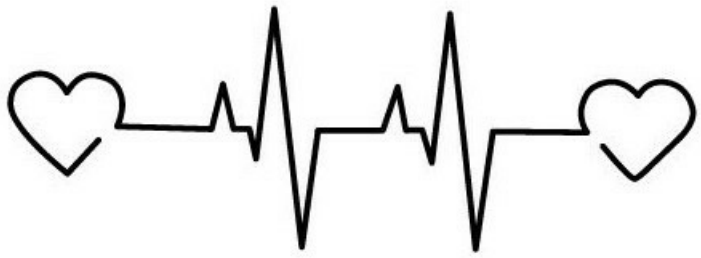
—Vamos a tomar una cerveza —propuso al separarse de mí.

—No bebo alcohol. Y tú tampoco deberías —dije.

—A veces suenas como Erika —comentó sin malicia.

—¿Vamos a por una Mirinda? —sugerí a fin de desviar el tema.

—No, que luego no cenas —contestó de buen humor.



Otoño de 1989

Otra sorpresa durante aquel año académico vino de la mano de Erika y sucedió tres semanas después de comenzar ese segundo curso, que ya por entonces tenía tintes de ser marcadamente más difícil que el anterior. Estaba en casa haciendo las asignaciones de física, cuando sonó el teléfono.

—¿Pol? —preguntó la voz de Erika.

—El mismo —contesté.

—¿Te importaría acercarte a mi casa? Mi padre querría hablar contigo —dijo con un tono cargado de misterio. Erika, cuando quería algo de mí, lo pedía muy educadamente, pero modulando la voz de tal manera que me impulsaba a dejar lo que tuviese entre manos y estuviera a su disposición inmediatamente.

En diez minutos ya me encontraba en la puerta de su casa. Ella misma me recibió, me saludó con un breve beso y me invitó a pasar hasta la sala de estar donde Xabier, el padre de Erika, leía el periódico en el sofá. Era un hombre de mediana edad, con un rostro afable enmarcado por cabello oscuro y salpicado de canas.

—¡Hombre, Pol! ¡Qué rápido has venido! —dijo levantándose y ofreciéndome la mano. Lo saludé y contesté con algo que soy incapaz de recordar, pues la situación me tenía descolocado.

Me invitó a sentarme con él en el sofá; Erika hizo lo mismo, a mi lado. Noté cómo el pulso se me aceleraba, incapaz de discernir qué iba a suceder a continuación. El contacto de la cadera de ella contra la mía logró proporcionarme un poco de sosiego.

—Verás, me ha comentado mi hija que le está costando entender el temario de matemáticas y me gustaría saber si pudieras ayudarla —dijo Xabier.

—Cla… Claro —balbuceé. Me pareció surrealista. Erika había sido estudiante de excelentes y notables durante todo el curso anterior. Intuí que había gato encerrado en todo aquello. La miré y ella, al ver mi asombro, asintió, como si certificara así las palabras de su padre—. No hay… No hay problema. Puedo venir los días que necesite para echarle una mano, claro.

—Te pagaré por esas clases —ofreció su padre en aquel instante con una sonrisa—. Pon el precio.

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No puedo cobrarle nada, Xabier.

El hombre enarcó las cejas.

—¿Por qué no?

—Porque su hija es mi mejor amiga. No voy a cobrarle nada por…

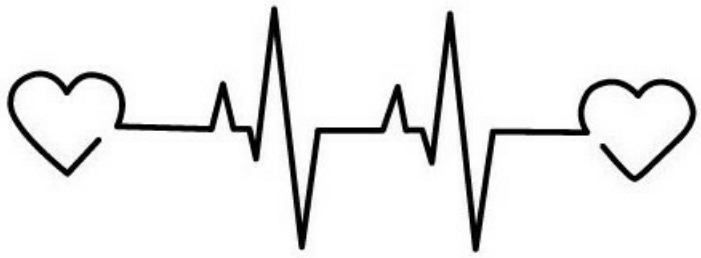
«… Algo que voy a hacer por placer», pensé.

—… Por algo que voy a hacer por placer —dije, mi lengua traicionándome en aquel momento.

Se hizo el silencio. Noté cómo Erika sostuvo la respiración durante unos segundos. De repente, Xabier esbozó una amplia sonrisa, muy similar a la de su hija. Erika, mientras, depositó su mano con gentileza sobre mi espalda.

—Pol —dijo—, desde el primer momento en que te vi supe que eras un buen muchacho y no me he equivocado. Tu padre y tu madre, que en paz descanse, deben estar muy orgullosos de ti y de tu hermano. No te pagaré, pero de algún modo te agradeceré en su día el gesto de generosidad que acabas de tener con mi pequeña.

Me ofreció su mano, que yo estreché con firmeza.



Aquella inesperada visita a casa de Erika marcó el comienzo de una nueva etapa en nuestra amistad. A partir de ese día, empecé a frecuentar su hogar con regularidad, no solo para ayudarla con las matemáticas, sino también para compartir momentos que se convertirían en recuerdos entrañables. Cada tarde que pasábamos juntos nos unía más. Comencé a ver a Erika bajo una luz diferente, más cercana y cálida.

Las tardes en su casa eran un oasis de tranquilidad en medio del ajetreo del segundo curso, que cada vez se volvía más exigente. Xabier, su padre, se mostraba siempre agradecido y cordial, a menudo uniéndose a nosotros después de las sesiones de estudio para compartir una merienda o simplemente conversar. Su presencia era reconfortante y sus palabras de aliento me hicieron sentir parte de su familia. En esos momentos, me daba cuenta de lo importante que era para Erika y también para mí, tener a alguien con quien contar.

Un día, mientras resolvíamos un complicado problema de álgebra, Erika se detuvo y me miró fijamente.

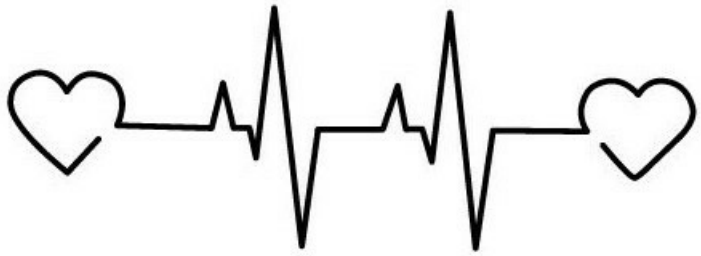
—Gracias por todo, Pol —dijo suavemente—. No solo por ayudarme con las matemáticas, sino por estar aquí. No sabes cuánto significa para mí.

Me quedé sin palabras por un instante, sintiendo un nudo en la garganta. Su sinceridad me conmovió profundamente.

—Erika, estar contigo es un placer —respondí finalmente, tratando de mantener la compostura—. Me alegra poder ayudarte y también me alegra que confíes en mí.

Nuestra relación evolucionó de manera natural y serena. Por ese motivo, decidí seguir disfrutando de cada momento sin forzar las cosas, dejándome llevar por la corriente y esperando que el destino nos guiara por el camino correcto.

A medida que avanzaba el curso, Erika mejoraba en matemáticas y yo, sin darme cuenta, aprendía significativas lecciones sobre la importancia de la paciencia, la generosidad y el apoyo mutuo. Nos convertimos en un equipo, enfrentando juntos los desafíos y celebrando cada pequeña victoria.



Un viernes por la tarde, después de una semana especialmente intensa, Erika me sorprendió con una invitación especial.

—¿Te gustaría quedarte a cenar? —preguntó, sus ojos brillando con una mezcla de timidez y entusiasmo—. Mamá va a preparar su famoso bacalao a la bilbaína y nos gustaría que te unieras a nosotros.

Acepté sin dudar, sintiendo que cada vez era más parte de su mundo. La cena fue maravillosa, llena de risas y anécdotas. Xabier me contó historias de su juventud, Edurne, su esposa, las aderezaba con comentarios simpáticos y ocurrentes, mientras Erika y yo compartíamos miradas cómplices. Esa noche, al despedirme, me di cuenta de que el hogar de Erika había empezado a considerarlo también como el mío.

Aquellas Navidades fueron especiales, porque fui invitado a casa de Erika y ella vino a la nuestra. Recuerdo ese día cuando vino acompañada de su familia y los invitamos a pasar, con la dificultad añadida de tener que subir un enorme bulto escaleras arriba con la ayuda de la carretilla que Xabier traía. Una vez arriba, Edurne obsequió a mi padre con una botella de vino para acompañar la comida que íbamos a compartir y Xabier se dirigió a mí y, apuntando con un dedo a la enorme caja de cartón, dijo:

—Pol, nuestro regalo de Navidad. Lo ha elegido Erika. Espero que lo disfrutes.

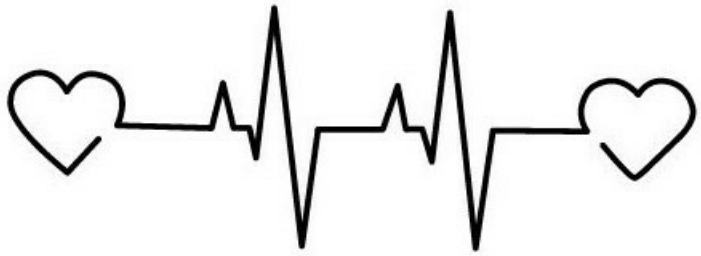
Erika me ayudó a desembalar y descubrir el contenido de la caja. Se trataba de un equipo de música de alta fidelidad, con tocadiscos y reproductor de CD. Me quedé sin palabras. Miré a Xabier.

—Esto… Es demasiado…

—Te dije que, al no aceptar dinero por las clases que le das a Erika, te lo recompensaría de alguna manera. Disfruta de la música, chico.

Di un abrazo a todos en agradecimiento. Fue un momento inolvidable.

El curso continuó y con él, nuestra amistad siguió fortaleciéndose. Erika y yo seguíamos pasando horas juntos, estudiando, riendo y hablando de libros y de todo un poco. Sentía que cada conversación nos acercaba más y que cada problema de matemáticas resuelto juntos era un pequeño triunfo compartido.



En ocasiones, aquel estado de calma y armonía se veía en parte enturbiado por las frecuentes llamadas de Koldo, que solía llamar en los momentos más inoportunos, a menudo interrumpiendo nuestras sesiones de estudio o nuestras conversaciones más profundas. Antes, esas interrupciones habrían sido una fuente de frustración, pero la nueva predisposición que había adoptado hacia Erika hizo que esas intromisiones fueran menos dolorosas. En otras palabras, había decidido que no permitiría que nada ni nadie interfiriera en la conexión especial que estaba forjando con Erika y todo lo demás pasaba a un segundo plano. Sin embargo, y aunque no me apetecía saber nada al respecto, finalmente saqué a relucir el tema de Koldo una tarde en la que estuvimos enzarzados en varios problemas de trigonometría.

—Nunca me hablas de Koldo —asesté, directo.

Erika levantó la mirada del papel y me contestó:

—Bueno, no me habías preguntado sobre él.

Me quedé sin qué decir, una vez más desarmado por sus palabras.

—Es un buen amigo desde hace mucho tiempo —prosiguió ella, de manera casual—. Nos conocemos desde niños. Vivíamos en la misma calle y crecimos juntos. Sus padres solían alquilar un apartamento cerca de nuestra casita en San Sebastián. Así que nos veíamos con mucha frecuencia y somos muy buenos amigos desde hace tiempo.

—Buenos amigos —repetí.

—Así es —replicó.

—¿Como nosotros?

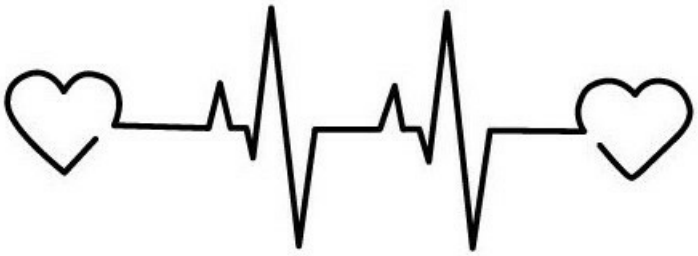
—Algo así.

No supe si aquel diálogo me había resuelto las dudas o las había aumentado. Seguimos estudiando sin decir nada más, en un silencio en el que mi mente nadaba en la incertidumbre. Sin lugar a dudas, cada día que pasaba no podía ignorar que, con cada paso que daba hacia delante, mis sentimientos por Erika se volvían más profundos y complejos. Era un desafío mantener el equilibrio, pero estaba dispuesto a enfrentarme a ese desafío, sabiendo que lo que compartíamos era especial y único.

Y así, con el paso de los días, supe que el camino que habíamos comenzado juntos aquel septiembre nos llevaría a lugares inesperados, llenos de sorpresas y emociones. Porque en el fondo, entendí que la verdadera lección de aquel curso no estaba en los libros, sino en la conexión que habíamos construido, una conexión que, de alguna manera, nos transformaría a ambos para siempre.

CAPÍTULO CATORCE

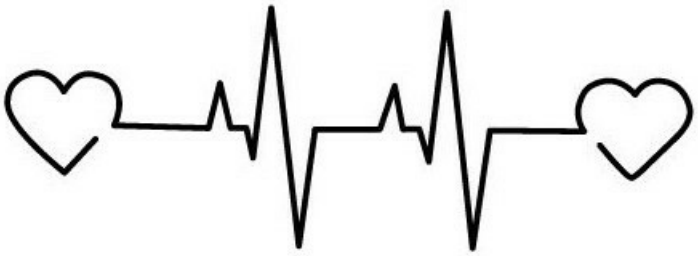
CINE CLÁSICO



Podría extenderme durante páginas y páginas, rememorando situaciones que compartimos, pero no es este mi objetivo mientras escribo este manuscrito.

Los cursos de segundo y tercero de B.U.P transcurrieron con calma, dejándome un recuerdo maravilloso de aquellos años. Gozaba de una magnífica amistad con Erika y el resto de mis amigos. Dani, Erika y yo comenzamos a hacer un poco de piña cuando salíamos todo el grupo, pues Ramón y Lara continuaban como pareja, del mismo modo que Alba y Miguelete e Irene y Chema.

Durante esos años, nuestras salidas en grupo se hicieron más frecuentes y variadas. Participamos en excursiones a diferentes parques naturales, con los amigos del grupo de excursionistas de Irene, donde pasábamos el día caminando por senderos pintorescos y disfrutando de la naturaleza.



Uno de los cambios que más agradecí fue que Erika se quedase cada fin de semana con Martina en Barcelona, en lugar de ir a Vilanova. Como su hermana estaba casi todo el día fuera con su novio, Erika me invitaba a pasar el sábado juntos para comer platos sencillos que cocinábamos entre los dos y después veíamos alguna película en el reproductor de vídeo, cómodamente sentados en el sofá. Esos sábados se convirtieron en una especie de ritual culinario y cultural; un oasis de tranquilidad y conexión en medio del ajetreo de la vida escolar.

Erika era una gran amante del cine clásico y a través de ella descubrí un mundo nuevo y fascinante. Nuestra lista de películas era extensa, pero cada una de ellas dejó una huella imborrable en nuestra memoria compartida. Recuerdo una tarde en particular, cuando decidimos ver *Casablanca*. Nos acomodamos en el sofá con un bol de palomitas caseras y, a medida que la

historia de Rick e Ilsa se desenvolvía en la pantalla, noté cómo Erika se emocionaba con cada escena. La película terminó y nos quedamos en silencio por un momento, asimilando la intensidad de la historia. Erika me miró y dijo: «Siempre nos quedará París» y después me abrazó teatralmente, sabiendo que habíamos añadido una nueva frase a nuestro repertorio de citas compartidas.

Otro sábado, Erika sugirió ver *Desayuno con diamantes*. Nos preparamos unos espaguetis sencillos, siguiendo una receta que habíamos encontrado en un libro de cocina que traje de la librería, y luego nos sumergimos en el mundo de Holly Golightly. Erika adoraba a Audrey Hepburn y su estilo único. Mientras veíamos la película, me explicó cómo Hepburn había redefinido la moda y el cine. Disfruté no solo de la película, sino también de escuchar a Erika hablar con tanta pasión y conocimiento. Después de la película, paseamos por el barrio, imaginando que éramos los protagonistas de alguna escena romántica en una película en blanco y negro.

También nos adentramos en el universo de *El apartamento*, de Billy Wilder. Erika adoraba la mezcla de comedia y drama. Así pues, aquella tarde, después de la comida, nos sentamos a ver cómo Jack Lemmon y Shirley MacLaine navegaban por los enredos de la vida en Nueva York. La película nos hizo reír y reflexionar. Cuando terminó, pasamos horas conversando sobre las decisiones de los personajes y el desarrollo de la trama.

Recuerdo que a veces proponía algunas de mis películas favoritas. Yo solía ver cintas de corte fantástico o comedias. Por ejemplo, vimos *Los caballeros de la mesa cuadrada*, de Monty Python, película que después rememoramos entre risas, recordando los absurdos diálogos y situaciones.

En otra ocasión vimos *Labyrinth*, cuyo visionado estuvo marcado por un par de anécdotas. La primera fue un comentario que me hizo Erika:

—Deja de babear con la Connelly, ¿no?

Me sonrojé. Tenía razón, Jennifer Connelly está preciosa en aquella película y tenía algo que me recordaba a mi amiga.

—No te confundas, quien me tiene fascinado es Julia Otero como villana —dije con picardía.

Erika soltó una sonora carcajada, al captar la broma basada en el parecido del personaje de David Bowie con el estilo de cabello de una popular presentadora de televisión. Minutos más tarde noté el peso de la cabeza de Erika sobre mi hombro y su quietud me dio la convicción de que se había quedado dormida.

—Erika —susurré. No hubo respuesta, bajé el volumen de la televisión y tomé su mano. Continué viendo la película, incapaz de concentrarme en la trama. Erika dormía sobre mi hombro, provocando una sensación de sosiego y bienestar profundo que se prolongó hasta los títulos de crédito, momento en que abrió los ojos. Como impulsada por un resorte se incorporó, apurada, y se colocó bien las gafas.

—¡Dios, me he quedado dormida! —exclamó.

—Así es —dije de buen humor.

—¡Qué vergüenza! Espero no haber hecho ningún sonido que me abochorne.

Asentí, reprimiendo una carcajada.

—¡No!

Volví a asentir.

—¡¿Qué he hecho?!

—Roncar —contesté.

—¡No! —exclamó Erika. Sin pensárselo un segundo, cogió un cojín y me lo estampó en la

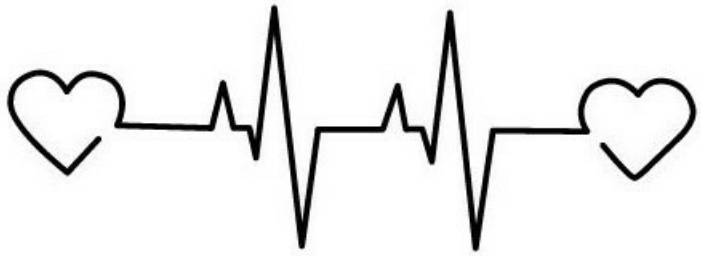
cara. Hice lo propio con otro, dándole en el costado. Al segundo estábamos en plena guerra de cojines, acabando en el suelo de la sala de estar, haciéndonos cosquillas y riendo sin parar.

Al cabo del rato, recuperábamos el aliento. Nos miramos y sonreímos el uno al otro, conscientes de que no olvidaríamos aquel momento.

Al mirar atrás, me doy cuenta de lo afortunado que fui por haber tenido esos años junto a Erika. Su amistad, su pasión por los libros, el cine y su compañía fueron un regalo de un valor incalculable. Sin embargo, y a pesar de aquellos buenos instantes, vinieron otros de índole más oscura que cambiarían el curso de nuestra historia.

CAPÍTULO QUINCE

MALA SUERTE



Verano de 1991

B.U.P. fue una etapa que guardo en mi memoria con gran afecto. A pesar de que hubo ocasiones en las que mis sentimientos hacia Erika me sumergían en un torbellino de pasiones encontradas, es un tiempo que recuerdo con dulzura. Por otro lado, C.O.U.[7] representó un periodo de transición significativo. Fue un año que marcó el umbral de una nueva fase en mi vida, una época turbulenta repleta de desafíos y cambios.

Antes de iniciar aquel fatídico año académico debía, cruzar de nuevo un verano aburrido, vacío y solitario. Sin embargo, mi amigo Dani se encargó de librarme de la monotonía y el aislamiento. Una tarde de junio, a poco de finalizar el curso, vino a mi casa.

—¿Te gustaría venir conmigo al pueblo de mis padres a pasar el verano?

Lo miré perplejo. Me gustaba Dani; era un buenazo, que siempre se mostraba cordial con todo el mundo y me hablaba con un respeto que me sorprendía.

—Lo he hablado con mis padres y les parece estupendo que vengas —añadió, como si adivinara lo que estuve a punto de preguntarle. Me imaginé que, siendo hijo único y la mayoría de sus amigos saliendo con sus novias, los padres de Dani accedían a cualquier iniciativa que implicase que su hijo estuviera acompañado.

—Se lo comento a mi padre y te llamo —dije. Dani esbozó una sonrisa y me dio las gracias, explicándome cuál sería el plan de ida y vuelta.

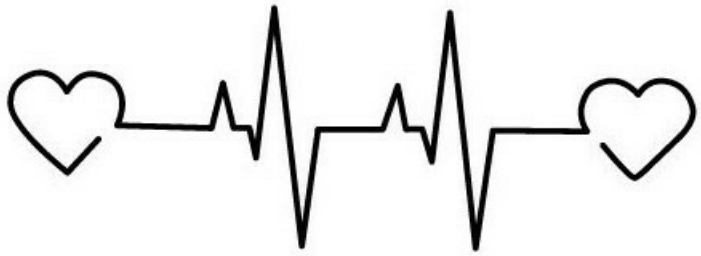
Horas más tarde, durante la cena, comenté la propuesta de mi amigo y mi padre, tras reflexionar unos segundos, me dijo:

—Harías bien en ir, hijo. Llevas tres veranos como alma en pena. Deberías salir y desconectar. Entre que Erika no está y el resto de tus amigos están con sus novias, tú y Dani os quedáis solos, cada uno en su mundo. ¿Qué pueblo es?

—Caspe, en Zaragoza. Saldríamos el mismo último día de curso, el 21 de junio. La intención es llegar ese día para poder pasar las fiestas de verano, que van del 23 al 25 de junio. Después estaremos hasta el 15 de agosto.

—Un plan sólido, sin fisuras —opinó Jaime—. Esas fiestas baturras deben ser un desfase, enano. Vigila con las féminas, guaperas.

—Ve y diviértete —dijo papá.



Dos días más tarde, fui a recoger mi boletín de notas; las últimas de aquel ciclo de estudios. Tenía todas las asignaturas aprobadas con buena nota, así que, por una vez en años, se me ponía en perspectiva un buen verano, aunque, como solía ser la tónica desde que empecé el bachillerato, iba a añorar mucho la ausencia de Erika.

Como en el día de recogida de notas no había horario normal, cada uno podía pasarse cuando más le conviniera. Fui a primera hora, pues salíamos hacia Zaragoza a las diez de la mañana.

Pasé por delante del portal de Erika, pero en aquella ocasión mi amiga no estaba allí esperando, como había sucedido cada mañana de instituto. Eché de menos ese «¿Listo para otro día de descubrimientos?» con el que me saludaba.

Seguí mi camino y cuando salía, de vuelta a casa, con el boletín en un sobre con el logotipo del instituto, me topé con Erika, que llegaba con la intención de recoger sus notas.

—¡Erika! —exclamé al verla.

Ella fijó su mirada en mí, su expresión seria se transformó en una sonrisa traviesa.

—Vaya, Pol, casi pensé que te habías convertido en uno de esos fantasmas que rondan el instituto después de clases —bromeó.

—Con las notas que llevo, más bien sería un espíritu en pena —repliqué con una sonrisa, enseñándole el sobre en mi mano.

—¿Tan mal te ha ido? Vamos, no te hagas la víctima. Si hasta los libros de texto se despidieron de ti con lágrimas en los ojos —dijo ella, con un brillo juguetón en la mirada.

—Bueno, espero que esas lágrimas no sean por el maltrato que les he dado —contesté, siguiendo su juego.

Ella rio y, por un momento, la preocupación que había notado antes pareció desvanecerse.

—Hablando de despedidas, ¿ya tienes planes para el verano? —preguntó, cambiando de tema.

—Sí, de hecho, Dani me ha invitado a pasar el verano en el pueblo de sus padres, Caspe. Imagínate, dos meses de libertad en pleno campo —expliqué, entusiasmado.

—Eso suena a pura poesía rural. ¿Estás seguro de que no te convertirás en un ermitaño y olvidarás el camino de vuelta? —inquirió con una sonrisa.

—Con Dani como guía, lo más probable es que termine encontrando el camino a Narnia[8] antes que perderme —dije entre risas.

Erika sonrió, pero había una sombra de tristeza en su mirada.

—Suena increíble, Pol. Me alegro por ti.

—Noto algo en tu voz… ¿Hay algo que quieras contarme? —pregunté, sintiendo una punzada de preocupación.

—Bueno, resulta que este verano… —empezó y entonces compartió sus planes de quedarse en Barcelona con su hermana Martina, en lugar de ir a San Sebastián.

El golpe de la noticia me dejó sin aliento. Sentí un nudo en el estómago, una mezcla de decepción y preocupación. La idea de pasar un verano con Erika en Barcelona sonaba de

ensueño, pero estaba el hecho de que me había comprometido a ir con Dani y sus padres. Maldije mi suerte, pues parecía que el destino se las ingeniaba siempre para separarme de ella.

—Oh, vaya… —balbuceé—. ¿Está todo bien con tu familia?

—Sí, simplemente queremos probar algo diferente este año —respondió, aunque su tono no transmitía convicción.

Afirmé con la cabeza, esforzándome por disimular mi decepción. La perspectiva de pasar un verano repleto de peripecias junto a Dani ahora estaba matizada por una gran tristeza. Erika y yo teníamos una conexión única y era consciente de que echaría de menos su presencia de manera significativa, especialmente al pensar que podríamos haber compartido momentos juntos de manera casi constante.

Esperé a que Erika recogiera las notas en secretaría, con la cabeza en un estado de ebullición y malestar indescriptible. Cuando estuvo de vuelta, la acompañé a casa.

—Bueno, espero que lo paséis bien aquí —dije, forzando una sonrisa, una vez llegamos a su portal.

—Gracias, Pol. Y tú disfruta de Zaragoza. Nos vemos cuando regreses —dijo, devolviéndome la sonrisa—. ¿Me escribirás?

—Sabes que lo haré.

Ella me abrazó y yo la abracé a ella.

—Cuídate mucho, amigo —me dijo al oído.

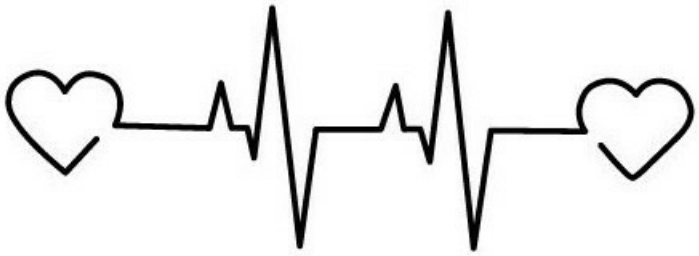
—Oye, puedo hablar con Dani y… —comencé.

—No, Pol. Eso estaría mal. Te has comprometido a ir. No le hagas algo que a mí no me gustaría que me hicieras —replicó Erika, haciendo eco de lo que yo mismo había pensado. Se separó de mí y añadió—: «Siempre nos quedará París».

Esbocé una sonrisa triste y amarga. Ella me dio un cálido beso en la mejilla que reverberó en mi piel durante minutos.

—Escríbeme mucho —dijo.

Mientras me alejaba hacia mi casa, la sensación de que algo se había quedado sin decir flotaba en el aire, como una promesa incumplida.



Mi verano en Caspe con Dani fue una aventura que jamás olvidaré, a pesar del estado de ánimo con el que partí. Llegamos justo a tiempo para las fiestas del Compromiso de 1412, una celebración que me transportó a otra época con sus danzas y representaciones medievales. Me sentí parte de la historia, vestido con ropajes de la época y sumergido en la alegría colectiva.

El resto del tiempo allí siguió una rutina de lo más estimulante. Durante el día, explorábamos los alrededores, descubriendo rincones ocultos y senderos entre hermosos parajes. Las noches, sin embargo, eran un caleidoscopio de risas y conversaciones bajo las estrellas. Fue en una de las primeras noches cuando Dani me presentó a un grupo de jóvenes del pueblo y entre ellos, a Clara, una chica con una sonrisa espléndida y dulce, que enseguida mostró un gran interés en mí, como chico de ciudad.

A mis 17 años, estaba en ese punto de transición hacia la edad adulta y este verano fue un bálsamo para mi espíritu. Aunque la ausencia de Erika era una sombra durante esos días, la nueva amistad con Clara y los demás me brindó un sentido de pertenencia que no esperaba. Los días en el río, las noches en la plaza, cada momento contribuyó a crear recuerdos imborrables.

Clara, con su manera única de ver la vida, se convirtió en alguien especial para mí. Me enseñó a apreciar la belleza en lo simple y en la naturaleza. Una noche, dos días antes de nuestra vuelta a Barcelona, mientras pasábamos el rato junto al resto de los amigos de Dani, Clara me preguntó:

—¿Tienes alguna chica esperándote en Barcelona?

—No lo sé, Clara —contesté.

—¿No lo sabes? —inquirió con una chispa de curiosidad en los ojos. Se inclinó hacia delante, su interés evidente en la suave luz del alumbrado público.

—No, no es que tenga a alguien esperándome, es más complicado que eso —dije, sintiendo cómo el peso de mis palabras colgaba en el aire nocturno.

Le expliqué todo sobre Erika. Era la primera vez que confesaba mis sentimientos hacia Erika a alguien y lo hice sin titubeos, mis palabras narrando mis días con ella. Ojalá hubiese tenido el mismo arrojo delante de mi amiga.

—Erika es… una amiga muy cercana. Sin embargo, no sé si hay algo más entre nosotros y eso me está volviendo loco. Nunca hemos hablado de ello abiertamente —confesé, mi voz apenas un susurro.

—¿Y por qué no? —preguntó Clara con un tono suave pero insistente.

—Porque siempre ha habido miedo a arruinar la amistad, miedo al rechazo, miedo a enfrentarme a esos sentimientos. Clara, tengo mucho que perder si al final ella no siente nada más que amistad hacia mí. Nada sería lo mismo después de ser rechazado; no solo sabré que no podré amarla de otra forma, sino que puede que eso nos distancie —admití, encontrando en Clara una confesora inesperada.

Ella asintió, su mirada llena de comprensión.

—El miedo puede ser un gran obstáculo. Pero, ¿no crees que a veces vale la pena arriesgarse? —dijo, su voz era alentadora.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero ahora, con este verano, con todo lo que está pasando aquí… me siento aún más confundido —revelé, sintiendo cómo la presencia de Clara me afectaba más de lo que esperaba. Realmente era hermosa y cercana, daban ganas de besar sus labios y perderse en su abrazo.

Clara se acercó y tomó mi mano, su tacto era cálido y reconfortante.

—Pol, lo que tienes con Erika es parte de tu pasado y puede que también de tu futuro, pero no dejes que te impida vivir el presente. Estás aquí ahora, con nosotros, conmigo.

Se giró y me dio un beso, en los labios.

El beso de Clara fue un relámpago en la calma de la noche, un instante eléctrico que me dejó sin aliento. En ese momento, el mundo se redujo a la suavidad de sus labios contra los míos, y todas mis preocupaciones sobre Erika se desvanecieron en el fondo de mi mente. Fue un beso tierno, pero cargado de significado, un cruce de caminos entre la amistad y algo más profundo.

Cuando nuestros labios se separaron, busqué en los ojos de Clara alguna señal de arrepentimiento o duda, pero solo encontré una calidez que me invadió cada fibra de mi cuerpo. No había palabras que pudieran describir lo que sentí en ese momento; era una mezcla de sorpresa, gratitud y una dulce confusión.

—Clara, yo… —comencé, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

Ella puso un dedo sobre mis labios, silenciándome con una sonrisa.

—No tienes que decir nada, Pol. A veces, un beso puede decir más que mil palabras o no significar nada —susurró.

Entre el grupo de chicos y chicas que se divertían en un corrillo a unos metros de nosotros, distinguí a Dani, que me miraba con intensidad y desagrado.

Clara y yo nos quedamos sentados en silencio, dejando que la noche nos envolviera con su manto estrellado. No estaba acostumbrado a ver un cielo tan cuajado de estrellas. Era hermoso. Recordé entonces lo que le dije a Erika la primera vez que hablamos aquel día en el recreo en lo que me pareció otro mundo y otra vida: «¿Sabes? Una vez leí que hay más estrellas en el universo que granos de arena en todas las playas de la Tierra»

Sí, parecía otro tiempo y otra vida, pero añoraba ese tiempo y esa vida compartida con Erika, echaba de menos su manera de hablar, hipnótica y cautivadora a partes iguales. El beso de Clara me hizo sentir sucio y pesaba sobre mis hombros. Sentí que la había traicionado y me sobrevino una especie de náusea, que me hizo levantarme del banco de piedra que compartíamos.

—Clara, estoy cansado, creo que voy a ir a dormir.

Vi el gesto de decepción en su rostro, pero lo ignoré. Le di las buenas noches y puse rumbo a casa de los padres de Dani, quien enseguida estuvo a mi lado.

—¿Se puede saber en qué cojones estabas pensando besando a Clara? —me increpó una vez estuvimos a una distancia prudencial del grupo de chicas y chicos.

—¿Tienes algún problema?

—Ninguno, tío. Solo que me alegro de que te haya besado a dos días de irnos.

—¿Por qué dices eso? —inquirí deteniendo mis pasos.

—Porque si lo hubieras hecho al principio de las vacaciones hubiese acabado rompiéndote el corazón. Aparte de mí, no conozco a nadie en el pueblo a quien Clara no haya besado.

Lo miré boquiabierto.

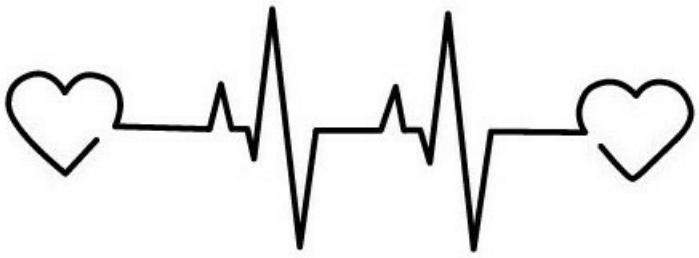
—¿Y sabes qué? —añadió—. Ella te habría roto el corazón, pero su novio, que viene de permiso de la mili en Sabiñánigo, dentro de un par de días, te habría partido la cara.

Tragué saliva.

—Joder, Dani, no lo sabía. Disculpa.

Él me sonrió y para sorpresa mía me dio un afectuoso abrazo.

—Nada, hombre. Para eso están los amigos, ¿no? —dijo.



El viaje de vuelta a Barcelona se me hizo eterno. Estaba deseando llegar e ir a hablar con Erika. Quería abrazarla y decirle cuánto representaba para mí. Lo tenía decidido. Iba a ser el momento en que tenía que arriesgar. Me dije que, si no lo hacía ya, no lo haría nunca.

Llegamos cuando ya era de noche, quizá demasiado tarde para hacerle una visita. Así que decidí llamarla. Nadie cogió el teléfono.

—Papá, ¿sabes algo de Erika? Que a estas horas ni ella ni Martina cojan el teléfono es muy

extraño —inquirí al colgar el auricular.

Mi padre me miró desde el sofá y se levantó. Cogió algo de encima del mueble de la sala de estar y me lo entregó. Era un sobre.

—Se pasó ayer por la mañana y me dio esto. ¿Va todo bien entre vosotros?

—Sí, papá. Todo va bien —dije distraídamente, mientras observaba el sobre. En el frontal vi escrito mi nombre, con la caligrafía inconfundible de Erika. Lo abrí con rapidez.

Hola, Pol:

Muchas gracias por todas tus cartas durante las semanas que has estado fuera. Ya viste que las mías, aunque escritas con esfuerzo para enmascarar el aburrimiento, también las escribí con cariño. No te he enviado esta carta a Caspe porque sabía que no llegaría antes de que volvieses, así que se la entregaré a tu padre.

Martina y Arnau se han liado la manta a la cabeza y se han animado a ir unos días a Bilbao, así que no he tenido más remedio que ir con ellos. Nos alojaremos en casa de unas amigas de Martina, que todavía conserva desde la época del instituto. Lamento no poder estar contigo cuando vuelvas, pero no temas: te escribiré.

Te echaré muchísimo de menos. Cuando sepa cuánto tiempo voy a estar allí, te llamaré y te daré una dirección. También aprovechamos para hablar un rato.

Besitos,

Erika

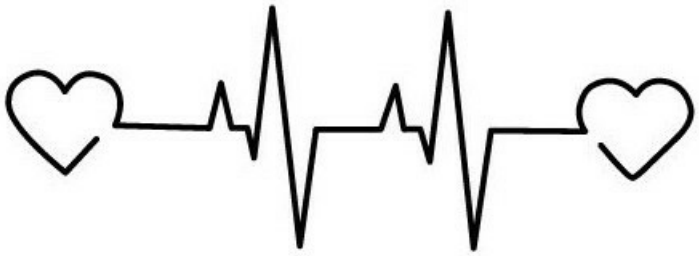
Con la carta de Erika en mis manos, sentí una mezcla de alivio y decepción. Alivio porque sabía que estaba bien, pero decepción porque no estaría aquí para recibirme al día siguiente. Me había preparado mentalmente para ese momento, para verla y expresarle todo lo que sentía, pero ahora tendría que esperar.

Me retiré a mi habitación, la carta aún entre mis dedos. La releí varias veces, cada palabra impregnada del cariño de Erika. A pesar de la distancia, podía sentir su presencia, como si estuviera justo allí, hablándome con su voz suave y reconfortante.

Decidí escribirle una respuesta antes de acostarme. Quería que supiera que, a pesar de los cambios que el verano había traído a mi vida, ella seguía siendo importante para mí. Le conté sobre Caspe, sobre Clara y cómo me había ayudado a ver las cosas desde otra perspectiva. Pero también le hice saber que mi regreso a Barcelona me había confirmado algo: quería hablar con ella, cara a cara, sobre nosotros.

CAPÍTULO DIECISÉIS

JUNTOS DE NUEVO



Las semanas después de que Erika se fuera no resultaron fáciles. Cada día era un recordatorio constante de su ausencia. Los lugares que solíamos visitar, las canciones que escuchábamos juntos, los chistes que compartíamos… Todo parecía vacío sin ella. Intentaba mantenerme ocupado, pero mi mente siempre volvía a ella. Dani y el resto de chicos y chicas del grupo me animaron a salir con ellos y en algunas ocasiones aceptaba, con el mero objetivo de distraerme un poco y huir del sofocante y opresivo calor de mi habitación. Dani y yo solíamos ir juntos, dejando intimidad a las otras parejas. Después de ese verano en Caspe, habíamos establecido una nueva conexión y lo había conocido un poco más. A pesar de que éramos compañeros desde la E.G.B., no habíamos sido muy cercanos, pero ese verano nos ofreció la posibilidad de conocernos un poco más. Se mostraba animado y más próximo a mí, hablándome de cómics. En aquellas semanas, incluso me había prestado algunos títulos que me parecieron interesantes.

Una tarde, mientras me perdía en mis pensamientos, sonó el teléfono. Era Erika. Su voz era alegre y llena de vida, contándome sobre las aventuras que estaba viviendo en Bilbao con Koldo y sus antiguos amigos. Al escuchar el nombre de Koldo, sentí un nudo en el estómago. Recordé el beso robado de Clara, un momento de debilidad que ahora parecía una traición enorme. ¿Y si ella se hubiera besado con Koldo?

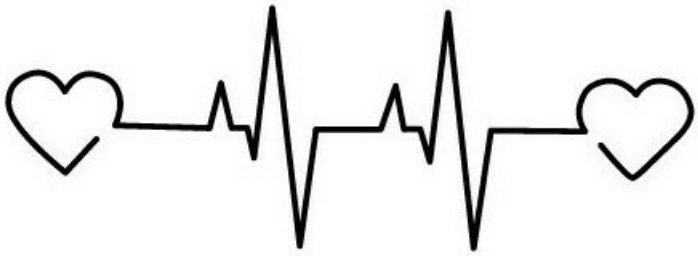
Entonces lo tendrías bien merecido, por haberla dejado escapar, dijo una voz interior.

—¿Pol, estás ahí? —la voz de Erika me sacó de mis pensamientos.

—Sí, claro. Me alegra oír que te lo estás pasando bien —respondí, intentando ocultar mi malestar.

Estuvimos unos minutos hablando y, después de colgar, me sentí dividido. Por un lado, dolido por la idea de que Erika pudiera estar acercándose a Koldo; por otro, culpable por mi propio desliz con Clara. La confusión me consumía y sabía que tenía que resolver mis sentimientos antes de poder enfrentarme a Erika.

Decidí ir al lugar donde mejor me sentía, aquel sitio en el que mi alma parecía encontrar el equilibrio que anhelaba. Le dije a mi padre que estaría un rato en la playa, que no me esperaran para cenar. Recuerdo que él me miró con una expresión de preocupación y tristeza, pero se limitó a asentir.



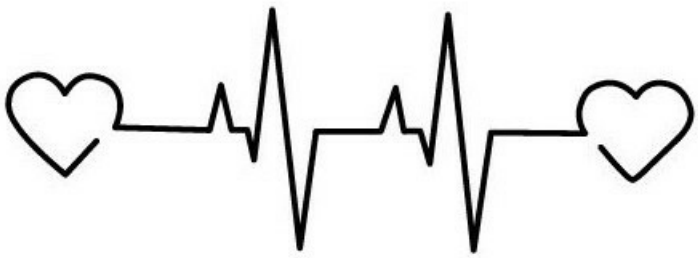
Allí estaba, en la orilla del mar, observando la línea que dividía el cielo y el agua. Mis pensamientos bullían como un enjambre de abejas trabajando sin descanso. Por un instante, deseé no haber conocido a Erika jamás, creyendo que mi existencia habría sido menos complicada. Pero entonces, una voz en lo más profundo de mi ser me reprendió por tal idea. Me di cuenta de que, de no haber sido por ella, seguiría atrapado en la penumbra que antes me rodeaba. Vi con total claridad, como si el velo de la incertidumbre se hubiera levantado, que Erika había sido mi salvación.

Efectivamente, su amistad y su afecto habían sido mi faro, transformándome en una versión mejorada de mí mismo y, como un efecto dominó, mejorando también la vida de mis amigos. En ese momento, frente al inmenso mar, hice el voto de nunca más albergar esos pensamientos.

La brisa marina acariciaba mi rostro mientras reflexionaba sobre cómo Erika había iluminado mi camino. Ella había sido la chispa que encendió la luz en mi oscuridad, la que me enseñó a valorar la vida desde una perspectiva más brillante y esperanzadora. A través de su risa, su animada charla, su apoyo incondicional y su manera única de ver el mundo, me había mostrado que incluso en los momentos más sombríos, siempre hay una razón para seguir adelante.

Con la promesa hecha a mí mismo y el sol ya oculto, sentí una paz que hacía mucho no experimentaba. Erika, con su simple existencia, había cambiado mi destino. Y aunque el futuro era incierto y quizás nos llevara por caminos separados, siempre estaría agradecido por el regalo de su presencia en mi vida. Con esa gratitud en el corazón, me alejé de la playa, listo para enfrentarme a lo que viniera, sabiendo que la oscuridad ya no era una opción.

De camino a casa extraje de mi bolsillo la carta que había escrito a la vuelta de Caspe, la rompí en pedazos y los tiré en la papelera más cercana. Debía dejar de usar la palabra escrita y sincerarme de viva voz ante aquella muchacha que desde hacía casi tres años había sido dueña de mi joven, pero agotado corazón. Si es que al final fuese capaz de hacerlo.



Septiembre de 1991

Finalmente, llegó el día en que Erika regresó a Barcelona. Cuando apareció en la puerta de la librería, pude ver en sus ojos que algo había cambiado. Nos abrazamos en silencio y, en ese abrazo, sentí que todas las palabras que había planeado decir se desvanecían.

Erika me miró y, con una sonrisa triste, me dijo si podíamos hablar. Con el corazón encogido, asentí. Avisé a mi padre, que estaba en la trastienda, de que me iba a ausentar.

Fuimos a una cafetería cercana, caminando absortos y en silencio.

—Pol, he disfrutado de esos días en Bilbao, pero un presentimiento me ha invadido todo ese tiempo —dijo nada más sentarnos—. Algo me decía que estabas triste, cambiado…

La confesión de Erika me dejó sin palabras. Su intuición siempre había sido aguda y, en ese momento, su percepción de mi estado anímico era asombrosamente precisa. Me pregunté cómo podía conocerme tan bien, cómo podía sentir en la distancia las turbulencias de mi alma.

—Erika, es cierto que he estado… diferente —admití con un hilo de voz—. La distancia entre nosotros, el tiempo aparte, me ha hecho reflexionar mucho.

Erika me miró con una mezcla de preocupación y curiosidad. Sus ojos buscaban los míos, intentando leer las palabras no dichas que se escondían detrás de mi mirada.

—Pol, ¿qué es lo que te preocupa? —preguntó, su voz suave pero firme.

Respiré hondo, sabiendo que era el momento de sincerarme completamente. Era el momento de dejar atrás los miedos y las dudas, de abrir mi corazón a la única persona que había logrado iluminar las sombras de mi existencia.

—Erika, desde que te fuiste, he sentido un vacío que no he podido llenar. Tu amistad es lo mejor que tengo. Tengo miedo de perderte…

Erika me escuchaba en silencio, su expresión era inescrutable. Por un momento, temí haber roto algo irremediablemente. Pero entonces, ella tomó mi mano entre las suyas.

—Entiendo lo que te ocurre y te define como el chico maravilloso que eres.

Erika sostuvo mi mirada con una intensidad que nunca había visto. Su mano seguía en la mía, transmitiendo un calor que parecía querer disipar el frío miedo que se había instalado en mi pecho.

—Pol, nuestra amistad… —empezó, su voz temblaba ligeramente—. Es para mí una luz en la oscuridad. Y sí, tengo miedo. Miedo de que las cosas cambien, pero no podemos vivir con miedo.

Me sonrió con dulzura, enamorándome por enésima vez.

—¿Sabes qué? —continuó con una sonrisa triste—. El hecho de que ambos tengamos este miedo, de que nos importe tanto preservar lo que tenemos, es la prueba más clara de que nuestra amistad es verdadera. No es algo superficial que se desvanece con el primer viento de cambio. Es algo profundo y bonito.

Las palabras de Erika me envolvieron como un abrazo, dándome la fuerza para enfrentarme a mis propios temores.

—Es verdad —dije, encontrando consuelo en su lógica—. Si no nos importara tanto, no estaríamos aquí, preocupados por el futuro de nuestra relación. Eso dice mucho de lo especial que es nuestra conexión.

Erika asintió y, por un momento, nos quedamos en silencio, dejando que la verdad de nuestras palabras se asentara entre nosotros.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunté, la incertidumbre aún colgando en el aire.

Erika me miró y en sus ojos vi una determinación que me llenó de esperanza.

—Lo enfrentamos juntos, como siempre hemos hecho —respondió—. No dejamos que el miedo nos paralice. Aceptamos que las cosas pueden cambiar, pero también que podemos crecer a partir de ellas. Nuestra amistad es lo suficientemente fuerte, ¿no crees?

Erika y yo nos quedamos sentados, compartiendo el cómodo silencio que solo los verdaderos amigos pueden disfrutar. La cafetería estaba llena de murmullos y el tintineo de las tazas, pero en

nuestra pequeña burbuja, solo existíamos nosotros y nuestras confesiones.

—Erika, sea cual sea el camino que tome nuestra amistad, quiero que sepas que estoy dispuesto a recorrerlo contigo —declaré, sintiendo una determinación que no sabía que tenía—. Porque lo que tenemos es demasiado valioso como para dejarlo en manos de nuestros miedos.

Erika asintió y en sus ojos vi el reflejo de mi propia resolución.

—Sabes que puedes contar conmigo, Pol. Sin importar lo que nos depare el futuro, nuestra amistad es fuerte y resistente.

De nuevo una ocasión de confesarle mi afecto se había deslizado entre mis dedos. Aunque mi corazón latía con la fuerza de un huracán, como en cada instante que veía a Erika, otra vez decidí mantener mis sentimientos en silencio. ¿Por qué? Porque ella hablaba siempre en términos de «amistad». En aquel momento me di cuenta de que cada risa compartida, cada confidencia, cada mirada cómplice, todo lo interpretaba como una conexión puramente platónica. Y yo, como un tonto enamorado, en aquel momento me sumergí en ese papel de «amigo» con una sonrisa forzada.

Sí, Erika era una muchacha increíble; su risa era música para mi alma y su inteligencia me dejaba sin aliento, pero también sabía que tenía mucho que perder si mis sentimientos no estaban correspondidos. No podía arriesgar todo lo que había atesorado durante tanto tiempo por un amor no correspondido. Nada sería lo mismo si le confesase lo que realmente sentía y ella no aceptase ser algo más que amigos.

Así que me contentaría con ser su confidente, su compañero de risas y su hombro en el que llorar. Fui consciente de que me tocaría contemplarla desde la distancia, mientras ella se enamoraba de otros, mientras yo me desgarraba por dentro. Pero prefería su amistad a no tenerla en mi vida en absoluto, incluso si eso significaba ocultar mi corazón roto tras una sonrisa amistosa.

Nos levantamos de la mesa, pagamos la cuenta y fuimos a dar un paseo por la playa. El aire de Barcelona nos recibió con su mezcla única de mar y ciudad. Mientras caminábamos, sentí que un peso se había levantado de mis hombros, pero una sombra de tristeza y resignación se cernía sobre mí.

No tardaría en darme cuenta de que aquello por lo que había optado sería más difícil de asumir de lo esperado, pues el corazón siempre pide más.

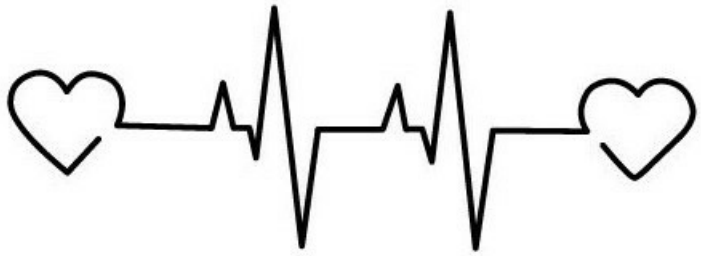
SEGUNDA PARTE: SARA



Esos ojos verdes, puertas del alma,
reflejan las aguas de mares lejanos.
En su mirar, una inquietante calma,
cuenta historias de sus años tempranos

CAPÍTULO DIECISIETE

DOBLE TRAICIÓN



Septiembre de 1991

Aquella tarde en que Erika y yo nos volvimos a ver después de las vacaciones de verano fue la antesala a una época convulsa y llena de cambios. Pocos días después del inicio de curso, un suceso lo cambió todo entre Erika y yo; nada volvió a ser lo mismo entre nosotros.

Recuerdo que durante el recreo del primer viernes de curso le pregunté si le apetecía quedar el sábado para ir a la playa y después ir al videoclub y elegir una película para ver juntos en casa de uno u otro. Contra todo pronóstico, me dijo que no; que debía ayudar en casa con algunas tareas.

—Si las acabo pronto, te llamo para quedar por la tarde y ver esa película, ¿de acuerdo? —añadió, con una sonrisa desprovista de humor.

El rostro de mi amiga mostraba una expresión indescifrable. Algo pasaba, pero acepté la respuesta. La conocía lo suficiente como para saber hasta dónde podría presionar. Estaba absolutamente convencido de que algo la preocupaba y me lo estaba ocultando.

Llegó el sábado por la mañana y, no teniendo nada más que hacer, me dirigí al metro para ir a comprar algo de música a la zona de Plaça Catalunya con la esperanza de que el camino fuese lo más corto posible y que las numerosas obras que transformaban la ciudad para los Juegos Olímpicos del año siguiente no supusieran ningún problema con el servicio de transporte público. De camino a la boca del metro, pasé por una cafetería y detuve mis pasos, estupefacto por lo que vi a unos metros de donde yo me hallaba.

En el interior del establecimiento estaban Erika y Dani. Ella me daba la espalda y él la miraba de forma dulce, mientras le hablaba. Me quedé mirándolos, perplejo, y sin ser advertido por Dani, que no apartaba los ojos de ella. En un momento dado, él dijo algo y ella le tomó la mano, mientras le contestaba a sus palabras. Después, Dani le sonrió y ella tomó su rostro entre sus manos y se inclinó con la clara intención de besarlo.

La revelación me golpeó con la fuerza de un tren desbocado. La confianza y la camaradería que había compartido con Erika se desmoronaron en un instante, dejando un vacío lleno de preguntas sin respuesta. La sensación de traición se mezclaba con una profunda decepción, no solo por la mentira que me había dicho en sí, sino por el hecho de que Erika, mi mejor amiga, no había confiado en mí lo suficiente como para compartir la verdad.

Me sentí abandonado y engañado, como si un velo se hubiera levantado para revelar una realidad desconocida. La imagen de Erika y Dani, ajenos a mi presencia, se grabó en mi mente,

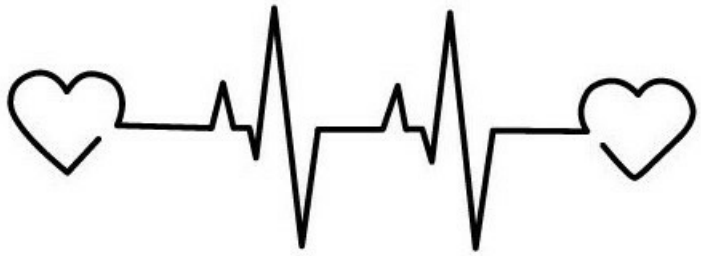
una estampa de intimidad que nunca había asociado con mi amiga. La duda se instaló en mi corazón, preguntándome cuánto tiempo había estado Erika ocultándome sus verdaderos sentimientos y qué más podría haberme ocultado.

Experimenté una gama de emociones que iban desde la ira hasta la tristeza, pasando por la confusión. Cuestioné la autenticidad de nuestra amistad y me sentí inseguro sobre cómo proceder. La sensación de pérdida era palpable, no solo de la amistad, sino de la inocencia de creer que conocía a Erika completamente.

Con el corazón destrozado, di media vuelta y regresé a casa. Papá me preguntó si me había olvidado algo y le contesté que me había empezado a encontrar mal.

—Me voy a meter en la cama, si no me necesitas —añadí.

Mi padre me dijo que fuera a descansar y yo subí a mi habitación.



Reflexionando sobre lo presenciado, no pude evitar comparar la situación con la que había vivido con Clara durante las vacaciones de verano. Clara y yo nos habíamos besado aquella noche, de la misma manera que Erika había besado a Dani. Pude haberlo evitado, pero no fue así. Eso había sido una traición al amor que profesaba a Erika y, por ende, también yo la había traicionado a ella.

De todos mis amigos jamás pensé que Dani albergara sentimientos hacia Erika, pero entonces entendí aquellas miradas que siempre nos lanzaba cuando íbamos todos a la playa. Sin saberlo, habíamos establecido un extraño triángulo de traiciones, con tres vértices afilados y envenenados. Me sentí hundido por lo que había hecho y me pregunté si no habría dicho algo a Erika acerca de esa noche en Caspe, usándolo para apartarla de mi lado.

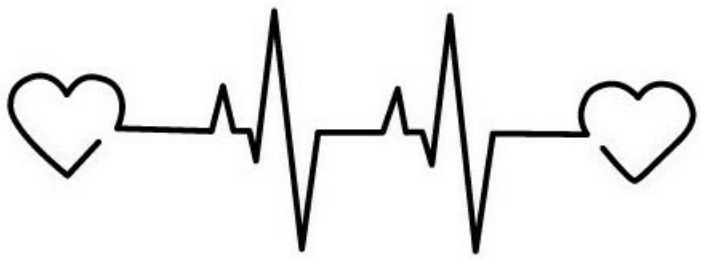
Durante todo aquel sábado en que fingí estar indispuesto estuve más apesadumbrado por lo que Dani me había hecho que por la mentira de Erika. Mi amor hacia ella me impedía culparla por lo sucedido. Mi amor por ella le perdonaba todo. No podía estar enfadado con Erika ni reprocharle nada, porque yo mismo había besado a otra chica y ni siquiera se lo había explicado a mi mejor amiga.

También llegué a la conclusión de que lo que había entre Erika y yo era una amistad y nada más. La revelación fue un golpe devastador, una verdad que se había gestado en silencio durante mucho tiempo, pero que ahora resonaba con la fuerza de un trueno en mi interior. Erika y yo habíamos compartido risas y preciosos momentos, pero era evidente que nuestra conexión se detenía en los límites de la amistad. No había puertas abiertas hacia algo más íntimo, hacia ese amor que se anhela en lo más profundo del ser. La realidad era cruda y clara: nunca sería el que explorara el mapa de su piel, el que se perdiera en la profundidad de sus ojos mientras el mundo se desvanece alrededor. No, nunca podría hacerle el amor cuando llegara ese momento íntimo, de pareja.

La noche se convirtió en mi cómplice. Las horas, lentas y oscuras, se fueron sucediendo, mientras yo ocultaba mis lágrimas bajo mi sábana y la soledad me abrazaba con su fría sombra.

El silencio era interrumpido solo por el eco de mi llanto, que intentaba ahogar para no despertar a papá y Jaime. Mis sollozos, un sonido que parecía cargar todo el peso de todos aquellos «qué habría pasado si». La culpa se enroscaba en mi pecho como una serpiente, apretando con cada recuerdo no compartido, con cada palabra de amor no dicha.

Supe que había cometido un terrible error y, ahora que ella amaba a otro, sentí que no solo había perdido la posibilidad de amarla, sino también la preciosa amistad que habíamos construido. Dani había entrado en su vida y, con él, la puerta que alguna vez estuvo entreabierta para mí, se cerró con un estruendo sordo, dejándome del lado de afuera, solo con mis recuerdos y un futuro incierto.



A la mañana siguiente Erika me visitó. Mi padre la acompañó a mi habitación, donde yo dormitaba. Ella entró y mi padre se retiró, no sin antes decirle que no se acercara a mí, no fuese que se contagiara. Mi embotada mente encontró aquello de lo más ocurrente; decididamente sería mejor que no contagiara a Erika con toda la tristeza que me consumía.

—Pol, ¿cómo te encuentras? —preguntó, su precioso rostro velado por la preocupación.

Estaba radiante, como siempre. Impecablemente vestida con unos pantalones vaqueros negros y un top blanco bajo su chaqueta. A unos meses de cumplir sus dieciocho años ya podía apreciarse la hermosa mujer adulta que llegaría a ser.

—He estado mejor, te lo aseguro —dije, con la voz ronca.

—Ayer tarde llamé para aquello de la película y tu padre me dijo que estabas en cama —explicó—. Así que fui a comprarte esto.

Me alcanzó un objeto cuadrado, envuelto en papel de regalo. Lo abrí, desconcertado, sin entender a qué venía todo aquello. Era el álbum *A Night At The Opera*, de Queen.

—Gracias, Erika. No debiste molestarte.

—No fue ninguna molestia, Pol. Todo lo que hago por ti, lo hago con gusto.

Me la quedé mirando. Pude haberle echado en cara el haberme mentido y no haber sido sincera conmigo, pero fui incapaz, porque eso me convertiría en un hipócrita. Tampoco lo hice porque, a pesar de todo, la amaba y era incapaz de sentir hacia ella nada que no fuera amor.

—Siempre estás ahí, ¿eh? —dije con una sonrisa torcida.

—Para lo que necesites —dijo—, pero hoy tienes que descansar, ¿de acuerdo?

Asentí.

—¿Hay algo más que tengas que decirme, Pol? —inquirió.

Negué con la cabeza. Ella asintió.

—Descansa y recupérate pronto —dijo y se dirigió a mi mesita de noche. Recogió el CD, lo abrió, puso en marcha el reproductor de CD de la cadena de música que me había comprado su padre y colocó el álbum en la bandeja—. Desde que empezamos el curso te he visto poco. Tengo ganas de charlar contigo. No sé qué nos pasa, pero desde que acabamos el curso pasado nuestros encuentros son… escasos. Echo de menos verte.

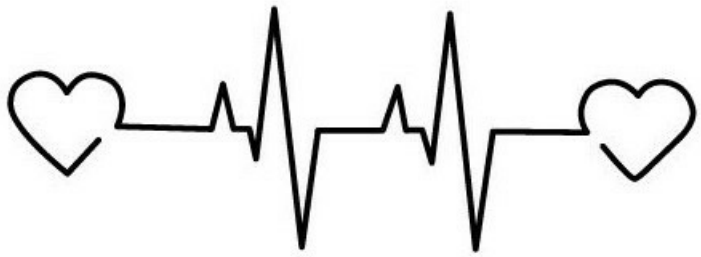
—¿De veras? —inquirí.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Claro. Eres mi mejor amigo, Pol —dijo. Me lanzó un beso mientras la canción que había seleccionado comenzaba a sonar y se despidió. Era un tema escrito por John Deacon, que en su momento dedicó a su esposa, la persona que más amaba en este mundo. El título: *You're My Best Friend.*

CAPÍTULO DIECIOCHO

DOS ESMERALDAS



Noviembre de 1991

Erika y yo seguíamos coincidiendo en los recreos, pero estos ya no eran iguales, principalmente porque Miguelete, Dani y Chema optaron por no proseguir con el C.O.U. y buscar trabajo una vez finalizasen el servicio militar. Rechazaron la objeción de conciencia porque el trabajo social tenía mayor duración. En cambio, mi plan era diferente: completar la universidad y luego hacer trabajo social en lugar del servicio militar.

La ausencia de los chicos significó que el grupo de recreo se redujera a las chicas y a mí. Eran reuniones agradables, pero a medida que avanzaba el curso, las conversaciones iban en su mayoría en torno a las pruebas de acceso a la universidad y comencé a faltar a algunos de esos encuentros para ir a la biblioteca del instituto y leer en paz. En ocasiones, Erika me acompañaba y se sentaba a mi lado para repasar apuntes. Eran momentos bonitos, en los que a veces nos gastábamos alguna broma en el silencio de la biblioteca.

Mis sentimientos hacia Erika fueron templándose, después de todo lo sucedido. La idea de que solo podía optar a ser su amigo había terminado de germinar y florecer. Lo fui aceptando. Fue un proceso doloroso, pero con el tiempo, la amistad se convirtió en un refugio seguro. La cercanía que compartíamos se transformó en algo más profundo y significativo que cualquier romance fugaz. Aprendí a valorar cada risa, cada conversación, cada momento compartido, no como el preludio de algo más, sino como el tesoro que realmente eran. Y, aunque el corazón a veces me susurraba deseos de tiempos pasados, mi alma se conformaba en la riqueza de una amistad sin igual.

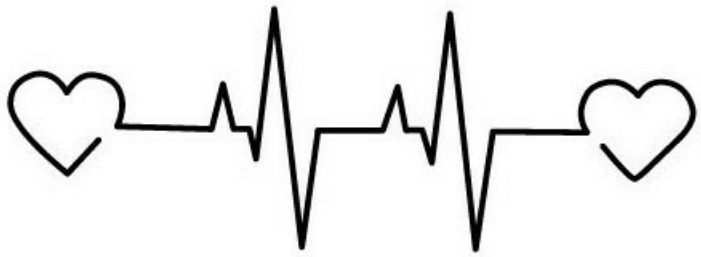
No hablamos de Dani; de hecho, jamás lo había visto esperándola a las puertas del instituto para ir a recogerla. Me pareció de un idiota y un desconsiderado integral, pues estaba convencido de que yo, en su lugar, la habría colmado de atenciones.

La gran diferencia, sin embargo, fueron los fines de semana. Erika y yo apenas quedábamos. Ella alegaba que debía estudiar y estar muy concentrada, por lo que interpreté que el escaso tiempo libre que tenía se lo dedicaría a Dani.

—Te llamaré para hacer alguna pausa y quedar para un café, si te apetece —me prometió una mañana en el instituto.

Acepté todas sus invitaciones, porque en el fondo, muy dentro de mí todavía la amaba y atesoraba cada momento que podía para perderme en su mirada y dejarme embaucar por su animada charla.

Así llegamos hasta noviembre de 1991 y, con este, vino un cambio radical.



El curso académico que teníamos ante nosotros llegó con una ola de cambios significativos, marcados principalmente por una notable fluctuación en la población estudiantil. El instituto Icaria abrió sus puertas a un fresco contingente de alumnos y alumnas, inyectando una renovada vitalidad en el ambiente escolar. Me vi rodeado de caras nuevas, compañeros y compañeras que pronto se convertirían en parte integral de mi día a día académico. Erika continuaba siendo parte de un grupo distinto al mío; volvíamos a no coincidir en la misma aula, manteniendo la distancia que el destino parecía haber trazado entre nosotros.

En lo que respecta a mi trayectoria educativa, había elegido con entusiasmo la especialización en letras puras. El contenido del temario me cautivó desde el primer momento, ofreciéndome un estímulo intelectual que pocas veces había experimentado. Los textos clásicos y las teorías contemporáneas se entrelazaban en una danza de conocimiento que despertaba mi curiosidad y pasión por aprender. No obstante, este entusiasmo académico se veía contrarrestado por la abrumadora cantidad de material de estudio. Las horas del día se desvanecían entre páginas y apuntes y, a menudo, me encontraba luchando contra el reloj, intentando absorber los contenidos que los libros tenían para ofrecer. El volumen de estudio era tal que parecía imposible abarcarlo en su totalidad y cada jornada de aprendizaje se convertía en una carrera contra el tiempo para cumplir con las exigentes demandas del currículo y del profesorado.

Una de las asignaturas que más me fascinaban fue Historia del Arte. El profesor, Javier, era un hombre joven que explicaba con pasión las diapositivas en las que mostraba todo tipo de imágenes de edificios, pinturas y esculturas. Lo hacía de tal modo que sus explicaciones se quedaban marcadas a fuego en mi memoria.

Un jueves de mediados de noviembre, Javier organizó una excursión por el casco antiguo de la ciudad, a fin de estudiar en detalle los aspectos arquitectónicos de la catedral de Barcelona. Fuimos los dos grupos que hacíamos letras puras y eso fue una fantástica oportunidad para coincidir con Erika, con quien sostuve una animada conversación sobre la asignatura, que ella también disfrutaba.

Recuerdo lo que sucedió aquella mañana. El clima era inusualmente cálido y el sol brillaba con intensidad cada vez que las nubes le abrían paso. Muchos de nosotros llevábamos las chaquetas en la mano. Una vez llegamos a las puertas de la catedral, el profesor nos propuso formar grupos o parejas para estudiar el edificio y después llevar a cabo un trabajo sobre este, que entregaríamos en un plazo máximo de un par de semanas. Reconozco que soy de reflejos lentos y la propuesta obtuvo una reacción más rápida entre mis compañeros. Erika ya tenía adheridas a Irene, Alba y Lara. Los grupos debían tener un máximo de cuatro estudiantes. Me quedé sin saber qué hacer. Eché un vistazo a mi alrededor y fue entonces cuando reparé en ella.

Allí estaba, a las puertas de la catedral de Barcelona, Sara, una de las nuevas incorporaciones al instituto ese curso. Con su cámara réflex Pentax en mano, parecía una artista en busca de la

toma perfecta, ajena a todo, excepto a la belleza que su lente pudiese capturar.

Su cabello castaño claro, largo y ondulado se movía suavemente con la brisa, cada mechón brillando bajo el sol de noviembre con un lustre que no parecía de este mundo. Su piel pálida contrastaba con el vibrante cielo azul y su rostro, de una belleza que cortaba la respiración, era un lienzo de facciones suaves y labios carnosos que apenas esbozaban una sonrisa concentrada. Pero eran sus ojos, esos enormes ojos verdes, los que me dejaron sin aliento, reflejando la grandeza de la catedral como si fueran dos esmeraldas vivas.

Vestía de manera sencilla, pero con una elegancia innata que la hacía destacar incluso en medio de la multitud. Un fino jersey de punto abrazaba su figura con delicadeza y unos pantalones vaqueros negros y zapatillas deportivas añadían un toque casual a su apariencia.

En un instante, nuestras miradas se cruzaron. Ella levantó la vista de su cámara y, por un breve momento, el mundo pareció detenerse. Sus ojos verdes se encontraron con los míos y en ellos vi un destello de curiosidad, una chispa de reconocimiento. Mantuvimos el contacto visual, un silencioso intercambio que parecía extenderse más allá del tiempo y el espacio. Fue entonces cuando un suave rubor tiñó sus mejillas, un rosado que se extendía por su piel pálida, revelando una vulnerabilidad que la hacía aún más encantadora.

Hasta ese momento, Sara había sido solo un nombre más, una cara entre muchas nuevas que habían llegado al instituto. Pero allí, bajo la luz dorada de aquel día, pude verla realmente por primera vez. La belleza de Sara no residía solo en su apariencia; había un aura a su alrededor, una gracia que la envolvía y que ahora me envolvía a mí también.

El impacto de su presencia me golpeó con la fuerza de una revelación. Sentí algo moverse dentro de mí, una mezcla de admiración y algo más profundo que no podía nombrar. En ese instante, supe que Sara no sería simplemente una compañera más. Algo en su ser me había tocado y algo me decía que este era solo el comienzo de algo inesperado y emocionante.

No había sentido nada parecido desde aquel primer encuentro con Erika. Sin pensármelo más y, con paso decidido, me acerqué a ella y la saludé.

—Hola… Sara, ¿verdad? —inquirí.

—Sí —contestó en un tono tan bajo que apenas era audible.

—Soy Pol y me gustaría saber si tienes grupo o pareja para este trabajo.

Ella negó con la cabeza.

—Yo tampoco —asesté—. ¿Te va bien si trabajamos juntos?

—De acuerdo —dijo con una tímida sonrisa en aquellos preciosos labios.

—Menuda cámara tienes —dije apreciativamente.

—Fue un regalo de mis padres —contestó. Sus ojos volvieron a conectar con los míos, dos esmeraldas que me quitaron el aliento.

—Son toda una belleza —dije.

Ella mudó el gesto, extrañada. Maldije para mis adentros por haber verbalizado lo que mi mente opinaba sobre sus ojos.

—Estas cámaras, digo. ¿Cuesta mucho dominarlas? —aclaré con cierto apuro.

Ella sonrió, lo que aumentó exponencialmente su belleza.

—¿Te gustaría que te enseñara a usarla? —preguntó.

—Me encantaría —contesté—. ¿Te parece bien si nos vamos turnando para buscar ángulos y motivos? Sería genial que nuestro trabajo tuviera fotos reales, seguro que suma puntos.

Ella asintió y se sonrojó. Lo poco que había visto de Sara en clase me había dado la sensación de que era una chica muy tímida. Apenas hablaba con nadie y se sentaba en las primeras filas.

Miré a mi alrededor. El resto de estudiantes ya hablaban animadamente entre ellos apuntando a diversos puntos de la catedral y a moverse en diferentes direcciones.

—Pagaré la mitad del revelado y las películas. ¿Cuántos carretes llevas? —inquirí.

—Tres de treinta y seis fotos —contestó. Me resultaba curioso lo rápida que era para contestar acerca de la fotografía y lo tímida que se mostraba para el resto de mis preguntas.

—Suficientes —dictaminé—. Venga, a ver cómo funciona esa cámara.

Ella se puso a mi lado. Su presencia me provocó una agradable sensación en mi interior y mi corazón comenzó a latir más deprisa. El viento hizo volar un mechón de su cabello que fue a dar a mi cara, acariciándome como si fuera de seda.

—Disculpa —dijo, recogiéndose el mechón detrás de la oreja en un gesto tan delicado que me pareció totalmente cautivador. Su perfil quedó expuesto, confirmando en mi retina su belleza.

Sara se descolgó la cámara y me dejó ver a través del visor. Vi la puerta de la catedral y, en medio de la imagen, un anillo partido en dos.

Sara comenzó a explicarme los secretos de su cámara.

—El enfoque —comenzó con una voz suave, pero segura—. Por el visor verás, en el medio de la lente, un anillo partido en dos. Sabrás que la foto está enfocada cuando las dos mitades dentro del anillo que ves en la imagen están perfectamente unidas. Gira la primera rosca del objetivo para enfocar. La otra rosca es el zoom.

—Entiendo —contesté, probando lo que ella me indicaba, que me pareció fascinante.

—La profundidad de campo —prosiguió— es lo que te permite enfocar un objeto mientras el fondo queda difuminado.

—Es como aislar un susurro en medio de un murmullo —dije.

Me miró y dijo:

—Lo has descrito de una forma muy bonita, es algo así.

Mientras hablaba iba ajustando cuidadosamente el anillo de enfoque de su Pentax, girando el objetivo.

—Para conseguir la profundidad de campo —continuó—, tienes que jugar con la apertura del diafragma, que es lo que deja pasar la luz para que llegue a la película. Cuanto más abierto, menor es la profundidad de campo y más destacado queda el sujeto principal.

Sus dedos, delicados, con las uñas perfectamente lacadas en verde, danzaban con destreza sobre los controles.

—Y luego está la velocidad de obturación, que debe ser la adecuada para capturar la luz sin perder detalle y que la película no quede demasiado expuesta. Como hoy tenemos un poco de prisa, pondré la velocidad de obturación en automático y la cámara se adaptará a la luz ambiental.

—¿Dónde has aprendido todo esto? —pregunté, fascinado.

—Fui a un cursillo de fotografía que el ayuntamiento organizó hace un par de años.

—Le sacaste buen partido, ¿eh? —dije apreciativamente.

Sara sonrió; el rubor volvió a cubrir sus mejillas. Me miró con timidez y dijo:

—Cada foto que tomas es un instante que has elegido congelar en el tiempo. Es algo poderoso, ¿no crees?

Asentí. La lección fue breve, pero en esos minutos, Sara me había abierto una ventana a un mundo nuevo, uno donde podía capturar la esencia de un momento con solo presionar un botón.

—¿Quieres probar? —preguntó.

—Me encantaría. ¿Puedo probar a hacerte una foto? —inquirí, ilusionado—. Para empezar con un motivo más cercano, si no te importa.

Ella asintió, volviéndose a ruborizar. Se colocó de forma que el sol le diera de pleno. A través del visor, la imagen de Sara era aún más cautivadora, si cabe. La luz del sol de noviembre se filtraba entre las nubes, bañando su figura en un halo dorado que parecía sacado de un cuento de hadas. Mi pulso se aceleró y, con él, la cámara comenzó a temblar ligeramente. Era un temblor casi imperceptible, pero suficiente para que Sara se diera cuenta.

—Pol, si te tiembla la mano, prueba a apoyar los codos a ambos lados de tu pecho —dijo con una voz tranquila y segura—. Una mano de base y otra para sostener el costado del cuerpo de la cámara. Eso te dará más estabilidad. Después, cuando vayas a disparar, inspira a la vez. Expira cuando acabes.

Hice lo que me sugirió y de inmediato sentí la diferencia. La cámara se estabilizó y la imagen de Sara en el visor se volvió nítida y clara. Era como si ella hubiera extendido su propia calma hacia mí a través de ese simple consejo.

—Gracias. Inspiro, «clic» y expiro, ¿no es así? —murmuré, impresionado por su conocimiento y agradecido por su ayuda.

Sara asintió.

—No te olvides de eso último —bromeó.

Sonrió y su sonrisa lo transformó todo. No era solo una sonrisa tímida; había algo en ella que hablaba de una confianza interna, de una pasión por la fotografía que quería compartir conmigo. En ese momento, supe que esa foto sería especial, no solo por la técnica aprendida, sino por la conexión que se había formado entre nosotros.

Con un clic suave, la cámara capturó la imagen y supe que había congelado mucho más que un instante. Había capturado un comienzo, la promesa de una amistad y quizás algo más, todo enmarcado por la majestuosidad de la catedral de Barcelona.

Le devolví la cámara, intrigado por cómo habría salido aquella captura de belleza en el tiempo. Jamás pensé que se pudiera poner tanto cariño y tanta pasión en apretar un botón, pero así había sido.

—¿Te parece bien que tome detalles del pórtico? —preguntó.

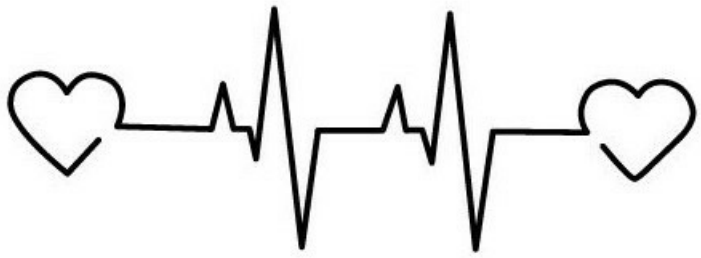
No contesté en el acto, pues me distraje al haber sorprendido a Erika mirándonos de forma furtiva unos metros más adelante, junto a Lara, Irene y Alba.

—Eeem… Me parece estupendo comenzar con los detalles externos y después ir haciendo fotos del interior —contesté, volviendo a atender a Sara.

Ella asintió con una sonrisa de satisfacción.

—El objetivo es de 90-270, así que podremos hacer un buen *zoom* de detalles a larga distancia —me informó con aquellos dos faros que tenía por ojos, encendidos ahora con una luz radiante y casi cegadora.

Y mientras Sara volvía a sumergirse en su búsqueda de la toma perfecta, yo me quedé contemplando no solo la catedral, sino también la posibilidad de ver la vida a través de una lente diferente.



Finalizamos el trabajo de campo hacia la una de la tarde, hora en que Javier y el otro profesor que nos acompañó nos reunieron a las puertas de la catedral. En manada pusimos rumbo a la estación de Jaume I de metro.

Durante el trayecto fui con Sara, con quien mantuve una animada conversación sobre el día y las fotos que ambos habíamos tomado. Le dije que había disfrutado mucho y, lo mejor de todo, que había aprendido mucho con ella. Al oír aquello, Sara me obsequió con una tímida sonrisa y me dijo que se lo había pasado bien. Después añadió que llevaría los carretes a revelar aquella misma tarde y que posiblemente estuvieran para el sábado o, a más tardar, el lunes.

Charlamos de asuntos del instituto y las clases hasta llegar a la estación de destino. Una vez en la calle, los profesores nos dijeron que podíamos marchar a casa desde ese punto y todos nos dispersamos. Sara se despidió y me dio las gracias por haber sido su compañero de equipo.

—Ya quedaremos para hacer el trabajo, ¿no? —propuse.

—Claro —contestó ella. Se despidió y puso rumbo a su casa.

Me quedé mirándola marchar, embobado. Una mano en mi hombro me trajo de nuevo a la realidad. Miré en aquella dirección y vi que era Erika.

—Hola, Pol. ¿Me acompañas? —preguntó con una sonrisa juguetona.

Comenzamos a caminar.

—¿Cómo ha sido tu mañana? ¿Alguna aventura emocionante? —dijo con un tono de voz divertido y una sonrisa tímida.

Intentando sonar despreocupado, contesté:

—Oh, ha sido muy interesante. La catedral es una pasada. Estaban todos los elementos arquitectónicos del periodo gótico que hemos visto en clase.

—Ya —dijo Erika y después de una pausa dramática añadió—: ¿Solo eso? No me digas que no ha habido nada más interesante. ¿Algún encuentro inesperado, tal vez?

—Bueno, sí —admití, intentando sonar lo más casual y neutro posible—. Hago el trabajo con Sara, una de las chicas nuevas de clase.

—¿Sara? ¿Aquella chica de la cámara réflex y los ojos verdes como esmeraldas vivas? —preguntó Erika con una fingida sonrisa maliciosa.

—Sí, esa misma. Me ha enseñado a usar su cámara y hemos planeado cómo hacer el trabajo. Ha sido guay.

—Pol, Pol, Pol… —soltó Erika con una risilla, cogiéndome del brazo. Erika había adoptado aquel hábito que me encantaba. Me hacía sentir muy cómodo y su proximidad me resultaba electrizante, pero a la vez me hacía sentir un tanto confundido—. ¿Estás seguro de que solo «ha sido guay»? Porque tus mejillas están un poco más rosadas de lo normal.

—¿Qué quieres decir con todo eso? Sara, solo… solo es una compañera de clase —protesté bromeando.

—Claro, claro. Una compañera de clase con ojos verdes que te quitan el aliento. ¿Y cómo se llama esa extraña sensación que tienes en el estómago cuando la ves?

—No sé de qué estás hablando —balbuceé—. Ni la conozco. Únicamente hemos estado tomando fotos para el trabajo.

—Pol, amigo mío, creo que estás en problemas —dijo de buen humor—. Pero no te preocupes, estaré aquí para tomarte el pelo mientras te confundes por completo.

—Gracias, Erika. Es un alivio poder contar contigo —dije, siguiéndole el juego.

—Ya sabes que siempre puedes contar conmigo —dijo Erika, ahora más seria.

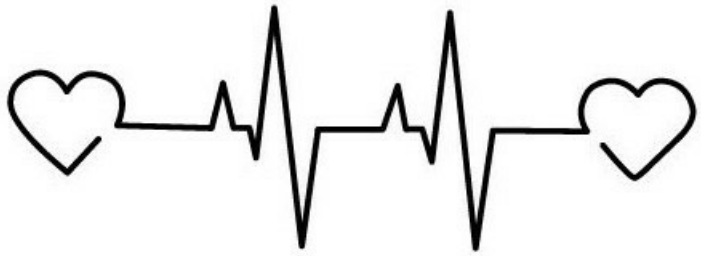
Habíamos llegado al portal de su casa. Me dio un beso en la mejilla a modo de despedida y me sonrió. Atesoré ese beso en la memoria, como todos con los que me obsequiaba. Observé su

sonrisa y fue entonces cuando reparé en que sus ojos no sonreían, como solían hacer.

Antes de que pudiera decirle nada, dio media vuelta, abrió la puerta y se introdujo en el edificio sin volver a dirigirme la mirada. Me quedé allí, intentando evaluar toda la situación y sin poder llegar a conclusión alguna.

CAPÍTULO DIECINUEVE

DENTRO DEL LABERINTO



Sara y yo quedamos el viernes por la tarde en la biblioteca del barrio, a fin de poder organizar el trabajo. Fue realmente complicado, porque el lugar tenía un espacio de estudio muy reducido y el personal de la biblioteca era bastante intransigente con el asunto del ruido. Al tercer aviso por hablar en un tono ligeramente alto, te expulsaban, permitiendo así cierta rotación en la ocupación de los escasos asientos.

Fuimos expulsados justo después de haber organizado quién hacía qué en el trabajo de Historia del Arte, basándonos en las fotografías que habíamos tomado y que Sara había recogido del estudio fotográfico, de camino a la biblioteca. Antes de separarnos, le propuse ir a tomar un café, pero me dijo que no podía, que tenía que cuidar de su hermana pequeña y tenía prisa.

Sin embargo, se detuvo y extrajo de su bolso un sobre de fotografías con el logo de Kodak. Mirándome de forma enigmática, me dio una que tenía aparte.

—Hiciste una buena foto. Para ti —dijo, ofreciéndomela.

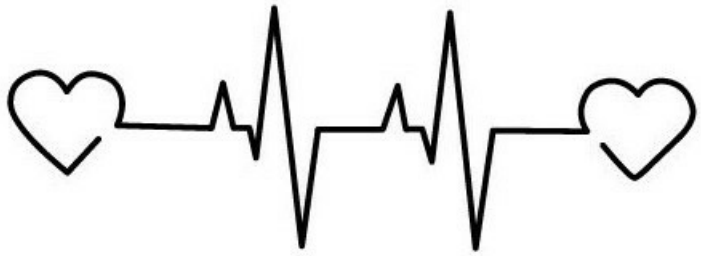


Estuve observando la fotografía durante unos segundos, totalmente embelesado por su belleza natural y el aura que irradiaba en aquella imagen.

—Gracias, Sara. Eres muy amable. Ayer fue un día genial —dije sonriéndole ampliamente.

Ella asintió, posando tímidamente sus ojos en el suelo. Después levantó la vista, me miró y caí en la profundidad esmeralda de sus iris.

—Sí, lo fue. Bueno, Pol, nos vemos en el instituto, que tengas un buen fin de semana —dijo en un hilo de voz. Y se alejó con pasos gráciles y tranquilos. Fascinado, la vi caminar perdiéndose en la distancia, su larga cabellera ondulando a la brisa del atardecer.



Pasó una semana dentro de la rutina escolar en la que dediqué tiempo a estar con Erika durante el recreo. Hablábamos de las asignaturas y de los libros de lectura del temario. Recuerdo que criticaba la elección de *El árbol de la ciencia*.

—Hay mejores obras de Pio Baroja. Es más, ¿por qué no han incluido en su lugar *El camino*, de Miguel Delibes? Me parece una gran novela y menos densa y extensa para preparársela. Menos mal que compensan el libro de Baroja con *Crónica de una muerte anunciada*, de Márquez… ¿Me estás escuchando, Pol? —dijo en cierto momento.

—Sí, disculpa. Es que empiezo a estar muy agobiado y no doy abasto —comenté.

Ella me puso una mano sobre el hombro y me dijo:

—No debes preocuparte, lo sacarás todo adelante. Eres un chico extraordinario, pero tienes que tener más fe en ti mismo. ¿Qué más puedo hacer o decirte para demostrarte tu valía?

—Lo haces cada día, siendo mi amiga —contesté, sorprendiéndola.

—Siempre me dices cosas bonitas. Eres un cielo —me susurró y me dio un tierno beso en la mejilla.

El timbre del fin de recreo sonó y nos fuimos cada uno a su aula. Yo, lleno de confusión, como sucedía en algunas ocasiones que compartía con Erika.

Dos días después de aquel encuentro, entre la clase de Latín y Literatura Catalana, me planté frente a Sara. En mi mano sostenía mi parte del trabajo, meticulosamente redactada, y las fotografías tomadas en la catedral pegadas al papel con esmero. El triunfo se reflejaba en mi voz cuando exclamé:

—¡Terminado!

Sara me saludó y mostró su parte del proyecto. Estaba impecable y juntos unimos los dos manuscritos. Ella se ofreció para llevar todo a encuadernar. Agradecido, le expresé lo genial que había sido trabajar con ella. Sin embargo, al dirigirme a mi asiento, un impulso incontrolable me detuvo en seco. Retrocedí y me situé nuevamente frente a Sara, quien me miró con timidez y expectación.

—¿Te apetece salir a dar un paseo mañana conmigo? —pregunté.

¿Por qué lo hice? Porque había llegado el momento de tomar decisiones en mi vida. Durante meses, había acabado convenciéndome de que mi relación con Erika era puramente amistosa. Además, Sara me atraía y no tenía mucho que perder. Aunque apenas habíamos interactuado, había algo en ella: no solo era preciosa, sino también intrigante. Si ella aceptaba, tal vez podría aprender más sobre su mundo. Otra razón por la que me decidí fue que, en ese momento, un «no» dolería menos que uno pronunciado más adelante.

El rostro de Sara adquirió una coloración rojiza, casi púrpura.

«Ya está», pensé. «Aquí viene la calabaza».

De repente, los bellos ojos de Sara brillaron con emoción y vi el milagro delante de mí. Asentía vehemente, supuse que la situación la superaba y era incapaz de articular palabra. No me lo podía creer. Envalentonado, añadí:

—¿Puedo sentarme a tu lado?

Ella volvió a asentir con entusiasmo. No entendía cómo Sara solía estar casi siempre sola. Supuse que era porque a nadie le gustaba sentarse en la primera fila. A veces la veía hablar con otras chicas, pero muy raramente con chicos. Fuera lo que fuese, con el corazón latiéndome acelerado, fui a mi mesa y trasladé todos mis bártulos al pupitre adjunto al suyo.

Después de sentarme a su lado, Sara me sonrió con timidez y me susurró un «gracias» con tanto afecto que me llegó al alma. Experimenté una extraña mezcla de gratitud y emoción. La cercanía con ella, la posibilidad de conversar y descubrir más sobre su mundo, me llenaba de anticipación. En ese instante, supe que aquel paseo no sería solo un recorrido por las calles de la ciudad: sería el inicio de algo más grande, algo que podría cambiar mi vida para siempre. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití sentir la esperanza florecer en mi corazón.

La clase comenzó, pero mi mente estaba en otro lugar. ¿Pude concentrarme en la lección? ¡En absoluto! Me sentía tan feliz que era incapaz de atender. La tentación de echar miradas a la chica que tenía a mi lado era del todo irresistible. Cada vez que nuestros ojos se encontraban, un cálido estremecimiento recorría mi espina dorsal. Era como si cada mirada compartida tejiera un hilo invisible entre nosotros, uniendo nuestros destinos.

El timbre finalmente sonó, marcando el fin de la jornada escolar, pero para mí, era el comienzo de una cuenta regresiva hacia nuestro paseo. Mientras recogía mis libros, una sonrisa se dibujaba en mi rostro. Sara, definitivamente, había encendido una chispa de curiosidad y emoción en mi ser.

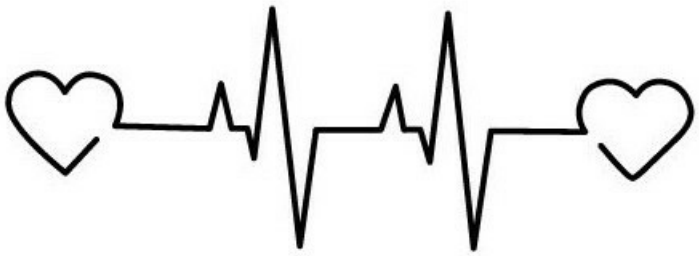
Al salir del aula, el sol bañaba el patio con su luz dorada y todo parecía brillar con una intensidad nueva. Sara caminaba a mi lado, sin decir palabra.

—¿Te apetece ir a algún sitio en particular? —pregunté.

Ella me miró con el rostro cubierto por un gesto divertido y ahora más confiado.

—Sorpréndeme —dijo con un tono cubierto de una dulce seducción. Me pasó un trozo de papel con un número de teléfono. Hecho esto, aceleró su paso y se alejó. Solo volvió una vez la vista para mirarme, sus ojos proyectando todo tipo de promesas.

Caminé hacia la salida sin apenas notar el suelo bajo mis pies, sintiendo que cada paso me acercaba más a un futuro lleno de posibilidades. No me di cuenta de que, por primera vez en tres años, no había acompañado a Erika a su casa.



Cuando vi a Sara esperándome en la boca de metro de Poblenou, casi me da un infarto. Su apariencia, tan opuesta a su aspecto habitual, me dejó sin aliento. Aquella mañana, Sara irradiaba una elegancia que nunca había visto en ella en los pocos días que llevaba conociéndola.

Su blusa, de color púrpura, realzaba su piel y resaltaba sus delicados hombros. La minifalda de piel negra, ajustada, pero sin llegar a ser provocativa, mostraba sus piernas esbeltas. Las medias negras añadían un toque de misterio y sofisticación. Y los botines, de tacón moderado, completaban el conjunto con un toque de modernidad.

Pero lo que realmente me dejó sin palabras fue su cabello castaño. Pulcramente peinado, sus ondas semejaban las hermosas olas del mar. Cada mechón parecía cuidadosamente colocado, como si hubiera invertido horas en lograr esa apariencia natural y deslumbrante.

El maquillaje discreto realzaba sus rasgos sin ocultar su belleza natural. Una fina línea de ojos resaltaba sus ojos verdes y un toque de pintalabios y sombra realzaba sus labios y párpados. Era como si Sara hubiera decidido revelar una versión más sofisticada y seductora de sí misma para aquella cita.

Mientras la observaba, me di cuenta de que era como si hubiera cruzado un umbral hacia un mundo nuevo y emocionante. Y aunque mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho, no podía apartar la mirada de ella.

—¿Qué tal? —dijo nada más verme. Su tono había dejado de ser inseguro.

Tragué saliva. Era como si hubiésemos invertido los papeles y ahora era yo el que se veía sin palabras, abrumado por la timidez.

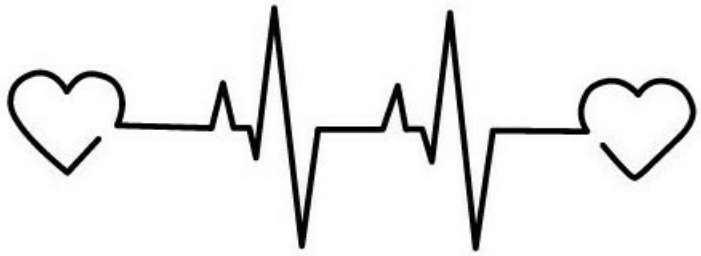
—Espectacular —logré decir—. Casi no te he reconocido.

El rubor ocupó ahora su rostro y durante unos instantes aquella chica tímida volvió a florecer.

—Gracias, pensé que iba a ser una ocasión especial y… —se quedó sin saber cómo continuar.

—Ya lo está siendo —apostillé, haciéndola sonreír. Me incliné hacia ella y le di un suave beso en la mejilla, que ella me devolvió—. ¿Preparada? —Propuse.

Ella asintió y bajamos a la estación. La tarde anterior solo habíamos acordado por teléfono la hora y el lugar de encuentro: a las diez de la mañana en la estación de metro.



Llegamos a los jardines del Laberinto de Horta en unos minutos. El viaje en metro había sido placentero. Sara atraía las miradas de la gente, por su belleza y la elegancia de sus movimientos. Nada más llegar, ella profirió una exclamación llena de alegría y entusiasmo.

—¡Qué sorpresa! Hacía mucho tiempo que no venía por aquí.

—¿Estás lista para enfrentarte al laberinto? —le pregunté desafiante.

—¡Vamos! —dijo sonriendo espléndidamente, iluminándome con aquellos labios.

Los jardines del Laberinto de Horta se extendían ante nosotros, un remanso de verdor y misterio en la zona alta de la ciudad. El sol de la mañana se filtraba a través de las hojas de los árboles, creando un juego de luces y sombras en el suelo. El aire estaba fresco y lleno de la fragancia de las flores.

Sara y yo nos adentramos en el laberinto, siguiendo los senderos que se bifurcaban en todas direcciones. Las paredes de cipreses nos rodeaban, ocultando lo que había más allá. A medida que avanzábamos, el sonido de nuestras pisadas se mezclaba con el canto de los pájaros y el susurro del viento entre las hojas.

—¿Por qué crees que construyeron este laberinto? —preguntó Sara, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Dicen que fue creado en el siglo XVIII por un aristócrata llamado Joan Antoni Desvalls i d'Ardena —respondí, recordando lo que había leído la tarde anterior en una guía de Barcelona que papá tenía en la sección de segunda mano—. Supongo que quería tener un lugar donde perderse y reflexionar.

—Parece un lugar perfecto para eso —dijo Sara—. ¿Crees que encontraremos el centro?

—Seguro. Dicen que cuando lo encuentras, debes besar a tu acompañante para asegurarte su amor —dije. Aquello era invención mía, pero quería ver la reacción de Sara, que sonrió con timidez.

Seguimos avanzando, tomando decisiones en cada cruce. A veces elegíamos el camino que parecía más obvio, otras veces nos dejábamos llevar por la intuición. Sara se reía cuando nos encontrábamos en un callejón sin salida y teníamos que retroceder. El laberinto parecía interminable, pero no nos importaba. Había algo emocionante en la incertidumbre, en no saber qué nos esperaba a la vuelta de la esquina.

Finalmente, después de varios giros y rodeos, llegamos al centro. Allí se alzaba una pequeña glorieta formada por hermosos arcos de altos setos. En el centro, una estatua blanca nos dio la bienvenida desde su pedestal. El murmullo del agua en un estanque cercano producía un efecto relajante y el sol brillaba sobre las hojas de los árboles más allá del laberinto.

Sara admiró la belleza simple de aquella estatua y, mirando a su alrededor con una sonrisa en los labios, dijo:

—Vale la pena perderse un poco para encontrar algo así. —Desvió sus hermosos ojos hacia mí y añadió—: ¡Qué acierto haberme traído aquí, Pol! ¿Cómo sabías que me gustan los jardines y las plantas?

—No lo sabía, pero me daba la sensación, por el día de la excursión, que eras una chica apasionada por la belleza arquitectónica y natural —contesté, situándome a su lado.

—Has… has acertado de lleno —susurró—. Eres muy observador y muy diferente al resto de chicos a la hora de hablar.

Miró hacia el suelo, como si estuviera incómoda.

—Suelo aburrir a los chicos cuando hablo de pintura, fotografía o plantas.

—Pues relájate, porque a mí no me vas a aburrir —dije, con el corazón acelerado y la voz temblorosa por la emoción, mientras destruía el muro de mi timidez—. Precisamente te he propuesto pasar esta mañana juntos… porque… porque…

Me detuve.

—¿Por qué, Pol? —dijo inclinándose hacia mí.

«Porque me gustas», pensé.

—Porque me gustas —dije, sorprendiéndome.

Lo había hecho. Lo había conseguido. Durante tres años había reprimido mis sentimientos hacia Erika y esto me había llevado a ahondar en una amistad hasta el punto de temer perderla por desvelar mis sentimientos. Por Erika, y también por mí, decidí que debía hacer algo a partir de lo aprendido. No quería una amistad con Sara. Quería algo más.

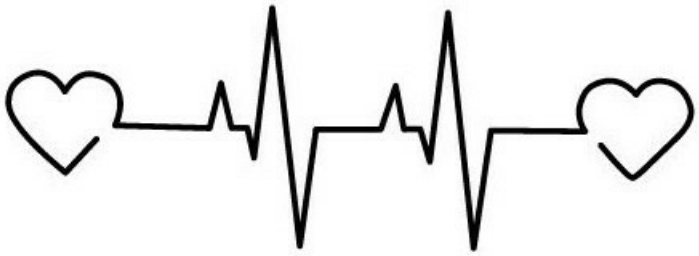
Ella pareció quedarse petrificada y yo, pensando que ya había metido la pata, me preparé para lo peor. Sin embargo, su lenguaje corporal mudó, demostrándome que no era el caso.

—Tú… Tú… También… Bueno… También me gustas —dijo, su rostro invadido por un feroz rubor.

La tomé de la mano y la atraje hacia mí. Nuestros labios se encontraron en un beso suave, pero lleno de promesas. En ese momento, el mundo exterior desapareció y solo existíamos nosotros dos en el corazón del laberinto.

CAPÍTULO VEINTE

UNA NOTICIA



Erika, con su presencia enigmática y sus lecciones inadvertidas, había sido el faro que me guio a través de la bruma de la incertidumbre. Como un mapa antiguo, sus palabras y acciones contenían pistas ocultas, señalando el camino hacia un destino desconocido.

Cada momento vivido a su lado había constituido una coordenada más en este mapa, una ruta trazada no con líneas discontinuas en tinta gruesa, sino con experiencias y revelaciones. Y al final de ese viaje, al llegar a la "X" marcada no en papel, sino en el tiempo, encontré a Sara. Ella era el tesoro prometido, no de oro o joyas, sino de momentos compartidos y emociones profundas. Un tesoro que no se podía medir por su valor material, sino por la riqueza de las vivencias que ofrecía. Sara era el descubrimiento que justificaba cada desafío enfrentado, cada montaña escalada, cada escarpada pendiente y cada valle atravesado en mi mapa emocional antes de llegar a ella.

Aquella mañana de sábado en los jardines de Horta estuvo colmada de descubrimientos, pues vi que aquella muchacha tímida, discreta y casi invisible en clase tenía en su interior un mundo fascinante que estaba más que deseoso de descubrir. El tiempo pasó fugaz, entre besos de una dulzura infinita y abrazos llenos de ternura y unas conversaciones en la que nos íbamos conociendo, compartiendo anécdotas de nuestras vidas. La fascinación de sus ojos al mirarme y el cariño con el que me acariciaba el rostro acabó por derribar todo atisbo de barrera erigida por mi timidez.

A la una de la tarde, con el rostro entristecido, me anunció que debíamos volver, porque tenía que estar en casa para comer y después quedarse con Lidia, su hermana pequeña, mientras sus padres iban a hacer la compra de la semana.

—Nos podemos volver a ver mañana, si te apetece.

—Claro que me apetece —dije y le planté otro beso que ella respondió con una pasión que me quitó el aliento.

Nos encaminamos cogidos de la mano hacia la estación de metro y a las dos de la tarde nos despedimos en el portal de su casa, a unos diez minutos caminando de la mía.

Allí me dio un tímido beso en la mejilla y me susurró al oído:

—Las vecinas… Lo ven todo… Mañana te compenso —me dijo con el rostro encendido por el rubor. Era totalmente sorprendente cómo se transformaba cuando estaba conmigo, cómo era capaz de mostrar esa sensualidad tan elegante y cargada de misterio.

La despedida de Sara me llenó de una esperanza cálida y vibrante. Caminé de vuelta a casa,

cada paso resonando con el latido de un corazón renovado, cada pensamiento girando en torno a ella, a nosotros, a lo que podríamos ser.

El camino se me hizo corto, perdido en mis ensoñaciones. Imaginé mil futuros posibles, cada uno más brillante y lleno de color que el anterior. Sara había encendido una chispa en mi interior, una llama que se negaba a extinguirse, que ardía con la promesa de un amor incipiente, de una conexión que trascendía lo cotidiano.

Al llegar a casa, mi padre y mi hermano estaban a la mesa del comedor.

—Sírvete, muchacho —dijo papá señalando la comida en la mesa.

—No tengo hambre, creo que paso —contesté y me dejé caer en el sofá, cerrando los ojos, intentando evocar la risa, la voz y la suavidad de la piel de Sara.

—Uy, eso es que estás enamorado, enano. La señora Francisca, la vecina, me ha dicho que te ha visto en la boca del metro esta mañana. «Con una niña que era un caramelito», palabras textuales —soltó Jaime a bocajarro. En aquel momento deseé que realmente el amperio fuera contra Paca, rememorando el chiste de Ramón.

—¿Erika? —inquirió papá.

Se hizo el silencio. Mi padre y mi hermano me miraron, con curiosidad.

—No —dije. Tragué saliva—. Se llama Sara, es una compañera de clase. Hemos empezado a salir.

No pude ignorar la cara de decepción de papá.

—¿Ha pasado algo entre tú y Erika? —preguntó mi padre.

Aquello me incomodó, pero debía contestar a papá, porque su rostro mostraba una enorme preocupación. Sabía que él la adoraba y yo entendía perfectamente que se sintiese así.

—No ha pasado nada entre nosotros —repliqué. La vasta dimensión que abarcaba aquella respuesta cayó sobre mí como una losa—. Somos muy buenos amigos y seguimos viéndonos.

Me miraron con cara de póker. Cansado de aquel tercer grado, me levanté y, sin decir nada, me fui a mi habitación, sintiendo cómo se disipaba todo el entusiasmo con el que había llegado. Me tumbé en la cama, pero me sentí nervioso e incómodo.

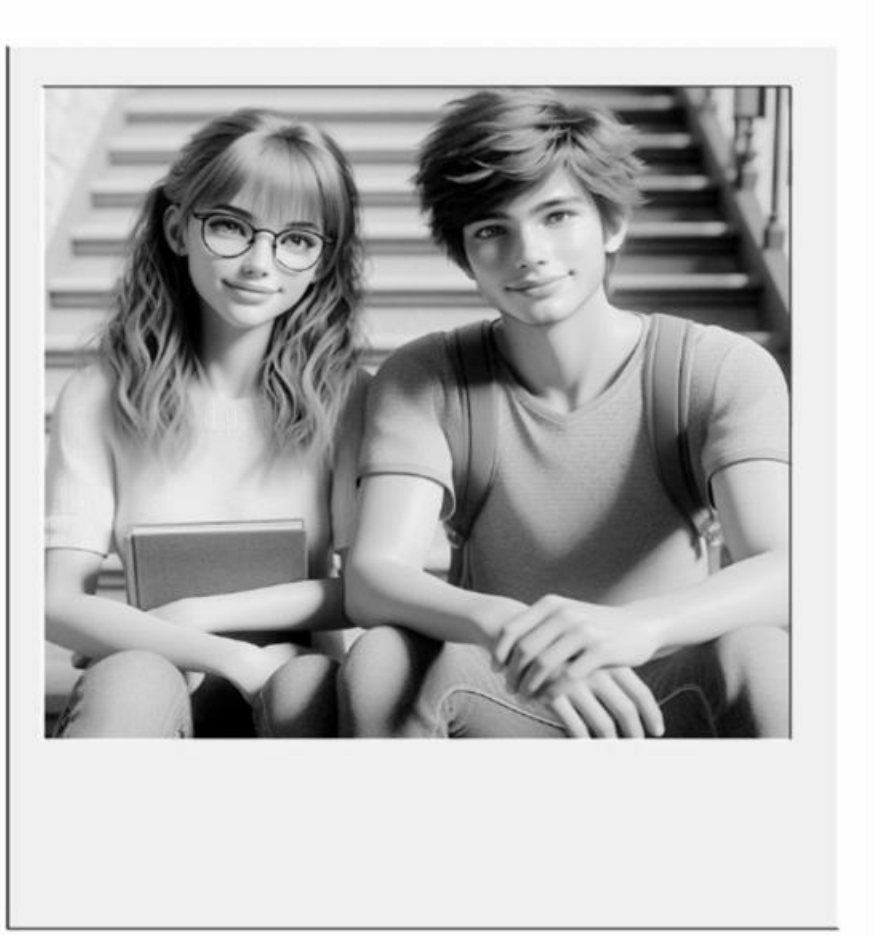
Me levanté y fui a poner algo de música. Era increíble la cantidad de vinilos y discos compactos que había logrado acumular desde que me regalaron el equipo de música. Y cada uno de ellos tenía un recuerdo asociado a Erika, pues o me lo había comprado ella o lo había ido a comprar en su compañía, en una de aquellas tardes que salíamos a pasear por Plaça Catalunya.

Miré a mi alrededor y me quedé fascinado: el mundo de Erika parecía cubrir aquella habitación. Poco a poco, a lo largo de los años, fotos hechas con la Polaroid de Lara habían ido ocupando algunos huecos en la pared.

Observé una de ellas, que Lara me había regalado guiñándome un ojo. En el encuadre se veía a Erika, sentada sobre un escalón, con un libro y sus auriculares de diadema en sus oídos. Era bastante reciente, de principios de curso. Estaba hermosa, con esa belleza natural y serena.



Escogí otra, que contemplé durante unos instantes. En ella estábamos los dos y era de segundo curso. Estábamos estupendos. Recordé con una sonrisa el momento en que Lara tomó la foto, después de decir que había capturado la típica escena nuestra: juntos, a nuestro rollo, charlando de libros.



Momentos y más momentos inmortalizados en imágenes. Un humor sombrío me cubrió. Estuve tentado de llamar a casa de Sara y preguntar cómo se encontraba, pero me contuve, sabiendo que probablemente estuviera comiendo con su familia.

En lugar de eso, llamé a Erika desde el teléfono supletorio que papá me había regalado las pasadas Navidades. Tras tres tonos de llamada oí la voz de Martina al otro lado. Le pregunté si estaba Erika y me dijo que sí. Al segundo la tenía al aparato.

—¿Puedo pasar a verte? —pregunté.

—Por supuesto. ¿Va todo bien? —inquirió Erika, capaz de detectar cualquier alteración del orden, incluso a través del hilo telefónico.

—Sí. Solo tenía ganas de hablar contigo y comentarte algo importante —dije a bocajarro.

—Aúpa, eso suena misterioso. ¿Qué buenas me traes, Pol? ¿Vas a adelantarme algo o me vas a torturar con la incertidumbre hasta que llegues?

—A esperar toca —dije, con una sonrisa.

—Mira, me pillas de buenas y te perdono, pero no te acostumbres a mi clemencia —replicó, juguetona y de buen humor.

Colgué, fui a por mi chaqueta y anuncié a mi padre y a mi hermano que iba a casa de Erika. Las miradas de perplejidad se me quedaron impresas en mis retinas, pero no quise dar más detalles.

Erika fue quien me recibió con dos besos y me dejó pasar. Llevaba puesto un pantalón de chándal rojo y una camiseta de algodón blanca, con el logotipo de la empresa de sus padres, del mismo tipo que yo mismo tenía entre mis cajones en casa. La seguí de camino a su habitación.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—No gracias, no estaré mucho rato, no quiero molestarte.

Ella se detuvo y se giró. Mirándome perpleja.

—¿Qué estás diciendo, Pol? Tú jamás molestas, tontorrón —me dijo con calidez—. Además, seguro que lo que vas a proponer es mucho más estimulante que la siesta que iba a echar.

Reanudó el camino a la habitación.

—¿Las siestas no es algo que hacen los padres? —inquirí con ganas de provocarla.

—Y también las niñas aplicadas que prefieren estudiar para sus exámenes por la noche —añadió sin girarse. Había que admitir que siempre era rápida en contestar a mis chanzas.

Entramos en su habitación, que como siempre estaba en prístinas condiciones, claro exponente de su manera metódica de hacer las cosas.

Me invitó a sentarme en su cama y así lo hice. Ella se sentó en frente de mí, con las piernas cruzadas y el interés cubriendo su rostro.

—He venido a anunciarte algo importante, que creo que debes saber y que mereces ser la primera en enterarse —comencé—. Porque eres una persona muy, muy relevante en mi vida.

La expresión de Erika cambió del buen humor a una concentración absoluta leyendo todos mis gestos.

—Erika, siento algo muy fuerte hacia una chica.

Sus ojos se abrieron en alerta ligeramente.

—Esta mañana —proseguí— hemos quedado para ir a pasear. Le gusta mucho la fotografía y, según he descubierto después, las plantas y muchas cosas más. Así que la he llevado a visitar el laberinto de los jardines de Horta y allí… Allí nos hemos besado.

Erika me miró con una sonrisa que iluminaba su rostro, una mezcla de alegría y sorpresa que no esperaba ver.

—¿Sara? —preguntó, su voz era una melodía suave, casi un susurro. Asentí.

—¿Cómo lo sabías? —inquirí sorprendido.

Ella se encogió de hombros.

—Intuición femenina. Todo tú lo expresabas cuando nos reunimos al regresar de la catedral el otro día. Se te veía…

Hizo una pausa.

—… ¿Diferente? —completé.

—No, diferente, no. *Enamorado.*

Me miró de una forma que no supe descifrar. Su alegría me resultó genuina, pero había algo bajo la superficie.

—He querido que lo supieras directamente de mí y no mediante radio macuto. Eres mi mejor amiga, Erika —dije.

—Y tú mi mejor amigo, Pol. No tengo a otro como tú… Pero venga, cuéntame todo sobre ella.

Tomé aire, aún sorprendido por su reacción tan positiva. La sinceridad de Erika me desarmó y las palabras comenzaron a fluir con una facilidad inesperada.

—Es… es increíble —comencé y una sonrisa se dibujó en mi rostro al recordar a Sara. —Es inteligente, enigmática y tiene una forma de ver la vida que me fascina, porque todo lo ve desde una óptica muy artística. Sabe dibujar y le encanta la fotografía. Hay una profundidad en ella que me atrae, como si cada palabra que dice tuviera un significado más allá de lo evidente.

Erika asintió, animándome a continuar.

—Me encanta cómo contrasta lo que aparenta y cómo es cuando está conmigo. Esta mañana

casi no la reconocí en la boca del metro. ¡Estaba tan cambiada!

—Eso suena maravilloso, Pol —dijo Erika. Su voz sonó cálida y sincera—. Me alegro mucho por ti.

Había un atisbo de tristeza en sus ojos, una sombra que cruzó su expresión por un instante antes de que ella la ocultara con una sonrisa.

—Te voy a echar de menos, ¿sabes? —confesó, bajando la mirada hacia sus manos entrelazadas. Mi corazón dio un vuelco, al darme cuenta de que aquella situación, aunque la alegraba, le había afectado en cierto modo.

—Eso no cambia nada entre nosotros, Erika —le aseguré, tomando sus manos entre las mías —. Nuestra amistad es algo que siempre valoraré, no importa lo que suceda.

Ella levantó la vista, sus ojos encontraron los míos y en ellos vi la aceptación y el cariño que siempre habíamos compartido.

—Gracias, Pol —susurró—. Eso significa mucho para mí. Hay que celebrarlo, voy a hacer café, ¿vale? Espérame aquí, por favor.

Erika separó sus manos de las mías y salió con paso rápido, en dirección a la cocina.

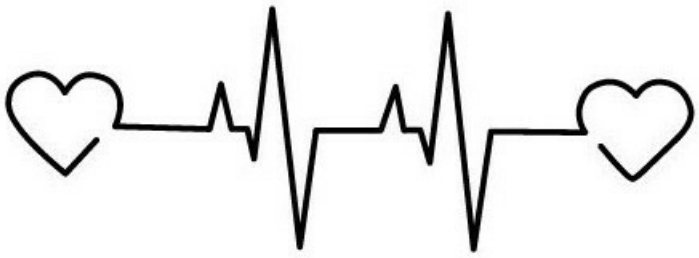
Al cabo de diez minutos trajo una bandeja con café y pastas.

—Te estás perdiendo una siesta por mi culpa, Erika —dije con pesar.

—Nada. Ahora voy a tener que aprovechar cada minuto que pueda pasar contigo.

Enseguida me preguntó qué estaba leyendo y le comenté que estaba todavía liado con *El árbol de la ciencia.* A partir de ahí nos adentramos en una conversación sobre el simbolismo de la historia.

Hacia las seis de la tarde me despedí de ella y regresé a casa. A medio camino me di cuenta de que, desde que Erika había vuelto con el café y las pastas, no habíamos hablado de Sara durante el resto de la tarde.



Las horas pasaron lentamente, la espera hasta el día siguiente se me antojaba eterna, una prueba de paciencia que no estaba seguro de poder superar. Me levanté de la cama, hacia la una de la mañana, inquieto, y comencé a deambular por la habitación, buscando algo que hacer, algo que me distrajera de la ausencia de Sara.

Decidí escribirle un poema con la intención de tener un desahogo para mi alma inquieta.

En un valle de sueños y suave brisa,
donde el sol acaricia la mañana,
una muchacha de mirada risueña,
con ojos verdes, serena y ufana.

Su cabello castaño, ondas al viento,
baila al compás de un mundo callado,

cada mechón es un dulce lamento,
de la naturaleza, arte prestado.

Esos ojos verdes, puertas del alma,
reflejan las aguas de mares lejanos,
en su mirar, una inquietante calma
cuenta historias de sus años tempranos.

Belleza serena, de tierra y cielo,
con la gracia de los antiguos relatos,
en su presencia, el tiempo es un vuelo,
y el mundo se rinde a sus encantos.

Oh, muchacha de ojos como esmeraldas,
tu serenidad es un canto de aves,
en tu silencio, mil palabras,
y en tus manos, caricias suaves.

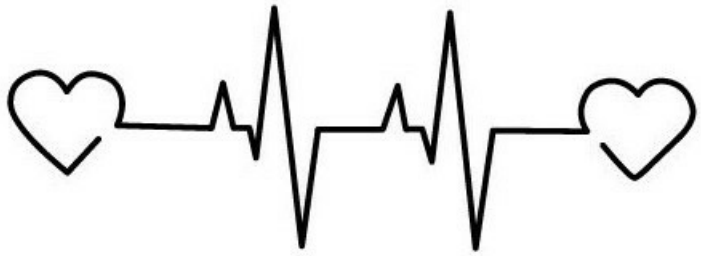
Con todo mi amor,
Pol Ferrer

Cuando terminé, vi que lo que había escrito era un testimonio de mi devoción, un mapa de mi corazón abierto y sincero. Guardé el poema en un sobre, bajo la almohada, como si su proximidad pudiera traerme sueños de Sara, como si las palabras pudieran convertirse en un puente entre nuestras almas separadas por la distancia, pero unidas por un hilo invisible de afecto y deseo.

Y así, con la esperanza anidando en mi pecho, me sumergí en el sueño. Sin embargo, no soñé con Sara, sino con Erika, que lloraba, en la cocina de sus padres, mientras colocaba con cuidado pastitas en un plato y esperaba a que el café subiera en la cafetera italiana.

CAPÍTULO VEINTIUNO

CONOCIENDO A SARA



El domingo por la mañana llamé a Sara poco después de despertarme. Una voz infantil respondió al segundo tono y empezó a preguntarme quién era, pasando por otras cuestiones como la edad, dónde vivía, si me gustaban los helados o si veía los Fruitis.

—Tú debes ser Lidia, ¿verdad? —inquirí.

Se hizo el silencio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con un tono de sorpresa que me hizo sonreír.

En aquel momento escuché una voz que decía algo y después unas protestas de la niña alejándose

—¿Hola? —Era la voz de Sara.

—¡Hola, Sara! —saludé con entusiasmo.

—Hola, Pol. Esperaba tu llamada —contestó ella con una voz que era una caricia para mis oídos—. Ahora ya conoces a Lidia.

—Sí, parece muy divertida. ¿Qué edad tiene?

—Cinco años y es una descarada. Esta niña será tremenda de adolescente.

—Todavía le queda un poco —dije y, después de una breve pausa, añadí—: Te llamaba por si querías salir a dar un paseo por la playa.

—Suena genial. ¿Dentro de una hora en la puerta de tu casa?

—¿Tanto rato? —pregunté.

—Me gusta ponerme bonita para ti —susurró, haciéndome sonrojar—. Me encantó cómo me mirabas ayer cuando nos encontramos.

—Sara, estabas espectacular, pero sin maquillaje también eres bellísima.

—Eso es porque me ves con buenos ojos, Pol. ¿Vives cerca de tu librería?

—Justo encima —puntualicé.

—¿Es la librería de la calle Pujadas?

—¿Cómo lo sabes?

—No hay muchas por el barrio. Cuando ayer me hablaste de la librería, en los jardines, pensé que sería la tuya. Oye, el sitio es genial.

—¿Has entrado?

—Sí, encargué los libros de literatura allí.

—¡Vaya! ¡Y yo sin saberlo! Me has dicho que estás en media hora, ¿no? —pregunté, bromeando.

Ella rio con ganas.

—Venga, creo que puedo conseguirlo en cuarenta y cinco minutos —dijo.

—Vale, pásate por la librería, estará abierta. Desde allí iremos a la playa —dije de buen humor y, tras despedirnos, colgó.

Preparé una mochila, donde puse una radio portátil, un mantel y el sobre con el poema. Fui a la despensa y de allí escogí un surtido de galletas Cuétara y una tableta de chocolate Nestlé. Después, de la nevera, escogí dos latas de Coca-Cola y busqué una pastilla de congelación que llevaba allí desde hacía dos veranos. Puse estas tres cosas en una minúscula nevera portátil que a mi hermano le tocó con la compra de un cartón de tabaco.

Sara hizo su entrada en la librería cincuenta minutos después de nuestra conversación por teléfono. Aquel domingo por la mañana su aspecto era totalmente distinto al día anterior, pero no por eso estaba menos arrebatadora.

Llevaba una bandana a modo de diadema, una blusa blanca, chaqueta hasta la cintura, unos pantalones negros elásticos ajustadísimos y unas zapatillas de deporte blancas. Llevaba puestas unas gafas de sol que se quitó nada más entrar en la librería, poniéndolas con elegancia sobre la bandana. Su maquillaje, discreto y estratégicamente trazado para resaltar su belleza. Colgando de su hombro, la bolsa de su cámara de fotos. Todo, en conjunto, le daba un aire de chica pin-up que quitaba el hipo.

Mi padre y mi hermano, que estaban detrás del mostrador compartiendo un periódico y comprobando los números agraciados en la Lotería Nacional, ambos con un décimo en mano, se la quedaron mirando atónitos. Creo que yo la contemplaba del mismo modo.

—Buenos días —saludó.

—Hola, Sara —respondí, nervioso—, te presento a mi padre, Lázaro, y a mi hermano, Jaime.

Los aludidos salieron de detrás del mostrador a saludar. Después de que Sara intercambiara algunas palabras con mi padre y Jaime, salimos de la librería hacia la promesa de una mañana inolvidable. El aire de noviembre, aunque fresco, no podía competir con la calidez de un sol radiante en un cielo impoluto. Caminamos hacia la playa y cada paso que dábamos juntos parecía sellar un pacto silencioso de complicidad y expectativa.

Al llegar a la zona de arena, nos quitamos las zapatillas y caminamos hasta una zona cercana a la orilla, donde extendí el mantel sobre la arena aún fría. Nos sentamos frente al mar. El horizonte se extendía infinito, un lienzo azul que se fundía con el cielo. Saqué de la mochila el aparato de radio y Sara pidió que sintonizara Catalunya Radio, la emisora que emitía música clásica.

—Es hermoso, ¿verdad? —dijo ella, mirando al mar, mientras una dulce sinfonía nos acompañaba.

—No tanto como tú —respondí sin dudar, observando cómo la luz del sol se enredaba en su cabello, jugando con sus ondas. En ese momento, Sara era todo lo que podía ver.

Ella desvió la mirada, tímida, y yo, impulsado por un deseo que no podía contener, acaricié su rostro y la contemplé. Nuestros ojos se encontraron y el mundo se detuvo. Era nuestra segunda cita, pero algo en su mirada me decía que aquello iba en serio.

Como si quisiera corroborar mis pensamientos, se inclinó hacia mí, con los ojos cubiertos por el deseo y los labios entreabiertos, dispuesta a recibir un beso al que me entregué con ganas. Después de unos minutos en los que nos dedicamos a besarnos con dulzura, ella se apartó.

—Pol, no sé qué me está pasando —confesó.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, alarmado.

«Ya está, demasiado bueno para ser verdad», pensé.

—No me conozco a mí misma. Me siento atrevida cuando sé que voy a estar contigo. Desde el otro día en la catedral, es como si fuera realmente yo. No me había pasado nunca.

—¿Has estado con algún otro chico antes?

Se sonrojó y negó con la cabeza.

—No. Suelo ser bastante invisible, ya te dije que aburría a los chicos con mis temas de conversación. Ni siquiera me gusta la música pop, ni ir a la disco. Además, mira mi piel, es terriblemente blanca y mis ojos…

—¿Qué tienen tus ojos? —inquirí.

—Son demasiado grandes —dijo, bajando la cabeza.

—Sara, tus ojos son perfectos. ¡Madre mía, son preciosos!

Levantó la cabeza.

—¿Ves? Dices cosas bonitas de mí. Desde el primer beso, no hago más que pensar en ti y desear estar contigo. Me haces sentir bien. Ayer, mientras me abrazabas, sentía ganas de que… —Se detuvo. Me tensé, expectante. Tragó saliva—. De sentir tus manos acariciándome. ¡Oh, qué vergüenza me da hablar así!

Se apartó, con el rostro teñido de rubor.

—Es lo más bonito que me han dicho en mi vida, Sara.

—Todo lo que te he dicho es cierto. Tu manera de mirarme, cómo me besas y me acaricias… Me haces sentir especial.

—Es que, Sara, eres muy especial para mí, me resultas un misterio. Me encanta la idea de pasar un rato contigo, porque voy conociendo cosas de ti.

—¿Te gusta lo que vas descubriendo?

Asentí, mirando sus inquisitivos ojos.

—Cuando estoy contigo logro olvidarme de todo.

—Me pasa lo mismo, Pol. Es genial y a la vez extraño. No hago más que preguntarme si no vamos demasiado rápido.

—¿Y qué opinas sobre eso?

—¿Para qué esperar? Algo me impulsó a decirte que sí el viernes, una necesidad de no perder el tiempo.

—Supongo que no estamos aquí para siempre —concluí, pensando en mamá.

—Exacto.

Nos quedamos en silencio. Nuestros labios se encontraron en un beso que selló nuestras palabras.

—Pol, esa chica con la que vas… —dijo Sara al separar nuestros labios—. ¿Es también especial para ti?

—¿Erika? —inquirí. Ella asintió, con un velo de preocupación en el rostro—. Sí, pero de una manera distinta. Es mi mejor amiga. Durante todo el bachillerato ha sido una especie de confidente, pero no hemos sido pareja. Es una amiga, una buena amiga.

Sara asintió.

—Entiendo —dijo—. ¿Me la presentarás algún día?

—Claro. No tienes que preocuparte por ella, Sara. Tiene pareja y únicamente somos buenos amigos. No hay nada más.

Volvimos a besarnos y le pregunté si tenía hambre. Sara asintió.

—¡Dios mío, me encanta el chocolate! —dijo cuando extraje la tableta y se la ofrecí.

—Hubiese sido mejor una caja de bombones, pero la idea de venir aquí se me ocurrió esta mañana y no he podido ir a comprar. He traído galletas también.

—Yo ya soy feliz con el chocolate, Pol —dijo, mientras abría la tableta con una habilidad que solo una entusiasta del chocolate podría haber adquirido. Partió un trozo y me lo ofreció, después partió otro para ella y lo introdujo en su boca, dejando que se derritiera. Mantuvo los ojos cerrados mientras se deleitaba con el sabor. Soltó un gemido de placer que me estremeció de los pies a la cabeza. De nuevo, su sensualidad me produjo un profundo sentimiento de amor. No logré contenerme y la besé. El gusto a chocolate en sus labios me causó un placentero escalofrío que me invadió por completo.

Al final nos animamos a abrir el surtido de galletas, charlamos y luego nos recostamos para contemplar el cielo. Yo jugaba con su cabello mientras ella descansaba su cabeza sobre mi brazo y, en ese momento, supe que no quería estar en ningún otro lugar del mundo.

—¿Sabes? —dijo ella de repente—. Nunca pensé que algo tan simple como una mañana en la playa podría ser tan perfecto.

—Creo que no hay que hacer cosas complicadas si estás con una persona especial —respondí, y le besé la frente. Ella me miró embelesada. Sin separarme de ella, alcancé mi mochila, extraje el sobre con el poema y se lo ofrecí—. Tengo algo para ti, Sara. Lo escribí anoche.

Con el rostro iluminado por la alegría, aceptó el sobre, se incorporó y, muy lentamente, extrajo el papel con el poema. Noté un ligero temblor en sus dedos, presa de la emoción. Contemplé sus ojos devorando cada palabra y cada verso que había escrito, alimentándose de los sentimientos con que había aderezado aquella poesía. Cuando acabó de leerla, la piel en su rostro se mostraba ruborizada y una lágrima corría por su mejilla.

—¿Cómo puedo compensarte por esto? Yo no sé hacer nada, no soy interesante —dijo en un susurro.

—Sara, por favor, no digas eso. Esos versos están inspirados en ti, es como yo te veo. Una musa y una puerta a un mundo fascinante. Cuando te vi allí, a las puertas de la catedral, sentí algo muy, muy poderoso en mi interior. Me resultas fascinante y cada minuto que paso a tu lado es mejor que el anterior.

Ella se inclinó hacia mí y me abrazó. Perdí el equilibrio y caí de espaldas con Sara encima de mí. El contacto con su cuerpo, tierno y cálido, me resultó reconfortante y me produjo una sacudida de excitación. Su rostro estaba a un centímetro del mío.

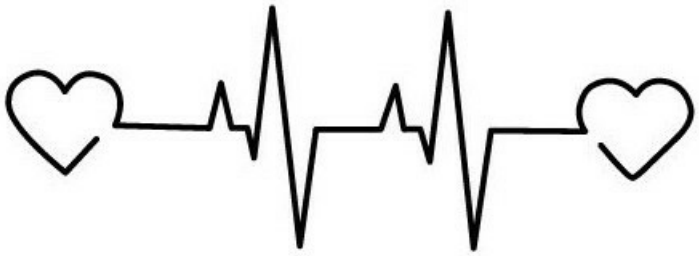
—¿Ves? Nadie me hace sentir como tú, Pol. Es algo muy fuerte lo que empiezo a sentir por ti.

Me besó. Esta vez su lengua, tímida al principio y atrevida unos segundos más tarde, jugó con la mía. Saboreé ese beso endulzado con sabor a chocolate, mi cabeza dando vueltas con un placentero vértigo.

Y así, bajo el cielo azul y el sol cálido de noviembre, vivimos una romántica mañana en la playa. Era solo nuestra segunda cita, pero ambos sabíamos que lo que teníamos era algo maravilloso y reafirmó el amor que ambos estábamos despertando por el otro, que no hizo más que crecer.

Tengo un magnífico recuerdo de esa mañana, que quedó inmortalizada en una fotografía que un señor mayor, que había ido a pasear, nos hizo con la cámara de Sara. No es una gran foto, el hombre solo esperó a que Sara le preparara la cámara y disparó. Sin embargo, logró capturar la belleza de ella durante aquel instante.





Diciembre de 1991

Aquella mañana en la playa fue una afirmación de que lo que habíamos iniciado el día anterior no había sido un mero capricho y, partiendo de ese instante, comenzó un periodo fantástico en compañía de Sara.

¿Qué sucedió con Erika cuando Sara entró en mi vida? Obviamente, mi mundo cambió por completo, pero estaba decidido a que mi amistad con Erika permaneciera inalterable.

Se la presenté al día siguiente, en el patio del instituto, durante el descanso. Para mi alivio, constaté que fue un encuentro cordial. Sara se mostró tímida al principio, pero al cabo de unos minutos, el carácter amable de Erika hizo que se abriera un poco más.

Ese mismo día, por la tarde, después de clase, Erika me llamó por teléfono.

—Tienes buen gusto, amigo mío. Sara parece una chica fantástica. Y lo que más me alegra es que estés contento, Pol —me dijo—. Sara te hace brillar de una manera que no había visto antes en ti.

Incluso con todos aquellos cambios en mi vida, le aseguré que buscaría tiempo para poder pasar con ella. Sin embargo, su respuesta fue todo un exponente de su calidad humana.

—Pol, disfruta de Sara. Puedo entender que quieras estar con ella. No me gustaría ser un

obstáculo para que os encontréis. Conociéndote, debes estar haciendo peripecias y quitándote horas de sueño para compaginar estudios y romance.

En aquello Erika tenía toda la razón: supuso un gran reto no perder la constancia que los estudios exigían. Tanto Sara como yo éramos alumnos responsables y sacar tiempo para estar juntos se convirtió en un verdadero rompecabezas.

—Creo que la solución está en que estudiemos juntos —dijo Sara una mañana de principios de diciembre, entre clase y clase, mientras ordenaba sus apuntes. La contemplé con una sonrisa. Era una sensación muy extraña verla allí, en clase, con su aspecto impoluto, sin maquillaje, su atuendo sobrio y un carácter reservado y calmado que nada tenía que ver con su actitud apasionada que mostraba cuando estábamos solos.

—Eso sería genial —dije, sonriendo.

—Aquí, la gran cuestión, es: ¿podrás resistir el impulso de levantar la vista de los libros y besarme? —susurró sin mirarme, mientras sacaba el libro de latín. Únicamente desvió su mirada hacia mí para obsequiarme con una sonrisa pícara. Fue como si aquella «otra Sara» se hubiese asomado durante unos segundos, para volver a dar paso a aquella otra versión que ahora abría el libro de latín por la página de las asignaciones.

—Eso… Eso va a ser complicado —balbuceé como un idiota.

—Pues ve preparándote, nene —dijo, sin separar la vista del libro.

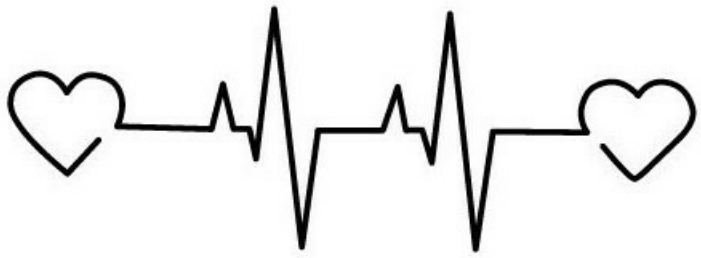
—¿Vaya? ¿Y eso? —inquirí, intrigado.

—Mamá y papá te invitan este viernes a comer. Lidia, que no calla ni bajo el agua, les habló de que yo tenía novio y al parecer tienen curiosidad. Les he dicho que el latín se me da fatal, lo cual es cierto, y les he comentado que podrías ayudarme. Mamá no ha tardado en proponer que vinieras a comer y así podrás pasar el día estudiando conmigo. No sé a ti, pero a mí me parece un plan estupendo.

Me quedé estupefacto. Ante mí tenía a la Sara modosita, hablando como la Sara atrevida y sensual que conocía en la intimidad. Era una situación de lo más surrealista. Miré a mi alrededor, pensando que el resto de compañeras estarían atentas a nosotros, pero no fue el caso.

—Esto… Claro… Me parece fenomenal —dije, recordando que teníamos puente por festividad de la Constitución, lo cual iba a darnos tiempo adicional para preparar los últimos exámenes—. Van a ser tres días de maratón.

—Sí, para mí va a ser una maratón… de ti —puntualizó Sara con la misma expresión en el rostro con la que me hubiera preguntado la hora, pero con un tono que era toda una declaración de intenciones.



Llegó el viernes. Me presenté a las diez de la mañana, hora acordada, con una tarta de la pastelería de los padres de Lara y una botella de vino. No sabía qué me iba a encontrar allí. Era una situación totalmente nueva, pues en el caso de Erika, yo había sido presentado como su amigo. Lo de ir en calidad de pareja, eran palabras mayores, lo que me produjo un gran

nerviosismo. Sin embargo, tan pronto pasaron los primeros minutos en el domicilio de la familia de Sara, supe que mis temores estaban infundados.

José Antonio y Teresa, los padres de Sara, me recibieron con un apretón de manos firme él y un cortés beso y una sonrisa, por parte de ella, que no alcanzaba a ocultar su curiosidad. El padre, un hombre alto y de voz grave, llevaba un suéter sobre los hombros y unas gafas de montura fina que le daban un aire intelectual. La madre, elegante en su sencillez, me observaba con ojos inquisitivos pero afables. Enseguida me di cuenta de que se trataba de una familia de clase media-alta. Al poco de hablar con ellos me dijeron que llevaban en Poblenou unos años, desde que José Antonio empezara a trabajar como subdirector de una sucursal de La Caixa en aquella zona.

—Pol, es un placer conocerte finalmente—dijo el padre con un tono que mezclaba la formalidad con un intento de calidez—. Sara nos ha hablado mucho de ti. Pensábamos que el cambio de instituto iba a ser duro, pero ahora vemos que tú le has allanado el terreno.

—El placer es mío, señor —respondí, intentando ocultar el temblor en mi voz.

La conversación fluyó con cuestiones sobre mis estudios y mis planes de futuro. Cada respuesta mía era seguida por asentimientos y más preguntas. Sara, a mi lado, apretaba mi mano, su apoyo silencioso era mi ancla en ese mar de incertidumbre.

Fue entonces cuando Lidia, la hermana pequeña de Sara, hizo su entrada triunfal. Con un bonito vestido y el cabello en dos coletas desiguales, irrumpió en la sala con la energía de un torbellino.

—¡Pol! —exclamó, corriendo hacia mí y, abrazándome con entusiasmo, preguntó—: ¿Jugamos al escondite?

Antes de que pudiera responder, Lidia ya estaba contando con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la pared.

—¡No vale esconderse en los armarios! —gritó y todos reímos ante la divertida interrupción.

Los padres de Sara intercambiaron una mirada cómplice.

—Desde luego, Lidia tiene un don para romper el hielo —comentó la madre con una sonrisa genuina.

Y así, entre juegos con Lidia y charlas con los padres de Sara, logramos pasar un rato agradable. Aunque al principio me sentí como un intruso en un mundo ajeno, poco a poco, gracias a la compañía de Sara, la espontaneidad de Lidia y la calidez creciente de sus padres, empecé a sentirme parte de algo especial.

Contra todo pronóstico, logramos sacarle provecho a la mañana y gran parte de la tarde, adelantando bastante la materia a estudiar. La habitación de Sara era grande y acogedora. Tenía un caballete de pintura en un rincón, pero no había lienzo.

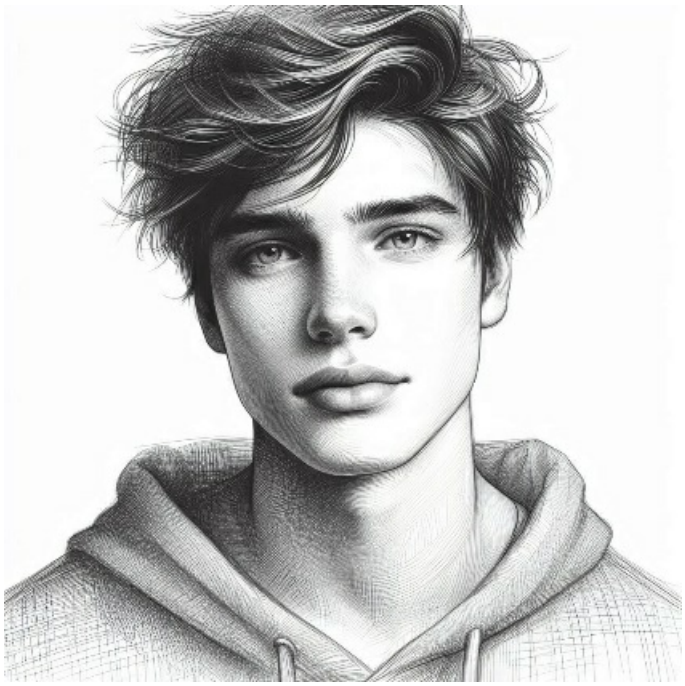
—Me dijiste que te gustaba dibujar y pinta, pero no me has enseñado nada dibujado por ti —comenté, movido por la curiosidad.

—Algunos de los cuadros que hay en el comedor son míos —me explicó y añadió con una enigmática sonrisa—: ¿Quieres ver algo especial? Justo lo tenía preparado para una ocasión especial.

—Me encantaría —contesté, intrigado.

—Cierra los ojos —me susurró. Así lo hice. Oí cómo se movía por la habitación y después escuché que me decía—: Ya los puedes abrir.

No di crédito a lo que tenía ante mis ojos. Era un retrato a carboncillo de mí.



—Es espectacular, Sara. Eres una artista. ¿Cuántos años llevas aprendiendo dibujo artístico?

—Creo que desde que tengo uso de razón. ¿Te gusta? Yo te encuentro guapísimo. Esto es a cambio de ese precioso poema que me escribiste —contestó, dejando el retrato sobre el escritorio y, para mi sorpresa, sentándose a horcajadas, cara a cara, sobre mi regazo.

Contuve mi respiración ante la enorme excitación que me produjo aquel gesto audaz. Mientras tanto, ella, sin dejar de mirarme con intensidad, puso sus manos a ambos lados de mi cara, sus dedos provocando un dulce estremecimiento cuando rodearon mi nuca. Me besó y después de unos segundos separó sus manos y agarró las mías, que descansaban sobre su cintura. Las dirigió hasta depositarlas sobre su trasero.

—Puedes ponerlas ahí cuando quieras, no me voy a desmontar —susurró, ruborizándose.

Aquel gesto activó un deseo intenso. Sara volvió a posar sus manos alrededor de mi cuello, besándome con pasión. Durante unos segundos me transportó a una dimensión aparte, una especie de refugio donde solo estábamos ella y yo.

—Pol —susurró Sara tras separar sus labios un centímetro—, estoy muy, muy enamorada de ti.

Aquella confesión me pilló desprevenido. Nadie, nadie me había dicho algo así y eso es lo que hacía especial a Sara, su intensa manera de demostrar su afecto.

—Yo también estoy muy enamorado de ti —dije—. Es un sentimiento que me ha poseído desde que te vi por primera vez. Es como si un rayo de luz atravesara la oscuridad, iluminando cada rincón de mi ser.

—Pol, hablas como un poeta —susurró—. No sabes cómo me gustan tus versos y cómo te expresas.

Sonreí. Unos nudillos en la puerta de la habitación pulverizaron la magia del momento. Con un movimiento felino, Sara se apartó y al segundo estaba de pie, en frente de mí.

La puerta se abrió y entró Teresa con una bandeja. Café y sándwiches.

—¿Un poco de merienda? —inquirió.

—Viene en el momento adecuado —comenté con mi mejor sonrisa—. Estábamos en plena

pausa y Sara ha aprovechado para… —me detuve, no quería mentir. Miré al escritorio y capté el retrato que había hecho Sara—. Para enseñarme su obra más reciente. Su hija es una artista. Tanto con la fotografía como con el dibujo.

Teresa esbozó una sonrisa a caballo entre el agradecimiento y el orgullo.

—Mamá, ¿os dije que Pol quiere ser escritor? —dijo Sara, haciendo sitio en el escritorio para poner la bandeja.

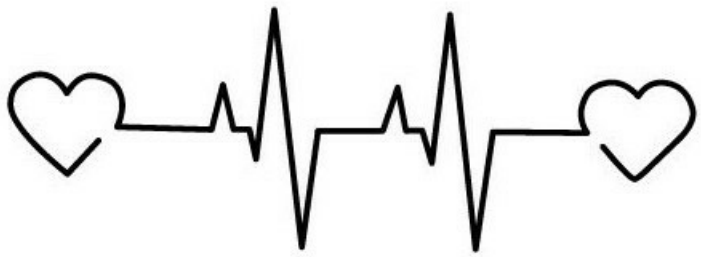
—No me extraña —contestó su madre—. Solo hay que oírlo hablar.

—Siempre he estado entre libros y leo mucho —dije, intentando quitarle importancia.

Teresa asintió, dejando la bandeja sobre el escritorio y acercándose a observar el retrato que Sara había dibujado.

—Es maravilloso —exclamó—. Cada trazo captura algo único. Y si Sara es tu musa, Pol, entonces espero leer tus obras publicadas algún día. Será un honor tener un escritor en la familia.

Teresa no iba equivocada. Desde el domingo, en los jardines del laberinto de Horta, no había parado de escribir poemas e incluso un relato inspirado en Sara. Todavía no le había mostrado nada, porque quería completar todo un cuaderno para regalárselo en una ocasión especial.



Aquel día en casa de los padres de Sara marcó una rutina de estudios más disciplinada de lo que habíamos pensado. Era realmente inspirador organizar sesiones de estudio juntos y, aunque a veces nos distraíamos con muestras de cariño, logramos completar el contenido del curso, concluyendo el trimestre de manera exitosa.

Decidimos festejarlo con mi círculo más cercano, lo que me brindó la oportunidad de presentar a Sara a Ramón, Chema y Miguelete, quienes, al no asistir al instituto, no la conocían. Las cuatro parejas disfrutamos de un tiempo maravilloso juntos. Sara, a pesar de su reserva inicial, se integró perfectamente con todos.

Por otro lado, sentimos la ausencia de Dani y Erika en la celebración.

—¿Sabéis algo de ellos? —pregunté.

Irene negó con la cabeza, mientras dejaba su batido sobre la mesa. Nos encontrábamos en una cafetería del barrio, abarrotada de gente. El ambiente estaba cargado por las conversaciones y el humo de los cigarrillos.

—Están muy raros. Los he visto de vez en cuando juntos por el barrio. Se les ve tristes.

—Yo, hace unos días, vi a los dos en esta misma cafetería, justo en el momento en que Dani se levantaba de la mesa y dejaba a Erika plantada. Hubiera jurado que Dani estaba llorando cuando salió —comentó Lara.

—Dani siempre ha sido un poco raro —dijo Ramón, encendiendo un cigarrillo. Ofreció la cajetilla en dirección a Sara y a mí, pero ambos rechazamos—. Venga, a ver si sabéis el chiste del niño que le pregunta a su madre: «Mamá, mamá, ¿qué toca de comer?». Y la madre, cabreada por la pregunta de siempre, le dice: «Mierda con patatas». ¿Sabéis qué le contesta el niño?

Guardamos silencio.

—«¿Con patatas? ¡Qué asco!»

Todos reímos con el chiste, la conversación se desvió y una hora después regresamos a nuestras casas. Dejé a Sara en el portal de su bloque, tras una sesión intensiva de besos y caricias. Las vecinas cotillas ya nos importaban bien poco.

Preocupado por lo que había escuchado sobre Dani y Erika, me dirigí a casa de esta, pues no me apetecía hablar con él. Eran cerca de las nueve de la noche. Tarde. Tuve mis dudas, pero necesitaba saber.

Presioné el timbre del portero y escuché la voz de Erika en el intercomunicador.

—Erika, soy Pol. ¿Tienes un momento?

—Sí, ahora bajo.

Aquello me extrañó, pues la norma era que yo subiera. Erika se presentó en cinco minutos en el portal, llevaba un abrigo y por debajo se adivinaba un chándal.

—Mis padres están cenando y yo necesito un respiro. ¿Tomamos un café? —propuso, dirigiéndose a la cafetería que estaba justo al lado del portal, sin esperar mi respuesta.

—¿Todo bien? —pregunté, una vez nos sentamos en una de las mesas. Antes de que pudiera contestarme, vino un camarero anunciando que, si queríamos algo caliente de comer, no sería posible, pues ya habían apagado la plancha. Añadió que cerrarían en media hora. Nos limitamos a pedir dos cortados descafeinados.

—Sí, estoy bien. Tú dirás, chico —dijo ella. Se la veía distinta.

—Bueno… —comencé—. He venido a estas horas para ver cómo estabas.

Me miró con una expresión neutra.

—Estoy bien, ¿qué te ha hecho pensar que estaba mal?

Mientras nos tomábamos los cafés, le expliqué lo que Lara había comentado aquella tarde.

—¿Qué ha pasado con Dani? —pregunté como colofón.

Erika detuvo el vaso a medio camino entre la mesa y sus labios.

—Lo siento, Pol, no puedo hablar de eso —dijo, su voz provista de un tono gélido que jamás había escuchado salir de sus bonitos labios. Examiné su rostro. No solo había tristeza, sino algo más que era incapaz de descifrar.

—Creía que era tu mejor amigo, Erika, aquel al que le confiabas todo —le reproché y enseguida me arrepentí.

Ella me miró, dolida. Ver aquella expresión hizo que algo se rompiera dentro de mí. Jamás le había dirigido la palabra de aquella manera.

—Pol, no te lo puedo decir por una cuestión muy concreta: me hizo prometer que no te dijera nada —dijo. Era la primera vez que Erika mostraba dificultad en expresar algo y eso me hizo entender la magnitud de la situación. Una situación que era incapaz de discernir, pero que, aun así, adivinaba que sería lo suficientemente seria como para comprometer a Erika de aquella manera—. No me lo hagas más difícil, por favor.

Diciendo eso, apuró el café, se levantó, dejó un arrugado billete de quinientas pesetas sobre la mesa y se dirigió hacia la salida. Me levanté y fui tras ella. Ya en la calle la detuve antes de que entrara en el portal.

—Erika, por favor —supliqué. Ella se giró—. Lo siento de veras. He hecho una estupidez presionándote así. Estaba preocupado por ti. Perdóname.

Ella pareció relajarse un poco.

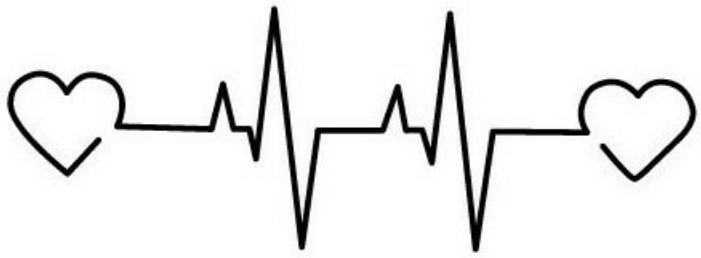
—Gracias por preocuparte. Eso es demostrar que sigues siendo una gran persona, pero me gustaría que dejásemos este tema.

—De acuerdo —acepté.

—¿Puedo pedirte un favor, Pol? Deja tranquilo a Dani. Bastante tiene encima.

Me quedé sin saber qué decir.

—Buenas noches, amigo —dijo en un susurro y, antes de que pudiera reaccionar, ya había entrado y cerrado tras ella.



Llamé a Sara tan pronto llegué a casa. Me atendió su madre y enseguida la tuve al teléfono.

—Hola, guapo —dijo con ternura.

—Sara, disculpa que te llame a estas horas, pero ha pasado algo.

Le expliqué lo sucedido, añadiendo al final de mi narración:

—Algo me dice que estoy perdiendo a Erika.

—Lo siento mucho, Pol. Ya me has dicho lo que significa su amistad para ti. Solo puedo aconsejarte que le dejes espacio y tiempo.

Suspiré.

—Gracias, Sara, explicártelo me ha ayudado a quitarme un peso.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó.

—Decirme algo bonito —contesté.

Hubo una pausa y su respuesta recorrió metros y metros de cable de cobre, atravesó el auricular de mi teléfono hasta llegar a mi oído:

—Te amo, Pol.

—Y yo a ti, Sara —respondí sin dudarlo, sintiendo cómo las palabras aliviaban un poco el peso de mi preocupación—. Tu amor es lo único seguro que tengo ahora.

Ella rio suavemente, una melodía que siempre me había calmado.

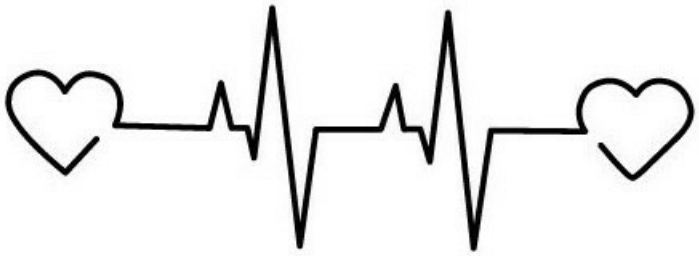
—Entonces, no estás tan perdido como crees. Erika es inteligente; ella entenderá con el tiempo. Pero ahora, descansa. Mañana será otro día y, tal vez, con la luz del sol, todo se vea diferente. Buenas noches, amor.

—Buenas noches, amor —contesté.

Colgué el teléfono, sintiéndome un poco más ligero. Sara tenía razón; el amanecer traería nuevas perspectivas. Y con ellas, la esperanza de reconciliación, o al menos, la aceptación de lo que vendría. Me quedé dormido rememorando la voz de Sara reiterando aquellas dos palabras: «Te amo».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

48 HORAS



La Navidad de 1991 se sentía como el preludio de algo monumental. Sara y yo, envueltos en gruesos abrigos, nos dejábamos llevar por la magia que flotaba en el aire. Las luces de Navidad colgaban como estrellas caídas, iluminando nuestros rostros con tonos dorados y plateados. A ella le gustaba ir a pasear y disfrutar del alumbrado.

—El 92 va a ser nuestro año —profetizó Sara, mientras caminábamos una tarde por Les Rambles, al principio de nuestro periodo vacacional. Su aliento formaba nubes en el frío nocturno—. Los Juegos Olímpicos están a la vuelta de la esquina y todo el mundo estará mirando hacia Barcelona.

Su entusiasmo era contagioso y no pude evitar sonreír ante la idea de ser parte de algo tan grande como los Juegos Olímpicos.

—Imagina, Pol, ser voluntarios en uno de los eventos más importantes del mundo. Sería una aventura, una historia que recordaremos en el futuro, algo compartido.

La idea de contribuir a un evento que definiría la historia de nuestra ciudad y, tal vez, la nuestra propia, era demasiado tentadora para ignorarla.

—¿Y si nos alistamos? —preguntó con entusiasmo—. Sería una manera de poder pasar tiempo juntos. Además, me ayudaría a tener un buen motivo para evitar trabajar en la oficina de mi padre. Papá quiere que comience a introducirme en el mundo laboral y compaginarlo con los estudios. Me ha propuesto comenzar unas horas este agosto. Trabajar en la oficina de un banco… ¿Hay algo más aburrido?

—Seguro que sí. ¿Dónde te gustaría trabajar?

—No sé… De fotógrafa… O de profesora de Historia del Arte, como Javier. Aunque mi sueño sería vivir en una casita contigo, poder pintar mis cuadros mientras tú escribes tus libros y cada noche estar en tus brazos.

Detuve mis pasos y la besé.

—Ese es un sueño maravilloso que me gustaría compartir contigo —le declaré.

Durante aquellos días de vacaciones, tramitamos nuestra solicitud de voluntarios olímpicos, que meses después fue aceptada tras haber recibido formación, pasado algunos tests y leído toda clase de documentos informativos y motivacionales que, por si no teníamos suficiente con los estudios, consumieron algo más de nuestro tiempo libre.

Marzo llegó con la crudeza del invierno que se resiste a partir. La noticia de que Chema, Ramón, Miguelete y Dani, todos con sus dieciocho años recién cumplidos, habían sido llamados

al servicio militar cayó sobre nosotros con la fuerza de un martillo. Yo también pasé por las pruebas médicas, pero mis pies planos, que tantas veces habían sido el blanco de bromas infantiles, ahora eran mi salvoconducto hacia la libertad. Mientras mis amigos se preparaban para servir al país, yo me encontraba ante la perspectiva de un verano lleno de posibilidades, libre de las restricciones que a ellos les esperaban.

La fiesta de despedida se convirtió en un collage de sentimientos. El piso de Ramón fue el sitio seleccionado para el evento, al que acudimos todos, a excepción de Dani, cuya falta se sentía como un vacío en nuestro círculo.

Erika, en un momento de aquella velada, se acercó a mí con una mirada que mezclaba arrepentimiento y alivio.

—Siento haber estado tan distante —confesó y, en ese instante, todos los malentendidos se disolvieron en un abrazo sincero. Sara nos observaba desde el otro lado de la sala, sus ojos reflejando una serenidad que solo ella podía expresar.

Más tarde, cuando la música se había suavizado y las conversaciones se convertían en susurros, Sara se acercó a mí.

—Me alegro de que tú y Erika hayáis hecho las paces —dijo. Su voz llevaba el peso de la sabiduría de alguien que entiende el valor de la reconciliación—. La amistad es demasiado valiosa como para perderla por malentendidos.

La primavera trajo consigo un renacer de colores y aromas que se entrelazaban con la vibrante energía de Barcelona. Abril, con su brisa suave y cielos despejados, marcó la llegada de Sant Jordi. Las calles se transformaron en un mar de rojo y oro, con rosas de todos los matices ofrecidas como símbolos de amor y libros como promesas de aventuras inmortales.

En ese día yo estaba inmerso en mi propio mundo de logros y sueños cumplidos. Al recibir el premio literario del instituto, algo dentro de mí se encendió. Era más que un reconocimiento; era la validación de mi pasión por las letras, un impulso para perseguir lo que realmente amaba.

Mis palabras, una vez cautivas en la soledad de mi habitación, ahora habían florecido en el papel para que todos las vieran. Ese premio no era solo un trofeo para exhibir, sino un faro que guiaba mi camino hacia un futuro donde la escritura no sería solo un pasatiempo, sino una forma de vida.

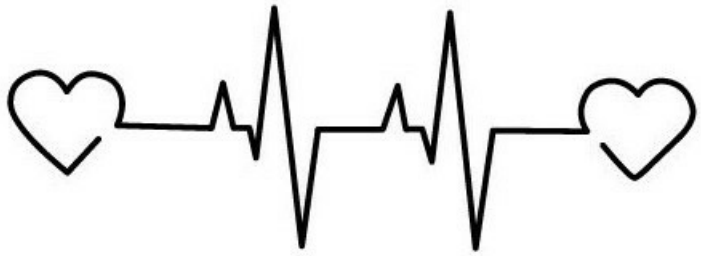
El premio consistió en un cheque por el valor de 5.000 pesetas en compras en la cooperativa de libros y material escolar Abacus. Decidí, pues, invertir ese premio en material de dibujo y un libro sobre la historia del cine, que regalé a Sara y Erika, pues ambas, a su modo, habían sido mis musas y siempre me habían alentado a escribir.

Sin embargo, esa primavera no fue solo un camino de rosas. El instituto se convirtió en una tortura diaria, cada día más insoportable que el anterior. Las PAAU[9] se cernían sobre nosotros como una nube oscura, amenazando con decidir nuestros futuros con su sombra implacable.

Mayo trajo consigo el final del curso y las temidas pruebas de acceso a la universidad quedaban a unas semanas. Era el momento de ponerse muy, muy en serio a estudiar. Afortunadamente, poder hacerlo en compañía de Sara suponía un incentivo que suavizaba la áspera tarea de hincar codos. De vez en cuando llamaba a Erika para preguntarle cómo le iba. Aquellas conversaciones seguían teniendo la chispa de antaño, con aquellas ocurrencias ingeniosas de ella, que me dejaban perplejo.

Finalmente, llegaron los dos temidos días de exámenes en junio y, tras estos, la calma tan ansiada. En unos días, a principios de julio, empezaríamos nuestro voluntariado y la perspectiva nos tenía en un estado de emoción indescriptible. La ciudad de Barcelona se preparaba para brillar en el escenario mundial y nosotros estábamos listos para ser parte de ese brillo.

Sin embargo, nuestros sueños se vieron truncados, pulverizados, por un giro inesperado del destino, cambiando el curso de los acontecimientos drásticamente.



Junio de 1992

Recuerdo que hacía un calor espantoso, aún siendo las diez de la noche. Estaba sin camiseta, en mi habitación, escribiendo un último poema que culminaría el cuaderno que iba a regalar a Sara en agosto, para su cumpleaños. El sudor de mi mano hacía que no pudiera asir con seguridad la pluma que me había regalado ella para Navidad y que se había convertido en una extensión de mi mano en los momentos de escritura.

El timbre de la puerta me sobresaltó. Me levanté, extrañado, y me dirigí a abrir a la vez que me ponía una camiseta.

Para mi sorpresa, allí estaba Sara. Su aspecto enseguida provocó una gran alarma en mi corazón: tenía el rostro contraído, enrojecido y húmedo por las lágrimas que rodaban desde sus ojos.

—Dios mío, Sara, ¿qué ha pasado?

Ella negó con la cabeza, me abrazó con fuerza y rompió a llorar con un llanto desgarrador. La hice pasar y la llevé a mi habitación, con el corazón acelerado en mi pecho. Mi padre, desde el pasillo, nos miraba atónito. Con un gesto de la mano le dije que intentaría controlar la situación.

Invité a Sara a sentarse sobre mi cama y la abracé, pero, antes de que pudiera decir algo, sonó el teléfono. Descolgué el supletorio de mi cuarto y al otro lado del teléfono sonó la voz de José Antonio, el padre de Sara.

—Hola, Pol, ¿está Sara contigo? —dijo el hombre con tono de preocupación. Le contesté que así era—. Menos mal, muchas gracias. Están siendo unos momentos un tanto difíciles y se ha marchado sin decir nada. ¿Te importaría acompañarla de vuelta cuando esté más calmada, por favor? Te he llamado porque he supuesto que serías la persona a la que acudiría a estas horas. Tiene algo que decirte.

Le aseguré que así sería, pero todo aquello que estaba escuchando lo único que hizo fue acrecentar mi angustia. Algo muy serio estaba sucediendo para que desatara toda aquella situación.

—Antes de que Sara te diga nada, lo único que puedo decirte, Pol, es que lo siento mucho. Y te agradezco enormemente cómo has cuidado de nuestra hija.

Con el corazón hecho jirones, colgué y me senté junto a Sara. La abracé con más fuerza, intentando ser su consuelo. Ella seguía llorando con un dolor que parecía no tener fin, así que murmuré palabras de cariño, la cubrí de besos, apreté mi abrazo, pero ella era incapaz de contener el diluvio de sus lágrimas.

Corrí a buscar un paquete de pañuelos y se los ofrecí. Se sonó, se limpió el rostro y luego pidió un respiro para ir al baño. El sonido del agua corriendo fue un breve interludio antes de que regresara, algo más calmada. Se sentó a mi lado, tomó mis manos y me miró con la profundidad

verde de sus ojos.

—Nos vamos, Pol.

—¿Qué dices? —balbuceé.

—Han ascendido a papá a una sucursal en Madrid, será el director. Nos mudamos allí.

—No comprendo…

—Pol, se acabó lo nuestro, ¿entiendes? —las palabras salieron entre sollozos que luchaban por escapar de su pecho.

En ese instante, sentí cómo mi universo se desmoronaba. Todas las ilusiones de felicidad que había albergado se hicieron añicos con esas palabras y la certeza de que Sara se desvanecía de mi vida.

—No puedo quedarme, Pol.

Enmudecí, un nudo en la garganta me estrangulaba, impidiéndome hablar.

—Dios, Pol, ¿cómo voy a vivir sin ti? —exclamó y su llanto volvió a estallar, un llanto que me perforó el alma.

No encontré palabras, porque el llanto también se apoderó de mí, aceptando la cruel realidad de que, como Sara había dicho, todo había terminado entre nosotros.

—Te amo, Pol. No quiero que nos separen, quiero estar contigo —repetía, aferrándose a mí con desesperación.

Cuando logré serenarme, le pregunté si no podríamos intentarlo a distancia, vernos de alguna manera, por vacaciones o puentes festivos. Ella negó con la cabeza.

—Eso solo nos haría más daño. Necesito sentirte cerca, tocarte, abrazarte, besarte… Eso es imposible si estoy en otra ciudad. Te deseo por completo, no quiero un amigo lejano, quiero un compañero a mi lado. ¿Cómo te sientes las horas que estás sin mí?

—Vacío, con ganas de volver a verte —confesé.

—Eso te ocurre cuando nos vemos todos los días. ¿Cómo te vas a sentir cuando tengas que esperar semanas o meses?

Aunque mi corazón se resistía a aceptar la realidad, mi mente comenzó a asimilar sus palabras. Tenía razón, yo también anhelaba una relación completa, no un amor a medias. Por otro lado, no podía comprometerme a matricularme en una universidad madrileña e ir a estudiar allí, porque estaba el problema económico: mi padre no disponía del dinero necesario para costear mi residencia allí. Debería primero conseguir un empleo con el que pagarme la estancia. Definitivamente, no veía una solución a corto o medio plazo.

—Mis padres siempre se han sentido a disgusto en este barrio; papá siempre buscaba otra oportunidad, ascender… Yo no soy como él o como mamá. No quiero dinero, quiero alguien que me ame y vivir libre. Pedí que me cambiaran de instituto, odiaba aquel otro al que iba, en la zona alta. No quería ser como mis compañeros. Por eso pedí estudiar en el Icaria y vestir ropa sencilla. Solo vestía de otra manera para seducirte.

»Y cuando encuentro a una persona a la que amo y me hace sentir amada, me lo arrebatan. No es justo, Pol. ¡No es justo!

Sara rompió a llorar de nuevo. La abracé, aguantando un llanto que me estaba desgarrando por dentro. No encontré palabras de consuelo, porque me negaba a creer que eso estaba pasando. Estuvimos así unos minutos más.

Todos mis sentidos estaban en ella, intentando guardar en la memoria cada ápice de información sensorial, la fragancia de su pelo, el contacto de su piel, el sabor de sus labios, la visión de sus hermosos ojos… Porque sabía que, en un futuro muy inmediato, no volvería a tenerla en mis brazos.

—Te quiero, Pol, siempre te querré. Has sido mi primer amor y te llevaré siempre conmigo —me susurró.

Mi visión se nubló y pestañeé, derramando lágrimas amargas. ¿Se puede dejar de amar a una persona que te ha amado con esa intensidad y se separa de ti por razones ajenas? Mi experiencia me dice que no, que, aunque pase el tiempo, algo de ese amor queda. Puede disminuir, si comienzas a amar a otra persona, pero jamás extinguirse. Siempre queda una pequeña llama de afecto, un rincón minúsculo o enorme, según sea el caso, en el corazón para esa persona que nos ha dejado.

—¿Cuándo os vais? —inquirí.

—El sábado —dijo. Estábamos a miércoles. La noticia me golpeó en el pecho con fuerza, no esperaba que fuese tan inminente. Apenas teníamos dos días para despedirnos.

Sara tenía razón: era totalmente injusto.

—El sábado —repitió Sara, su voz, apenas un susurro. El silencio se apoderó de la habitación, un silencio cargado de palabras no dichas y sueños rotos—. Me lo han dicho hoy, pero ya lo tenían planificado con mucha antelación. No me lo han revelado antes porque temían que afectara al rendimiento en los resultados de los exámenes. ¿Te has fijado en lo poco que se han preocupado de mis sentimientos hacia ti?

Miré a Sara, buscando en sus ojos alguna señal de esperanza, un indicio de que todo esto era solo una pesadilla de la que pronto despertaríamos. Pero no había nada, solo la cruda realidad reflejada en su mirada verde y triste.

—¿Y si nos escapamos? —la pregunta salió de mis labios antes de que pudiera detenerla. Era una locura, lo sabía, pero en ese momento, cualquier cosa parecía mejor opción que aceptar que nos separaríamos.

Sara me miró, sorprendida por mi propuesta. Por un instante, vi una chispa de la Sara rebelde y aventurera que tanto amaba. Sin embargo, tan rápido como apareció, se desvaneció.

—No podemos, Pol. Sabes que no podemos. Tú tienes tu vida aquí, tu familia, tus estudios universitarios que comenzar… Y yo… —hizo una pausa, luchando por mantener la compostura —. Yo tendré que seguir adelante, por muy difícil que sea.

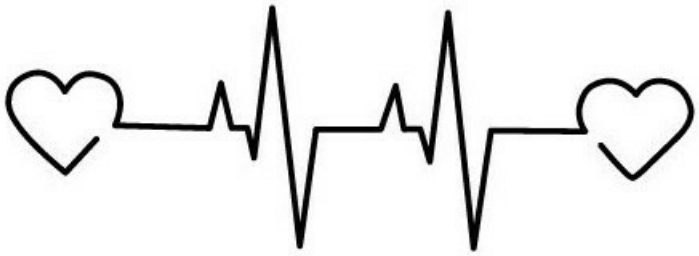
Asentí, aunque cada fibra de mi ser se rebelaba contra la idea de dejarla ir.

—Entonces, hagamos que estos dos días cuenten —dije con determinación. No podía cambiar la situación, pero podía asegurarme de que cada momento que nos quedaba juntos fuera inolvidable.

Sara asintió y, por primera vez desde que había llegado, una pequeña sonrisa iluminó su rostro. Era una sonrisa triste, pero era su sonrisa y eso significaba todo para mí.

Nos levantamos de la cama y comenzamos a planificar cómo pasaríamos las próximas cuarenta y ocho horas. No serían suficientes, nunca lo serían, pero estábamos decididos a hacer que cada segundo valiera la pena.

Y así, entre caricias y lágrimas, comenzamos a escribir el último capítulo de nuestra historia juntos, un capítulo que, aunque breve, estaría lleno de amor y recuerdos que llevaríamos con nosotros para siempre.



Aunque lo que nos pasó fue una desgracia, tuve que agradecer que sucediera a finales de junio y el periodo vacacional hubiese comenzado ya. Tal y como convenimos, Sara y yo teníamos apenas cuarenta y ocho horas antes de que ella se marchara y estábamos decididos a hacer que cada momento contara.

El jueves amaneció con un sol radiante que prometía un día perfecto. Quedamos en su casa a las siete de la mañana. Había acordado que la ayudaría a empacar sus pertenencias y así lo hicimos. Hacia las nueve ya habíamos acabado. Fue entonces cuando Sara se dirigió decidida al salón, donde sus padres desayunaban, para anunciar que nos íbamos.

Con un tono seco que me sorprendió les dijo:

—Nos vamos, ¿os quedó claro lo que hablamos anoche cuando volví? Durante las siguientes cuarenta y ocho horas Pol es mío. Volveré para dormir, pero como acordamos también anoche, el toque de queda se atrasa a las doce.

Ambos asintieron, con la mirada seria. No replicaron.

—Cuídala —fue lo único que José Antonio dijo, dirigiéndose a mí.

Asentí, un tanto apurado por la tensión de aquel momento.

—No te preocupes, papá, sabes que lo hará —contestó en mi lugar Sara, con un tono glacial —. Ya está todo lo mío empaquetado en mi habitación. Únicamente he dejado la ropa para estos tres días. Recordad: no voy a hacerme cargo de Lidia, no me pidáis nada. Esto me lo debéis.

Después se giró hacia mí con una dulce sonrisa y me preguntó:

—¿Vamos, amor?

Asentí, totalmente abrumado por la escena de rebeldía que había protagonizado Sara. Sin intercambiar más palabras, salimos del apartamento. Ella, como siempre, iba preciosa: vestía con una camiseta blanca de rayas rojas, unos shorts blancos y unas *joggers* del mismo color, tan resplandecientes que deslumbraban. Se había recogido su melena en una coleta, dejando al descubierto su esbelto cuello.

Comenzamos con un desayuno en una terraza del barrio Gótico, donde unos churros crujientes y un café nos reconfortaron y nos dieron energía para la mañana.

Caminamos de la mano por las calles empedradas, admirando la arquitectura y las tiendas de artesanía. Nos detuvimos en la Basílica de Santa María del Mar, donde el silencio y la belleza del lugar nos ofrecieron un refugio momentáneo de nuestras preocupaciones. Nos sentamos en un banco, observando las nerviaciones de las columnas que sostenían la bóveda de la nave, maravillados por la belleza arquitectónica del lugar.

Más tarde, nos dirigimos a la playa de la Barceloneta. A pesar de la multitud, encontramos un espacio tranquilo donde nos podríamos tumbar a escuchar las olas. La brisa marina y el sol en nuestra piel parecían borrar, aunque fuera por un momento, la inminente despedida.

De nuestras mochilas sacamos las toallas y las tendimos sobre la arena. Nos quitamos la ropa. Sara estaba deslumbrante con su bikini azul marino. Su cuerpo era bonito, proporcionado, con la piel tersa, joven y blanca. Admiré su anatomía y ella sonrió. Fue mi turno de desvestirme

y quedarme en bañador. Su mirada recorría mi cuerpo, haciéndome sentir acariciado por sus ojos.

Sara se sentó y de su mochila extrajo la crema solar.

—¿Me pones crema, amor? —me pidió en un susurro.

Sin decir palabra, cogí el bronceador y le comencé a aplicar la crema por los hombros, los brazos, la espalda. Poder acariciar su piel fue una experiencia electrizante e inolvidable. Sus preciosas piernas tenían un tacto agradable, sus muslos estaban tonificados y firmes. Ella me miraba con ternura, sus ojos proyectando amor. Después le pedí que me aplicara bronceador.

Sus manos acariciando mi piel me transportaron a otro mundo. Deseé que en aquel momento el tiempo se detuviera y entrara en un bucle desde el instante en que llegamos a la playa.

Estuvimos tomando el sol, con las manos entrelazadas, saboreando la brisa, besándonos dulcemente hasta la hora de comer. No nos bañamos a fin de no tener que esperar a que se secaran los bañadores, de modo que pudimos recoger rápidamente e ir a un restaurante a comer.

Sara lo pagó todo. Tras planear aquella triste noche todo lo que íbamos a hacer esos dos últimos días juntos, le exigió a su padre dinero para costear comidas, transporte y cualquier otro gasto.

Por la tarde, el Parque Güell nos recibió con sus colores y formas ondulantes. Nos perdimos entre los mosaicos de Gaudí, tomándonos fotos y riendo, tratando de capturar la alegría del momento.

La caída del sol, nos encontró en Gracia, donde compartimos tapas y hasta nos atrevimos con un poco de sangría en un restaurante acogedor. Eso hizo que nos achispáramos un poco y habláramos de nuestros sueños, evitando mencionar el adiós. Después, bailamos al son de unos músicos callejeros en la Plaça del Sol, dejando que la música llenara los espacios vacíos entre nosotros.

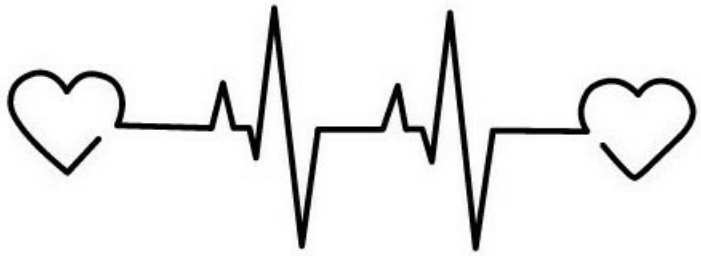
De vuelta a casa, el trayecto en metro lo pasamos entre conversaciones y caricias, aferrándonos a cada segundo que nos quedaba.

El viernes, nuestro último día juntos, lo dedicamos a recorrer nuestros lugares favoritos. Visitamos la Sagrada Familia, donde las torres se alzaban hacia el cielo como un recordatorio de que la belleza y el amor pueden resistir el paso del tiempo.

Almorzamos en un pequeño restaurante en el Poble Sec, donde las risas y las miradas cómplices se mezclaban con los sabores mediterráneos. Sara estaba pletórica. Su belleza se veía amplificada por el vestido ibicenco que llevaba y su melena suelta. Luego, el Laberinto de Horta se convirtió en nuestro refugio de nuevo. Volvimos a donde comenzó todo. Corrimos entre los setos, jugando a perdernos y encontrarnos, hasta que el centro del laberinto nos unió, por última vez, en un abrazo y un beso que nos dejó sin aliento.

El atardecer, de tonos rosados y naranjas, nos sorprendió sentados en uno de los bancos del puerto de Barcelona. Hablamos de mantenernos en contacto, de visitarnos, pero en el fondo sabíamos que sería diferente.

A las doce en punto de la noche, dejé a Sara en el portal de su casa. Nos besamos con pasión y sin decir palabra alguna, nos separamos. Ya lo habíamos dicho todo.



Jaime y Andrea, la chica con la que mi hermano había empezado una relación a principios de año, me acompañaron aquel sábado para despedir a Sara.

Andrea tenía una sonrisa contagiosa que raramente abandonaba su rostro, incluso en momentos tan sombríos como aquel. Sus ojos, de un marrón cálido y profundo, reflejaban una mezcla de inteligencia y compasión. Era de estatura media, con una figura atlética forjada en innumerables mañanas corriendo por el Parc de la Ciutadella.

Jaime compartía muchos de estos rasgos con Andrea. Su sonrisa, igual de luminosa, tenía el poder de desarmar cualquier tensión. Sus ojos, aunque de un tono más claro, expresaban la misma calidez y profundidad. Era alto, con los hombros ligeramente más anchos que los de Andrea y se movía con una gracia natural que sugería una vida activa. Su cabello, aunque más corto, tenía el mismo tono castaño y la misma tendencia a desordenarse con el viento, dándole un aspecto despreocupado pero encantador. Era curioso cómo se asemejaban el uno al otro, coincidiendo a veces en algunos gestos o movimientos.

Fuimos en el coche de Jaime y llegamos al aeropuerto de El Prat con las primeras luces del día tintando el oscuro cielo. Nos dirigimos con presteza a donde habíamos quedado, que era el mostrador de Iberia y allí la encontré. Como siempre, estaba hermosa, con su cabello ondulado y los ojos despiertos y perspicaces.

Me sonrió y vino corriendo a mí, lanzándose contra mi cuerpo para abrazarme con brazos y piernas. No era, quizá, la manera más decorosa de encontrarnos, con sus padres delante, pero entendía que se trataba de otro gesto de rebeldía y disconformidad de Sara hacia ellos.

Lidia también vino a saludarme y me preguntó cuándo me iba a volver a ver.

—¡Quién sabe! ¡Quizá algún día! —exclamé, disimulando la emoción.

No había dormido nada la noche anterior. Me fue imposible. A consecuencia de esto, aquella mañana me sentía cansado, física y emocionalmente, pero tenía claro que no sucumbiría al llanto. Quería que lo último que Sara viera de mí fuese un rostro lleno de amor y afecto, no una expresión de dolor y pena.

Estuvimos aparte, hablando, dándonos las gracias por los maravillosos momentos que habíamos compartido. Nuestras manos, entrelazadas, se aferraban con fuerza de la misma manera que nosotros nos aferrábamos a los últimos minutos, que se agotaron demasiado rápido.

Oímos a José Antonio llamar a Sara y ambos fuimos donde estaba reunido con su hija pequeña, su esposa, mi hermano y Andrea.

—Debemos ir al área de salidas, Sara —anunció. Lo vi afectado, supuse que en parte compartía algo del dolor de su hija. Me ofreció su mano y yo la estreché—. Gracias por haber sido tan bueno con Sara.

Teresa se acercó con lágrimas en los ojos y me abrazó, incapaz de ir más allá de un «lo siento» en un susurro. Después, Lidia me abrazó, llorando desconsoladamente. Toda su travesura se había desvanecido.

Finalmente, mientras su familia dirigía sus pasos hacia la zona de embarque, Sara se

aproximó a mí y me besó con dulzura.

—Te amo, siempre —susurró a mi oído

—Y yo a ti, Sara. Yo también te amo —repliqué.

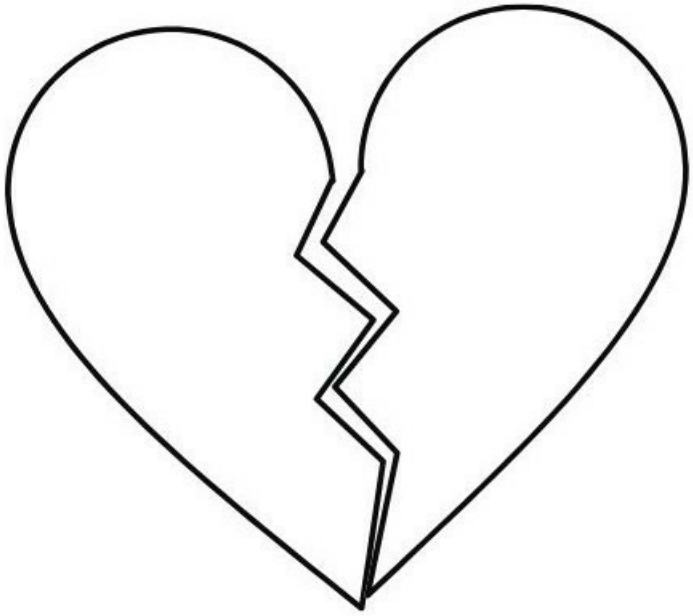
Nos separamos lentamente. Ella derramaba las primeras lágrimas. Yo, con ánimo de no caer en el llanto, me descolgué la mochila que llevaba y le di mi cuaderno de cuentos y poesías que había escrito para ella.

—Lo guardaré como un tesoro —dijo y me volvió a besar. Después se descolgó su bolsa de la cámara y me la dio—. Para ti.

—Sara, no puedo, es tu cámara —comencé a decir.

—Ahora el señor tendrá mucho más dinero y me comprará otra —replicó señalando a su padre, que caminaba hacia la zona de embarque—. Pol, captura momentos inolvidables con esta cámara y cada vez que aprietes el disparador, piensa en mí. Al menos un poquito.

Nos abrazamos y nos dimos un último beso. Nos miramos con intensidad durante unos segundos. Después, ella se giró y comenzó a caminar tras su familia. No giró la vista hacia atrás en ningún momento, supongo que para que no la viera llorar. Sin embargo, el temblor de sus hombros delataba un llanto silencioso.



Me giré hacia donde esperaban Jaime y Andrea. Esta última se limpiaba las lágrimas con un pañuelo. Se aproximaron a mí.

—¿Cómo estás, enano? —preguntó Jaime.

No respondí. Estaba bloqueado, sin palabras. Comenzó a faltarme la respiración. Entré en pánico. Jaime notó algo, pues se acercó aún más a mí.

—¿Pol?

No podía reaccionar, intentaba meter aire en mis pulmones y era totalmente incapaz de inhalar ni un gramo. Finalmente, mi hermano me abrazó y me dijo:

—Sácalo, no te lo quedes.

Fue en ese instante, protegido por el abrazo de Jaime, cuando estallé en un llanto que desató toda la pena que había acumulado durante más de cuarenta y ocho horas.

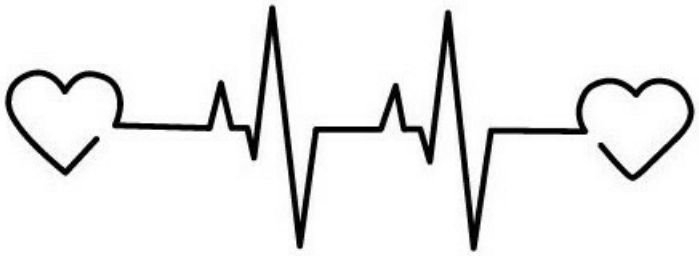
INTERLUDIO: ERIKA (II)



Quizás nunca hablemos, quizás nunca sepamos,
si compartimos más que un instante robado.

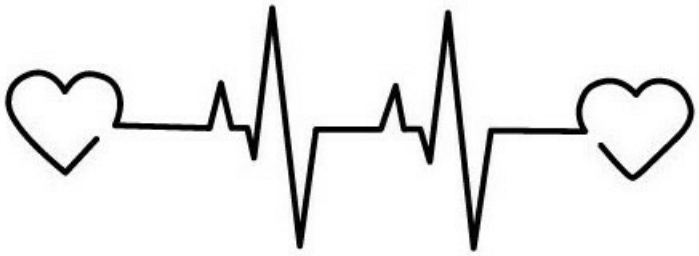
CAPÍTULO VEINTITRÉS

CUENTA CONMIGO



No recuerdo cuánto tiempo estuve llorando, abrazado a mi hermano, ni cómo regresamos a casa. En mi memoria solo queda una imagen de Jaime acompañándome a mi habitación y la voz de Andrea, hablando en el pasillo con papá, explicando la despedida en el aeropuerto.

Mi hermano me ayudó a quitarme la camiseta, los pantalones y las zapatillas. Después me puso unos pantalones de deporte cortos y me ayudó a acostarme en mi cama. Cerré los ojos, con el único deseo de dormir, soñar con Sara y no volver a despertar nunca más.



Me desperté y vi, por la ventana de mi habitación, que el cielo comenzaba a clarear. Parpadeé y consulté mi reloj Casio y, según pude comprobar en la pantalla, eran las seis de la mañana del día siguiente de la marcha de Sara. Recordaba haber ido sucesivas veces al lavabo y haber vuelto a la cama. Había estado durmiendo casi veinticuatro horas.

Me sentía vacío, sin alma. Estuve tentado de volver a la cama, pero notaba el cuerpo entumecido. Fui al baño con ropa limpia, me duché, me vestí y desayuné una magdalena y un café, que me costaron un triunfo engullir. A pesar de no haber comido nada en un día, seguía sin apetito.

Dejé una nota en la cocina:

He ido a la playa. Volveré para comer.

Al salir de la cocina, me topé con papá, quien me miró con la preocupación estampada en el rostro.

—¿Cómo estás, hijo?

—Simplemente, no estoy —susurré.

Me abrazó con una ternura infinita, arrancándome unos sollozos que apenas pude retener.

—Si necesitas algo, habla conmigo. No soy tan buen confesor como lo era tu madre, pero sé lo que es un corazón roto y una ausencia.

Vi que lloraba cuando se separó de mí. Me dio unas palmadas en el hombro y me dejó marchar.

Salí de la casa, rumbo a la playa, con el corazón pesado como si llevara una piedra en lugar de un órgano vital. Las calles estaban desiertas y cada paso resonaba en el silencio de la mañana, marcando el ritmo de un adiós que no quería aceptar. La brisa fresca no lograba disipar el calor que Sara había dejado en mi pecho, un calor que ahora se convertiría en un frío glacial, tan pronto la ausencia se acentuase.

Caminé sin pensar, sin ver, hasta que mis pies me llevaron al arenal. Me derrumbé de rodillas, con el Mediterráneo, eterno, dándome la bienvenida a un nuevo día desprovisto de propósito. Cerré los ojos y dejé que los recuerdos fluyeran. Su risa, su mirada, la forma en que su mano buscaba la mía cuando cruzábamos la calle. Todo parecía tan lejano ahora, como si perteneciera a otra vida.

El sol comenzaba a calentar el día, pero yo seguía helado. Madrid se la había llevado y con ella se había ido una parte de mí que sabía que nunca recuperaría. Ocho meses, solo ocho meses, pero habían sido suficientes para cambiarlo todo. Ahora, lo único que me quedaba era el eco de su voz llamándome «amor» al final de cada pregunta o comentario y la promesa de un futuro que nunca llegaría.

Abrí los ojos y miré al cielo, buscando alguna señal, algo que me dijera que esto no era el final, que habría algo más después de la despedida. Pero solo había nubes pasajeras y el incesante vuelo de las gaviotas y las palomas.

Y allí, desolado y triste, dejé que las lágrimas rodaran desbocadas, vaciándome más y más. Me senté y dejé pasar las horas. La playa comenzó a recibir a los bañistas más madrugadores.

Una mano se posó sobre mi hombro izquierdo con delicadeza. Miré hacia arriba y me encontré con Erika, que se arrodilló a mi lado, su mirada llena de preocupación y cariño. Lo primero que hizo fue darme un fortísimo abrazo, acariciándome el pelo, mientras yo lloraba en silencio. Después se separó y me dijo:

—Pol, Jaime me ha contado lo que ha sucedido. Me llamó hace un rato y me dijo que estabas aquí. —Después, con el rostro sereno y la emoción en los ojos, me secó las lágrimas con un pañuelo de papel y añadió—: No sabes cuánto lo siento.

—Gracias, Erika.

—No voy a preguntarte cómo te sientes, porque puedo imaginármelo, aunque sea un poco. ¿Quieres hablar?

—No sé qué hacer con todo este vacío. Es como… si me hubieran arrancado algo vital.

Las lágrimas comenzaron a rodar de nuevo. Erika volvió a abrazarme, arrodillada sobre la arena.

—Es normal sentirse así. Sara es una parte importante de tu vida, pero no lo es todo —me dijo al oído—. Tienes amigos y familia que te queremos y que deseamos que estés con nosotros, siendo esa maravillosa persona que eres.

—Lo sé, pero… cada pequeña cosa me recuerda a ella. Es como si Madrid se hubiera llevado una parte de mi mundo. ¿Cómo una persona puede calar tan hondo en la vida de otra en tan poco tiempo? —le dije.

—Supongo que es una cuestión de intensidad, no de tiempo —respondió.

Después, con un nudo en la garganta, le expliqué lo sucedido y cómo habíamos decidido

despedirnos durante aquellos dos días.

—Pol, eso ha sido insuperable y un claro exponente de cómo os habéis amado. Atesora esos recuerdos, pues eso es lo que queda y nadie te lo puede quitar. —Hizo una pausa y después prosiguió—: Madrid está lejos, pero nosotros estamos aquí. Y aunque no podemos llenar ese hueco de la misma manera, podemos intentarlo.

—¿Y si no puedo olvidarla? ¿Y si siempre siento este dolor? Es horrible, Erika. Me cuesta respirar, me cuesta… me cuesta todo.

—No se trata de olvidar, Pol. Se trata de aprender a vivir con los recuerdos, de darles un lugar especial en tu corazón y seguir adelante.

—¿Cómo hago eso?

—Dándote tiempo y permitiéndote sentir. Y, cuando estés preparado, abriéndote a nuevas experiencias, nuevas amistades, nuevos amores.

—¿Crees que eso es posible?

—Lo creo firmemente. Y estaré aquí para ti, en cada paso del camino.

—Gracias, Erika. No sé qué haría sin ti.

—No tienes que saberlo, porque no vas a estar sin mí. Vamos, levántate. Te invito a desayunar. Mi trato es que tienes que comer algo más que una magdalena.

Erika se levantó y me ofreció su mano. Me ayudó a levantarme y me volvió a abrazar.

—Han pasado veinticuatro horas y la añoro muchísimo, Erika —dije mientras nos dirigíamos a la salida de la playa—. Empiezo a entender por qué propuso que cortáramos totalmente.

—Seguir a distancia puede provocar más dolor, puedo entenderla —dijo, mientras se sacudía la arena de un pie y se calzaba una de las zapatillas.

—Puedes entenderla, pero no pareces compartirlo —dije, haciendo lo mismo, a su lado.

Erika negó con la cabeza, a la vez que sacudía la arena del otro pie.

—No hubiese hecho lo mismo, pero claro, cada una ama de una forma distinta: hay quien puede mantener una relación a distancia y hay quien necesita proximidad.

—¿Tú habrías continuado a distancia? —pregunté.

Asintió.

—Estoy acostumbrada a esperar y a la distancia.

El nombre de Koldo se me pasó por la cabeza. Aquello me cuadraba y hacía que las piezas encajaran: Erika siempre había amado a Koldo, pero, por algún motivo que yo ignoraba, no me lo había confesado.

—¿Quieres hablar de eso? —pregunté.

El rostro de mi amiga se cubrió por la tristeza.

—No, no añadamos más tristeza hoy. Prometo hablar de eso algún día.

Asentí con solemnidad.

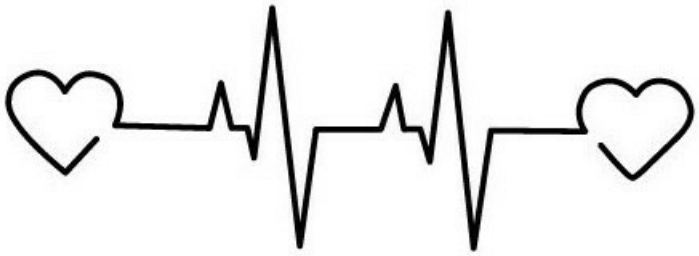
Dirigimos nuestros pasos hacia Poblenou, en busca de un lugar donde compartir un desayuno y nuestra amistad, que en aquel momento era lo que me mantenía a flote.

Erika me pasó el brazo por la cintura y yo rodeé sus hombros con el mío. Mirando hacia delante, Erika dijo:

—Pol, Pol, Pol… ¡Qué corazón tienes, que no deja de amar!

CAPÍTULO VEINTICUATRO

BARCELONA ‘92



Julio de 1992

En aquel verano de 1992, aún con el corazón roto, fui parte del latido de Barcelona. Decidí seguir adelante como voluntario no solo siguiendo mi sentido del deber y el compromiso, sino también por cumplir el voto que hice a Sara. Ella me hizo prometer que lo haría, aquel día en Poble Sec, en el restaurante donde almorzamos por última vez.

—Tienes que vivir esa experiencia —me había dicho.

Y así lo hice. Las tres primeras semanas de julio fueron frenéticas. Alternábamos horas de formación y horas de voluntariado, acomodando a los participantes en sus respectivos lugares de alojamiento y ayudando durante las horas de entrenamiento.

El veinticinco de julio se inauguraron los esperados juegos. Tras el resplandor de las luces y el eco de los aplausos, me encontraba yo, parte de un ejército invisible, una ola de almas entregadas que trabajaban sin descanso para tejer la magia de los Juegos Olímpicos. Éramos los voluntarios, los artífices ocultos que colaboramos en construir aquel espectáculo único.

Guiaba a espectadores, ayudándoles a acomodarse en el Estadi Olímpic; auxiliaba a mis compañeros y compañeras y ellos y ellas me auxiliaban a mí cuando tenía dificultades. Sobre mi pecho, una insignia, no solo un adorno, sino el símbolo de mi entrega, la prueba de mi compromiso inquebrantable.

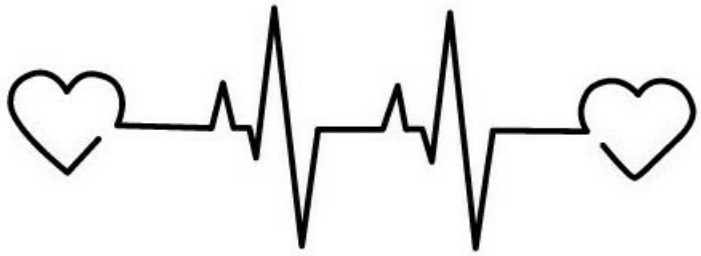
Escribí postales y postales con motivos de los Juegos Olímpicos a Sara, todavía esperanzado en que contactaría conmigo y me diera un domicilio donde enviarlas. Sin embargo, no fue el caso durante aquel verano, por mucho que lo deseara.

Al final de cada jornada acababa exhausto. Estiraba los turnos hasta que el agotamiento me vencía. Mi coordinadora, Susana, me reprendió por esto.

—No debes excederte, Pol —me decía constantemente.

Yo hacía caso omiso. Trabajar, aunque no cobrara, me ayudaba a no llegar a casa y enfrentarme a los recuerdos de Sara. Hacer el voluntariado me mantuvo enfocado. A veces, si no estaba del todo rendido, quedaba con Erika, para ir a cenar algo juntos, antes de volver a casa pronto, pues al día siguiente tendría que levantarme temprano.

De la misma manera que todo llega, todo acaba. El nueve de agosto se puso punto final a los Juegos Olímpicos, y con esto me quedaba poco más de un mes de espera para iniciar mis estudios en la Universidad de Barcelona. Un periodo que, gracias a Erika, pasó relativamente rápido.



Mi hermano, siempre presente en los momentos más difíciles, fue también un pilar fundamental durante el duro trance que viví tras la partida de Sara. Cada día, al regresar a casa, me llamaba para preguntar cómo estaba y si podía hacer algo por mí. A veces venía a visitarme por la noche y con un gesto tan simple como desordenar mi cabello, evocaba aquellos tiempos de infancia donde la preocupación más grande era qué juego seguiría después. Sus palabras de aliento, cargadas de cariño y empatía, eran un recordatorio constante de que, a pesar de la adversidad, había esperanza y fortaleza en mí para superar el dolor. No solo él, sino también Andrea, su pareja, se convertía en una voz de consuelo y apoyo. Sus llamadas, llenas de genuina preocupación y afecto, me hacían sentir acompañado y comprendido en un momento donde la soledad parecía ser mi única compañera.

Erika hizo todo lo posible por animarme y también lo hicieron Lara, Alba e Irene, quienes, por entonces, con los chicos en el servicio militar, estaban aburridas como ostras. Sin embargo, yo seguía sintiendo un gran vacío en mi interior. Sara había dejado un gran hueco que no llegaba a llenar de ninguna manera.

Las tardes las pasábamos en la playa de la Barceloneta, donde el sol doraba nuestra piel y las olas nos hablaban de libertad. Por las noches, el barrio Gótico nos acogía con sus bares de tapas y sus callejuelas que susurraban historias de tiempos pasados. Pasamos noches también en la Plaça Reial, sitio de gran bullicio y animación.

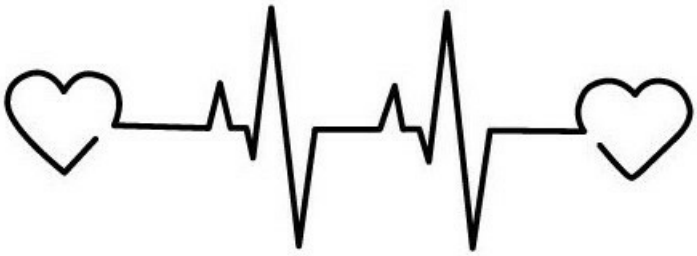
Erika, con su sensibilidad especial, me llevó a sesiones de cine clásico en la Filmoteca de Catalunya, rememorando así los días de cine en casa de sus padres. También disfrutamos de un día todos juntos en el parque de atracciones de Montjuïc, una experiencia que siempre me había parecido mágica.

Lara, Alba e Irene propusieron una excursión a Montserrat, que resultó ser un lugar de paz y reflexión. Disfruté de los paisajes y fue la primera ocasión en que usé la cámara de Sara. Me la había dejado cargada, así que apuré el carrete y logré gastar otro de treinta y seis fotos, capturando la belleza natural y arquitectónica que aquella excursión me brindó.

Dos días más tarde pasé a recoger las fotos por el estudio de revelado. Cuando llegué a casa, abrí el sobre de las fotografías, con la curiosidad de saber cómo habían quedado. Cuando vi la primera me dio un vuelco el corazón. Era una foto de Sara, hecha el día de su despedida. Lo supe porque llevaba ese vestido blanco en el aeropuerto. Se la había hecho a sí misma, con el temporizador de la cámara. Estaba preciosa, sin maquillar, su rostro sereno y la tristeza en sus bonitos ojos verdes. Sostuve la foto entre mis manos, que empezaron a temblar nada más leer el mensaje que Sara sostenía en un folio:



Entonces, todo volvió y me sumergí en un océano de tristeza, con el corazón pulverizado y cansado de luchar contra la fuerza que me hacía caer cada vez más profundamente.



A mediados de septiembre, comencé mis estudios de Filología Hispánica en la Universidad de Barcelona, un nuevo capítulo que se abría ante mí con la promesa de un futuro brillante, pero no sin antes recordarme la tristeza que aún llevaba a cuestas. La melancolía se entrelazaba con la emoción del inicio de las clases, un contraste que marcaba mis días. Mis compañeros de clase eran un mosaico de personalidades: desde el erudito que parecía haber nacido con un libro bajo el brazo hasta el bromista cuya risa resonaba en los pasillos, pasando por la soñadora que miraba por la ventana anhelando aventuras literarias. Intenté acercarme a algunos, pero mi ánimo

prefería, por entonces, recluirme. No me sentía preparado para ninguna interacción social, pues lo que en aquellos momentos podía ofrecer era tristeza y melancolía.

Las asignaciones se acumulaban en mi escritorio como montañas de papel que debía escalar cada noche. Los apuntes de clase, garabateados con prisa entre conferencias y debates, se convertían en el mapa que debía seguir para no perderme en el laberinto de la teoría literaria. La lista de lecturas era extensa, una odisea de textos que iban desde los clásicos hasta las obras contemporáneas más vanguardistas, cada libro una puerta a mundos desconocidos que debía explorar y analizar.

El tiempo libre se convirtió en un lujo escaso, una joya que buscaba entre las grietas de un horario abarrotado. Cada minuto se destinaba a absorber conocimientos, a comprender la riqueza de nuestra lengua y a descifrar los secretos que los textos guardaban entre sus líneas. A pesar de la carga académica y la sombra de la tristeza que me acompañaba, sabía que cada página que pasaba me acercaba más a convertirme en el experto en literatura que aspiraba a ser.

De la misma manera que el voluntariado durante el verano me había proporcionado una distracción, la universidad también lo hizo. A ratos libres también cultivaba mi pasión, escribiendo, a ratos robados, relatos, poemas e incluso el inicio de una novela. Sin embargo, el estilo y la temática distaban del carácter desenfadado de antaño y mis escritos se vieron cubiertos de una pátina de tristeza y oscuridad. Fueron trabajos que escribí en principio para mí. No se los enseñé a Erika, porque supe que le harían saltar las alarmas y tuviera la terrible certeza de que, a pesar de los esfuerzos que ella, mis amigas y mi familia estaban realizando por animarme, yo seguía sin avanzar en mi duelo. Echaba de menos a Sara, la seguía amando y no sabía nada de ella. Cada día que volvía a casa por la tarde consultaba el buzón y preguntaba a papá si había llamado alguien. Él, con el rostro serio, negaba con la cabeza, pues sabía que ese «alguien» era mi Sara.

Así pasaron las semanas, entre libros, apuntes y cartas imaginarias, que anhelaba recibir de su puño y letra, dándome algún dato de contacto; una dirección a la que escribirle, un número de teléfono al que llamar para volver a sentir su voz.

La universidad se convirtió en mi refugio, pero también en mi cárcel. A veces, en medio de una clase, me sorprendía mirando por la ventana, preguntándome si Sara también pensaba en mí. Y aunque la razón me decía que debía seguir adelante, mi corazón se negaba a olvidarla. Porque, al final, ¿qué es la vida sin un amor que nos haga sentir vivos? Sin duda alguna, el amor que Sara me había profesado me había dado un propósito, encendiendo una chispa de alegría en cada mirada intercambiada, en cada gesto de cariño y en cada beso sellado con nuestros labios.

El eco de su presencia me acompañaba día a día, hasta tal punto que no llegué a percatarme de que toda aquella situación acabó por distanciarme de Erika, quien, como siempre, tuvo que dar el paso para salvar una amistad que comenzaba a hacer aguas, haciéndome una visita un viernes de noviembre por la tarde. Como era costumbre en ella, se presentó radiante. Su cabello liso, hasta los hombros, su flequillo, que se había acostumbrado a peinarlo a un lado, y su mirada profunda tras los cristales de sus gafas provocaron un cálido sentimiento en mí.

—¿Cómo estás, amigo? —dijo, después de entrar en mi habitación.

Su pregunta, aunque sencilla, llevaba consigo un peso de preocupación y afecto que no pasaba desapercibido para mí.

—Estoy… sobreviviendo —respondí con una sonrisa tenue, intentando ocultar el torbellino de emociones que me consumía por dentro.

Ella asintió, conocedora de que mis palabras eran solo la punta del iceberg de mi estado real. Me hizo sentarme a su lado, su mirada escudriñaba mi rostro buscando leer lo que mi voz no se

atrevía a decir. Erika siempre tuvo esa habilidad para ver más allá de las máscaras que todos nos ponemos.

—He notado que te has alejado —comentó con suavidad, su mano encontró la mía, ofreciendo un apoyo silencioso—. Todos estamos preocupados por ti. Yo… hablo con tu hermano y con tu padre casi cada día.

Asentí, incapaz de negar la evidencia de mi aislamiento autoimpuesto. La preocupación de mis seres queridos me reconfortaba, pero también era una fuente de culpa. No quería que cargaran con mi dolor, con la sombra de Sara, que aún me envolvía.

—Lo sé y lo siento. Es solo que… —las palabras se atascaban en mi garganta, la imagen de Sara invadiendo mi mente una vez más.

—No tienes que disculparte —interrumpió Erika, su voz firme pero gentil—. Pero tampoco tienes que pasar por esto solo. Estamos aquí para ti, siempre. Yo estoy aquí.

La conversación fluyó, lenta, pero segura, como un río que finalmente encuentra su cauce después de una larga sequía. Hablamos de la universidad, de mis escritos, de los pequeños logros y de los desafíos diarios. Erika me habló de cómo le iban sus estudios de traducción inglesa en la Universidad Autónoma de Barcelona, diciéndome que estaba planteándose la posibilidad de obtener el carnet de conducir, porque el trayecto desde casa a Bellaterra era toda una odisea ida y vuelta.

Me propuso ir a tomar algo y acepté. Fuimos a Urquinaona, tomamos un bocadillo en el Pans & Company y paseamos por Plaça Catalunya. Fue un momento que me hizo olvidar todo mi pesar y por el que siempre daré las gracias a Erika. Su proximidad me dio fuerzas y me hizo sentir bien por primera vez en meses. Decidimos volver a casa a eso de las diez de la noche.

La noche se había cerrado sobre nosotros con un manto de estrellas cuando Erika se detuvo, a escasos metros de la puerta de su casa. La luz de la farola más cercana iluminaba su rostro, revelando una sonrisa que parecía contener todos los secretos del universo. Sus ojos se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo temblar.

—Pol… —su voz era un susurro, pero resonó en mi pecho como un trueno.

No pude más que devolverle la sonrisa, aunque la mía estaba teñida de una confusión que luchaba por mantener a raya. Ella se acercó, y con la naturalidad de quien comparte un secreto ancestral, me envolvió en un abrazo que pareció detener el tiempo.

—Pol, te quiero tanto… —las palabras, pronunciadas contra mi oído, eran un bálsamo y una tortura al mismo tiempo.

Paralizado, me encontré en la encrucijada de los sentimientos. ¿Era este el amor que trasciende la amistad, o simplemente la afirmación de un vínculo de amistad inquebrantable? Las preguntas danzaban en mi mente, pero ninguna encontraba su camino hacia mis labios.

El abrazo se mantuvo, un refugio en medio de la tormenta de dudas. Y cuando Erika comenzó a separarse, lo hizo con la lentitud de una hoja cayendo al suelo en otoño. Su sonrisa seguía intacta, un faro de dulzura en la oscuridad.

—Yo, Erika… Yo también te quiero mucho… —logré articular, aunque cada palabra era una lucha—. Eres la mejor amiga que una persona podría desear.

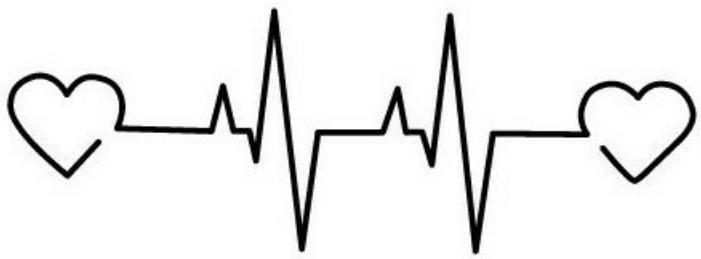
El silencio se instaló entre nosotros, un testigo mudo de la encrucijada en la que nos encontrábamos. Podía sentir el latido de mi corazón, un tambor que marcaba el ritmo de una decisión crucial. Un paso más y nuestros labios podrían encontrarse, sellando un destino nuevo y desconocido. Pero el riesgo de perderla era un abismo que no me atrevía a cruzar. Había perdido a Sara, quien todavía seguía presente, incluso en aquel momento. Si el dolor después de haberla amado durante unos meses me había destrozado, ¿qué lograría obrar en mí la pérdida de una

amistad que se había prolongado durante cuatro años? ¿Estaba dispuesto a pagar ese precio cuando las heridas en mi corazón estaban todavía frescas?

Finalmente, Erika se apartó y retomamos el camino hacia su casa. Cada paso era un eco de lo que podría haber sido. Nos despedimos con un beso en la mejilla, un gesto tan familiar y, sin embargo, cargado de un nuevo significado.

Años después aprendí un extraño término en inglés, «watershed». Al principio, me pareció solo un término geográfico, que designaba la línea divisoria entre dos cuencas hidrográficas. Sin embargo, pronto descubrí que su uso trascendía lo físico para adentrarse en lo metafórico, representando un punto de inflexión, un momento crítico que marca un cambio significativo o una transición importante en la vida o en la historia.

Mientras ella desaparecía tras la puerta, supe que algo había cambiado para siempre. Aquella noche, bajo el cielo estrellado, había sido un verdadero «watershed» en nuestras vidas.



Los días que siguieron a aquella noche se deslizaron como hojas arrastradas por un río lento y silencioso. La duda se instaló en mí con la tenacidad de una sombra al mediodía, siguiéndome a cada paso, susurrándome preguntas sin respuestas. ¿Debía hablar con Erika? ¿Debía dejar que las cosas siguieran su curso natural, sin intervención alguna?

Cada mañana, al despertar, el recuerdo de su abrazo y sus palabras me asaltaba, un eco persistente de un momento que había alterado el equilibrio de mi mundo. La incertidumbre me carcomía; una lucha interna entre el deseo de claridad y el temor a lo que esa claridad podría revelar.

La idea de volver a hablar con Erika, de intentar desentrañar el significado oculto tras su gesto, me llenaba de una ansiedad paralizante. ¿Y si al hacerlo rompía el delicado tejido de nuestra amistad? ¿Y si mis sentimientos, aún confusos y enmarañados, eran solo un reflejo distorsionado de mi soledad?

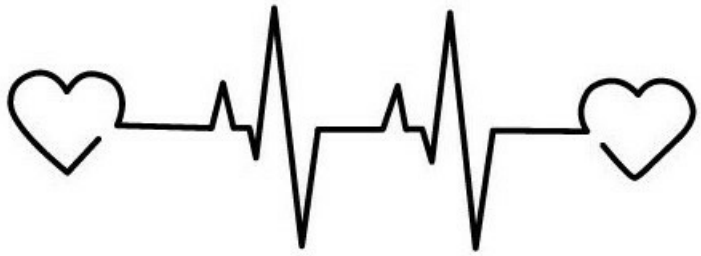
Opté por la inacción, por la quietud. No me sentía con fuerzas para enfrentarme a la realidad de nuestras emociones, para sumergirme en las profundidades de un diálogo que podría no tener vuelta atrás. Dejar las cosas como estaban, permitir que el tiempo y la distancia hicieran su trabajo, parecía la opción menos dolorosa.

Así, me sumí en el silencio, en una rutina que evitaba cualquier posibilidad de encuentro. Me refugié en mis estudios, en la literatura, en las palabras de otros que hablaban de amores y desamores, de encuentros y desencuentros. Busqué consuelo en la ficción, en la seguridad de que, al final del capítulo, podía cerrar el libro y alejarme.

Pero la verdad es que, aunque me decanté por la segunda opción, una parte de mí anhelaba la primera. Una parte de mí deseaba tomar el teléfono, marcar su número y escuchar su voz. Una parte de mí quería saber si ella también sentía la electricidad de aquel abrazo, si también se preguntaba qué habría pasado si…

Sin embargo, ese anhelo quedó sepultado bajo capas de miedo y resignación. Y con cada día

que pasaba, la posibilidad de una conversación pendiente se desvanecía un poco más, hasta convertirse en un susurro apenas audible en el viento de mi vida.



Diciembre de 1992

Llegó el último día de clase antes del periodo vacacional de Navidades. Me sentía vacío y triste; la ausencia de Sara y la distancia que me separaba de Erika pesaban sobre mí con más fuerza que nunca, dejándome con una sensación de soledad profunda.

Al llegar a la librería a media tarde, después de volver de la universidad, mi padre me saludó y, después de preguntarme cómo había ido el último día del trimestre académico, me anunció que tenía una carta para mí.

Una chispa de esperanza se encendió en mi corazón, ante la expectativa de que quizá se tratase de Sara, quien finalmente había decidido romper el silencio y comunicarse conmigo. En aquel momento me hubiese conformado con una postal de Navidad y una dirección postal.

No fue el caso. Reconocí la letra de Erika en mi nombre y dirección escritos en el sobre. El matasellos era de Bilbao, con fecha de hacía cinco días. Detrás no había especificado remitente. Con un mal augurio envolviéndome como un oscuro manto a mi alrededor, me retiré en silencio hacia mi habitación, sintiendo la mirada de mi padre clavada en la nuca.

Abrí el sobre con manos temblorosas y extraje la carta, identificando de nuevo la caligrafía de Erika en las líneas pulcramente escritas:

Querido Pol:

Sé que estas palabras te llegarán como un vendaval, pero no puedo seguir ignorando lo que siento. Nuestra historia ha sido un torbellino de emociones y, aunque intenté aferrarme a ella, llegó el momento de apartarme y buscar mi camino.

He luchado por nosotros; por ti y por mí. Pero también he sufrido en silencio, soportando las tormentas de tus altibajos emocionales. No puedo culparte; todos tenemos nuestras heridas y cicatrices, pero me he quedado sin fuerzas para poder mantenerte a flote.

He pedido el traslado a Deusto y me lo han aceptado, de manera que ahora estoy en Bilbao. Lo he hecho para encontrar mi propio camino, lejos de las sombras que me envuelven en Barcelona. Todo mi entorno, el barrio, la playa, la librería… Todo me recuerda a nosotros. Y eso duele más de lo que ahora, en estos momentos, puedo soportar. No puedo proporcionarte un número de teléfono ni mi dirección, porque necesito espacio y tiempo para sanar. No es un acto de crueldad, sino de amor propio. Espero que algún día puedas perdonarme por esto.

Pol, te conozco y sé que te culparás por esta situación. No lo hagas, no hay nada por lo que culparte. Quizá no hay nadie a quien culpar. Has tocado mi corazón de formas inesperadas y lamento que las circunstancias nos hayan llevado a este punto. Pero debemos aceptar la realidad: sigues amando a Sara y no puedo competir con ella por un lugar más grande en tu corazón.

Te deseo lo mejor en tu camino. Que encuentres la paz que anhelas y que aprendas a sanar

tus propias heridas. Quizás algún día, cuando las aguas se calmen, puedas mirar atrás y recordar lo que fuimos sin amargura y sin rencor.

Con cariño,

Erika

Con el corazón hecho pedazos, devolví la carta al sobre que la acompañaba y me quedé inmóvil, dejando que las lágrimas recorrieran mis mejillas. Me quedé allí, sentado, sintiendo cómo cada palabra de Erika se clavaba en mi alma. La tristeza y la desesperación me envolvían, y no podía evitar pensar en todo lo que habíamos compartido: las risas, los momentos de complicidad, las promesas que nos habíamos hecho de estar el uno por el otro… Todo aquello lo había perdido y, aunque ella me había rogado que no me culpara, no pude evitar sentirme responsable por aquel fatal desenlace y por haberle roto el corazón.

Sin saber qué hacer, llamé a casa de los padres de Erika, pero nadie respondió al teléfono. Incapaz de quedarme en mi habitación, volví a ponerme el abrigo y salí a la calle, sin pasar por la librería.

Alcancé el portal del edificio donde vivía la familia de Erika y pulsé el timbre. De nuevo, no obtuve respuesta al otro lado del portero electrónico.

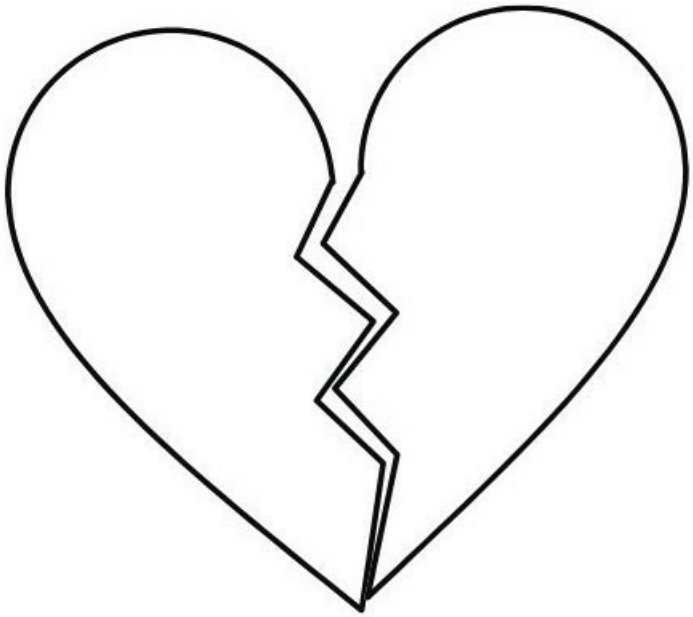
—Mierda —dije entre dientes.

En aquel momento un vecino abrió la puerta, dispuesto a salir a la calle. Me preguntó si buscaba a alguien y le contesté que iba a visitar a Erika. El vecino me informó que hacía varios días que no veía a la muchacha y añadió que el resto de la familia había marchado a Euskadi a pasar las festividades de Navidad. Le di las gracias y me alejé del edificio.

Caminé sin rumbo, con las manos hundidas en los bolsillos y la cabeza gacha. Las luces navideñas parpadeaban indiferentes a mi dolor, iluminando las calles, en aquellos momentos llenas de gente apresurada con sus compras de última hora. Nadie se fijaba en el joven de corazón roto que se abría paso entre la multitud.

Finalmente, me detuve frente al escaparate de nuestra librería. Los libros tras el cristal me recordaron a Erika; ella siempre decía que cada libro era un mundo por descubrir. Y ahora yo me sentía como un libro cerrado que ella ya no quería leer.

Con un suspiro, me alejé del escaparate y giré sobre mis talones: no quería que mi padre me viera entrar así. No deseaba volver a casa. Mi único anhelo era desaparecer. No sabía cómo ni dónde, pero tenía que encontrar la manera de recomponer las páginas de mi vida, una que no incluyera a Erika, pero eso era casi imposible porque ella había ocupado un volumen considerable.



Una vez más, me encontré caminando por la arena de la playa mientras el clima empezaba a tornarse inclemente. Grandes nubes se movían rumbo al sur, tejiendo una capa sombría sobre mi cabeza. Las olas embravecidas azotaban la costa con vehemencia. La naturaleza entera parecía reflejar el caos de mis pensamientos y emociones internas.

La oscuridad de la playa se convirtió en mi santuario, un lugar donde el estruendo de las olas ahogaba el tumulto de mis pensamientos. Me senté en la arena fría, dejando que los granos se deslizaran entre mis dedos, cada uno un recuerdo de Erika que se escapaba. Miré hacia el horizonte oscuro, donde el mar se encontraba con el cielo, y me pregunté si en algún lugar, ella estaría mirando el mismo cielo nocturno.

Avanzaron las horas. Me sentí entumecido por el frío y la humedad. Con dificultad, me incorporé y avancé hacia la orilla, con pasos lentos y los brazos colgando. El recuerdo de Erika, aquella mañana de inicio de instituto, sentada sobre las gradas; Sara, reflexiva, mirando la fachada de la catedral, con su Pentax en la mano; Erika, bailando aquel tema de Elton John, que era toda una declaración de intenciones que no supe interpretar en su momento; Sara, en la playa, con su bikini, dejándose acariciar por mis manos… Todo vino ante mis ojos y todo desapareció. Había llegado a la orilla, mis pies se hundieron con rapidez, engullidos por la resaca. El agua, gélida, produjo escalofríos en todo mi cuerpo.

Vi, con el ojo de mi agitada mente, la imagen de mamá, que me gritaba con la voz de Ramón:

—¡¿Y TÚ, QUÉ COJONES ESTÁS HACIENDO?!

Después unos fuertes brazos me asieron por debajo de las axilas y tiraron de mí hacia atrás. Perdí el equilibrio y caí de espaldas contra la persona que me había apartado de la orilla. El desconocido se deshizo de mí y con gruñidos, agarró las solapas de mi abrigo y tiró de mí hacia el interior de la playa.

—¡¿QUÉ COJONES ESTABAS HACIENDO, TÍO?! —bramó de nuevo Ramón, a quien vi a través de mis lágrimas. Yo negaba con la cabeza, no la evidencia de mis actos, sino para rogar a Ramón que parara de gritar.

A mi alrededor, un juego de haces de luces me apuntó y enseguida me vi rodeado por mis amigos.

—Ramón, cálmate, por favor —oí la voz de Lara—. Hay que llevar a Pol a casa lo antes

posible, hace frío y está empapado.

—¡Vamos! —exclamó el aludido—. ¡Chema, Dani: ayudadme a levantarlo!

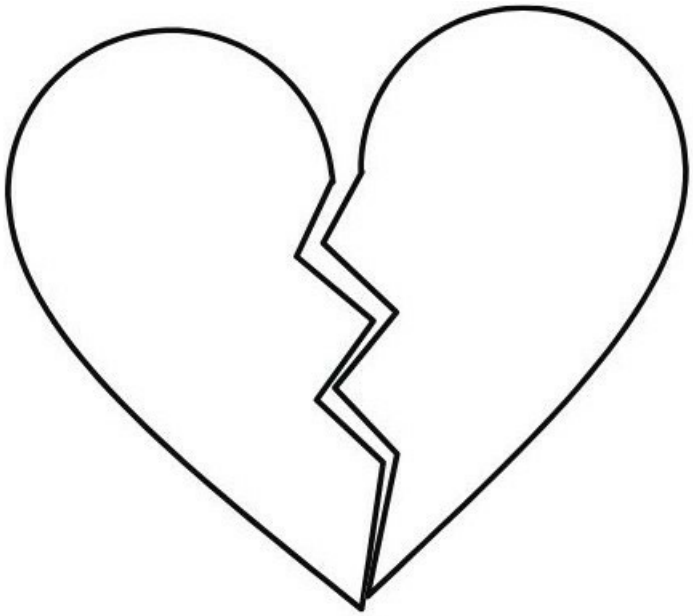
«¿Dani?», me pregunté a través de la niebla que cubría mi embotada mente. «¿Qué hace Dani, aquí? ¿Qué hacen todos aquí?»

Salvarte la vida, amor, contestó la voz de Sara en mi mente. Varios brazos me levantaron con fuerza.

—¡Miguelete, tú que corres más, ve a avisar a Lázaro! ¡Que prepare la bañera con agua caliente!

—¡Voy! —Oí la voz del aludido.

Lara, Irene y Alba también estaban presentes, con linternas en las manos y el rostro contraído por la tristeza y la preocupación. Me llevaron con presteza y en silencio.



Una hora más tarde me encontraba sentado en mi cama, sosteniendo una taza de café, con ropa seca y una manta encima. Mi padre me había traído la estufa catalítica al dormitorio y poco a poco fui entrando en calor.

El primero en entrar fue Ramón. Yo ya había hablado con papá y Jaime, mientras me vigilaban en el baño. Su corte de pelo militar le daba un aspecto más duro del habitual.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Me encogí de hombros. Él se sentó al borde de la cama y me miró con intensidad:

—Hace unos años te dije que, si se me ocurría maltratar a una mujer, me dieras una paliza. Prometí no hacerlo, prometí no ser como mi padre y lo estoy cumpliendo. Ahora te toca a ti prometerme que no vas a hacer nada parecido a lo que has intentado esta noche. ¿Me oyes, tío? —me dijo muy seriamente.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro.

—¿Por qué? —repitió—. Porque eres mi amigo y te quiero.

Dicho esto, me abrazó y cuando se separó, una lágrima rodaba por su rostro.

—Promételo.

—Lo prometo —susurré.

Me volvió a abrazar y después dijo:

—Has tenido suerte de que hayamos venido de permiso todos para Navidad. Menudo capullo estás hecho. Mira que…

—Erika… —comencé.

—Lo sabemos todo, Pol. Tu padre me llamó preocupado porque no habías vuelto a casa. Encontró una carta de Erika en tu escritorio y, al leer el contenido, se preocupó muchísimo por ti. Enseguida llamé al resto, preguntando si te habían visto. Fue Dani quien finalmente explicó lo sucedido entre tú y Erika. Versión para tontos, muy resumida, pero suficiente para entender todo el embrollo. Nos imaginamos que irías a la playa, fuimos a por linternas y después corrimos hacia el lugar donde sueles estar cuando te entra la pájara. No te voy a explicar más, creo que hay alguien que quiere hablar contigo.

Un ápice de esperanza floreció en mí, pensando que sería Erika, que *todo* había sido un sueño. Sin embargo, cuando Ramón salió, quien entró por la puerta fue Dani.

—Hola, Pol. Menuda noche, ¿eh? —dijo, con el rostro desprovisto de humor—. Creo que llegó la hora de sincerarme contigo y de aclarar una confusión que ha dado pie a todo.

Me puse en guardia.

—Siempre has querido a Erika, desde que la conociste. Se te veía en la manera de mirarla, de hablarle, en cómo te comportabas cada vez que estabas con ella. Yo os observaba, pero no era el único. Medio instituto creía que estabais saliendo en secreto, por una razón que nadie sabía. Había chicos interesados en Erika, pero no se acercaron a ella, pensando que erais pareja. Esa es mi teoría.

—Y entonces tú te interpusiste —le reproché, sin fuerza en mi voz. A continuación, le expliqué lo de aquella mañana de sábado.

—Lo que tú viste no fue un beso en los labios, Pol. Me besó en la mejilla porque aquella mañana fui a hablar con alguien que supiera escuchar y plantearle un par de cuestiones. En primer lugar, tenía que saber si erais pareja.

—¿Para qué querías saber eso? Para salir tú con ella, ¿no? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, Pol. Lo quería saber porque soy… homosexual… y estaba enamorado de ti desde hacía muchísimo tiempo…

La respuesta tuvo un efecto similar a un mazazo en el estómago.

—Erika estaba confusa, me dijo que no sabía si lo vuestro era solo amistad o querías algo más. Tampoco me definió mucho sus sentimientos hacia ti, si es lo que deseas saber, pero estaba casi segura de que no eras también homosexual. A partir de entonces se convirtió en una especie de confidente y quedábamos cuando me sentía deprimido. Esto no es fácil de llevar, la gente no lo entiende, ¿sabes?

»Te confieso que la razón de haberte invitado a Caspe fue para poder estar tiempo contigo, poder ver una señal. Me puse furioso cuando Clara te besó, pero pensé que eras otro más al que besaba. Por eso, a la vuelta, cuando empezó el curso, quedé aquel sábado con Erika, para saber si tendría alguna posibilidad contigo.

»Ahora, veo que lo que hice fue un error que te llevó a pensar que yo salía con Erika y eso te llevó a fijarte en Sara. Aquello ya me dio una idea de que no te gustaban los chicos. En fin… que todo esto ha llevado a un follón de mil demonios. Lo siento mucho.

Cogí su mano y la apreté.

—No has hecho nada malo, Dani. Todo lo hiciste por amor. Gracias por hablar conmigo. Que me hayas confesado que eres homosexual no cambia las cosas, no debes preocuparte por mi aceptación. Eres mi amigo y vas a seguir siéndolo, seas gay, un elfo o extraterrestre. Soy yo

quien debe pedir disculpas. Sentí celos, lo malinterpreté todo. Siento haberme distanciado de ti.

Se encogió de hombros y nos mantuvimos en silencio. Después nos dimos un abrazo con el que intenté dejarle claro mi afecto.

—¿Sabes algo de Erika? —pregunté al cabo de unos segundos.

Él negó con la cabeza.

—Poca cosa. Esta mañana tenía en casa de mis padres una carta de ella, en la que me explicaba que marchaba a Bilbao a estudiar allí, que necesitaba un cambio. No llevaba remitente, como la tuya. Tío, tienes que empezar a vivir tu vida. Esa chica, por muy maravillosa que sea, ha dejado muy claro que necesita tiempo y distancia. Si realmente te quiere como ella dice, volverá o te esperará.

—Cuando Sara se fue, Erika me dijo que ella podía amar a distancia. En ese momento pensé que hablaba de su amigo Koldo, pero por lo que veo, hablaba de mí, de cómo me había distanciado de ella siempre, nunca acercándome para confesarle que yo sentía un amor más allá de la amistad. Voy a darle tiempo, por si quiere pensárselo. Si veo que no hace nada, iré a buscarla a Bilbao. Pero, ¿y si no quiere volver a saber de mí?

—Pues quizá no te merezca si no se conforma con al menos una amistad —dijo Lara, desde la puerta. Aquel juicio me sorprendió viniendo de una amiga de Erika. Avanzó hacia mí y añadió —: Pol, el tiempo lo dirá, no fuerces la situación ni te tortures. Es un asunto muy complicado. Necesitas sanar, antes de nada. Primero, Sara, después, esto… Busca tiempo para sanar y vivir.

Y eso fue lo que me propuse, sanar en compañía de mi familia y mis amigos. Supe que no sería fácil ni inmediato; antes tendría que buscar mi camino y después sopesar la posibilidad de buscar un reencuentro con Erika.

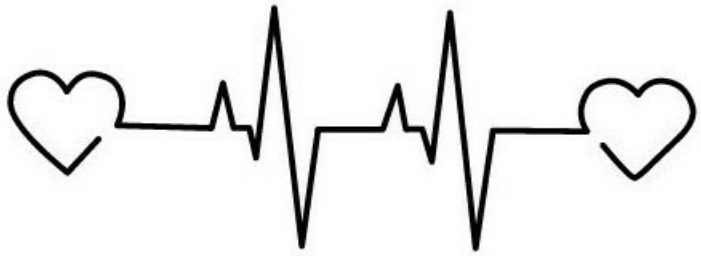
TERCERA PARTE: CRISTINA



En el escenario de luces y sueños,
donde las estrellas parecen caer,
se alza una figura entre haces y destellos,
con rizos al viento y guitarra en poder.

CAPÍTULO VEINTICINCO

GIRO INESPERADO



Todo acaba poniéndose en su sitio; independientemente de los caminos que tomemos, hay una fuerza invisible que nos guía hacia nuestro destino final. Cada experiencia, cada elección y cada momento son pasos necesarios en el viaje hacia donde debemos estar.

La vida es un tapiz de eventos y decisiones. Cada hilo representa una acción, una reacción, una decisión que tomamos. Algunos hilos son brillantes y llenos de color, representando los momentos de alegría y éxito. Otros son oscuros y apagados, simbolizando las dificultades y los fracasos. Pero todos son esenciales; todos contribuyen al diseño final que es nuestra vida. Y, aunque no siempre podemos ver el patrón que se está formando, cada hilo tiene su lugar y cada uno es crucial para completar el cuadro.

A menudo, nos encontramos en encrucijadas, enfrentados a decisiones que podrían cambiar el curso de nuestra vida. En esos momentos, puede parecer que el destino nos está empujando en una dirección particular. Pero, ¿es realmente el destino o es nuestra intuición, nuestra esencia más profunda, la que nos está guiando? Tal vez, en el fondo, sabemos dónde pertenecemos y nuestras decisiones son simplemente el camino para llegar allí.

El concepto de destino también nos lleva a considerar la idea de la sincronicidad: la creencia de que los eventos están «destinados» a ocurrir. Carl Jung, el famoso psiquiatra suizo, propuso que la sincronicidad es la coincidencia significativa de dos o más eventos donde algo más que la probabilidad de azar está involucrado. En nuestras vidas, estos momentos de sincronicidad pueden parecer señales, guiándonos hacia nuestro «lugar». Puede ser un encuentro casual que abre nuevas puertas, una oportunidad que llega en el momento justo, o una pérdida que, aunque dolorosa, nos lleva a un nuevo comienzo.

En última instancia, la vida es un viaje de autodescubrimiento. Cada experiencia es una lección, cada persona que conocemos es un maestro y cada lugar en el que nos encontramos tiene algo que enseñarnos. El destino, ya sea una fuerza externa o simplemente el resultado de nuestras propias elecciones, parece tener una manera de llevarnos a donde necesitamos estar, incluso si no es donde pensábamos que íbamos.

Quizás el verdadero poder del destino no reside en llevarnos a un lugar predeterminado, sino en su capacidad para ayudarnos a encontrar nuestro propio camino. Al final, «ponernos en nuestro sitio» puede no ser el acto de llegar a un destino final, sino el proceso continuo de crecimiento, aprendizaje y comprensión de dónde encajamos en este vasto y complejo mundo. Y tal vez, solo tal vez, el lugar al que el destino nos lleva es simplemente allí donde encontramos la

paz, la felicidad y la sensación de estar completos.

Eso lo aprendí el año que lo cambió todo. El año en que mi vida estuvo a punto de caer en el abismo: el fatídico 1993.



Marzo de 1993

Mi proceso de sanación se inició aquella misma noche en la que mis amigos y familia me rescataron de la playa, aunque no fuera consciente de ello en aquellos momentos. Fue un proceso lento. Las chicas, Lara, Irene y Alba, estuvieron por mí, de la misma manera que Jaime y Andrea. Los chicos partieron para finalizar el servicio militar.

Proseguí con los estudios y obtuve muy buenas notas en los exámenes de febrero de 1993. En marzo fui a una agencia de viajes con el dinero que mi padre y mi hermano me habían regalado el mes anterior para mi cumpleaños. Compré un billete de tren y la estancia en un hostal de Bilbao. Mis vacaciones de Semana Santa comenzaban el 3 de abril y ese mismo día marcharía a buscar a Erika.

Lo fui preparando todo a conciencia. Qué decir, argumentos, contra argumentos… Intenté tener entre mis manos un plan sin fisuras, como decía mi hermano. Sin embargo, y como siempre, el destino se interpuso entre Erika y yo.

Una mañana de mediados de marzo, fui al dormitorio de mi padre para decirle que marchaba a la universidad. Me extrañó que todavía durmiera, pues solía acostarse tarde y levantarse temprano, sobre las seis de la mañana.

—¿Papá? —dije desde la puerta. No obtuve respuesta. Me aproximé hacia su cama. Estaba inmóvil, no se oía ronquido alguno. Eso también me extrañó—. ¡Papá!

Encendí la luz de su mesilla de noche y cuando vi su rostro, con los ojos entreabiertos y el gesto inexpresivo, supe que estaba muerto.



El informe forense dictaminó que papá falleció de una parada cardio respiratoria. No sufrió; posiblemente le sorprendió dormido. Mi estado de ánimo, tras aquel golpe, se desplomó como un castillo de naipes en medio de una tormenta. La noticia cayó sobre mí con la contundencia de un martillo neumático y, aunque intenté buscar consuelo en el hecho de que no sufrió, el vacío que dejó su ausencia era demasiado grande para ser llenado por la lógica.

Los primeros días fueron un torbellino de emociones, donde cada recuerdo compartido con papá se convertía en un puñal que se retorcía en mi interior. La casa, ahora silenciosa, parecía un

museo dedicado a su memoria; cada objeto, cada foto, cada rincón, evocaba una historia, un momento, una risa que ya no volvería.

El funeral de mi padre fue un reflejo de su vida: lleno de gente, historias y libros. Cada persona que se acercaba para darme el pésame compartía una anécdota sobre cómo mi padre había tocado sus vidas, ya fuera a través de una recomendación literaria o un consejo amistoso. La librería no fue solo un negocio: había sido el punto de encuentro donde un gran número de personas cruzaron sus vidas con mi padre.

La gente me decía que el tiempo cura todas las heridas, pero yo sabía que algunas cicatrices se quedan para siempre. De nuevo tocaba vivir con ese dolor sordo de la pérdida y también ese constante recordatorio de que la vida es efímera y cada momento es precioso. Me prometí honrar su memoria no solo con lágrimas, sino con acciones; continuar su legado de bondad, su pasión por la vida, su pasión por los libros.

Recibí una carta de Erika. Fue la última que me escribió. Como siempre, escrita impecablemente a pluma, sin una errata:

Querido Pol:

Con el corazón lleno de tristeza y las manos temblorosas, tomo la pluma para escribirte estas líneas que, aunque insuficientes, llevan todo mi cariño y apoyo en estos momentos tan difíciles.

He recibido la noticia del fallecimiento de tu padre y no puedo más que pensar en la gran pérdida que esto significa para ti y para todos los que tuvimos el privilegio de conocerlo. Lázaro fue un hombre excepcional, cuya bondad y calidez se reflejaron en cada uno de sus actos y palabras.

Lamento no haber podido estar allí para despedirlo, pero, cuando Martina me lo dijo, yo estaba en cama, con fiebre. No poder haber ido a su funeral será una pena que tendré que llevar a cuestas toda mi vida.

Recuerdo con cariño cada vez que entraba en la librería y él me recibía con una sonrisa que iluminaba el lugar. Era imposible no sentirse bienvenida en su presencia. Su amabilidad y afecto eran un refugio seguro en el ajetreo del día a día.

También me vienen a la mente esos momentos en los que compartíamos nuestro gusto por la música de los 50 y los 60. Esas melodías que tanto nos gustaban y que, estoy segura, seguirán resonando en mi memoria como un dulce eco de los buenos tiempos vividos.

Lázaro dejó una huella imborrable en nuestras vidas y su legado de amor y generosidad perdurará para siempre.

Con todo mi afecto,

Erika

P.D. Siempre nos quedará París.

La carta no llevaba remite. De todas maneras, no pude ir a buscar a Erika, como había planeado, debido a todo el vendaval administrativo que una defunción conlleva. Cuando todo aquello acabó, el 3 de abril ya había quedado atrás. Mi corazón estaba dividido entre el amor y el deber, pero sabía que mi padre hubiese querido que la librería continuara siendo ese faro de cultura. Así que tomé la decisión más difícil de mi vida: dejar mis estudios y dedicarme por completo a la librería. Mi hermano me preguntó si estaba seguro de eso y yo le contesté que sí. Me negaba a cerrar ese lugar que para mí era tan importante.

—Pero es tu vida —dijo.

—Mi vida, en estos momentos son los libros, Jaime. No tengo nada más —le dije un par de días después del funeral, en una reunión que tuvimos en el apartamento que compartía con

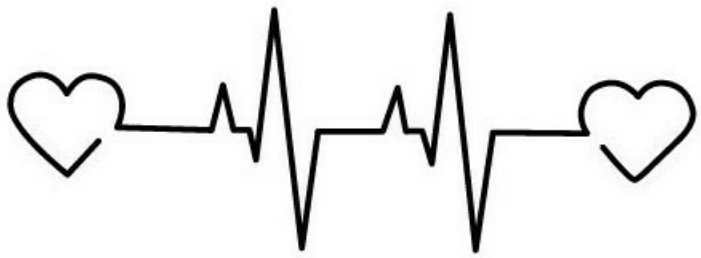
Andrea.

—¿Irás a Bilbao? —inquirió Andrea.

Negué con la cabeza.

—Debo arreglarlo todo aquí antes y va a llevar mucho tiempo —dije, con un gran peso en el corazón.

Con el apoyo de mi tía, logré negociar una hipoteca para pagar la parte de la herencia de Jaime. Fue un proceso complicado, pero su aval y ayuda económica fueron cruciales. Con diecinueve años, me había convertido en empresario.



Primavera de 1993 - verano de 1994

Escribir se convirtió en mi escape, mi forma de procesar el duelo y mantener viva la memoria de mi padre. Las páginas de mi cuaderno se llenaron con historias que reflejaban la esencia de la librería y las lecciones que él me había enseñado.

Gracias a la campanilla en la puerta, podía saber si alguien entraba en la librería. Esto me permitía sentarme tranquilamente frente a mi viejo escritorio de madera, el cual había trasladado desde mi habitación hasta la trastienda. Una lámpara de luz tenue iluminaba mis hojas de apuntes, y mis dedos danzaban sobre el teclado del ordenador personal que había adquirido recientemente y se había convertido en una ventana al mundo de las palabras.

La elección del ordenador no fue casualidad. Durante años, había escrito a mano en mi cuaderno, pero la necesidad de eficiencia me llevó a dar el salto tecnológico. Investigué modelos, comparé precios y finalmente me decidí por uno que se ajustaba a mi presupuesto. Compré libros para aprender sobre el sistema operativo Windows NT —que justo se estrenó ese verano— y también sobre Microsoft Word, para un uso más eficaz del procesamiento de textos. El sonido de las teclas al escribir se convirtió en mi nueva banda sonora y pronto me di cuenta de que había tomado la decisión correcta.

Las horas de trabajo en la librería se volvieron aún más especiales. Entre clientes y estanterías llenas de libros, encontraba inspiración para mis relatos que escribía en ratos sin clientela. Los personajes cobraban vida en mi mente mientras atendía a los lectores. Observaba sus gestos, escuchaba sus conversaciones y, de alguna manera, sus historias se entrelazaban con las mías.

Una tarde, mientras organizaba los libros de la sección de novelas históricas, una anciana se acercó. Sus ojos brillaban al hablar de su juventud en la posguerra. Me contó sobre amores perdidos, secretos ocultos y sueños rotos. Aquella conversación se convirtió en el germen para una historia que comenzaría a escribir casi de inmediato y que tomó la forma de una novela.

Reunir suficientes relatos para enviarlos a editoriales se convirtió en mi objetivo. Después de cada jornada en la librería, me sumergía de nuevo en mi mundo literario. Las noches se alargaban mientras tejía tramas, creaba personajes y daba vida a lugares ficticios. Mi ordenador

guardaba mis palabras y yo guardaba la esperanza de que algún día vieran la luz en forma de libro impreso.

El proceso no fue fácil. Rechazos, correcciones, dudas… Pero seguía escribiendo. Cada vez que enviaba un manuscrito, imaginaba a mi padre sonriendo desde algún rincón del universo. Él también había soñado con ser escritor y, aunque nunca lo logró, me había contagiado su pasión por las palabras.

Con el paso de los meses, la tristeza fue dando paso a la gratitud. Gratitud por haber tenido unos padres como los míos, por cada enseñanza, por cada sacrificio, por el amor incondicional que me brindaron desde el primer día. Sus muertes me enseñaron apreciar la vida de una manera que nunca había considerado.

Así que continué. Entre tazas de café y madrugadas en vela, mi ordenador se llenó de historias, mientras que la librería no solo sobrevivió, sino que prosperó. Se convirtió en un lugar de encuentro para los amantes de los libros.

Pasó un año de acumular cartas que cordialmente rechazaban mis relatos y finalmente, hastiado de intentarlo con los relatos, presenté a varias editoriales mi novela *La memoria de nuestro sentir*, inspirada en aquella historia que Margarita, la señora mayor que había visitado la librería tiempo atrás, me había explicado.

Para mi sorpresa, recibí una carta con el membrete de la editorial Planeta, de la agente literaria Adela Pellicer, interesándose por mi libro. No parecía una carta de rechazo, pues no solían llevar remitente editorial. Con manos temblorosas, abrí el sobre y leí las palabras que podrían cambiar mi vida para siempre. La carta de Adela fue un rayo de luz en un cielo nublado. Su interés en mi novela me llenó de una emoción que no había sentido desde la partida de mi padre.

Estimado Pol:

Su manuscrito ha captado nuestra atención por su autenticidad y profundidad emocional. La historia de Margarita, tejida con tal maestría en su novela, resuena con un eco de verdad que raramente encontramos en las obras que llegan a nuestras manos.

Ruego pueda contactar conmigo para concertar una entrevista en breve, pues creo que su obra tiene muchas posibilidades de éxito.

Atentamente,

Adela Pellicer

Agente literaria y editora

La oportunidad de publicar no solo significaba cumplir mi sueño, sino también honrar la memoria de mis padres, quienes me inculcaron la pasión por leer.

Respondí a la carta con un entusiasmo cauteloso, acordando una reunión con la agente literaria. La librería, que había sido testigo de mi lucha, se convirtió en el escenario de mi esperanza renovada. Cada cliente que entraba era un recordatorio de que cada historia tiene su lector y tal vez, solo tal vez, mi novela encontraría su lugar en los estantes de aquellos que buscaban consuelo en las páginas de un buen libro.

La reunión con Adela fue un éxito. Su visión para el libro coincidía con la mía y su entusiasmo era contagioso. Juntos, trabajamos en los detalles finales, puliendo la narrativa y profundizando en los personajes. Y entonces, llegó el día en que *La memoria de nuestro sentir* se imprimió. El olor a tinta fresca y papel nuevo era el perfume de la realización de un sueño perseguido desde muy pequeño.

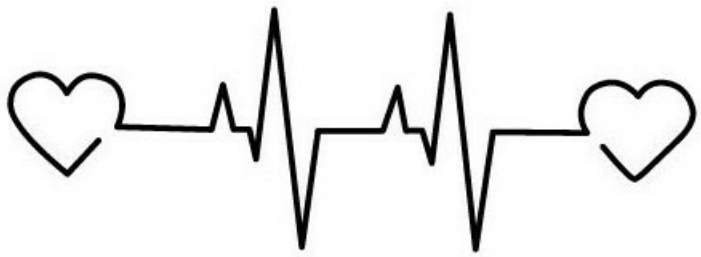
El lanzamiento del libro fue modesto, pero la respuesta fue inmediata y abrumadora. Los

lectores conectaron con la historia de Margarita, encontrando en ella ecos de sus propias vidas. Las ventas comenzaron a subir y, con ellas, las oportunidades de asistir a ferias de libros y sesiones de firmas.

Gracias al generoso adelanto que la editorial me ofreció, pude contratar a Alba para que se encargara de la librería. Sabía que podría ganarme la vida con mi inspiración y mis historias, pero me negaba a cerrar el lugar donde empezó todo y el único que me mantenía conectado con mi pasado. Este golpe de suerte me proporcionó el dinero necesario para emplear a mi amiga y, al mismo tiempo, saldar la deuda económica con mi tía.

Mirando hacia atrás, me doy cuenta de que cada rechazo fue un paso hacia este éxito. Cada duda, cada corrección, cada taza de café consumida en las madrugadas, fue parte de un viaje que me llevó a ese momento. Y en algún lugar, sé que mis padres estaban sonriendo, orgullosos de que su legado continúe a través de las palabras que una vez me enseñaron a amar.

Fue entonces cuando asumí que, aunque nunca dejé de pensar en Sara y en Erika, entendí que mi camino estaba aquí, entre los libros y las historias que escribía, continuando el legado de mis padres y construyendo el mío propio.



Julio de 1995

En el verano de 1995 todavía pude hacer una última sesión de firma de libros en la librería Catalonia. Estaba maravillado con la acogida de mi novela, que no paraba de reeditarse casi cada mes y acepté esa sesión con gusto. Alba me criticaba el hecho de aceptar sesiones de firmas en todas las librerías de Barcelona y el extrarradio, excepto en la mía.

—Mientras sea posible, no quiero que me vinculen con este lugar, quiero estar tranquilo aquí —expliqué en su momento.

—Vaya, ya se te ha subido el éxito a la cabeza —bromeó Alba con tono divertido—. ¿Tienes miedo de que las chicas vengan buscándote a la Batcueva, Bruce Wayne?

Reí ante la broma, que había sido fruto de un comentario hecho por Dani, pero me contuve de decir que no me importaría que Erika o Sara vinieran preguntando por mí. Era consciente de que, si pasara tal cosa, me resultaba imposible imaginar cómo reaccionarían, pues mi situación había cambiado mucho. Ya habían pasado tres años desde la marcha de Sara y dos desde que Erika se fue. Por entonces yo ya era un hombre distinto al que habían visto por última vez, una persona que había optado por refugiarse en su entorno y en sus libros para curar heridas y avanzar.

Así pues, ese jueves fui a la librería Catalonia y estuve dos horas firmando libros, intercambiando saludos con lectores y sonriendo sin parar. Cuando finalicé, Adela me propuso ir a cenar con ella y su marido. Como siempre, había venido elegante para la ocasión, con su cabello castaño y liso, impecablemente peinado, discretamente maquillada y ese porte casi aristocrático que siempre mostraba. Me miró con aquellos ojos castaños de gran belleza. Con los meses habíamos establecido un nexo sorprendentemente sólido, llegando a considerarla una

buena amiga. Aunque la compañía de Adela y Manel, su marido, era siempre muy agradable, acabé declinando la oferta.

—Estoy dándole vueltas a una nueva novela y tengo esa sensación de querer plantarme delante de la pantalla y ponerme a escribir —dije.

—¿Algo para el próximo año?

—Podría ser… —Un murmullo de voces a las puertas de la librería atrajo mi atención. Uno de los encargados de la librería hablaba con una chica.

—Lo siento, la sesión ha finalizado —le decía.

—Pero es que no he podido acabar antes del trabajo y vengo desde Terrassa en tren.

—Lo siento mucho, pero estamos cerrando.

No podía ver bien a la propietaria de aquella voz, porque el encargado era alto y fornido, pero no pude evitar exclamar:

—¡Por favor, déjala pasar!

Extraje del bolsillo de mi camisa la pluma con la que había estado firmando, regalo de Ramón y Lara, y me puse detrás de la mesa de firmas.

—¡Venga, déjala pasar! Será un momento —insistí con un tono firme que me sorprendió hasta a mí mismo. El encargado se hizo a un lado y entonces la vi.

Era como si una fuerza desconocida me hubiera empujado hacia ese instante, hacia ella. La propietaria de la voz era una mujer de mi edad, calculé, de estatura media, curvilínea, que caminaba con una seguridad que desmentía la suavidad de su hablar. Su cabello castaño, adornado con gruesos rizos, parecía capturar y jugar con la cálida luz del alumbrado de la librería. Sus gafas de montura metálica le daban un aire intelectual que complementaba a la perfección su rostro redondeado y sus ojos verdes, que, en ese momento, bajo el tenue resplandor de la librería, se tornaban grises.

No pude evitarlo; me quedé sin aliento. Vestía ropa casual, pero en ella, cada prenda parecía haber sido elegida con la intención de narrar una historia, su historia. Y yo, sin quererlo, me encontré deseando ser parte de esa narración. En ese momento, el concepto de amor a primera vista volvió a suceder por tercera vez en mi vida.

—¿Podría firmarme el libro, por favor? —preguntó con una voz que parecía una melodía. De su bolso sacó un ejemplar de la novela y me lo ofreció.

—Claro, será un placer —respondí, aunque lo que realmente quería decir era que el placer sería poder contemplarla un segundo más, memorizar cada detalle de su presencia que, de alguna manera, ya sentía indispensable—. ¿A qué nombre lo firmo?

—Isabel —dijo sucintamente. Se la veía un poco apurada por toda aquella situación.

—Muy bien, Isabel, pues…

—Es mi madre —me interrumpió.

Firmé el libro y se lo devolví.

—Cuando vuelva a firmar en otro sitio, le traeré el mío —dijo la muchacha.

Le sonreí, con el corazón acelerado y cogí uno de los ejemplares que quedaban en la mesa. Lo abrí por la página del título y le dije:

—Este es para ti, de regalo, a condición de que me tutees —dije sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

Intenté que no me temblara el pulso de la mano que sostenía la pluma.

—Cristina.

—Muy bien, Cristina —dije, inclinándome sobre el libro y escribiendo la dedicatoria.

Al devolverle aquel ejemplar, nuestras manos se rozaron brevemente y un estremecimiento

dulce y placentero recorrió mi espina dorsal. Era un toque eléctrico, un preludio de lo que, esperaba, sería el inicio de algo inolvidable. Nuestras miradas se encontraron y en sus ojos verdes vi reflejado no solo mi rostro, sino todas las posibilidades de un futuro compartido. En ese instante, supe que no solo había firmado una página de su libro, sino también la primera página de una nueva etapa en mi vida.

—Que ese gorila no te lo cobre —susurré, guiñándole el ojo.

Ella sonrió.

—Muchas gracias, Pol. Has sido muy amable conmigo. Yo… Bueno… Muchas gracias —dijo y comenzó a dar media vuelta.

—No hay de qué, Cristina —respondí, mientras una parte de mí gritaba que la detuviera, que le pidiera salir a cenar. Era una osadía, sí, pero ¿y si era el destino? ¿Y si era la oportunidad de una vida? Pero la otra parte, la que siempre jugaba sobre seguro, la que temía el rechazo y las complicaciones, me mantenía enraizado en el lugar. Ella dio unos pasos hacia la salida y cada uno de ellos resonaba como un eco en mi pecho.

Dile algo, me instaba mi corazón.

Déjala ir, dictaba mi mente.

Y en esa lucha interna, el tiempo se deslizó entre mis dedos como granos de arena. Finalmente, con una sonrisa que no alcanzaba a ocultar la tristeza de mis ojos, me limité a decir:

—Espero que disfrutes de la lectura.

Cristina se giró y sonrió tímidamente. Después se alejó y con ella se fue una parte de mi ser que ni siquiera sabía que existía hasta ese momento. La puerta se cerró tras ella y un arrepentimiento instantáneo me inundó.

¿Por qué no le dijiste nada?, volvió a reprenderme mi corazón. Pero ya era tarde; ella había desaparecido y yo me quedé allí, con la pluma aún en la mano y un vacío en el alma.

—Aquí ha pasado algo, ¿no, Pol? —susurró Adela, que se había aproximado a mí sin yo darme cuenta.

Me encogí de hombros, puse el capuchón a la pluma y me despedí de ella, prometiéndole que la llamaría acerca de la idea de novela que tenía en mente. Me dirigí a la salida de la librería con paso calmado, intentando ocultar mi prisa.

Al salir a la calle aceleré el paso en dirección a la estación de RENFE de Plaça Catalunya, con la esperanza de localizar a Cristina y poder hablar con ella. Con cada paso que daba hacia la estación, mi mente repetía su nombre como un mantra. «Cristina, Cristina, Cristina». El bullicio de la ciudad se convirtió en un zumbido lejano, mi enfoque era absoluto; mi misión, clara.

Al llegar a la estación, el gentío era abrumador. Personas corriendo para no perder sus trenes, despedidas apresuradas, reencuentros de parejas y amigos, turistas despistados mirando información en mapas de la ciudad… Pero entre esa marea humana, mis ojos buscaron a una sola persona. Y entonces, como si el destino se apiadara de mí, la vi. Cristina se disponía a bajar las escaleras al andén, su silueta destacaba entre la multitud, como si una luz la siguiera.

Corrí hacia las barreras de acceso, pero sin billete que me permitiera desbloquearlas, era como estar en una jaula invisible.

—¡Cristina! —grité, pero mi voz se perdió en el caos de la estación—. ¡Cristina! —volví a gritar, con más fuerza y desesperación.

Nada. Ella comenzó a bajar, ajena a mi presencia, a mi llamada.

En ese momento, el estruendo de un tren entrando en la estación y la megafonía automática anunciando la llegada del tren con destino a Terrassa me sobresaltaron. Me dispuse a saltar las barreras, solo disponía de unos segundos para saltar, bajar las escaleras y escabullirme dentro del

tren con ella.

Una mano firme me detuvo en el intento.

—Caballero, ¿adónde va? —dijo una voz detrás de mí. Era un guardia de seguridad, que me miró de arriba abajo.

—Una amiga que…

—Tiene que pagar el billete, saltarse la barrera es una infracción penalizada con multa. Compre el billete o váyase.

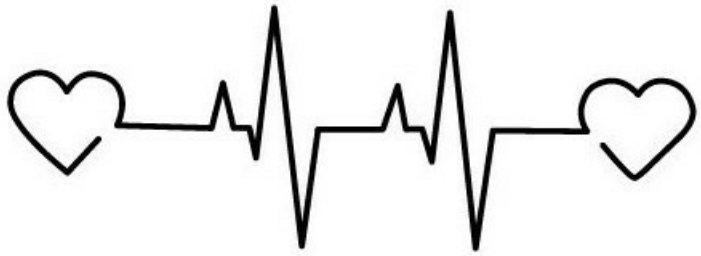
Abajo, en el andén, el sonido de un tren saliendo de la estación me indicó que, finalmente, la oportunidad de encontrarme con Cristina se había escurrido entre mis manos.

Salí de la estación y dirigí mis pasos hacia Les Rambles. Me sentía agitado e incapaz de volver a casa y a la soledad que me iba a recibir. No, después de haberme encontrado con ella, la idea de estar solo me producía un frío desasosiego. Anduve a lo largo del puerto y recorrí toda la Barceloneta. Cuando llegué a Poblenou recordé que mi hermano me había dado entradas para ir a verlo tocar con su banda en una sala musical llamada Bruma. Solían tocar allí un par de veces al mes y yo acudía para despejarme un poco y tomar un par de cervezas en compañía de Chema, Dani, Miguelete y Ramón. Las chicas en ocasiones nos acompañaban, pero más como cortesía que por gustarles el sitio, bastante oscuro y ruidoso. Me sentía tan cansado que decidí quedarme finalmente en casa.

Fue tal mi estado de agitación que me fue imposible escribir nada y me dispuse a ir a dormir pronto. Me prometí que, si alguna vez volvía a cruzarme con Cristina, no dejaría que mis miedos dictaran mi futuro. Pero por ahora, solo me quedaba el eco de su voz y la esperanza de un encuentro fortuito que reparara el error de esa noche.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

LA APUESTA



Diciembre de 1995

A medida que pasaron las semanas y nos acercábamos a 1996, fui progresando con mi nueva novela, pero había un desasosiego que iba creciendo en mi interior, mientras iba asimilando la idea de que Cristina, aquella chica que había venido tarde a la librería Catalonia, no iba a cruzarse de nuevo en mi camino. La certeza de que había dejado escapar una oportunidad única fue arraigándose en mi conciencia y eso hizo que escribiera con más intensidad, dando como resultado un texto tan atrayente como trágico.

Adela me dijo que el primer borrador, entregado a finales de agosto, tras un mes y medio de reclusión en casa, le parecía magistral.

—Te pasaré las primeras correcciones para finales de mes. Calculo que con este libro sí llegamos a Sant Jordi y a partir de esa fecha iremos a diversas ferias. Pol, estamos hablando de salir de Cataluña y comenzar a presentarte en otros lugares.

Asentí, ausente.

—¿Estás bien? —inquirió Adela, entrelazando sus manos sobre el escritorio e inclinándose hacia delante. El tono de voz había mutado a uno más cálido y cercano.

Me encogí de hombros.

—Verás —dije—, ¿te acuerdas de la sesión de firmas en la Catalonia?

Asintió.

—Aquella chica —dijo.

Esta vez me tocó asentir.

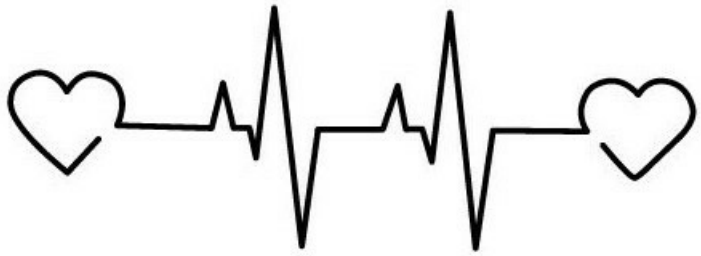
—No la he vuelto a ver —añadí—. He ido desde entonces varias veces a Terrassa, intentando forzar un encuentro fortuito, pero esa ciudad es condenadamente extensa.

—Pol, si el destino quiere que os encontréis de nuevo, os encontraréis —me dijo.

—¿Crees en ese determinismo? ¿No dejas nada al azar?

Adela se encogió de hombros.

—Es mi manera de ver las cosas, lo que no quiero decir que sea la verdad absoluta. Esa, no la tiene nadie. —Hizo una pausa y me miró con una sonrisa para después añadir—: Tienes veintiún años, Pol. Eres joven. Vive la vida, tómate un descanso, reposa. No has parado de escribir casi cada día desde hace dos años. Tienes material para pasarme y publicar en el siguiente lustro.



Hice caso a Adela y ese diciembre lo dediqué a desconectar y salir a la playa, que seguía siendo mi lugar de refugio en horas tranquilas, permitiéndome reflexionar y hacer balance de mis últimos años. Mi situación por aquel entonces era inmejorable: la librería daba sus frutos; el dinero ahorrado con esa primera novela me había permitido saldar deudas económicas y me estaba dedicando a mi sueño: escribir y publicar, con el añadido de que lo había conseguido a una edad muy temprana. Sin embargo, notaba un gran vacío, porque no había nadie a mi lado al acabar el día y llegar a casa.

Alba cerraba la librería y a veces me ofrecía ir con ella y Miguelete a tomar unas cañas antes de volver a casa de sus padres. La pareja estaba buscando un lugar para irse a vivir juntos y hablaban de probar en otra localidad donde los precios de la vivienda fueran más asequibles. Aquello me dio la idea de que probablemente pasara algo parecido con Chema e Irene y Ramón y Lara. Sin duda, en cuestión de muy poco tiempo, me quedaría solo en el barrio donde había crecido, acumulando recuerdos y añorando la compañía de mis amigos y amigas.

Con ánimo de llenar algunas horas de soledad, invité a Andrea y Jaime a cenar el primer fin de semana de diciembre. Durante la cena, Andrea me preguntó cómo iba de amores, mientras mi hermano trasteaba con el lavavajillas y preparaba los cafés. Era un experto usando la cafetera italiana, algo que no podía decir de mí mismo, ya que lo único que lograba preparar se asemejaba a un buen café únicamente en el color.

—Aquella mañana, en el aeropuerto, Pol… —dijo, emocionándose—. Cómo lloré por vosotros dos cuando Sara y tú os despedisteis. Fue tan puro lo que sentisteis el uno por el otro… Sara era un cielo… Ahora que tienes tiempo y dinero, ¿no podrías ir a buscarla a Madrid?

Me quedé mirándola unos instantes.

—No creo que fuese muy sabio —contesté—. ¿Y si Sara ya ha conocido a alguien? ¿Qué bien nos haría eso? Aquello acabó, desgraciadamente, aunque jamás la olvidaré.

—¿Y Erika?

Negué con la cabeza.

—Eso es más complicado. No hemos vuelto a comunicarnos desde entonces y eso es indicativo de que tampoco sería buena idea remover el pasado. Además, desconozco su paradero. Su familia volvió a Bilbao, pero no sé dónde viven.

Martina fue la única que se quedó en Cataluña, casándose con su novio, según había oído, y yéndose a vivir a Vilanova, al apartamento adquirido por sus padres al llegar a Barcelona. Por su parte, Xabier y Edurne decidieron volver a Euskadi tras vender la fábrica a unos inversores que continuaron y expandieron el negocio. Mi hermano siguió en la plantilla como mando intermedio.

—Te veo muy solo, Pol —dijo.

Me encogí de hombros. Mi hermano entró con el café y unas tazas en aquel momento.

—Debes hacer algo, enano. Conocer a alguien y ser feliz, sonreír más… Con lo guaperas que eres… —soltó sentándose en su silla y sacando la cajetilla de cigarrillos del bolsillo de su

camisa.

—Ni que fuera tan fácil —protesté.

—Claro que lo es —asestó, tras expulsar el humo de la primera calada—. Solo tienes que salir de casa. Ven a los bolos que hacemos. Seguro que conoces a alguien.

Consideré la opción, aunque no me seducía en absoluto.

—Te diré algo más, enano —continuó, con el cigarrillo en la comisura de los labios, mientras se servía un chorro generoso de Anís del Mono en el café—. Me apuesto un pedal de guitarra, el más caro de la tienda, a que el próximo viernes, cuando toquemos en la sala Bruma, vas a triunfar.

—¿Para qué quiero yo un pedal? —bromeé.

—El pedal es para mí, enano, porque estoy seguro de que voy a ganar la apuesta.

—Básicamente, porque *yo* ganaré la apuesta y te regalaré ese pedal más adelante, para Navidad.

Jaime rio.

—¿Hay trato? —preguntó ofreciéndome su mano. Se la estreché con una sonrisa torcida.

—¿A qué hora tocáis? —inquirí.

— Abren puertas a las ocho de la tarde. Ya te aviso de que es un bolo un poco peculiar. Tiene el título de «8x15». Actuaremos ocho bandas quince minutos cada una. Habrá mucha peña. Y mucha peña significa muchas chicas.

—Mucha chica mona, pero ninguna sola —repliqué.

—Luces de colores, lo pasaré bien[10] —apostilló Andrea.

Los tres reímos. Al final acepté ir.

—Marca la diferencia, tío. Destaca; nunca lo has hecho —me dijo mi hermano.

—Es verdad, eres muy guapo, Pol —añadió Andrea.

—A ver, no tanto como yo, enano, pero eres apañado —interpuso Jaime, socarrón—. Joder, eres escritor.

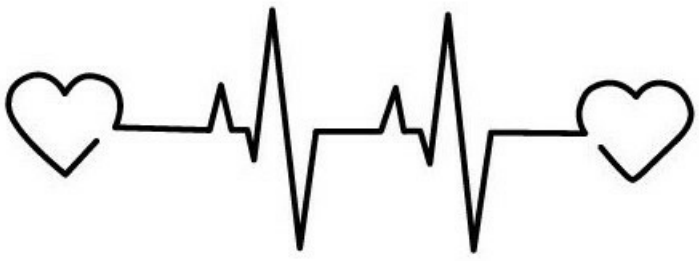
—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Poner un chiringuito con mis libros al lado del puesto de camisetas? —protesté.

Jaime y Andrea rieron en sincronía.

—Yo que sé… Oye, lleva la cámara, haznos fotos —propuso mi hermano.

—¡Es verdad! —exclamó Andrea—. Te hará interesante llevar una cámara. Chico guapo, fotógrafo…

Me encogí de hombros, no demasiado convencido. Seguimos hablando un rato más y después la pareja se despidió, dejándome en el silencio de una casa vacía. Quizá fue ese manto de silencio lo que finalmente me animó a pensar que no sería tan mala idea acudir a ese evento.



El miércoles siguiente a aquella cena, mi hermano se pasó por la librería después del trabajo y me dio entradas para la sala Bruma junto con una camiseta de su banda, Electric Demons.

—¿Tantas? —dije, sosteniendo las entradas en una mano.

—Invita a tus amigos y sus novias —contestó, atrayendo la atención de Alba, a quien el término «novia» le repelía tanto como «chorbas», «pavas» y similares.

—No faltes, que tengo unas ganas de tener ese pedal… —me dijo, guiñándome el ojo y saliendo por la puerta.

El viernes por la noche me presenté en la sala Bruma con Ramón y Lara, Chema e Irene, Miguelete y Alba y Dani, que se vino con Rafa, un amigo que supuse que sería más que un amigo, pues nos guiñó el ojo cuando nos lo presentó. Me había convertido en el desparejado del grupo, un estado que no me hubiese preocupado de no haberme cruzado con Cristina aquel día, en la firma de mi libro.

La sala Bruma era un hervidero de expectación y nerviosismo palpable. Las luces tenues y los murales psicodélicos en las paredes creaban una atmósfera íntima, casi como si estuviéramos en una burbuja aislada del bullicio de Barcelona. La música ambiental, una mezcla de rock clásico y sonidos experimentales, se filtraba por los altavoces, aumentando la anticipación de lo que estaba por venir.

Nos abrimos paso entre la multitud, encontrando un rincón donde podíamos hablar sin tener que gritar. Ramón y Lara se perdieron en su mundo, susurrando y riendo entre ellos. Chema e Irene, por otro lado, parecían más interesados en la decoración del lugar, señalando cada detalle peculiar con admiración. Miguelete y Alba comentaban la última actuación de Electric Demons, mientras que Dani y Rafa, el nuevo miembro de nuestro grupo, parecían estar en una conversación profunda y animada.

Yo, sin embargo, no podía dejar de pensar en Cristina, preguntándome dónde estaría aquella noche. Estaba tan absorto en aquellos pensamientos que ni me fijaba en las chicas que había a mi alrededor.

La espera se hizo más corta con cada cerveza que tomábamos y pronto los primeros acordes de guitarra resonaron en el lugar. Era la señal. La primera banda, la de mi hermano, estaba a punto de comenzar. Nos apresuramos hacia el escenario, asegurándonos de tener una buena vista. El ambiente se electrificó; todos los presentes sabían que estaban a punto de ser parte de algo especial.

Por megafonía, una voz animada dio la bienvenida al público, anunciando que el espectáculo estaba a punto de comenzar.

—¡Ocho bandas! ¡Quince minutos cada una! ¡Al finalizar la actuación, seleccionad tres grupos del listado en la hoja de votación que encontraréis en las mesas! ¡Las tres bandas con más votos entrarán en el programa de actuaciones en la temporada 1996! ¡Solo una participación por persona! Y ahora… ¡Hágase el rock and roll!

El escenario se iluminó con un resplandor rojizo mientras los primeros acordes vibrantes de Electric Demons rompían el silencio expectante. La multitud estalló en vítores cuando mi hermano, con su guitarra colgada, se adueñó del escenario con una presencia magnética. Los focos giratorios bañaban a la banda en un caleidoscopio de colores y el bajo retumbaba en el pecho de todos los presentes.

Sacando mi cámara, me abrí paso entre la multitud, buscando el ángulo perfecto para capturar la esencia de su actuación. Cada foto era un intento de congelar aquellos momentos de pura energía y pasión. El sudor brillaba en las frentes de los músicos mientras se entregaban a cada nota y el público, en un trance colectivo, se movía al unísono con la música.

La voz de mi hermano, rasgada y potente, se elevaba por encima del estruendo, narrando historias de rebeldía y sueños eléctricos. Las luces estroboscópicas creaban un efecto de cámara lenta y, en esos destellos, capté imágenes que sabía que serían icónicas. Era más que una

actuación; era un ritual compartido entre la banda y su audiencia, una comunión en la que todos éramos partícipes.

Mi hermano y su banda dominaron sus quince minutos con una furia melódica que dejó a todos pidiendo más. Al final de su *set*, la sala Bruma estaba impregnada de la electricidad de su música y yo, con una sonrisa de orgullo, apagué mi cámara, sabiendo que había capturado algo único: el alma de Electric Demons en cada disparo.

Me dirigí al fondo de la sala, mientras Electric Demons recogían sus instrumentos con rapidez para dar paso a la siguiente banda. Llegué a una de las mesas y metí la cámara en la bolsa con delicadeza, pues para mí era todavía una extensión de Sara. Sobre la superficie de la mesa habían dispuesto papeletas de votación. Cogí una y observé que los nombres de las bandas estaban en estricto orden de aparición. El siguiente grupo tenía el nombre de DiVersiones.

Ramón y compañía se dirigieron a la mesa donde yo esperaba, cargando con botellas de cerveza y bolsas de patatas fritas. Algo había dicho, que todos venían carcajeando. No supe si iba a conocer alguien interesante esa noche, pero estaba seguro de que, en compañía de mis amigos, iba a ser tremendamente divertida.

Ocupamos la mesa con las consumiciones y cada uno cogió una papeleta, seleccionando Electric Demons como una de las bandas candidatas.

—Estos entran en el programa seguro, que la sala Bruma ha sobrevivido gracias a sus bolos —dijo Chema a grito pelado para hacerse oír.

—Es como España en Eurovisión, podremos enviar cualquier mierda, que seguiremos haciendo el ridículo el próximo año —vociferó Ramón, provocando las carcajadas en el grupo—. No nos echan ni a tiros.

—Con la diferencia de que el grupo de Jaime mola mucho —puntualizó Irene.

Iba a decir algo cuando el pitido de un micrófono silenció la sala ligeramente.

—Buenas noches —oí una voz femenina sonando en el equipo de sonido. Tenía un timbre un tanto tímido, como si quien hablara estuviera muy insegura—. Somos DiVersiones y estamos muy contentas de estar aquí esta noche.

Impulsado por la curiosidad, me giré y me quedé congelado en el acto. Era increíble: allí estaba Cristina, o al menos alguien muy parecido a ella, en el escenario, frente al micrófono. Lucía una falda corta, de peto, sobre un top negro y una camisa de franela de cuadros por encima. Sus robustas piernas, de bonitas curvas, lucían unas medias de rejilla y sus pies estaban enfundados en botas negras Doctor Martens. Su pelo castaño, largo y rizado, caía alrededor de su rostro, resaltando su belleza. Sus gafas le conferían un aire peculiar. La combinación de su atuendo irradiaba una rebeldía elegante.

Abrí la bolsa de la cámara y la extraje, dirigiéndome rápidamente a la zona del escenario, pidiendo permiso a los allí congregados. Mientras aquella mujer continuaba hablando:

—Es la primera vez que actuamos, pero lo hacemos sin dos compañeras que no han podido acudir por estar indispuestas; Marga, nuestra cantante y Alicia, nuestra teclista. Intentaremos hacer lo mejor posible nosotras tres. —Hizo una pausa para aceptar un cálido aplauso. No me había dado cuenta de que había dos chicas más sobre el escenario—. La rubita tan guapa al bajo es Noa, la Sirenita de Sant Adrià del Besòs.

El público aplaudió. Llegué a la primera fila, notando miradas de ira en la nuca.

—A la batería, un bombón de Castelldefels llamado Sofía —continuó. Más aplausos—. Y para finalizar, la «cuqui rocker del grupo», como me dicen mis compañeras: Cris, una servidora, de Terrassa.

Aquello me confirmó su identidad y el corazón me dio un vuelco. Un encargado del lugar le

alcanzó una guitarra eléctrica modelo Stratocaster de color «sunburst», según me dijo más tarde Jaime. Al colgársela, Cristina, pareció adoptar otra actitud, como si el instrumento le hubiera otorgado algún extraño poder.

—Somos una banda de versiones femeninas de todo tipo de grupos. Como hoy no está Marga y yo no llego a su nivel vocálico, hemos seleccionado algunos temas de Terrorvision, de su último trabajo, que tocaremos durante los siguientes catorce minutos… o trece, si no dejo de hablar.

El público rio, otros silbaron con impaciencia. Cuando la música de *Alice What's The Matter* empezó, su voz me sorprendió. Era suave y melódica, flotando sobre la melodía con una facilidad que hacía que pareciera sencillo. Pero conforme la canción avanzaba, su voz se intensificaba, pasando de un tono dulce a uno apasionado y desgarrador que resonaba en toda la sala. Era como si cada palabra estuviera cargada de emoción, cada nota vibraba con una intensidad que solo podía venir del alma.

Con la Stratocaster colgada, Cristina se transformó. La inseguridad inicial se desvaneció y su presencia llenó el escenario. Comenzó a moverse con una confianza que parecía emanar de cada acorde que tocaba. Sus movimientos eran un reflejo de la música: enérgicos y precisos durante los *riffs* más intensos, suaves y casi etéreos en los momentos más tranquilos.

Cristina se movía al ritmo de la música, su cuerpo expresando cada cambio en la dinámica de la canción. En los momentos más intensos, su cabeza se inclinaba hacia atrás, su cabello caía libremente y su voz se elevaba por encima de la música, potente y cruda. Luego, en un instante, volvía a la suavidad, su cuerpo se calmaba y su voz se convertía en un susurro que acariciaba los oídos de todos los presentes.

Era una actuación hipnótica y no pude evitar sentir una profunda admiración por ella. Cristina no solo cantaba; vivía cada palabra, cada nota. Cuando la canción llegó a su fin y su voz se desvaneció en el silencio que siguió, supe que había presenciado algo especial. Algo que recordaría cada vez que escuchara esa canción en el futuro.

A este tema le siguió *Oblivion*, con el que el público enloqueció, saltando al ritmo alegre de la canción, coreando *Ooh wop bop ba doo wop. Bop ba doo wop. Bop ba doo* con Noa y Sofía. Después tocaron con el mismo ímpetu *Stop The Bus y Middle Man.* Aprovechando que esta última era más melódica, hice una foto a Cristina, quien notó mi gesto y me guiño un ojo, mientras cantaba. Aquello me llegó al corazón.

Acabas de capturar un momento único, amor, dijo la voz de Sara en mi cabeza, que solía aparecer siempre que usaba su cámara.

El último tema del repertorio, *Discotheque Wreck*, fue el punto culminante de una actuación ya de por sí memorable. Cristina, Noa y Sofía habían entrado en calor y, con la confianza a flor de piel, se entregaron por completo al público. La canción comenzó con un ritmo contagioso que invitaba a todos a moverse al compás de la música. El público a mi alrededor enloqueció, saltando con entusiasmo.

Cristina no se limitó a cantar *Discotheque Wreck*; la vivió. Cada palabra que salía de su boca era una historia en sí misma, contada con una expresión facial que cambiaba tan rápidamente como las luces de la discoteca a la que la canción hacía referencia. Sus manos se movían con una gracia teatral, subrayando las estrofas en las partes en que su guitarra se silenciaba y el bajo de Noa tomaba el protagonismo, llenando la sala con su vibrante sonido.

La energía de Cristina era contagiosa; su pasión se desbordaba en cada línea, cada gesto, como si cada verso fuera una confesión personal, una anécdota que necesitaba ser compartida. Su rostro reflejaba una gama de emociones que iban desde la alegría desenfrenada hasta la nostalgia

melancólica y su voz, esa voz que había modulado desde lo suave hasta lo desgarrador, ahora era un instrumento de pura emoción. Noa y Sofía añadieron sus voces, en los coros, como en el resto de los temas. Era increíble cómo Noa y Cristina, ellas solas, conseguían «llenar» el escenario.

—¡Repetid conmigo! —atronó Cristina al micrófono y a continuación cantó aquella estrofa con una sensualidad teatralizada, pero no por ello menos arrolladora:

I can mash potato
I can do the twist
Tell me baby
Do you like it like this?

Todas y todos los presentes en la sala coreamos cada verso, según Cristina los iba cantando, quien iba contoneándose de manera juguetona, creando un efecto mágico.

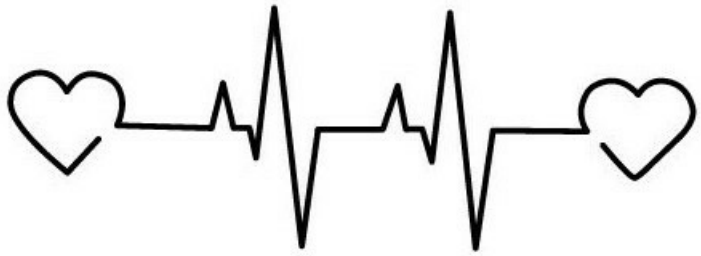
El público estaba cautivado, colgado de cada palabra, cada nota. Y cuando la canción alcanzó su clímax, con Cristina, Noa y Sofía dándolo todo en el escenario, la sala entera estalló en un aplauso estruendoso. DiVersiones habían triunfado y *Discotheque Wreck* fue el sello perfecto para una noche inolvidable.

Cristina dio las gracias, descolgándose la guitarra y aceptando una cerveza de uno de los empleados del bar. En segundos, las chicas habían desaparecido y el escenario se vio ocupado por la siguiente banda.

Sin embargo, ya no presté atención a aquella actuación ni a las cinco siguientes. Ni siquiera a la animación en la mesa que mis amigos y mi hermano ocupaban. Desde aquel momento, mi único objetivo aquella noche se convirtió en buscar a Cristina una vez acabara el concierto, encontrarla y poder intercambiar algunas palabras con ella. Las suficientes para asegurarnos un encuentro en un futuro inmediato.

CAPÍTULO VEINTISIETE

NO TE RINDAS



—¡Ya quedaremos para ir a comprarte el pedal de guitarra! —vociferé al llegar a la mesa donde estaban mi hermano, Andrea y mis amigos.

—¡Ja! ¡Te lo dije, enano! —exclamó con una amplia sonrisa. Me ofreció una de las botellas de cerveza sobre la mesa, que acepté sin dudarlo. Mi hermano alzó la suya—. ¡Chicas y chicos acabo de ganar una apuesta! ¡Y lo mejor de todo es que mi hermanito ha conocido a alguien!

Todos estallaron en vítores, entrechocando las botellas a modo de brindis. Los más cercanos me dieron palmadas en la espalda. Andrea se acercó a mí y me preguntó al oído de quién se trataba y dónde estaba. Se lo expliqué.

—¡Hoy no la puedes dejar escapar! —me dijo y se fue hacia mi hermano. Supuse que le estaba explicando lo sucedido, pues mi hermano me guiñó un ojo.

Las bandas se sucedieron hasta concluir el concierto. Al escenario subió un hombre de mediana edad, que explicó que a continuación las camareras pasarían a recoger las votaciones y que en unos momentos se haría el recuento. Dicho esto, el hombre dio las gracias por la participación y bajó del escenario.

Mucha de la gente en la sala fue abandonando el lugar, reduciéndose a la mitad del aforo que se había congregado. Aproveché para buscar a Cristina, pues me imaginé que, al participar en el concurso, se quedaría hasta que anunciaran el resultado. Deambulé hasta localizarla. La vi en la barra, con Noa y Sofía. Había dos chicos más, que supuse que serían las parejas de estas dos, por la familiaridad y la cercanía que mostraban. Cristina no tenía acompañante y eso me animó a avanzar hacia el grupo.

Me acerqué a aquel punto con el corazón latiendo a mil por hora. Cada paso que daba sentía cómo la adrenalina recorría mi cuerpo. Al llegar a la barra, Cristina me vio y me sonrió con timidez y un gesto de reconocimiento en su rostro. Esa sonrisa me dio el valor que necesitaba para hablarle.

—¡Hola, Cristina! —dije, tratando de sonar lo más seguro posible—. ¿Qué te ha parecido todo esto?

—¡Hola, Pol! Me ha encantado, la verdad. ¿Y a ti? —respondió ella con una mirada curiosa.

—También me ha gustado mucho. Las bandas han estado geniales, pero vosotras habéis estado sensacionales —contesté, sintiendo cómo poco a poco me relajaba.

Noa y Sofía nos observaban con una sonrisa cómplice, mientras los chicos a su lado seguían

conversando entre ellos. Aproveché la oportunidad para invitar a Cristina a tomar algo.

—¿Te apetece una cerveza? —le pregunté, señalando la barra.

—Claro, me encantaría —respondió ella.

Pedí dos cervezas y le entregué una a Cristina. Mientras brindábamos, sentí que el tiempo se detenía por un instante. Estaba allí, con la chica que me gustaba, compartiendo un momento especial. La música ambiental y las risas de nuestros amigos al fondo creaban el ambiente perfecto.

—Chicas, este es Pol Ferrer —dijo Cristina a sus compañeras, elevando la voz para hacerse oír—. El escritor, ¿lo conocéis?

Noa se adelantó y me saludó dándome un beso. Sofía hizo lo mismo.

—Mi hermana se ha leído tu novela y lloró con el final. Le encantó. Cuando le diga que me he encontrado contigo esta noche, se va a poner verde de envidia.

Sonreí.

—Todavía no la he acabado —admitió Cristina, con un gesto de apuro.

—Cada uno lee a su ritmo —comenté con mi mejor sonrisa.

—Gracias por la cerveza —dijo Cristina, acercándose un poco más—. Menuda coincidencia que nos volvamos a encontrar.

—Sí, desde luego estas cosas no pasan con frecuencia —respondí, sintiendo cómo una sonrisa se dibujaba en mi rostro. La chica que había estado bailando, cantando y haciendo *riffs* sobre el escenario parecía haber desaparecido, dejando en su lugar a una muchacha más reservada. Aquello me hizo pensar en que era la antítesis de Sara, quien solía ser tímida con el resto de la gente y atrevida cuando estaba conmigo.

—Entonces, Cristina, cuéntame un poco más sobre ti. ¿A qué te dedicas? —le pregunté, tratando de conocerla mejor.

—Soy profesora de música en el conservatorio de Terrassa —respondió ella con una sonrisa —. Además, estoy terminando mis estudios de música. ¿Y tú, Pol?

—Empecé estudios de filología hispánica, pero los abandoné para continuar con el negocio familiar, tras la muerte de mi padre. Una librería en Poblenou. Eso me permitió dedicarme a escribir. Tuve suerte. ¿Vives con tu familia? —le pregunté, interesado en saber más sobre su vida.

—Sí, vivo con mis padres, mi abuelo, mi hermano y mi hermana —dijo Cristina—. Y también tenemos un perro, un Norfolk Terrier llamado Robin. Es adorable.

—¡Qué bien! Me encantan los perros. ¿Cómo es Robin? —pregunté, imaginando al pequeño terrier.

—Es muy juguetón y cariñoso. Siempre está lleno de energía y le encanta salir a pasear. Es una lima comiendo —respondió Cristina con una sonrisa—. ¿Tienes mascotas?

—No, pero siempre he querido tener un perro. Tal vez algún día —dije, pensando en lo agradable que sería tener un compañero peludo.

La conversación continuó fluyendo de manera natural. Cada vez me sentía más cómodo con Cristina y parecía que ella también disfrutaba de nuestra charla, que fue interrumpida por el dueño de la sala Bruma sobre el escenario.

El micrófono chirrió levemente.

—¡Ya lo tenemos! ¡Las tres bandas que participarán en nuestro circuito de conciertos del 96 serán…!

Hizo una pausa teatral, esperando a que el público mostrara interés.

—¡DiVersiones! ¡Electric Demons! ¡Y Palo Santo!

Hubo una gran ovación por parte del público. Sofía, Noa y Cristina se abrazaron con alegría.

—¡Enhorabuena, chicas! —exclamé.

—¡Gracias, Pol! —contestó Cristina.

—¡Qué fuerte, tías! —exclamó Sofía—. ¡Primera actuación, primer triunfo! ¡Esta sala es muy popular!

—Cuando se lo digamos a Alicia y Marga van a flipar —añadió Noa con entusiasmo. Dejé que lo celebraran entre ellas y me excusé para ir al baño.

De camino, me topé con Lara.

—Pol, la tienes en el bote —comentó.

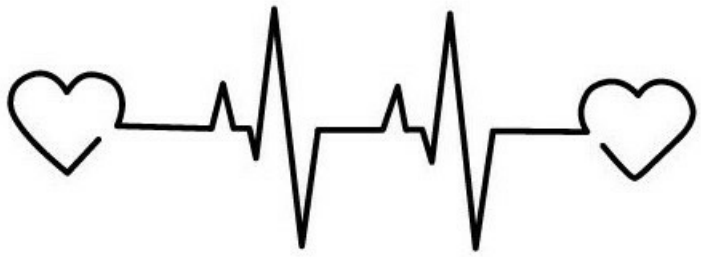
—¿Tú crees?

—Sí, su lenguaje corporal mostraba mucho interés mientras hablaba contigo. Se la veía modosita y tímida, pero no molesta. Al contrario, se la veía a gusto hablando contigo.

Sonreí. Le pedí que me esperara un momento y me sujetara la cámara mientras iba al lavabo. Cuando volví, Lara seguía donde la dejé, mirando hacia un punto en concreto: el lugar que ocupaban las chicas de DiVersiones.

Dirigí la mirada hacia allí y me quedé paralizado. Había llegado otro chico, que hablaba con Cristina. Era alto, vestía unos pantalones vaqueros ajustados y chaleco de piel sobre camiseta negra. Cristina le hablaba con alegría, posiblemente explicándole el éxito obtenido. En un momento dado, se abrazaron.

Cogí la bolsa de la cámara y, sin decir nada, abandoné la sala.



Salí a la calle con la mente nublada y el corazón pesado. No podía creer lo que acababa de ver. Giré la esquina, dirigiendo mis pasos rápidamente a casa. Lara me alcanzó y me detuvo, agarrándome del brazo.

—Pol, espera —dijo con urgencia—. No saques conclusiones precipitadas. Lo que hemos visto no significa nada. Podría ser solo un amigo.

—No, Lara —respondí, sacudiendo la cabeza—. Estoy convencido de que es otro golpe de mala suerte en mi vida. Siempre es lo mismo.

—No puedes pensar así —insistió ella—. No sabes quién es ese chico ni qué relación tiene con Cristina. No te hagas daño a ti mismo con suposiciones.

—Es fácil decirlo —repliqué, sintiendo la frustración crecer dentro de mí—. Pero cada vez que algo bueno parece estar a punto de suceder, siempre hay algo que lo arruina.

Lara me miró con compasión y apretó mi brazo con más fuerza.

—Pol, tienes que dar una oportunidad a las cosas. No puedes rendirte tan fácilmente. Cristina parecía interesada en ti, ¿no es así?

—Sí, pero eso no cambia lo que he visto —dije, con la voz quebrada—. No puedo soportar más decepciones.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Vas a dejar que esto te derrote? —preguntó Lara, mirándome a los ojos—. ¿O vas a luchar por lo que quieres?

Me quedé en silencio, sintiendo el peso de sus palabras. Sabía que tenía razón, pero el miedo a otra decepción me paralizaba.

—No lo sé, Lara —admití finalmente—. No sé si tengo la fuerza para seguir adelante. He vivido estos años tranquilo. Solo, pero sin sufrir. No puedo… No quiero volver a sentir dolor. Lo de Erika y Sara me destrozó. No tengo esa fuerza ya…

—Claro que la tienes —dijo ella con firmeza—. Eres más fuerte de lo que crees. Solo tienes que creer en ti mismo.

Suspiré y miré hacia el cielo nocturno, tratando de encontrar alguna respuesta en las estrellas. Lara tenía razón, pero aún así, el miedo seguía ahí, acechando en las sombras de mi mente.

—Vamos, Pol —dijo Lara suavemente—. Volvamos adentro y habla con Cristina. No pierdes nada intentándolo.

Asentí lentamente, sabiendo que tenía que plantar cara a mis miedos si quería tener alguna oportunidad de ser feliz. Con Lara a mi lado, me di la vuelta y comencé a caminar de regreso a la sala, decidido a no dejar que la mala suerte dictara mi vida.

Cuando giramos la esquina, vimos a Andrea, que nos hizo señas desde la puerta de la sala.

—La chica se ha ido —anunció cuando llegamos al punto donde nos esperaba—. Lo he visto todo. Aquel chico que la acompañaba le ha traído la guitarra y se han marchado.

Miré al suelo, derrotado. Andrea me puso una mano en el hombro.

—No sé quién es ese chico que la acompañaba, es difícil determinar si es pareja o no —explicó Andrea—, pero de lo que estoy segura es que, antes de irse, Cristina recorrió la sala con la vista, como si buscase a alguien. Como si te buscara.

El resto de mis compañeros y compañeras fueron saliendo de la sala, haciendo un corrillo a mi alrededor.

—Pues toca investigar, Pol —asestó Lara—. Si realmente quieres conocerla, tendrás que moverte.

—Nos tienes a todos para lo que necesites —añadió Ramón.

—La tercera es la definitiva —dijo Chema, dándome una palmadita en la espalda.

—Y ahora, ¡vamos a coger un buen pedo! —propuso Miguelete con entusiasmo, que fue secundado por el resto.

Me animaron a acompañarlos y accedí a regañadientes. Al poco ya reía con Rafa, la pareja de Dani, quien, para sacar hierro al asunto, cantó el estribillo de la canción *Is This Love* de Whitesnake, grupo que le encantaba, al parecer, variando a su gusto el estribillo.

—Pol, como la niña es de un grupo de versiones, la cantas así:

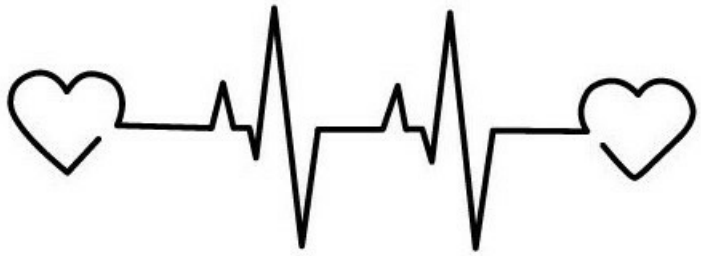
Díselo that I'm feeling

Di-se-se-lo that I've been searching for?[11]

Todos estallamos en carcajadas y, durante aquella divertida noche, fuimos cantando el estribillo más de una vez. A día de hoy, creo que jamás podré agradecer lo suficiente a todas y todos los seres de luz que hicieron mi vida brillar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

TRABAJO DE INVESTIGACIÓN



Enero de 1996

Estaba claro que, si deseaba conocer a Cristina, debía entrar en acción. No iba a dejar nada al azar. No creía que nos fuéramos a encontrar por tercera vez de forma fortuita. Así que me dediqué a cavilar la manera de poder llegar a ella.

Escribo estas líneas pensando en lo complicado que eran ciertas cosas en aquella época. Por entonces, a principios de 1996, estábamos a cuatro años de la Web 2.0, la que revolucionaría toda la información y la pondría en nuestras manos con teclear y hacer algunos clics en navegadores de internet. En la Web 1.0, los sitios web eran simples, a menudo solo texto en páginas HTML básicas.

Por aquel entonces, no podíamos imaginar cómo la interactividad y la conectividad remodelarían nuestras vidas. La Web 2.0 no solo cambió la forma en que accedemos a la información, sino también cómo nos comunicamos, trabajamos y jugamos. Fue un salto hacia un futuro donde la tecnología se entrelazaba con cada aspecto de nuestra existencia diaria; un preludio a lo que algunos ahora llaman la Web 3.0, donde la inteligencia artificial y la realidad aumentada están comenzando a tomar la delantera, prometiendo una nueva revolución que podría ser tan impactante como la que presenciamos al final del milenio.

No tenía, pues, un ordenador con acceso a internet, Google y redes sociales en las que pudiese buscar a una persona y localizarla de alguna manera. Debía jugar con las cartas que me habían tocado de la mejor manera posible.

—A ver, majo —dijo Alba aquella tarde de lunes, un mes después de mi segundo encuentro con Cristina—. ¿Qué es lo que tenemos?

Estábamos en la librería, ella, Miguelete y yo. Él se había pasado a recogerla para ir a cenar y ella ya había cuadrado la caja y guardado sus apuntes del temario de oposiciones que estaba estudiando.

—Es de Terrassa, diría que tiene nuestra edad, da clases en el conservatorio de la ciudad y cursa estudios de música —expuse—. Vive con sus padres, su abuelo, un hermano y una hermana. Tienen un perro que se llama Robin.

—Pues hay que ir a Terrassa —dictaminó Miguelete, secundado por su chica, que asentía con la cabeza. ¡Qué distintos eran y qué compenetrados al mismo tiempo! Él con la piel morena, pelo rizado y bajito; ella, alta rubia y piel blanca. Sin embargo, eran dos en uno, una pareja coordinada y feliz.

—Vamos mañana por la tarde a mirar pisos allí. Dicen que los precios son un chollo —explicó Miguelete—. Cierra la librería por una tarde y ven con nosotros. A cambio, no le descuentas las horas a Alba.

Sonreí, pero algo me entristeció al mismo tiempo.

—¿Qué sucede? —preguntó Alba, detectando mi tristeza.

—Acabaréis marchándoos del barrio —contesté.

—Es inevitable —replicó mi amiga—. ¿Quién se puede permitir comprar o alquilar en Barcelona? Me pagas bien y a Miguelete no le va mal con el Pladur, pero aún así se irían los dos sueldos en la hipoteca o el alquiler.

—Venga, no se diga más, te llevamos en coche y, mientras nosotros miramos pisos, tú vas a investigar —me animó Miguelete.

Asentí, no demasiado convencido. Tenía pocas esperanzas de encontrarla, pero ahora poseía más información con la que poder investigar, así que accedí basándome en esa premisa.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, pusimos rumbo a Terrassa en el coche de Miguelete. El viaje transcurrió en un silencio cómplice, interrumpido solo por la música de la radio y las ocasionales indicaciones de Alba para tomar la salida correcta. Miguelete conducía con una determinación que reflejaba su deseo de empezar una nueva vida con Alba, mientras yo repasaba mentalmente cada detalle que sabía sobre Cristina.

Nos separamos al llegar a la zona universitaria; ellos se dirigieron a la inmobiliaria y yo comencé mi búsqueda. El conservatorio no estaba lejos y decidí que sería un buen punto de partida.

Era un edificio imponente con un aire de prestigio que solo los años pueden conferir. Me acerqué a la recepción y pregunté por Cristina, pero la respuesta fue un amable «Lo siento, hoy no da clases». No me desanimé; al menos sabía que estaba en el lugar correcto.

—¿Qué días da clase? —inquirí a la chica de la recepción.

—Lunes, miércoles y viernes.

—Vaya, veo que he venido en el día equivocado.

La chica asintió y de repente se quedó mirándome fijamente para después adoptar una cara de asombro.

—Oh, disculpa, pero te pareces mucho a Pol Ferrer, el escritor.

En ese instante, la sorpresa se apoderó de mí. Jamás me habían identificado por mi obra literaria fuera de los eventos de autógrafos. Adela, con su sabiduría habitual, me había prevenido que tales encuentros se volverían más frecuentes con el tiempo y que debía prepararme para asimilar esa nueva realidad. A pesar de sus palabras, no esperaba que ese reconocimiento llegara tan pronto, ni que me causara una mezcla de emoción y desconcierto.

—Sí, soy yo —dije.

De debajo del mostrador, la muchacha extrajo un ejemplar de *La memoria de nuestro sentir* y, ofreciéndomelo, me preguntó:

—¿Me lo podrías firmar, por favor?

Ahora, mientras una admiradora me extendía mi propio libro para que lo firmara, comprendí que mi vida, desde la publicación de la novela, había tomado un giro inesperado, uno que me llevaría por el camino de la fama y sus consecuencias impredecibles. Un giro que hasta aquel momento me había pasado inadvertido.

—Por supuesto —dije, buscando si llevaba un bolígrafo encima. Viendo que no era el caso, la chica me ofreció el suyo.

—Madre mía, cuando lo diga en casa no se lo van a creer —dijo con ese tono que solo una

fiel seguidora tenía al hablar.

—¿Cómo te llamas?

—Magda —contestó.

Le dediqué el libro y le devolví el ejemplar y el bolígrafo.

—Es muy emotivo, me está encantando. Me ha hecho llorar en algunos capítulos.

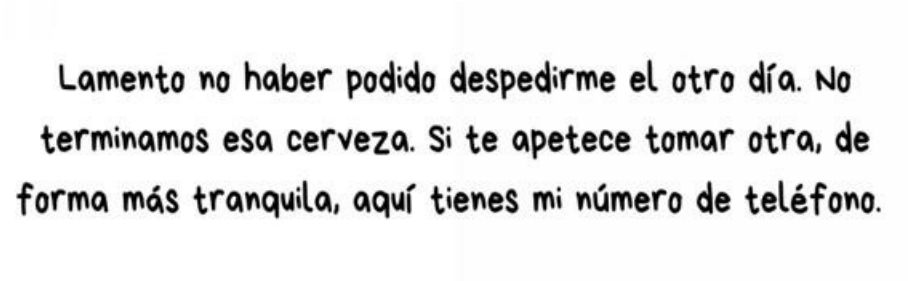
—De ahí viene la expresión «llorar como una Magdalena» —bromeé y ella rio.

—¿Puedo hacer algo más por ti, Pol? —preguntó Magda, ahora mucho más solícita.

Me detuve, pues estuve a punto de girar para marchar.

—¿Me podrías dejar un folio y un sobre? —pregunté, alumbrado por una idea cazada al vuelo.

Ella asintió, proporcionándome lo que le había pedido, añadiendo el mismo bolígrafo con el que le había escrito la dedicatoria. El teléfono de la centralita sonó en aquel momento y yo aproveché para escribir una breve nota en el papel mientras ella atendía la llamada.

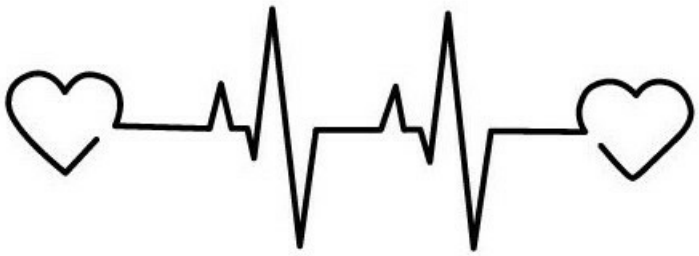


Bajo estas líneas escribí el número y puse mi nombre. Metí el papel dentro del sobre, lo cerré y en el frontal escribí su nombre. No sabía su apellido, así que esperé a que Magda acabara de atender para preguntarle.

—Se apellida Alonso —me informó con una sonrisa. Añadí el apellido y le pedí si le podría dar ese sobre a Cristina al día siguiente.

—Claro, por supuesto —dijo Magda.

Me despedí de la chica con una sonrisa y salí del conservatorio, con la esperanza de que aquel mensaje llegara a Cristina. Ahora solo quedaba esperar.



Pasaron los días. La espera se hizo interminable. Cada vez que sonaba el teléfono, mi corazón daba un vuelco, pero nunca era Cristina. Empecé a dudar si Magda había entregado el sobre o si Cristina simplemente había decidido no responder. La incertidumbre me carcomía por dentro y mis amigos lo notaban.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Alba, mientras ponía las etiquetas de precio en los libros que acababan de llegar.

Había pasado un par de semanas desde mi visita al conservatorio donde trabajaba Cristina y estaba a punto de tirar la toalla.

—Hacer nada creo que no es opción —añadió, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Si hubiese tenido algún interés me habría llamado, ¿no? —dije mirando a la calle, a través del cristal de la puerta.

—¿Y si no recibió el sobre?

Me encogí de hombros.

—¿Y ya está? —exclamó Alba, dejando la etiquetadora sobre el mostrador. Lo rodeó y se dirigió a mí, con aquellos preciosos ojos azules en llamas—. ¿Te encoges de hombros y te quedas tan pancho?

La contemplé. Algo se movió en mi interior, posiblemente por el gesto de preocupación de mi amiga.

—Pol, solo tienes dos posibilidades. Volver a buscarla o abandonar. Lo segundo no está en ti. No, después de tus pasadas experiencias. ¿Aprendiste algo de ellas?

Reflexioné durante unos segundos.

—Con Erika aprendí a que no debo ocultar mis emociones y a no tener miedo a expresarlas. Con Sara, aprendí a amar.

Alba sonrió, de aquella manera tan espléndida, mostrando unos graciosos hoyuelos en sus mejillas. En aquel momento llegó mi hermano.

—¿Qué sucede aquí? ¿Te trata bien el negrero este, Alba? —preguntó, con el ceño fruncido.

Alba rio.

—Solo le comentaba que no dejara de buscar a Cristina, si realmente quiere conocerla.

—¿Sin noticias, enano?

Negué con la cabeza.

—DiVersiones tocan a finales de mayo. Ahí tienes una oportunidad de encontrarte con ella, pero ya sabes… El lugar no es el ideal para conocer a nadie con todo el jaleo. Además, tendrás que esperar unos meses y tengo mis dudas de que puedas aguantar tanto tiempo sin desesperarte.

Le di un amistoso puñetazo en el hombro.

—Vale —dije—. El día que fui al conservatorio me apunté el número de teléfono del sitio y la dirección. Puedo probar a escribir una carta a la atención de Cristina o llamar por teléfono.

Alba se puso en marcha, rodeó el mostrador y puso encima el teléfono.

—Ahí tienes, nene. Déjate de cartas. ¿Desde cuándo confías en Correos? —Dirigiéndose a Jaime, preguntó—: ¿Tienes algo más que añadir?

—He traído esto —contestó, alzando lo que parecía un cartel enrollado. Me lo entregó guiñándome un ojo—. Para que te inspires.

Lo desenrollé y vi que se trataba de un cartel de la sala Bruma. Era enorme y en ella se mostraban cinco chicas con apariencia rockera. A tres de ellas las tenía conocidas: Noa, Sofía y, por supuesto, Cristina. Era el cartel que anunciaba el concierto de la banda. Al posar mis ojos sobre Cristina, un torbellino de emociones me invadió.



Vestida con su atuendo rockero, su melena rizada enmarcando su rostro y esas gafas que le daban un aire de misterio, no pude evitar sentir una mezcla de admiración y respeto. La imagen mostraba a una Cristina poderosa, de espíritu indomable, concentrada en su instrumento. Su presencia en el cartel no solo anunciaba un concierto, sino que prometía una noche donde los acordes serían capaces de despertar las almas adormecidas y los corazones apasionados.

Jaime chascó los dedos para sacarme de mi paroxismo, se despidió deseándome buena suerte y salió de la librería. Alba se dedicó a poner los libros nuevos en las estanterías y yo fui a la trastienda, donde tenía la agenda. Busqué el número y me puse ante el teléfono.

Marqué el número del conservatorio y enseguida me recibió una voz femenina.

—Hola —saludé—. ¿Eres Magda?

—No, soy Mariona. Magda trabaja por las mañanas desde hace unos días que volvió de la baja. ¿Le puedo ayudar en algo?

—Puede ser que sí, Mariona.

A continuación, le narré la visita que hice y el sobre que dejé a nombre de Cristina.

—Me gustaría saber si tu compañera entregó ese sobre a Cristina —puntualicé al final.

—No lo sé, pero puedo mirar si el sobre sigue por aquí. Por lo que me dice usted vino por las fechas en que mi compañera cogió la baja. Déjeme unos momentos, no cuelgue —me dijo y a continuación sonó la música de espera en el auricular. Estaba tan nervioso que ni me incomodaba que me tratase de usted.

Los escasos minutos que estuve a la espera se alargaron eternamente. Finalmente, la música se detuvo y escuché la voz de Mariona nuevamente.

—Sí, aquí está el sobre a nombre de Cristina. Parece que Magda no tuvo la oportunidad de entregarlo antes de su baja. Siento mucho la confusión.

Sentí una mezcla de alivio y frustración. Al menos ahora sabía que Cristina no había recibido el sobre, pero eso significaba que todo aquel tiempo había estado esperando en vano.

—Gracias, Mariona. ¿Podrías asegurarte de que Cristina reciba el sobre lo antes posible? Es muy importante para mí.

—Por supuesto, me encargaré de que lo reciba hoy mismo —respondió Mariona con amabilidad.

Colgué el teléfono y me dirigí a Alba, que me observaba con expectación.

—¿Y bien? —preguntó, dejando de lado los libros que estaba colocando.

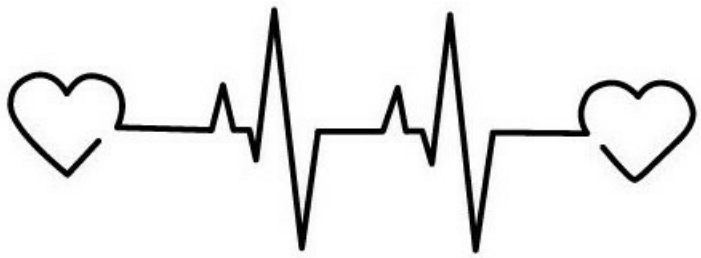
—El sobre todavía estaba allí. Magda no pudo entregarlo, al parecer estuvo de baja laboral y

después le cambiaron el turno. Mariona, quien me ha atendido, se encargará de que Cristina lo reciba hoy.

Alba sonrió con alivio.

—¡Eso es una buena noticia! Ahora solo queda esperar un poco más.

Asentí, aunque la espera seguía siendo difícil. Al menos ahora tenía la certeza de que Cristina recibiría el sobre. Me dirigí a la trastienda y me senté detrás del ordenador, tratando de concentrarme en el manuscrito en el que estaba trabajando, pero mi mente seguía volviendo a Cristina y a lo que podría suceder una vez que leyera mi nota.



Volvieron a pasar los días y mis esperanzas en torno a Cristina comenzaron a diluirse. Sin embargo, una tarde, mientras revisaba algunos documentos en mi escritorio, el teléfono sonó de nuevo. Al contrario que en ocasiones anteriores, esta vez, no me hice ilusiones. Contesté con la voz más neutral que pude.

—¿Pol? —dijo una voz femenina al otro lado de la línea.

Mi corazón se detuvo por un instante. Era ella. Era Cristina. Estaba seguro.

—Sí, soy yo —respondí, tratando de mantener la calma.

—Recibí tu nota —dijo.

—Hola, Cristina. Me alegra mucho saber de ti —dije, intentando que mi voz no delatara la emoción que sentía.

—Lamento no haberte respondido antes. He estado muy ocupada con el trabajo y no había tenido tiempo de revisar el sobre —explicó ella.

—No te preocupes, lo importante es que ahora estamos en contacto —respondí, sintiendo un alivio inmenso—. Me gustaría mucho que retomáramos esa conversación pendiente. ¿Te parece bien si nos vemos este fin de semana?

Se hizo el silencio. Contuve la respiración.

—De acuerdo —contestó con un tono cubierto de incertidumbre.

—¿Te va bien quedar? No me gustaría que esto supusiera un obstáculo si tienes otros planes.

—No, no me va mal. Tengo ensayo con las chicas el domingo por la mañana, pero podríamos vernos el sábado —contestó con ese tono de inseguridad que nada tenía que ver con la chica que se había ganado al público sobre el escenario.

—¿Dónde te gustaría quedar? —pregunté, tratando de contener mi entusiasmo.

—¿Conoces Terrassa? —preguntó.

—No mucho, he estado en algunas ocasiones. Seguro que puedes enseñarme lugares fantásticos —contesté.

—¿Te parece bien el sábado a las cinco de la tarde en la estación de RENFE? —sugirió ella.

—Perfecto, allí estaré —confirmé, sintiendo que mi corazón latía con fuerza. Antes de que nos despidiéramos, Cristina me facilitó su número de teléfono, por si pasaba algo y no pudiese acudir a la cita.

Nos despedimos y colgué el teléfono, sintiendo una mezcla de alegría y nerviosismo. Alba, que había estado observando desde la distancia, se acercó con una sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó, ansiosa por saber los detalles.

—Nos veremos este sábado —respondí, sin poder contener una sonrisa.

—¡Eso es genial! —exclamó Alba, dándome un abrazo—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

Pasé el resto de la semana con una mezcla de anticipación y nerviosismo. El sábado llegó y me dispuse a ir. Antes de salir, recibí llamada de casi todos mis amigos, deseándome suerte. Era curioso cómo aquella situación había conseguido suscitar el interés de todas y todos.

—Es normal —me dijo Lara aquella misma mañana, cuando se lo comenté—. Eres nuestro mejor amigo. Has tenido dos experiencias tan intensas como traumáticas y deseamos que puedas encontrar a alguien que pueda conquistar ese corazón tan grande que tienes. No eres el típico guaperas; creo que jamás te has considerado guapo. Sin embargo, tienes una sensibilidad y una capacidad de amar que no parece conocer límites. Así que es normal que queramos lo mejor para ti.

Llegué a la estación de Terrassa a las cuatro de la tarde, así que tuve tiempo de sobra para tomar un café en una terraza cerca de la rotonda donde se ubicaba la estación.

Finalmente, cuando se acercó la hora, fui a la puerta de la estación y esperé con el corazón latiendo aceleradamente, expectante ante una tarde en compañía de aquella chica que había despertado en mí sentimientos dormidos durante años.

La luz del atardecer se filtraba a través de las nubes, tiñendo todo de un dorado suave y cálido. La estación de Terrassa, con su constante ir y venir de personas, pareció detenerse en un suspiro cuando ella apareció. Cristina, con su cabello largo y rizado flotando alrededor de su rostro como una aureola, caminaba con una gracia que desafiaba la prisa habitual del lugar. Sus rizos, gruesos y rebeldes, jugaban con la brisa, enmarcando su cara redonda y sus ojos cambiaban de verde a gris, dependiendo de cómo la luz del sol se posara sobre ellos.

Llevaba sus gafas, que le daban un aire de intelectualidad que complementaba su atuendo formal, que aquella tarde consistía en una chaqueta, pantalones negros, jersey y botines. Había en ella una elegancia innata que no necesitaba de adornos ni de ostentaciones. Era la elegancia de alguien que se sabe portadora de una belleza natural y única.

Verla aproximarse y dirigirme una tímida sonrisa hizo que la emoción me embargara. Cada paso que ella daba hacia la estación era un compás que se añadía a la sinfonía de mis sentimientos. Había algo en su presencia que hacía que todo lo demás perdiera importancia, que el mundo se redujera a ese momento, a ese lugar, a ella.

—¿Hola? —Su voz, al llegar a mi lado, me sacó de mi ensimismamiento.

—Cristina —dije y mi voz salió más suave de lo que esperaba. Tenía la sensación de estar soñando—. Has llegado.

—Claro —contestó y sonrió.

Nos saludamos con un par de besos que me hicieron sentir ingrávido. En ese gesto simple, pero tan lleno de significado, supe que la espera había valido la pena; que todos los días de duda y de incertidumbre no habían sido en vano y que, tal vez, esta ocasión sería diferente. Tenía la ilusión de que el amor podría ser algo más que un sueño efímero o una esperanza rota.

—Vamos —dijo ella—. Hay tanto que quiero mostrarte.

Empezamos a caminar por una amplia avenida con el propósito de conectar con la Rambla d'Ègara, una de las vías principales de la ciudad. Fuimos caminando tranquilamente.

—Tengo mucha curiosidad por saber qué te llevó a querer venir hoy —preguntó Cristina.

Tragué saliva, pues no me esperaba esa cuestión tan directa.

—El hecho de que nuestro último encuentro fue un poco accidentado —conseguí articular de manera bastante convincente.

—Sí, es verdad. Desapareciste en los lavabos de la sala Bruma —bromeó.

—Lo siento, aquella noche fue un poco caótica.

—No hay nada que disculpar —dijo con una sonrisa—. Siento la pregunta, supongo que ha sido un poco directa, pero me llamaba la atención que un escritor que esté saltando a la fama se interese por conocer a una chica de provincias.

Reí ante el tono juguetón del comentario.

—No soy tan famoso —puntualicé—. El libro se ha vendido bien, no lo dudo, pero no soy ninguna celebridad.

—¿Y qué más puedo saber aparte de lo que he leído de ti en la solapa del libro?

A continuación, le expliqué un poco sobre mi vida, que ella escuchó con un gesto sereno y el interés cubriendo sus ojos.

—Vaya, Pol, lamento que perdieras a tus padres tan joven. Es una lástima que no tuvieran la oportunidad de ver cómo su hijo consiguió su sueño de ser escritor —dijo Cristina al acabar.

Le di las gracias y nos sumimos en un silencio que no se hizo incómodo, a pesar del tema que estábamos abordando. Continuamos caminando por la Rambla. El lugar era encantador, con sus hileras de árboles y la gente paseando tranquilamente por la zona peatonal, encajada entre dos vías de tránsito.

—¿Qué me explicas de ti? —inquirí.

—Bueno, como ya sabes, la música es una parte muy importante en mi vida —comenzó, hablando como si buscara las palabras adecuadas mientras observaba mi expresión atenta—. Pero hay más en mí que solo acordes y melodías. Me gusta estar tranquila, no porque me guste estar sola, sino porque me da espacio para pensar, para ser yo misma sin las expectativas de los demás. ¿Sabes? Siempre he estado supeditada a lo que el resto de la gente espera de mí.

Asentí, animándola a continuar.

—Mis padres no entendieron nunca mi pasión por la música. Creían que era una especie de pasatiempo. Cuando les dije que quería dedicarme a estudiar música, a componer canciones y crear un grupo, se echaron las manos a la cabeza. Mis profesores me dijeron hace un año si quería impartir clases a alumnos de los primeros cursos. Acepté y eso pareció calmar la tensión en casa. Sin embargo, no es mi propósito dar clases toda la vida. Necesito subir a un escenario y comunicarme con el público. Esta banda que tenemos es una especie de vía de escape. Nos permite esa oportunidad, aunque sea con la música de otras bandas. Es lo más sencillo, de momento, porque las chicas están con sus estudios universitarios y no tienen mucho tiempo de ensayar cosas nuevas.

—Así que combinas una faceta social con otra más personal y solitaria —dije.

—Algo así. Aunque disfruto del silencio, también valoro la compañía de aquellos que entienden el ritmo de mi vida. Como Marga y Alicia… No solo son mis amigas, sino que son parte de mi familia elegida. Con ellas, la música no es solo un pasatiempo, es una conversación sin palabras, una forma de entender el mundo. Formar la banda con las chicas ha sido toda una experiencia.

Cristina sonrió, y su sonrisa parecía iluminar la Rambla más que las farolas que pronto se encenderían.

—Entiendo lo que dices —respondí—. La música tiene ese poder, ¿verdad? De conectar a las personas sin necesidad de hablar.

—Exactamente —dijo, sintiéndose aliviada de que la comprendiera—. Y cuando no estoy con la guitarra en mano o ensayando, me pierdo en los libros. Me ayudan a pensar y a evadirme. En cierto modo, la literatura también es una manera de crear y conectar con la gente.

—¿Algún libro en particular que te haya marcado? —pregunté con curiosidad.

—Hay muchos, pero si tuviera que elegir uno, diría *El lobo estepario* de Hermann Hesse. Es un libro que habla sobre la búsqueda de identidad, sobre encontrar un lugar en el mundo que a menudo parece estar en desacuerdo con uno mismo. —Hizo una pausa y se detuvo para añadir —: Por cierto, debo felicitarte por tu novela; me gustó mucho. No lo digo porque estés aquí conmigo, sino porque realmente es una historia de amor a través del tiempo llena de sentimientos.

—Gracias, me alegro de que te gustara—dije sonriendo.

Se hizo una pausa y giramos hacia una de las calles que atravesaban la Rambla d'Ègara.

—Y luego está Robin, mi perro —continuó. Una sonrisa apareció en su rostro al mencionarlo —. Él es mi compañero fiel en mis paseos. A veces creo que él entiende la música de la vida mejor que nadie.

Cristina rio y el sonido era tan melodioso como cualquier canción que pudiera componer.

—Debe ser un perro muy especial —dije.

—Lo es —confirmó—. Y aunque mi vida pueda parecer tranquila o aburrida, creo que es rica en las cosas que realmente importan.

Nos detuvimos un momento, mirando cómo la gente pasaba por nuestro lado, cada uno sumido en su propio mundo.

—No me parece una vida aburrida. Me parece que es muy interesante. Eres una persona creativa y eso es… *estimulante* —dije, sorprendiéndome de haber usado un término que Erika había dicho la primera vez que sostuvimos una conversación—. Si me decidí a continuar con nuestro encuentro del otro día es porque me pareciste una persona fascinante. Hiciste una actuación brillante, pusiste pasión en cada verso que cantaste y en cada *riff*. Fue una experiencia única.

—Gracias por compartir eso conmigo, Pol —dijo Cristina, mirándome con una calidez que sentí hasta el fondo de mi ser—. Me alegra saber que hay más profundidad en ti de lo que la fama puede mostrar.

—No te confundas —repliqué amablemente—. No dejo de ser un chico de barrio que ha tenido un golpe de suerte. La fama es efímera, pero las conexiones que hacemos, la música que compartimos, las historias que vivimos… eso es lo que perdura.

Ella asintió y en ese momento, supe que había encontrado a alguien que entendía la melodía de mi vida tan bien como yo.

Cristina y yo continuamos nuestro paseo, dejando atrás la Rambla d'Ègara. La conversación fluía con naturalidad, como si fuéramos viejos amigos reencontrándonos después de mucho tiempo. Al llegar al Parc de Sant Jordi, el ambiente cambió. El bullicio de la ciudad se desvanecía, dando paso a un oasis de tranquilidad. Los árboles altos y frondosos nos ofrecían su sombra y el sonido del viento entre sus ramas añadía una melodía suave al entorno.

—Este sitio es precioso —comentó Cristina, mirando a su alrededor con una expresión de felicidad en el rostro.

—Sí, parece como si hubiésemos entrado en otro mundo —respondí, mientras nos adentrábamos en los senderos del parque.

Caminamos en silencio por un momento, disfrutando de la paz que ofrecía el lugar. Las parejas se sentaban en los bancos, compartiendo momentos íntimos en medio de la naturaleza.

—Mira, esa es la Masia Freixa —dijo Cristina, señalando hacia la impresionante edificación modernista que se alzaba ante nosotros. Su estructura ondulada y los tonos claros de sus paredes contrastaban con el verde intenso de los porticones.

—Es increíble —susurré—. ¿Siempre has vivido en Terrassa?

—Sí. Pero este lugar… tiene algo especial, algo que me atrapó desde el primer momento y cada vez que vengo es como la primera vez —explicó.

Nos acercamos a la Masia Freixa y contemplamos la belleza arquitectónica del edificio.

—¿Sabes? Una vez conocí a alguien con quien compartí mi pasión por la arquitectura —comenté.

—Hablas con tristeza de esa persona.

Asentí.

—Tuvo que marchar y desde entonces no la he vuelto a ver.

—Parece una historia de amor sacada de tu libro —dijo Cristina, con una mirada de empatía.

—Los escritores escribimos sobre nosotros. Aunque la historia no se enmarque en nuestro tiempo, lugar o realidad, todo acaba filtrándose hasta llegar al texto. Sí, en el instituto estuve saliendo durante unos meses con una chica, que al final tuvo que ir a vivir con su familia a Madrid. No la he vuelto a ver desde entonces. ¿Y tú? ¿Tienes a alguien en tu vida, Cristina?

La pregunta me sorprendió a mí mismo. Creo que me sentía tan cómodo con ella que no llegué a filtrarla.

—¿Te refieres a pareja?

Asentí, ahora con cierta aprensión.

—No, no he encontrado a mi pareja todavía. Por supuesto, he tenido citas, pocas, pero no estoy comprometida con nadie —dijo, mirando al suelo, un tanto ruborizada—. Asumo que tú tampoco. De lo contrario, no estarías pasando una tarde de sábado conmigo.

—Soltero y sin compromiso —dije sonriendo—. Disculpa si te he incomodado.

—Madre mía…

—¿Qué?

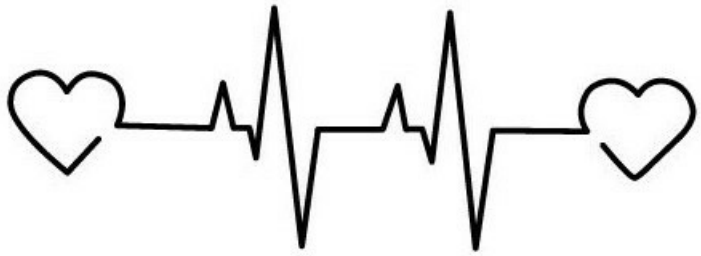
—Tu manera de hablar, es supereducada. Me encanta —contestó risueña con una expresión dulce en su rostro—. Y no, no me has incomodado. De hecho, está siendo un paseo estupendo y me encuentro muy a gusto. Supongo que me lo has preguntado porque me verías el otro día con acompañante.

Asentí.

—Era mi hermano Andreu, me llevó y me trajo de vuelta en su coche.

Creo que el alivio que experimenté en aquel momento se habría podido contabilizar por kilos o cualquier unidad de medida.

Continuamos nuestro recorrido por el parque, hablando de todo y de nada, de música y literatura, de sueños y realidades. Y mientras el sol comenzaba a ocultarse, supe que aquel paseo por los jardines del Parc de Sant Jordi y las vistas de la Masia Freixa sería un recuerdo que guardaría para siempre en mi memoria.



Llegado el momento de la despedida, con el bullicio de la estación como telón de fondo, expresé mi gratitud a Cristina por el maravilloso rato compartido. Ella, con una sonrisa sincera, me corrigió amablemente:

—En realidad, soy yo quien debería darte las gracias. Tu compañía ha convertido esta tarde en algo agradable. Tenía mis dudas sobre lo que esperar de nuestro encuentro, pero ahora estoy convencida de que esto es solo el comienzo de una amistad especial.

Sus palabras me dejaron paralizado, con una sonrisa forzada en los labios. La idea de una simple amistad me golpeó inesperadamente, como si me hubiesen arrojado un balde de agua helada. El temor de caer nuevamente en un ciclo de incertidumbre y confusión, similar al que viví con Erika, se apoderó de mí. Sabía que conformarme con una amistad podría cerrar la puerta a algo más intenso y significativo. Un sentimiento de pánico se apoderó de mí, nublando mi juicio y acelerando mi pulso.

Yo anhelaba algo más profundo e intenso, como lo que había experimentado con Sara. Su recuerdo aún ardía en mi memoria, una llama que se negaba a extinguirse. Con ella, cada momento compartido había sido una promesa de eternidad, un vínculo que trascendía la mera amistad. La conexión que tuvimos fue eléctrica, casi palpable, y la idea de revivir algo similar con Cristina me llenaba de una esperanza cautelosa. Estaba seguro de que Cristina lograría calmar esa llama que dejó Sara y sustituirla por otra más viva y permanente, si dábamos ese paso.

Sin embargo, la perspectiva de Cristina sobre nuestra relación parecía estar firmemente arraigada en la amistad. ¿Cómo podría yo navegar por estas aguas desconocidas, cuando cada fibra de mi ser ansiaba una conexión más profunda? La posibilidad de que mis sentimientos quedaran relegados a la zona de amigos me atormentaba y luchaba internamente para reconciliar mi deseo con la realidad que Cristina presentaba.

—¿Estás bien, Pol? —inquirió.

—¡Casi se me olvida! —exclamé a fin de desviar la pregunta hacia otro lado.

Del bolsillo de mi chaqueta extraje un sobre y se lo ofrecí.

—Esto era para ti —dije.

Ella cogió el sobre y lo abrió. Dentro encontró la fotografía que tomé de ella durante el concierto en la sala Bruma.



—¡Uauh! —exclamó ruborizándose—. ¡Menuda foto!

—Estás estupenda. De hecho, fue toda una experiencia verte en el escenario.

Ella sonrió agradecida.

—Me costó muchísimo tener que ir allí y ponerme en el papel de Marga.

—Se te veía nerviosa al principio, pero una vez te colgaste la guitarra, cambiaste totalmente. Te transformaste.

—Gracias.

En aquel momento, del mismo sobre estuvo a punto de caer un papel, que Cristina cogió al vuelo y lo examinó. Encontrándose con los versos que había escrito, inspirándome en ella, la noche del concierto.

En el escenario de luces y sueños,
donde las estrellas parecen caer,

se alza una figura entre haces y destellos,
con rizos al viento y guitarra en poder.

En sus cuerdas vibra la noche entera,
melodías que cuentan historias sin fin,
cada nota un suspiro, una espera,
un corazón latiendo fuerte, afín.

Bajo el manto de luces giratorias,
su silueta danza, se mueve con pasión,
en cada acorde despierta memorias,
de amores perdidos, de vieja canción.

El eco de su música viaja lejano,
atravesando el alma de la multitud,
en cada rasgueo, un nuevo plano,
un universo de ritmo y plenitud.

Cristina sostuvo el papel entre sus dedos con delicadeza, como si fuera un tesoro frágil. Sus ojos recorrieron cada verso y una sonrisa iluminó su rostro, una mezcla de sorpresa y emoción contenidas. Levantó la mirada hacia mí, sus ojos brillando con una luz nueva.

—Pol, esto es… es hermoso. No sabía que escribías poesía y menos que pudieras capturar un momento así con palabras. Me siento… honrada y un poco desconcertada.

La sinceridad en su voz era palpable y por un instante, el bullicio de la estación se desvaneció, dejándonos en un espacio íntimo compartido. La conexión que había anhelado parecía abrirse paso, aunque fuera en una forma que no esperaba.

—Lo escribí la noche del concierto, cuando volví a casa. Me hiciste sentir inspirado —confesé, impulsado por la vulnerabilidad del momento—. Espero que no te haya molestado.

—¿Molestado? ¡No, por favor! Ya lo he dicho: es hermoso. ¡Gracias! —dicho esto, me dio un beso en la mejilla.

Después metió poema y foto en el sobre y lo introdujo con cuidado en su bolso.

—Ha sido una tarde genial, Pol.

—¿Querrás quedar en otro momento?

—¡Por supuesto! Te llamaré para quedar en Barcelona. Tengo ganas de ir a comprar música por la calle Tallers.

—Eso suena fantástico, Cristina.

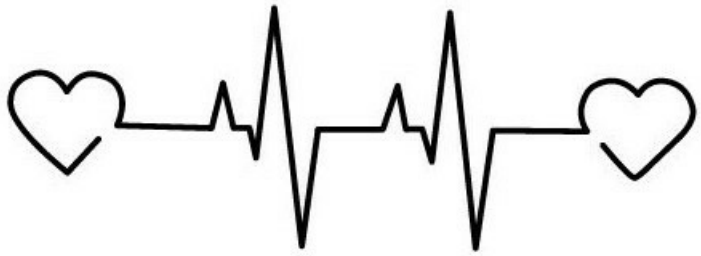
—Pues ya tenemos un plan. Necesito cuadrar los ensayos y te diré algo, ¿de acuerdo?

Asentí y en aquel momento anunciaron que en breve saldría el tren que pasaba por Barcelona. Nos despedimos con dos besos y bajé las escaleras al andén con ánimo renovado.

Decidí que no podía dejar que el miedo dictara mi camino. Aunque la idea de una amistad no era lo que inicialmente había buscado, quizás era el punto de partida necesario para explorar lo desconocido. Tal vez, con el tiempo y la paciencia, podría cultivar esa semilla de amistad en algo más, algo que ni Cristina ni yo podíamos anticipar en ese momento. Con esa esperanza, respiré hondo y me preparé para embarcarme en este nuevo capítulo de mi vida, sin importar a dónde pudiera llevarnos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

UN BESO ESCURRIDIZO



Febrero de 1996

No tardé en darme cuenta de un aspecto que no había considerado hasta que hubieron pasado unos meses después de esa primera cita con Cristina: amar en la edad adulta no tiene nada que ver con amar cuando eres adolescente.

La revelación llegó como un susurro en una tarde tranquila, mientras observaba la luz del sol filtrarse a través de la ventana de la trastienda. Reflexionando sobre el amor en la adolescencia, era evidente que compartir tiempo con la pareja resultaba más sencillo. Las responsabilidades escolares, aunque a veces abrumadoras, eran prácticamente compartidas. Los horarios se alineaban con una facilidad pasmosa y los recreos, las tardes después de clase y los fines de semana se convertían en oportunidades perfectas para estar juntos. El amor fluía al ritmo de los timbres escolares y los proyectos en grupo, en un mundo donde nuestras vidas y responsabilidades se entrelazaban de manera casi orgánica.

En contraste, el amor en la edad adulta se presenta con un conjunto de desafíos completamente distintos. Las responsabilidades ya no son compartidas por defecto; cada uno tiene las suyas, forjadas a partir de decisiones personales, carreras profesionales y aspiraciones individuales. Estas responsabilidades, lejos de unirnos, a menudo se erigen en muros que dificultan encontrar momentos para compartir. Las jornadas laborales extensas, los compromisos familiares y las obligaciones sociales pueden parecer un laberinto de tiempo del que es difícil escapar.

Con Cristina, aprendí que el amor adulto requiere un esfuerzo consciente para sincronizar nuestras vidas. No es solo encontrar tiempo para estar juntos, sino hacer que ese tiempo cuente. Es valorar los momentos compartidos, aunque sean breves, y entender que la calidad del tiempo juntos puede superar a la cantidad. En la adolescencia, el tiempo parecía infinito y el amor una constante. En la edad adulta, el tiempo es un recurso valioso y el amor una elección diaria.

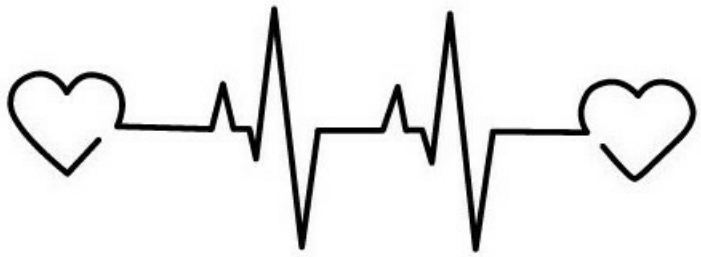
Con el paso de los meses aprendí que el amor maduro implicaba reconocer que, aunque nuestras responsabilidades puedan parecer un obstáculo, también son una oportunidad para crecer juntos. Es aprender a apoyar al otro en sus metas y celebrar sus logros como si fueran propios. Es encontrar maneras creativas de integrar nuestras vidas, de modo que las responsabilidades no nos separen, sino que refuercen la unión, construyendo un tejido más fuerte y resistente.

En este amor adulto, cada uno tiene su propio mundo, pero elegimos construir un universo

compartido. Aceptamos que nuestras agendas pueden no coincidir siempre, pero nos esforzamos por hacer espacio el uno para el otro. Es un baile delicado entre la independencia y la intimidad, donde cada paso está guiado por el respeto mutuo y la comprensión.

Amar en la edad adulta es, por tanto, un acto de equilibrio. Es también saber que las responsabilidades no son cadenas que nos atan, sino hilos que, si se tejen con cuidado, pueden formar la tela de una relación duradera y significativa.

También aprendí que tejer esos hilos no fue nada fácil.



El final de febrero trajo consigo una celebración especial: los cumpleaños de Ramón, Dani y el mío, los Acuario del grupo. Desde hacía años, era ya una tradición alquilar un local para festejar juntos en una fecha que nos viniera bien a todos. No obstante, ese año quise ir un paso más allá, aprovechando que nuestros aniversarios coincidían con el lanzamiento de mi segunda novela, *Ecos del corazón*. Por ello, opté por reservar la sala Bruma, un lugar con un significado especial. En la organización de este evento, conté con la inestimable ayuda de Jaime, quien tenía una larga amistad con los propietarios del local.

—Me han dicho que te pueden hacer un buen precio, pero que debes saber que ellos no tienen cocina. Me han dado un número de teléfono de una empresa de… no sé… era un nombre en inglés. En fin, que, si les llamas, escoges lo que quieras de su menú y te lo traen. Pueden poner mesas y encargarse de ir sirviendo durante la comida. Tendríamos la sala, con el equipo de música y barra libre hasta las siete de la tarde, después la sala abre sus puertas. Las mesas de la comida y cualquier decoración deben estar retiradas para esa hora. ¿Qué te parece, enano?

—Estupendo.

Se lo comuniqué a Dani y a Ramón, quienes enseguida se preocuparon por lo que pudiera ascender todos esos servicios.

—Yo lo cubro todo —les aseguré.

Al día siguiente a aquel encuentro con mis dos amigos, llamé para confirmarlo todo con la empresa de catering y los dueños de la sala Bruma. Tras esas llamadas, descolgué el teléfono y marqué el número de Cristina. Sabía que no sería fácil convencerla, pero tenía que intentarlo.

—Hola, Cristina, soy Pol. ¿Cómo estás?

—Hola, Pol. Estoy bien… Un poco ocupada con la banda —su voz sonaba distante.

—Entiendo, justo te llamo para proponerte un poco de diversión que te puede ayudar a tener un respiro. Este fin de semana celebramos el cumpleaños de mis amigos y el mío. También quiero celebrar el lanzamiento de mi segunda novela. Sería genial que vinieras.

Hubo una pausa. Podía imaginarla dudando al otro lado de la línea.

—No sé, Pol… No soy mucho de fiestas, ya sabes… No conozco a tus amigos…

—Lo sé, lo sé. Pero no será una fiesta cualquiera. Venga, anímate, mujer.

Comencé a desesperarme. Quería verla, no habíamos vuelto a encontrarnos desde mi visita a Terrassa. Habíamos tenido que posponer la cita en Barcelona, pues ella había estado ocupada con

los exámenes y yo con los preparativos de la novela. De repente tuve una idea.

—¿Te haría sentir más cómoda si vinieran las chicas de tu banda?

Se hizo el silencio.

—Pol no quiero ser ninguna complicación, seremos cinco invitadas más, el coste…

—… es lo de menos —concluí—. Hoy es martes, puedo llamar al restaurante y añadir cinco comensales más. No es problema tampoco.

Cristina continuaba en silencio.

—Cristina —dije, suavizando inmediatamente la voz, para no sonar tan insistente—. No es solo para celebrar los cumpleaños y la novela, es también por ti. Necesitas tomarte un respiro y divertirte. Además, no vendrías sola. La banda al completo. Será como un ensayo, pero con pastel y algo de música de fondo —bromeé, esperando arrancarle una sonrisa.

—¿En serio pueden venir ellas?

—Claro, si te encargas de invitarlas de mi parte. ¿Qué te parece?

Pude notar un cambio en su tono, una chispa de interés.

—Bueno… Si ellas van, podría considerarlo. No quiero sonar como una aguafiestas.

—¡Así se habla! Sería un honor tenerte allí.

—¿Por qué, Pol?

Me quedé paralizado, sin saber por qué había hecho aquella declaración.

—Porque… porque…

—¿Sí?

—Disfruté mucho de nuestro paseo el otro día —logré articular.

¿Y ya está?, sonó la voz de Sara, que se había convertido en una especie de consciencia desde hacía tiempo. *Puedes hacerlo mejor, amor.*

—Me gusta hablar contigo y… tu compañía —solté a bocajarro.

—En eso coincido —replicó ella—. Está bien, Pol, me has convencido. Cuenta conmigo. Te llamaré para confirmarte si vienen todas las chicas.

—¡Perfecto! Te prometo que no te arrepentirás. ¿Nos vemos el sábado, entonces?

—Nos vemos el sábado —repitió, y algo me dijo que, esta vez, su sonrisa traspasaba la línea telefónica.

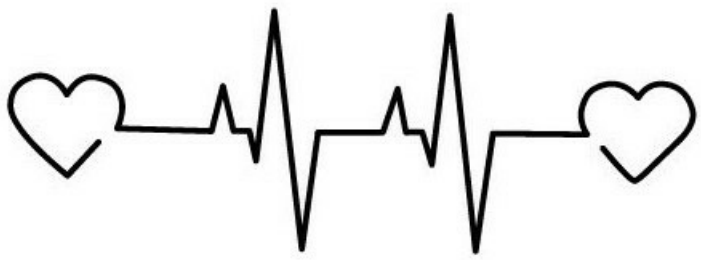
Colgué el auricular y respiré hondo.

—¿Todo bien, Romeo? —Oí que preguntaba Alba desde la sección de segunda mano.

—Estupendamente, va a acudir el sábado —anuncié.

—Por lo que ibas diciendo, eso me parecía. Genial, me alegro mucho, Pol.

Sonreí y descolgué el teléfono para contactar con el restaurante. El resto de la semana la pasé más fuera de casa que dentro. Los preparativos de la fiesta y las horas culminando la agenda con Adela absorbieron tanto mi tiempo que, cuando quise darme cuenta, la semana llegaba a su fin.



Los anfitriones fuimos los primeros en llegar: Ramón lo hizo con Lara, pues esta era la que

se encargaba de decorar, mientras que Dani, Rafa, Ramón y yo la ayudábamos, siguiendo sus instrucciones. De forma que, para cuando llegaron los primeros convidados, los esperábamos tomando un poco de vermut, que nos sirvieron en la barra de la sala Bruma. Todo estaba listo: las mesas puestas; la comida, guardada en recipientes térmicos y preparada para ser servida; los camareros, preparados y la música sonando a un volumen muy por debajo del estándar de la sala.

Acudieron todas y todos los de nuestro grupo, Adela y su marido, Jaime y Andrea y los chicos de Electric Demons. Al poco aparecieron las chicas de DiVersiones y la atmósfera cambió radicalmente.

Eran la esencia del rock en su forma más pura, femenina y vibrante. Con sus chaquetas de cuero, vaqueros ajustados y botas que resonaban con cada paso, parecían llevar consigo un aire de rebeldía y libertad. Sus risas eran contagiosas y sus sonrisas, desafiantes. Cada una tenía su propio estilo, pero juntas, formaban una sinfonía visual tan armoniosa como su música. Ya le había dicho a Cristina que no había código de vestir, que todos éramos amigos y que no íbamos a una boda, que era una celebración informal y que vistiesen como más cómodas se sintieran.

Cristina fue la primera en avanzar hacia los que nos habíamos reunido en la barra. Vestía una chaqueta de cuero, una camiseta de Green Day y unos pantalones ajustados que marcaban las hermosas curvas de sus piernas y caderas. Al igual que el resto, llevaba enfundadas unas botas Doctor Martens.

Su melena suelta le daba una apariencia exuberante que contrastaba con el toque intelectual de sus gafas y el rostro sereno. Su caminar, sin embargo, estaba marcado por una determinación y una seguridad que irradiaba confianza a cada paso. Se detuvo frente a nosotros, sonrió con calidez y me dio dos besos.

—Hola, Pol, felicidades por el cumpleaños y por tu nueva novela. Gracias por la invitación. Es una auténtica pasada que hayáis conseguido la sala para una celebración —me dijo con una sonrisa franca.

—Gracias a ti por venir e invitar a tus amigas —dije, intentando ocultar mi nerviosismo, que aumentó después de que me contestara con otra sonrisa.

A continuación, Cristina nos presentó al resto de la banda.

Marga, la líder del grupo, con su cabello largo, teñido de un rojo intenso y rizos minúsculos, fue repartiendo besos y sonrisas. Noa, la bajista, con su cabello rubio y ojos que destellaban con cada broma, se unió a la conversación con una facilidad que desmentía su aparente timidez. Sofía, la batería, alta y con una energía que parecía no tener fin, exploraba el lugar con curiosidad, mientras que Alicia, la teclista, de aspecto más reservado, observaba todo con una sonrisa tranquila y sabia, saludando a todos de manera educada y familiar a la vez.

Juntas, trajeron una oleada de entusiasmo que se extendió por la sala. No tardaron en acaparar la atención, compartiendo anécdotas de sus ensayos, haciendo que todos se sintieran parte de su mundo. Enseguida conectaron con mis amigos y los chicos de la banda de Jaime.

La celebración fue un éxito. Después de la comida, el disc jockey de la sala amenizó con música variada y bailamos con ganas, riendo sin parar con las bromas de Ramón, que hacía rato ya daba señales de haber visitado la barra en varias ocasiones. Tanto los chicos de Electric Demons como las chicas de DiVersiones habían traído guitarras y bajos, de forma que improvisaron varios temas de diferentes bandas, conectando sus instrumentos a los amplificadores de la sala. El momento cumbre fue una versión de *Simply The Best*, de Tina Turner, en un dueto formado por Cristina y Marga, que fue aplaudido hasta por el personal de la sala.

Bajo el pretexto de tomar un descanso, Cristina me pidió que la acompañara afuera. La seguí,

lleno de curiosidad, y juntos salimos a la calle. Nos dio la bienvenida el reservado sol de febrero y ella sacó de su bolso, cogido de camino a la salida, un paquete envuelto en papel de regalo.

—Las chicas y yo te hemos conseguido algo, pero esto es personalmente de mí para ti.

Acepté el obsequio que extendía hacia mí.

—Pero…

—Anda, ábrelo —instó con ternura.

Obedecí, preguntándome qué contendría. Al desenvolverlo, ocultando mi ansiedad, eché un vistazo a su cara y la encontré sonriendo. En su sonrisa, a través de su sutil maquillaje, vi una expresión que me transportó a su infancia, ya que sus preciosos ojos verdes resplandecían con una luz de inocencia y emoción. En ese momento, entendí que lo que había dentro de la caja era algo más que un regalo; era un detalle hecho con cariño.

Se trataba de un precioso juego de estilográfica y bolígrafo.

—Para que te acompañen en tus aventuras literarias —dijo con una sonrisa—. Ya sea en sesiones de presentación o en momentos de inspiración.

Con el juego de estilográfica y bolígrafo en mis manos, sentí una oleada de gratitud hacia Cristina. Su gesto no solo era un regalo, sino una muestra de fe en mi pasión por la escritura. Sentí un deseo de abrazarla, quería agradecerle no solo por el presente, sino por creer en mí. Ella me miraba con sus hermosos ojos, que brillaban de manera especial, y un gesto dulce en su rostro. Avancé un paso hacia ella, el anhelo de aproximarme y besarla me sobrevino, invadiendo todo mi ser.

—Cristina, esto significa mucho para mí. Que hayas venido y me hayas hecho este regalo es más de lo que podía pedir —comencé.

—Ha sido genial. Cada vez que nos encontramos es diferente y divertido —me dijo, ampliando su sonrisa, que maximizaba su belleza. El sol jugueteaba con sus rizos, haciéndolos brillar.

Empecé a inclinarme para besarla, pero antes de que pudiera continuar, Chema irrumpió en la escena con su habitual entusiasmo.

—¡Eh, chicos! ¡Ramón ha colgado una piñata! ¡Vamos a romperla! —gritó desde la entrada de la sala.

Cristina se giró hacia él.

—¿Una piñata? —rio, contagiándome con su carcajada y disipando la frustración por la interrupción—. Vamos, eso va a ser divertido.

Me tomó de la mano y la seguí, sintiendo la calidez de su piel contra la mía. La piñata colgaba colorida y desafiante, balanceándose con la ligera brisa del sistema de ventilación de la sala. Era un colorido burro, enorme. No pude evitar soltar una carcajada al verlo.

—Oye —dijo Cristina a mi oído—, tus amigos son la hostia.

—Con ellos, espérate cualquier cosa —contesté.

Efectivamente, Ramón dio el espectáculo, pues como su cumpleaños coincidía ese día precisamente, dejamos que fuera él quien hiciera los honores. Tuvimos que ir retirándonos de su alcance cuando, con los ojos vendados y un palo de escoba en sus manos, empezó a tantear la posición de la piñata. Finalmente, con una sonrisa, Ramón se lanzó al ataque, girando sobre sí mismo y soltando un golpe certero que partió la piñata en dos, desatando una lluvia de dulces y risas entre los invitados.

La fiesta continuó con su ritmo frenético, pero cada vez que intentaba encontrar un momento a solas con Cristina, algo o alguien interrumpía. Después del episodio de la piñata, fuimos animados a participar en el karaoke. La sala Bruma era conocida por su karaoke los jueves

y tenía un amplio catálogo de temas. Fue un momento divertido. Marga arrancó a cantar *Killing Me Softly*, en la versión de Fugees; Cristina me animó a hacer un dueto con ella para interpretar *Wonderwall*, de Oasis; Dani saltó al escenario con Rafa, para interpretar *La Flaca*, de Jarabe de Palo; fueron seguidos por Irene y Alba, que cantaron a dúo *Lo echamos a suertes*, de Ella baila sola y otros tantos temas. Como colofón, las chicas de DiVersiones cerraron la sesión con *Wannabe*, de Spice Girls. Un momento memorable y divertido que nos quedó grabado en la memoria.

Cuando finalmente creíamos que nos liberábamos del barullo, el DJ empezó de nuevo a poner música, comenzando con *Two Princes*, de Spin Doctors. Cristina profirió una exclamación y no pudo resistirse a la llamada de la pista de baile.

—¡Es mi canción favorita! —exclamó y, antes de que pudiera decir nada, ya estaba siendo llevado por ella, de la mano, a la pista. Observé cómo se movía con gracia, su risa resonando por encima de la música.

Más tarde, cuando la canción terminó y regresamos a la barra, Ramón nos reunió a todos y comenzó a contar chistes, concatenándolos con gracia. Participé en las risas y el jolgorio, pero besar a Cristina seguía siendo una meta lejana y comenzaba a sentirme crispado. Sin embargo, cada vez que cruzaba una mirada con ella, una chispa de posibilidad brillaba, pero se apagaba rápidamente con la siguiente distracción.

La tarde avanzaba y, con ella, la oportunidad parecía alejarse. La tarta de cumpleaños hizo su aparición estelar y todos nos reunimos para cantar *Cumpleaños feliz*. Dani, Ramón y yo soplamos las velas, pensamos nuestros deseos, partimos la tarta y repartimos las porciones entre los presentes. Cristina y yo compartimos un enorme trozo, nuestras manos rozándose en ocasiones, pero el caos festivo nos envolvía, dejando el anhelo del beso en suspenso.

Finalmente, cuando la fiesta empezaba a calmarse y pensé que podría tener mi momento, Cristina pidió a la chica de la barra si disponían de un teléfono donde realizar una llamada. La muchacha la condujo a una habitación pequeña al otro lado de la barra y cuando Cristina estuvo de vuelta su expresión había cambiado; algo urgente requería su atención.

—Tengo que irme —me dijo con una disculpa en sus ojos—. Lo siento, pero esta mañana mi abuelo no se encontraba muy bien y al parecer mis padres lo han tenido que llevar al hospital. Debo irme, tengo un largo camino en tren. Lo siento, de verdad.

—Cristina, ¿puedo hacer algo por ti? —pregunté preocupado.

Ella negó. Y, con un abrazo rápido y un beso en la mejilla, se fue, dejándome preocupado por verla así.

—Te he estado observando todo el día —me dijo Adela con un tono dulce al oído—. Creo que entre vosotros dos hay algo muy especial.

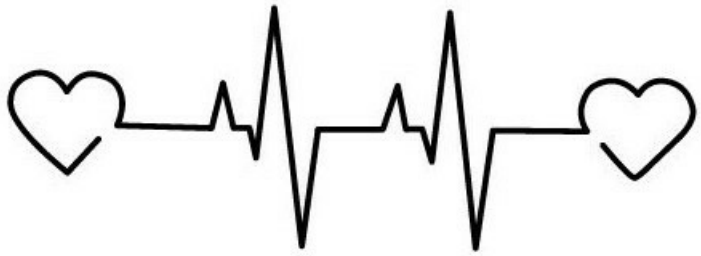
—¿De veras crees eso o estás intentando motivarme? —pregunté medio en broma.

—Estoy segura. Es tímida, excepto cuando tiene música por medio, pero esa manera de mirarte y sonreírte… No lo ha hecho con nadie más en esta sala, Pol. Ten paciencia, la chica es especial y me da la sensación de que no va a ser fácil. Sin embargo, tengo el presentimiento que es algo que tendrás que cocer a fuego lento.

Al cabo de una hora, la fiesta terminó sin que pudiera darle ese beso a Cristina. No por falta de ganas.

CAPÍTULO TREINTA

COMPROMISOS Y CONFLICTOS



Marzo-octubre de 1996

Fueron meses tan intensos como complicados, en los que a veces la ilusión de encontrarme con Cristina se iba desvaneciendo, aunque no mis sentimientos hacia ella. Marzo, por ejemplo, se vio marcado por su ausencia, ya que su abuelo estuvo ingresado durante ese mes. Toda la familia se organizó para acompañar al hombre en el hospital. Debido a su compromiso con su trabajo y estudios, Cristina debía cubrir los fines de semana, lo que llevó a que fuera imposible vernos de nuevo durante semanas. Nuestras conversaciones eran básicamente por teléfono, pero debían ser lo más breve posibles, porque teníamos que dejar la línea libre en caso de recibir noticias de quien estuviera acompañando al abuelo en el hospital.

—Pol, si no fuera por estas llamadas me volvería loca —me dijo en una de esas ocasiones, después de preguntar por el estado de su abuelo—. Me ayudas a sacar la cabeza de toda esta situación. Las cosas están muy tensas en casa y con el grupo tampoco va bien. Están ensayando sin mí, me paso casi todos los «findes» sin acudir a los ensayos.

—Para el concierto de la otra vez improvisasteis mucho y salió fenomenal. Seguro que irá bien. Además, tenéis hasta mayo, ¿no? —contesté, en un intento de dar ánimo.

—No. En el pasado concierto de la sala Bruma acudió un promotor de un sello independiente y se ha ofrecido a representarnos. Nos va a organizar varias actuaciones y me pone de los nervios no ensayar. Lo hago en mi casa, pero no es lo mismo.

—Cristina —intervine—, lo que me explicas es maravilloso. Ese promotor puede ser el comienzo de algo estupendo, el inicio de una carrera musical; así que, cálmate, todo va a salir bien. Tómatelo como algo positivo y ensaya todo lo que puedas en casa. Seguro que podrás hacerlo estupendamente cuando te reúnas con las chicas.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Sabes? —comenzó a decir—. Eres un sol. Siempre estás ahí, dándome ánimos. Justo la persona que no puedo ver es la que mejor me hace sentir.

Sonreí, sintiendo una cálida sensación recorriendo mi cuerpo.

—Aunque vivo en una ciudad grande —continuó ella—, mi entorno es lo más parecido a estar en un pueblo. Siempre tengo que soportar las miradas de desaprobación de las vecinas, mis tías, mi madre… Es una lucha constante por no contrariarlas con mi manera de vestir o con mi música.

—Pero… Vamos a ver… Tu hermano, viste como tú, ¿no es así? —-dije, sin entender muy

bien su argumento.

—Es un chico. No le dicen nada, si le comentan algo sobre su pelo, es de manera desenfadada, como si le hicieran una broma. Conmigo es distinto. No aceptan que me guste el rock o que me vista con camisetas o sudaderas de bandas.

—Eso es injusto, Cris. ¿Y tu grupo de amigas o amigos?

Se hizo el silencio.

—Son muy diferentes a mí. Tengo una media docena de chicas a las que puedo considerar amigas, pero apenas comparto intereses con ellas. Voy a los sitios que ellas deciden, pero jamás donde a mí me apetece. Visto ropa más formal para no destacar. Solo visto informalmente cuando voy a los ensayos o a los bolos de DiVersiones.

Comencé a entender la posición de aquella chica y sentí un deseo inmenso de poder ser su punto de apoyo. Era, definitivamente, un pez fuera del agua. Necesitaba libertad y su situación le ponía toda suerte de obstáculos.

—Tus amigos y amigas son diferentes —añadió—. El otro día, en la celebración, fue alucinante cómo me acogisteis. Me sentí como una más. *Me sentí en casa*. Fue un momento que no olvidaré.

—Me alegra mucho oír eso, Cris. También quiero que sepas que puedes llamarme cuando quieras o cuando te sientas agobiada. Cuenta conmigo para desahogarte. Tener a alguien que te escuche y te apoye es algo importante —le dije.

—Pol… ¿Te he dicho que eres un sol?

—Sí, hace un momento.

Se hizo un breve silencio. Me la imaginé sonriendo.

—Pol… —comenzó a decir y se detuvo. Mi corazón empezó a latir con fuerza.

—¿Sí? —pregunté, animándola a seguir.

—Gracias por escucharme.

—No tienes por qué dar las gracias. Me resulta muy agradable poder compartir estos momentos, aunque sea en la distancia. Si hay algo que pueda hacer por ti…

—Ya lo haces, dedicándome tu tiempo, en lugar de estar escribiendo esas historias tan maravillosas. Y hablando de eso… ¿Cómo va tu nuevo libro?

—Fenomenal, han salido las primeras críticas positivas en los dominicales de varios periódicos. La semana que viene me entrevistan para La Vanguardia.

—¡Hostia! ¿De verdad? ¡Eso es genial! Me alegro de que te vaya tan bien, Pol. Te lo mereces, escribes de maravilla. Tengo que comprármelo, me ayudará a pasar las horas en el hospital.

—De eso nada, pásame la dirección de casa de tus padres y te lo envío.

Me facilitó la dirección, que apunté en mi agenda y después me pidió la mía.

—Quiero enviarte algo. ¿Saldrás de promoción este mes? Sería una lata que te llegara cuando estés fuera.

—De momento no. Empezaré a salir de promoción en Sant Jordi. Después tendré que ir a diversas ferias. La mayoría son cerca; otras requerirán algunos días fuera. Ya te iré informando, no quiero abrumarte ahora con eso.

—Oh, no digas eso. Me alegra saber de ti. Como digo, es genial poder hablar contigo.

Aquel comentario me tocó el corazón, pues lo dijo con una calidez genuina. Aquella conversación, que guardo en la memoria con un profundo cariño, derivó en una serie de llamadas frecuentes, donde encontrábamos un apoyo mutuo, una pausa en los caminos de nuestras vidas.

Al cabo de una semana recibí un pequeño paquete con el nombre y domicilio de Cristina en

el remite. Lo abrí con manos temblorosas. La caja de cartón contenía una cinta de casete. La etiqueta, escrita a mano con tinta azul, decía: «Para Pol, con cariño». Mi corazón latía con fuerza mientras deslizaba la cinta en mi viejo reproductor. El sonido de la cinta al enrollarse en los cabezales era como un suspiro contenido, una promesa de secretos compartidos.

De repente, la voz de Cristina emergió de los altavoces, suave y melódica. Cada nota de su guitarra acústica era un eco de nuestros encuentros, de sus risas y miradas furtivas. Cerré los ojos para sentir su presencia, como si estuviera a mi lado, sus dedos acariciando las cuerdas. ¿Cómo podía ser que alguien tan lejana estuviera tan cerca? En ese instante, su voz se convirtió en mi refugio y su melodía, en el latido de mi corazón enamorado.

Las canciones eran fragmentos de su alma. *Bajo el árbol de los sueños*[12] hablaba de esperanzas compartidas, de los deseos de enamorados susurrados al viento. *Caminos entrelazados*[13] me emocionó profundamente, pues narraba nuestras conversaciones interminables, como senderos que recorriéramos juntos. *Amanecer en tus ojos*[14] era un himno a la belleza de unos ojos castaños, a la luz que encontraba en ellos cada mañana. Yo tenía los ojos castaños y me pregunté si aquella era una canción dedicada a mí. Deseché la idea, pero no perdí la esperanza de que fuese así.

Me dejé llevar por la música, por las palabras que ella había tejido con ternura. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas y no sabía si eran de felicidad o tristeza. ¿Cómo podía amar a alguien a través de una cinta de casete y de la distancia que constantemente se interponía entre nosotros? Pero allí estaba, mi corazón vibrando al compás de sus acordes, mi mente llenándose de imágenes de ella bajo el sol, con su cabello rizado al viento.

El último tema, *Adiós en silencio*[15], me dejó sin aliento. Era como si Cristina evocara cada adiós dicho al colgar el teléfono, que mis palabras serían mi consuelo cuando ella partiera. La canción se desvaneció y el silencio llenó la habitación. Guardé la cinta en su caja, como si estuviera protegiendo un tesoro frágil.

Desde entonces, la cinta de casete se convirtió en mi compañera secreta. La escuchaba todas las noches antes de dormir, imaginando que Cristina estaba a mi lado, susurrándome al oído. A veces, incluso creía oír su risa, que era como el tintineo de campanillas en el viento.

Ese mismo día, por la noche, llamé a Cristina.

—Hola, Cristina. Soy Pol —saludé tan pronto ella se puso al aparato—. Quería darte las gracias por el regalo tan especial que me enviaste. La cinta de casete con tus canciones es increíble.

—Bueno, son pruebas, hay que pulirlas, pero me alegra que te haya gustado. ¿Qué opinas de las canciones?

—Son hermosas. Cada nota, cada palabra, me transporta a momentos que compartimos. *Bajo el árbol de los sueños* me hace recordar nuestras conversaciones interminables. *Caminos entrelazados* es como si narrara nuestra historia. Y *Amanecer en tus ojos*… bueno, esa simplemente me deja sin palabras.

—Me alegra que sientas eso. Quería compartir un pedacito de mí contigo, aunque estemos lejos.

Embargado por la emoción suscitada por sus palabras, solo pude articular:

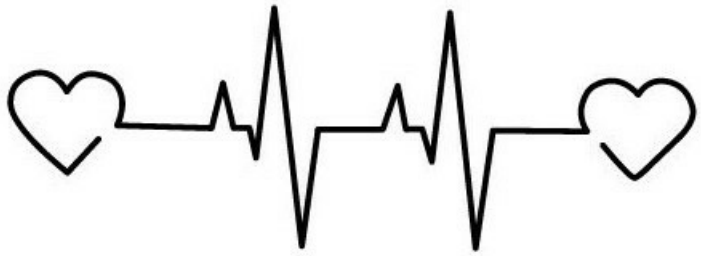
—Lo has logrado. Tu música es mi refugio, Cristina. Gracias por eso.

—De nada, Pol. Quizás algún día podamos componer juntos nuestras canciones. Después de leer cien veces el poema que me dedicaste, creo que juntos podríamos hacer cosas maravillosas.

—Eso me parece una idea fantástica, Cris.

Esa misma noche, estrené el juego de estilográfica que ella me había regalado y, en un

cuaderno que tenía en mi escritorio, comencé a crear poemas inspirados en ella, en sus preciosos ojos, en su cabello brillante y rizado, en su rostro redondo, sereno y dulce. Les di la forma adecuada para que después pudiesen ser musicalizados. Guardé todos aquellos versos para dárselos algún día.



Cristina a veces me llamaba desde una cabina telefónica para evitar ocupar la línea doméstica. Me explicaba todos sus pormenores y preocupaciones del día a día. Yo la escuchaba e intentaba animarla. Me preguntaba cómo estaba y a veces me decía que debía salir más, que notaba que estaba muy solo. No llegué a decirle nada de mis sentimientos hacia ella, porque no creía que ese medio fuera el adecuado. Quería decírselo en persona, mirándola a los ojos, y para ello debía armarme de paciencia, pues no lográbamos encontrar la manera de poder quedar.

—Pol —me dijo en una de esas ocasiones en las que me llamó desde una cabina telefónica —, noto como si mi mundo se tambaleara. Como si toda mi vida hubiese estado tomando las decisiones equivocadas. No hago más que pelear con mi madre, que no hace otra cosa que criticarme. Mis hermanos van a su bola. Mi padre apenas está por casa, haciendo horas y horas extra en el trabajo. Para colmo de males, mi abuelo no parece levantar cabeza. Él siempre se alegraba con mis logros y me defendía cuando mi madre me decía que no iba a ir a ningún lado con la música. Temo que no pueda superar su estado. Está muy enfermo y muy mayor.

Hizo una pausa.

—Mi madre siempre me compara con las hijas de sus amigas o con mis primas, que parece que van a labrarse un porvenir muy brillante con sueldazos.

—Cris —contesté en tono conciliador—, no digo que ignores lo que dice tu madre, pero me gustaría que sacaras esa fuerza que eres capaz de proyectar sobre un escenario en tu día a día. Si tienes un sueño, persíguelo con convicción, sin importarte lo que puedan decir los demás. Creo que tu madre se preocupa porque quiere lo mejor para ti, pero quizá tiene una visión equivocada. Puede que tu cometido sea demostrar que tus decisiones son las correctas, que tienes las riendas de tu vida y que puedes salir adelante con lo que te apasiona.

Se hizo una pausa. Temí que me hubiera entrometido indebidamente en su vida personal, que ella, no obstante, compartía con una confianza sorprendente.

—Pol, ojalá estuvieras aquí ahora, conmigo —dijo Cristina con voz cálida—. Te debo un abrazo y un besazo por tus palabras y tu apoyo.

El comentario me hizo sentir mariposas en el estómago, a la vez que me arrancó una sonrisa.

—Cristina, entiendo que estás pasando por un momento complicado —proseguí—. La presión de las expectativas familiares puede ser abrumadora, pero recuerda que eres dueña de tus decisiones y de tu vida. A veces, las personas que más nos critican también son las que más nos quieren. Sigue persiguiendo tus sueños y demuestra que puedes brillar en tu propio camino. Y, aunque no pueda estar físicamente contigo, estoy aquí para apoyarte.

—La cuestión es saber qué he hecho yo para que seas tan maravilloso conmigo, Pol.

«Haberme enamorado con tu belleza, tu música y esa fuerza interna que tienes», pensé.

—Me siento muy bien cuando estoy contigo, aunque sea a través de la distancia. Me siento en equilibrio y en paz. Me olvido de la presión que escribir para una editorial conlleva, de las gestiones que debo hacer para la librería…

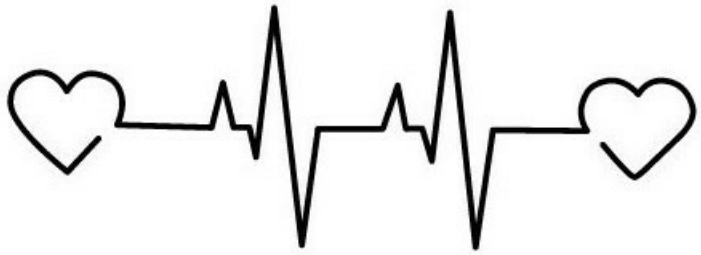
—Entiendo lo que dices, porque a mí me pasa lo mismo —dijo Cristina, con un tono de voz indescifrable, para después añadir—: Mierda, me he quedado sin monedas. Tengo que dejarte. Besitos y abrazos, amigo.

La llamada concluyó, dejándome una sensación de frustración. Fui consciente de que debería haber verbalizado lo que pensaba de ella. Me enfurecí conmigo mismo por no haber tenido el arrojo que tuve cuando le propuse a Sara salir aquel sábado por la mañana o cuando, ese mismo día, le dije que me gustaba y la besé en el centro del Laberinto de Horta.

—¡Parece que no aprendas, idiota! —exclamé en voz alta, en la soledad del estudio en el que había convertido la trastienda.

En mi mente resonó la voz de Sara, diciéndome con dulzura: *No desesperes, amor, Cris necesita ahora apoyo y que estés por ella. Está abriendo su corazón a ti, explicándote sus preocupaciones y sus sueños. Ten paciencia.*

Esperé unos minutos y llamé a casa de los padres de Cristina, con el fin de reanudar la conversación; sin embargo, la línea estaba ocupada. Lo intenté un par de veces, sin éxito. Frustrado, cogí mi chaqueta y salí a la playa, donde las olas del mar y el cielo nocturno calmarían mi agitación.



Abril llegó con un torbellino de emociones y tareas pendientes. Los eventos literarios se acumulaban en mi agenda como hojas otoñales en un parque. Presentaciones, firmas de libros, entrevistas; cada compromiso era una hoja que volaba lejos, llevándose un poco de la esperanza de ver a Cristina. A pesar de la distancia, su voz al teléfono era el hilo que mantenía unidos los fragmentos de mi paciencia.

Cada conversación telefónica era como un oasis en medio de un desierto, pero también un recordatorio de la brecha que nos separaba. Cristina luchaba con sus propios demonios, su familia atravesaba por conflictos que la consumían, pues el ingreso de su abuelo se había prolongado, y las chicas de la banda no facilitaban las cosas. Las primeras grietas en su relación con ellas comenzaron a aparecer, pequeñas al principio, pero cada vez más profundas. La música, que siempre había sido su refugio, ahora parecía una celda de la que no podía escapar.

—Pol, estoy agotada —me confesó una noche, desde el teléfono de una cabina; su voz, apenas un susurro—. Las peleas en casa son constantes, y las chicas… no sé qué pasa con ellas. Es como si hubiera una barrera invisible que nos separa. Les he dicho que, ahora que tenemos promotor y nos va a ver más gente, podríamos componer nuestras propias canciones, intercalarlas con las versiones. Noa está de acuerdo conmigo, pero Marga no lo tiene tan claro.

Intenté consolarla, ofrecer palabras de ánimo, pero la impotencia me carcomía. Quería estar allí, abrazarla, decirle que todo estaría bien; aun así, las palabras se perdían en la distancia.

—Cristina, eres fuerte; más de lo que crees. Y las chicas… Las diferencias se superarán. La música os unirá de nuevo —dije, aunque en mi corazón temía que no fuera suficiente.

Los días pasaban y con ellos, la tensión crecía. Las llamadas de Cristina se volvían más esporádicas, sus silencios más largos. Sabía que algo se estaba rompiendo; sin embargo, no podía alcanzarlo para repararlo. La banda estaba al borde de la disolución y Cristina, en medio del caos, parecía perderse.

Mayo trajo consigo la promesa de cambios. El abuelo de Cristina finalmente salió del hospital y la familia respiró aliviada. No obstante, la calma no duró mucho. Una tarde, mientras me preparaba para otra presentación, recibí su llamada en un hotel de A Coruña, donde estaba alojado por una feria literaria.

—Pol, necesito hablar contigo —dijo con urgencia—. Hay algo que tengo que decirte, algo que no puedo seguir guardando.

El corazón me latía con fuerza. ¿Era el momento que había estado esperando, pero también temiendo? ¿Iba a cortar aquel vínculo a distancia debido a la imposibilidad de vernos? ¿Iba a desvelar algún tipo de sentimiento hacia mí?

—He tomado una decisión —comenzó, sus palabras flotando en la línea telefónica—. Voy a dejar la banda. No puedo seguir así, dividida con las tensiones que hay entre nosotras.

—¿Estás segura? —pregunté. Mi voz sonaba velada por el alivio y la decepción a partes iguales—. La música es tu pasión, Cris.

—Lo es, pero también lo es *mi* música. Y tú… tú también eres importante para mí, Pol. Llevamos diciendo de vernos semanas y semanas.

—Entonces, ¿qué harás? —dije.

—Lo dejaré al finalizar el verano: me he comprometido a hacer todos esos conciertos con ellas. Noa tampoco está muy contenta, piensa que podríamos tener un repertorio variado, con versiones y nuestros propios temas.

—Que sigas hasta finalizar tu compromiso con la banda te retrata como la gran persona que eres, Cris.

—Gracias por comprenderme, Pol. Debes estar hasta el gorro de mí y de mis paranoias.

—En absoluto, me encanta poder hablar contigo. Escuchar tu voz es todo un regalo.

Se hizo el silencio.

—Ya, pero aún así me siento mal porque cada vez que hablamos es para que te suelte el rollo. Así que, venga, háblame de ti. ¿Cómo estás? ¿Cómo tienes la agenda? —preguntó, provocándome una sonrisa con aquella muestra de cercanía y familiaridad.

—Apretada —contesté con amargura—. Al tener material publicable en los siguientes dos años, creo que van a exprimirme más para promocionar: salones, ferias de libros, presentaciones en bibliotecas, librerías… —Respiré hondo y proseguí—: Cris, tengo compromisos hasta mediados de septiembre. No quiero darte una visión negativa de todo esto. Estoy bien y me encanta este mundo, promocionar mis historias y conocer a toda esa gente que las lee es maravilloso. Sin embargo, aunque esté rodeado de tantas personas, me siento muy solo. ¿Te acuerdas cuando me dijiste que yo te ayudaba a sacar la cabeza de todo lo que te rodea? Pues algo similar me pasa a mí cuando hablo contigo: me siento en paz y a gusto.

—Oh, Pol. Cuánto lo siento. Te prometo que haré lo posible por ir a verte a Barcelona una vez acabe el circuito de conciertos. Te compensaré por todo el apoyo que me has ofrecido —hizo una larga pausa—. ¿Sabes? Pensaba que mantener una amistad a distancia como la que tenemos no podía ser sostenible y ahora resulta que nuestras llamadas son una especie de salvavidas, algo que espero. Te confieso que me produce una gran frustración cuando no podemos hablar.

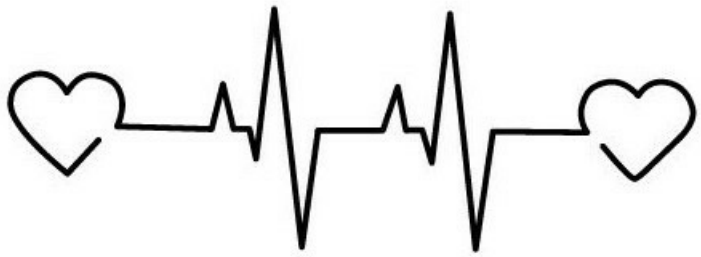
De nuevo, aquellas palabras evocaban momentos del pasado. Erika. Estábamos acercándonos a un límite que no me gustaba. Cristina volvía a hablar de amistad, como en nuestra primera cita. Si todo desembocaba en una amistad, la historia volvería a repetirse. No me sentiría con ánimos de pedir una relación más profunda a una amiga. Ya había vivido aquello y no estaba dispuesto a pasar de nuevo por una experiencia similar.

Sin embargo, sus palabras también me transmitieron cierta esperanza. Mi corazón me decía que Cristina posiblemente no se sintiera cómoda confesando sus sentimientos a través de la línea telefónica. Que anhelara nuestras conversaciones me hacía intuir que «amistad» era tan solo un eufemismo de algo más profundo.

Me aferré a esa esperanza, depositándola en un rincón de mi corazón, con el deseo de que fuese creciendo hasta florecer en algo más grande.

—Cuando acabemos con nuestros compromisos, Cris, nos encontraremos en persona, ya sea en Barcelona o en Terrassa. Recuperaremos todo el tiempo que la distancia nos ha quitado.

—Eso será maravilloso, Pol. Se me va a hacer muy largo.



Pasó el verano. Fue largo y laborioso. Visité casi toda España con Adela: Murcia, Huelva, Cantabria, León, Euskadi, Madrid, Extremadura, Sevilla… Desde cada punto que visitaba, enviaba una postal a Cristina, intentando insuflar mi añoranza en cada línea que le escribía. La llamaba siempre que podía, pero no la localizaba en todas las ocasiones, pues DiVersiones habían empezado un circuito de conciertos, llegando a ser incluidas en muchos programas de fiestas locales.

Como fruto a todo aquel esfuerzo, las ventas de mi nueva novela fueron astronómicas. Este volumen remolcó a la primera obra, que volvió a ser editada durante el mes de agosto y vuelta a distribuir en librerías durante septiembre.

Cuando Adela y yo volvimos a Barcelona en la tercera semana de septiembre decidimos tomarnos unas vacaciones.

—Tienes que ir a por Cristina —me dijo, mientras nos alejábamos del área de recogida de equipaje en el aeropuerto de El Prat.

Durante toda aquella promoción de la novela, la amistad con mi editora se había estrechado hasta el punto de haberle explicado parte de mi pasado. Estaba al corriente de mi historia con Erika y Sara. También sabía sobre mi extraña situación con Cristina.

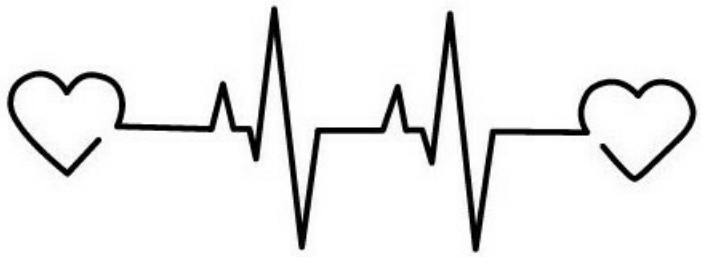
—Ayer llamé a casa de sus padres y me dijo su hermana que estaba en Girona, tocando con la banda —comenté, apresurando mi paso. Estar en ese aeropuerto me desagradaba, pues había sido escenario de un episodio triste en mi vida. Era inevitable para mí pensar en Sara.

—Tendrías que decirle lo que sientes por ella, Pol.

—Si fuera tan fácil… Todo parece ponerse en nuestra contra —contesté con un suspiro—. Además, ella siempre habla de amistad. Para mí no es buena señal.

—Pues eso también tienes que aclararlo con ella.

Eso, por supuesto, tuvo que esperar unos días, pues nada más regresar Cristina de Girona, me llamó diciéndome que su abuelo había fallecido. La oí muy afectada y declinó la idea de quedar, pues debía ayudar a sus padres a hacer los cambios pertinentes, tras la marcha del difunto.



Octubre llegó. La primera semana anunció la entrada del otoño con todos sus accesorios: bajada de temperatura y lluvias. El miércoles de la segunda semana llamé a Cristina y le pregunté cómo estaba.

—Todavía estoy muy tocada con la muerte de mi abuelo y un poco agobiada con el inicio de curso, ahora que soy profesora a jornada completa —me explicó.

—¿Te apetece quedar para charlar y tomar un café? —propuse, sin alzar demasiado las expectativas.

—Nada me gustaría más, Pol —contestó ella dulcemente.

«Ahora es cuando viene la razón por la que me dice que no puede ser», pensé.

—No tengo ensayo, porque no tengo banda. Me aburro en casa, así que es una grandísima idea. Este sábado tenemos visita de unos familiares, pero el domingo lo tengo libre. ¿Te parece bien vernos en Barcelona por la tarde? —preguntó.

—Me parece estupendo, Cris —contesté sin poder disimular mi alegría—. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo de verte a ti —contestó ella, haciendo que mi cuerpo fuera sacudido por la emoción.

Recuerdo que toda esa semana llovió continuadamente y, una hora antes de nuestra cita, cesó, lo que me pareció un auténtico milagro. La esperé dentro de la estación de Plaça Catalunya, con la expectación y la emoción en mi pecho. Cristina emergió de las escaleras mecánicas como una visión otoñal. Su pelo rizado, largo y castaño caía en cascada sobre sus hombros, brillando con tonos de cobre y ámbar bajo la luz tenue de la estación. Sus gafas de montura fina enmarcaban su cara redondeada, acentuando la suavidad de sus rasgos y la calidez de la sonrisa que me dedicó al verme entre la multitud.

Vestía de manera impecable para un día fresco de otoño; un abrigo largo de lana en tono beige que complementaba a la perfección su cuerpo curvilíneo. Alrededor del cuello, un pañuelo de seda con estampado de hojas otoñales. Bajo el abrigo, un suéter de cuello alto, que prometía confort y elegancia, y una falda de corte clásico que caía justo por encima de la rodilla. Sus botas de cuero marrón, con un sutil brillo, se alzaban hasta la mitad de la pantorrilla y en su mano, un bolso.

Al verla, sentí que todo el bullicio de la estación de Plaça Catalunya se desvanecía y solo quedábamos ella y yo, en un momento suspendido en el tiempo, donde la belleza de lo inesperado se hacía presente.

Cuando llegó a mí, me abrazó y me dio un beso en la mejilla, que depositó con una ternura que me hizo estremecer. El abrazo se prolongó durante unos segundos. Todos mis sentidos se agudizaron concentrándose en ella.

—¿Cómo está usted, celebridad de las letras? —preguntó con una sonrisa cálida y dulce. Sus

ojos brillaban con una luz que me hipnotizó, atrapándome en un embelesamiento del que pude salir a duras penas para contestar:

—Todavía agotado de tanto viajar. Ha sido una locura. —Observé embobado su bello rostro, para después sonreír y añadir—: Vamos, sé de un sitio donde podemos hablar tranquilamente.

Salimos al exterior, donde la humedad de la tarde nos recibió. Cristina se abrochó el abrigo y la conduje por Ronda de Sant Pere, en dirección a la Plaça Urquinaona. A los pocos metros de caminar, Cristina me cogió del brazo y pegó su cuerpo al mío, sorprendiéndome y, al mismo tiempo, calentando mi alma con su cercanía. La gente a nuestro alrededor se convertía en meras sombras mientras nos abríamos paso por la concurrida acera, aún húmeda por la lluvia reciente. Su voz, clara y melodiosa, se elevaba por encima del murmullo de la ciudad y cada palabra que pronunciaba era como una melodía que solo yo podía apreciar plenamente.

—¿A dónde me llevas? —preguntó con curiosidad, su mirada chispeante de interés.

—A un rincón secreto de la ciudad —respondí con un guiño y añadí—: Un lugar donde el tiempo parece detenerse y el café sabe a promesas.

—Me encanta cuando hablas así —dijo sonriéndome.

El camino se nos hizo corto y pronto llegamos a la cafetería-librería Laie, ubicada en la calle Pau Clarís. El aroma del café recién hecho nos envolvió al entrar. Cristina se quitó el abrigo y sus ojos brillaron con aprobación al ver el ambiente acogedor del lugar.

Nos sentamos en una mesa apartada, bajo una ventana. Pedimos dos cafés y compartimos una enorme porción de pastel de manzana mientras hablábamos de las últimas semanas y de cómo nos iba en nuestras vidas.

—Tengo ganas de verte en el escenario —confesé.

Ella enarcó las cejas.

—Cuando te vi aquella noche con Noa y Sofía… Estabas espectacular —le dije.

—¿Por el modelito que llevaba puesto? —bromeó Cristina.

—Fue todo en conjunto: tu aspecto rockero, tu melena rizada, tu manera de moverte, cómo tus dedos recorrían el mástil de la guitarra y cómo modulabas la voz… Todo… Estabas cautivadora.

Cristina bajó la mirada, pero pude ver una sonrisa disimulada en los labios.

—Gracias —dijo, mirándome a los ojos. Pinchó con el tenedor un trozo de tarta y lo introdujo con elegancia en su boca.

Salimos una vez pagué la consumición y dirigimos los pasos hacia Les Rambles. Cristina volvió a agarrarme del brazo.

—Pol, ¿te has dado cuenta de que nos conocimos en julio del año pasado y apenas nos hemos podido ver?

—Es cierto, ha sido un año complicado para ambos, ¿verdad?

—Sí, es cierto, pero a la vez es una pena no haber quedado más. Me siento bien hablando contigo y más si te tengo en persona.

Las palabras de Cristina me produjeron un cosquilleo en la columna vertebral. Sonreí ante aquella sensación.

—Poder hablar en todos aquellos momentos contigo al teléfono fue mi vía de escape… una especie de refugio.

Fui a decirle que ella también había supuesto mi bálsamo en momentos en los que mis compromisos editoriales parecían ahogarme, pero una voz nos interrumpió.

—Parejita, ¿os hago un retrato?

Nos giramos hacia el origen de aquella voz y vimos que era un artista callejero que nos hacía

señas para que nos acercásemos. Así lo hicimos. Contemplé las obras que exponía en diversos caballetes. Era realmente bueno.

—¿Te apetece? —pregunté a Cristina, quien pareció ruborizarse un poco, pero aceptó.

Nos sentamos uno al lado del otro, en unas sencillas sillas plegables, delante del artista, que se presentó como Carles.

—¿En serio? ¿Vais a posar uno al lado del otro? —exclamó al vernos. Se levantó y se dirigió a mí—. Mira, chico, siéntate detrás de ella.

Seguí sus instrucciones. Después, como si fuéramos títeres, puso mi brazo por delante de Cristina, como si la estuviera abrazando. A continuación, hizo que ella posara sus manos en mi brazo. Finalmente, unió nuestras cabezas.

Carles comenzó a dibujar con trazos seguros y fluidos y, mientras tanto, yo no podía dejar de pensar en lo cerca que estaba de Cristina. Su perfume llegaba a mi olfato, creando una atmósfera casi mágica. Sentía el calor de su cuerpo y cada vez que ella se movía, una corriente eléctrica parecía recorrer mi piel.

Estar tan cerca de Cristina, después de tantos meses de conversaciones telefónicas, era abrumador. Sus palabras resonaban en mi mente, dándome cuenta de que, aunque nuestras interacciones habían sido limitadas, habían sido intensas y significativas. Ella había sido mi consuelo en los días más grises y ahora, sentado detrás de ella, con mi brazo rodeando su figura, sentía una conexión que iba más allá de lo físico.

El artista nos pidió que mantuviéramos la pose, pero para mí, el tiempo parecía haberse detenido. Observaba cómo Carles capturaba nuestra esencia en el papel y me preguntaba si sería capaz de plasmar la complejidad de lo que sentíamos en ese momento. ¿Podría un retrato transmitir la profundidad de una relación que había florecido en la distancia?

Mientras posábamos, Cristina apoyó su cabeza ligeramente contra la mía y un sentimiento de tranquilidad me invadió. A pesar de la incertidumbre del futuro, en ese instante, todo parecía posible.

—¿Estás cómoda? —susurré.

—No recuerdo la última vez que me sentí tan bien —contestó.

Fue una hora maravillosa, en la que íbamos hablando mientras seguíamos abrazados de aquella manera. Cuando Carles finalizó, nos levantamos para contemplar el resultado y vimos que había valido la pena.



—¡Es genial! —exclamó Cristina.

—Y ahora es todo tuyo —dijo Carles, enrollando el retrato e introduciéndolo en un tubo de cartón.

Le pagué y añadí una buena propina. Le di el tubo a Cristina.

—Para que tengas un recuerdo de este reencuentro.

—Gracias —replicó Cristina y me dio un abrazo.

Seguimos caminando por Les Rambles. Cristina volvió a agarrarse a mi brazo con ternura y así fuimos en silencio, entrelazando una complicidad que no necesitaba palabras. Llegamos hasta el puerto y alcanzamos la zona de Maremagnum. Paseamos, hablamos, contemplamos las vistas del mar y cómo el cielo iba adoptando un hermoso tono púrpura. En un momento dado, nos detuvimos a ver el horizonte, donde el mar y el cielo se unían. Cristina me rodeó la cintura con su brazo y yo sus hombros con el mío. Me sentí en paz con el mundo y con la vida. Estaba donde quería estar y con quien deseaba estar.

—Pol —dijo Cristina en un tono bajo, cerca de mi oído—. Está siendo una tarde maravillosa. Me has hecho olvidar todos los meses pasados en solo unas horas.

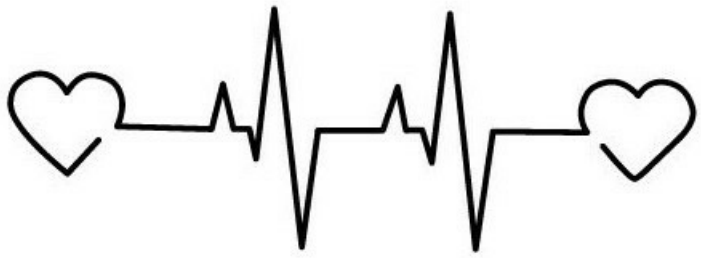
Tenía razón. Había sido una cita que superó los dos encuentros anteriores, porque, sin habernos dado cuenta, habíamos construido una confianza sólida a partir de las conversaciones de teléfono y la distancia. Lo que creí que finalmente me separaría de ella había obrado a favor de establecer un fuerte nexo basado en una familiaridad y en una cercanía mutua. Noté a Cristina aquella tarde confiada, segura y a gusto. No paraba de sonreír y de hablar sobre sus sueños y su música, de la misma manera que mostraba un interés genuino cuando me preguntaba sobre mis

proyectos y las innumerables sesiones de firmas a las que había asistido. Ella también me hizo sentir cómodo. A pesar de haber logrado publicar mis novelas y haber aparecido en entrevistas para diarios y emisoras de radio, yo seguía viéndome como ese joven de barrio, tímido y discreto. Y vi que ella tenía esa misma visión.

—He notado muchos cambios en mi vida en los últimos meses y empiezo a ver las cosas de otra manera. Me has ayudado mucho en todo ese proceso, Pol. He ganado confianza en mí misma y me has hecho sentir fuerte. Has tenido una gran paciencia conmigo y jamás te has quejado de mis momentos bajos, al contrario, siempre estabas ahí: atento y escuchando— hizo una pausa, se giró, me abrazó y me susurró—: Gracias.

En ese momento, envuelto en el abrazo de aquella extraordinaria mujer y por primera vez en años, me sentí enamorado de una forma distinta. Había sido un amor a primera vista, pero no por eso fue fugaz, sino que fue creciendo poco a poco, alimentándose de las miradas cómplices y sonrisas que habíamos compartido en los breves encuentros posteriores. Todas esas preocupaciones, ansiedades, deseos y sueños cruzados mediante el hilo telefónico habían contribuido a fortalecernos. Hubo momentos en aquella tarde en los que no necesitamos palabras; nuestros corazones parecían compartir el lenguaje silencioso de quienes se conocen sin necesidad de hablar.

Rompimos el abrazo y seguimos caminando por el área de Maremagnum, cogidos de la mano, hasta que se hizo la hora de acompañar a Cristina a la estación de Plaça de Catalunya.



La estación bullía con la vida de la tarde. Los altavoces anunciaban llegadas y salidas en un zumbido constante, mientras que los viajeros se movían en un flujo incesante. El reloj de la estación marcaba las 20:10 y el tren de Cristina partiría en cinco minutos. Me sentía feliz por los momentos maravillosos que habíamos compartido y todas las conversaciones que habíamos intercambiado.

—Pol, esta cita ha sido… —Cristina buscaba las palabras, su mirada perdida en el ir y venir de la gente.

—Inolvidable —terminé la frase por ella, con una sonrisa nerviosa.

Nos detuvimos cerca del área de acceso. Cristina se mordió el labio inferior, una señal que había aprendido a interpretar en nuestros escasos encuentros como su indecisión.

—Cristina, hay algo que debo… —comencé, pero las palabras se me atascaron en la garganta.

Ella se acercó, su mano encontrando la mía.

—Pol, ¿qué pasa? —susurró.

Miré a mi alrededor, miré el reloj por encima de nuestras cabezas. El tiempo se agotaba.

—No quiero que te vayas sin…

—¿Sin qué? —preguntó, su voz era un hilo de curiosidad y algo más, algo que se parecía a la esperanza.

Respiré profundamente y cerré los ojos por un momento. Al abrirlos, la vi a ella tan cerca que podía contar las pecas en su nariz.

—Sin esto —dije y cerré la distancia entre nosotros.

Nuestros labios se encontraron en un beso tímido al principio, pero que pronto se profundizó, lleno de la pasión contenida de meses. El mundo se redujo a la sensación de sus labios contra los míos, suave y dulce, como el pastel de manzana que habíamos compartido.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento. Cristina tenía el rostro iluminado por la sonrisa más brillante y hermosa que había visto jamás.

—Eso era… —empezó Cristina.

—Lo que ambos estábamos esperando —terminé por ella, esta vez con confianza. Cristina asintió con vehemencia.

La megafonía anunció la llegada del tren con destino a Terrassa, un recordatorio cruel de la fugacidad del tiempo.

—¿Tienes que irte? —dije, la tristeza teñía mi voz.

—Sí, pero volveremos a vernos muy pronto —prometió Cristina, con una sonrisa que llevaba la promesa de futuros encuentros.

—Me gustas mucho, Cris. Estoy loco por ti desde el momento en que te vi —confesé, contra reloj.

Ella se ruborizó.

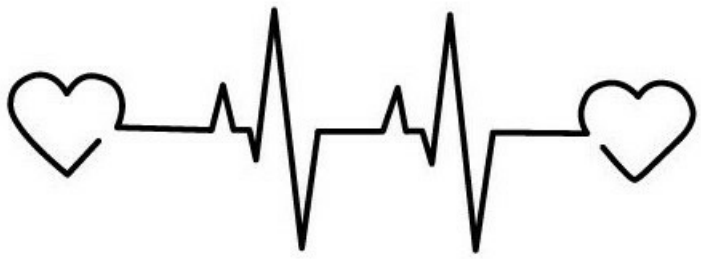
—A mí también me gustas, Pol. Siento algo muy especial por ti. Es maravilloso estar a tu lado.

Nos volvimos a besar dulcemente. Me sentí como en un sueño.

—Llámame cuando llegues —le pedí.

Nos volvimos a besar por última vez aquella tarde y después ella pasó por las barreras y bajó al andén, con sus hermosos rizos bailando al son de sus pasos.

Con el sabor de su beso aún en mis labios, esperé con ansias el día en que volveríamos a encontrarnos.



Ahora, mirando hacia atrás, comprendo que aquel amor a primera vista fue solo el preludio de una hermosa sinfonía compuesta de paciencia, confianza y el compromiso tácito de caminar juntos, sin importar lo que nos deparara el destino. Porque cuando el amor es verdadero, no se trata solo de la emoción del comienzo, sino de la construcción diaria de una vida compartida.

Como si cada mirada cruzada fuera una nota en el pentagrama; cada caricia, un acorde suave y cada palabra de aliento, un crescendo que eleva el espíritu. Los desafíos que enfrentamos juntos son como los movimientos contrastantes de una obra maestra, cada uno con su propio carácter, pero todos contribuyendo a la historia completa. Las discusiones y los malentendidos, lejos de ser disonancias, se convierten en tensiones necesarias que se resuelven en armonías más profundas.

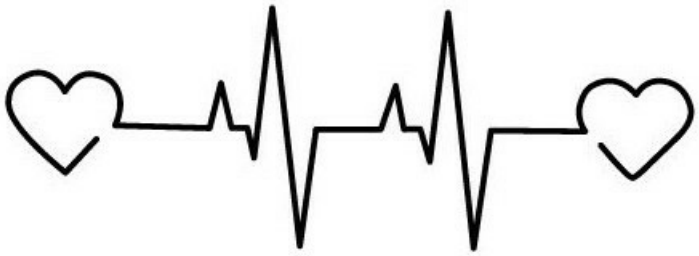
La rutina diaria, lejos de ser monótona, se convierte en el ritmo constante sobre el cual la melodía de nuestro amor puede improvisar y crecer. Los aniversarios y las pequeñas victorias son como los puntos culminantes de un rondó, momentos de triunfo y alegría que nos recuerdan por qué empezamos este viaje juntos.

Y así, con cada día que pasa, la música de nuestro amor se vuelve más rica, más compleja y más hermosa. Porque el verdadero amor no es un momento fugaz, capturado en el tiempo, sino una obra en constante evolución que se compone con cada experiencia compartida, cada obstáculo superado y cada sueño alcanzado juntos.

Es una sinfonía que solo puede ser escrita por dos corazones en perfecta sintonía, una melodía que resuena a través del tiempo y el espacio, eterna como las estrellas.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

UNA VIDA JUNTOS



1996-2023

Con el tiempo, ese sentimiento inicial, tan intenso y abrumador, se transformó en algo más profundo y sereno. Aprendimos a conocernos, a aceptar nuestras imperfecciones y a apreciar nuestras virtudes. Cristina descubrió mi mundo y yo el suyo.

Me presentó a su familia una noche para cenar. Me había imaginado ese momento muchas veces, pero nada se comparaba con la realidad de estar allí, con ellos, en la casa de la familia de Cristina, siendo presentado como su pareja. Isabel, su madre, me recibió con una sonrisa cálida, alabando mis libros, que tenía en una estantería, todos firmados por mí, por supuesto. Mientras que Antoni, su padre, me ofreció un firme apretón de manos que hablaba de sus años trabajando como electricista. Sonia, su hermana adolescente, tenía una energía contagiosa que llenaba el espacio con risas y anécdotas. Andreu, el mayor de los tres hermanos, me observaba con curiosidad, vestido con aspecto de rockero y el cabello largo recogido en una coleta.

—Por fin nos encontramos —dijo—. Cristina nos iba a presentar aquella noche que actuó por primera vez en la sala Bruma, pero desapareciste.

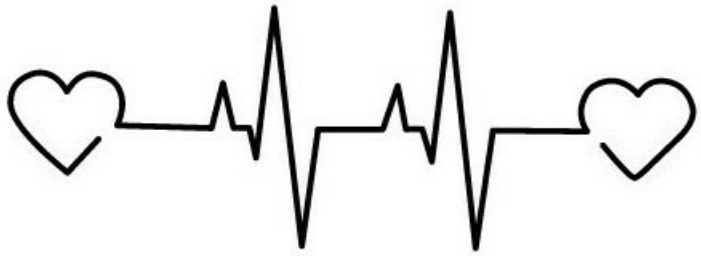
—Creí que eras su pareja y me evaporé del lugar —contesté. La familia rio con la anécdota.

La cena transcurrió entre historias familiares y platos que desprendían aromas caseros, en compañía de una familia que ahora me acogía como uno más. Isabel y Antoni compartieron conmigo algo de la historia familiar, mientras que Sonia y Andreu competían por contar la anécdota más divertida.

Y luego estaba Robin, el precioso Norfolk terrier que, con su hocico inquieto, iba de un lado a otro buscando un trozo de comida, atención y caricias. No era solo la mascota de la casa; era un miembro más de la familia, con su propio carácter y lugar en el sofá. Me recibió con ladridos alegres y un entusiasmo que solo los perros saben expresar, como si supiera que, a partir de ese día, yo también sería parte de su manada.

Al final de la noche, cuando las risas se apagaron y los platos se vaciaron, sentí una sensación de pertenencia a una familia que me había acogido con los brazos abiertos y sus corazones sin reservas.

Supe que ese era solo el comienzo de muchas más cenas, historias y momentos inolvidables. Mientras me despedía, con promesas de volver pronto, entendí que no únicamente había conocido a la familia de la persona que amaba, sino que había encontrado un nuevo hogar.



Cristina también se introdujo en mi mundo. Conoció la librería y se maravilló por el universo de letras en su interior.

—No me extraña que no quisieras cerrarla; es maravillosa. Deberían hacer un reportaje sobre ella; este lugar está lleno de encanto —dijo Cristina aquella tarde que vino a Barcelona, a cenar a mi casa.

Subimos y le enseñé mi hogar. Se quedó maravillada.

—Qué casa más amplia —dijo mirando a su alrededor.

—Quiero reformarla —le informé.

—¿Por qué?

—Estoy empezando una nueva etapa de mi vida. Una etapa contigo. Esta casa tiene demasiados recuerdos y quiero cambiarla a algo que esté a caballo entre el pasado y mi vida presente.

—Entiendo…

—Me gustaría preguntarte una cosa —dije y la cogí de la mano. La conduje al sofá y nos sentamos—. Llevamos un mes y medio citándonos y casi año y medio a distancia. Sé que es pronto, pero me gustaría proponerte que, cuando tú veas conveniente y, si quieres, vengas a vivir conmigo.

Me miró con asombro.

—Es una casa de propiedad —añadí—. No tenemos el problema de buscar piso o una hipoteca. Sé que comportará que tengas que dejar Terrassa y venir a Barcelona. Tu trabajo está allí y vivir aquí puede ser un inconveniente. No tienes que darme una respuesta ahora. Piénsalo. Alternativamente, podemos mirar una casa en Terrassa y trasladarme yo allí. A fin de cuentas, da igual el lugar, mientras estemos juntos y seamos felices.

Me dio un abrazo y me dijo que lo consideraría.

Jaime y Andrea vinieron a la cena, para que pudieran conocer a Cristina en un entorno más familiar. En un momento en que Cristina se excusó para ir al lavabo, Andrea se inclinó hacia mí y me susurró:

—Cristina es un cielo, ¿dónde está esa rockera apasionada que vimos en el escenario?

—Aparece cuando se cuelga la guitarra para patear culos —contesté.

—Pol, me alegro de verte tan feliz a su lado.

—Gracias, Andrea. La verdad es que siento que con Cris va a ser diferente a todo lo anterior. Cuando estoy con ella ya no pienso en el pasado, solo pienso en el ahora y en el día de mañana a su lado.

—¡Qué bonito es el amor verdadero! ¿Verdad, Jaime? —le preguntó a mi hermano.

—Bueno, eso es ahora, enano. Ya verás dentro de un tiempo —me dijo, socarrón como siempre.

Cristina volvió del lavabo y preguntó si ya habíamos acabado de cuchichear sobre ella. Jaime sonrió.

—Sí. Y ahora quería hablar contigo, futura cuñada.

—Vaya, qué raro suena eso de «cuñada», a ver si me acostumbro —bromeó Cristina.

—El tiempo obra milagros, créeme. Yo ya estoy acostumbrado a que me llame «enano» —asesté.

—Verás, Cristina —comenzó Jaime—. El bajista de mi grupo me ha dicho que buscan músicos de sesión en los estudios de música que hay cerca de aquí. Pensaron que yo me presentaría al puesto, pero a mí estas movidas no me van. No soy músico profesional, no tengo formación. Toco de oído. Me dicen que toque un FA bemol y me entra el acojone. Dicen que pagan bien. Si quieres presentarte al puesto y te interesa…

Cristina no pudo disimular la sorpresa y le dio las gracias a Jaime, diciéndole que lo consideraría.

Cuando Jaime y Andrea se fueron, nos dimos cuenta de que ya era demasiado tarde para que Cristina cogiera el tren.

—Voy a llamar a casa, para decir que no me esperen esta noche —anunció, guiñándome un ojo. La noticia me sorprendió, pues supuse que llamaría a su hermano para que viniera a recogerla.

—A-A-Adelante —balbuceé y le indiqué dónde tenía el aparato.

Al parecer, Isabel no se tomó demasiado bien la noticia de que su hija pasara la noche con su pareja y la cosa derivó en una discusión. Para mantenerme ocupado, recogí los platos y me dispuse a preparar unas copas, velas e incienso para crear algo de atmósfera tranquila.

—Estoy harta de que me trates como a una niña, dándome órdenes y diciéndome qué tengo que hacer o qué no. Tengo veintidós años y ya soy mayorcita para tomar mis decisiones de una vez.

Se despidió y colgó. Se giró hacia mí, que la esperaba con su copa de vino en una mano. Se la ofrecí.

—Gracias, cariño —me dijo y me besó.

Nos sentamos en el sofá. Ella suspiró.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Mi madre… —contestó con fastidio.

—Está en Terrassa y tú y yo, aquí. Mejor plan, imposible.

Ella rio dulcemente.

—Siempre consigues sacar hierro al asunto, ¿eh?

—Hago lo que puedo —contesté sonriendo. La contemplé unos instantes y añadí—: Estás pensativa desde que mi hermano te dijo lo de ese trabajo. ¿Le estás dando vueltas al asunto?

Cristina se quedó en silencio por un momento, procesando la información. Luego, con una mezcla de emoción y nerviosismo, me miró fijamente.

—¿En serio crees que debería intentarlo? —preguntó con una voz temblorosa.

—Por supuesto —respondí con entusiasmo—. Tienes un talento increíble y no solo lo digo yo. Todos los que te hemos visto en el escenario sabemos que tienes algo especial. Además, esta podría ser una gran oportunidad para que te establezcas aquí, en Barcelona. Lo del estudio puede llevarte a otra cosa. Por ejemplo, conocer a otros músicos con los que crear una banda. Siempre que trabajar en unos estudios te seduzca más que dar clases, claro.

Ella asintió, aún incrédula, pero con una chispa de emoción en sus ojos.

—Lo pensaré. No me veo dando clases toda mi vida. Es algo muy cíclico. Necesito variedad y trabajar en ese estudio puede ofrecerme más retos —dijo—. Pero ahora, hablemos de nosotros. La idea de vivir juntos… me atrae mucho. Y aunque Terrassa tiene su encanto, la verdad es que

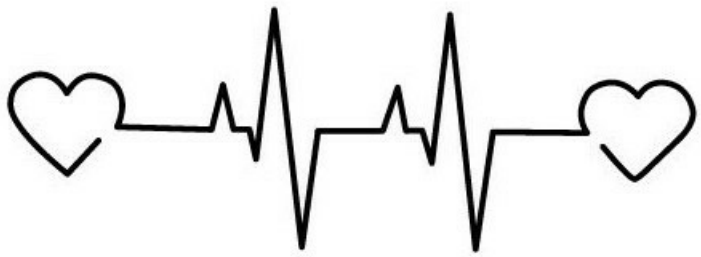
estar contigo en Barcelona suena como un sueño. No sé si me adaptaré a un entorno más animado y bullicioso, pero creo que podríamos intentarlo. Siempre podemos probar otra cosa si todo esto no funciona.

Asentí y nos abrazamos. Comenzamos a besarnos con pasión y urgencia. En un momento dado, ella se separó de mí. La luz de las velas reluciendo en sus ojos.

—Te amo, Cris —le dije.

—Y yo a ti.

Nos levantamos del sofá en sincronía. Continuamos besándonos mientras nuestros pasos nos llevaron a mi dormitorio. Aquella noche sellamos nuestro amor con pasión y una nueva vida se desplegó ante nuestros ojos.



La mudanza a mi casa, seis meses después de esa noche, fue un capítulo emocionante en nuestras vidas. Robin, su leal compañero canino, se adaptó rápidamente a su nuevo hogar, corriendo por los pasillos y reclamando su lugar en el sofá con una alegría contagiosa. Cristina y yo, encontramos en cada caja desempacada, un pedazo de nuestro futuro juntos.

La vida, como una melodía en constante evolución, nos llevó por caminos inesperados. Cristina, con su talento innato y su pasión por la música, fue aceptada en el estudio de música. Allí, su carrera despegó como un cohete. Cada nota que tocaba era un paso más hacia el estrellato. Su presencia en el estudio se convirtió en algo más que la de una simple música de sesión; se transformó en una fuente de inspiración para todos los que la rodeaban.

Cristina, con su guitarra en mano y una voz que resonaba con la sinceridad de las letras que escribía, no tardó en llamar la atención. Su habilidad para tejer emociones en melodías era innegable. Pronto, otros músicos se sintieron atraídos por su energía y su visión artística. Juntos, formaron una banda que reflejaba su espíritu rebelde y su amor por la música: Las Cuerdas del Destino.

La banda comenzó tocando en pequeños locales; cada actuación era una explosión de pasión y energía que cautivaba a todos los presentes. La química entre los miembros era palpable y su música, una mezcla de rock clásico con un toque moderno, comenzó a ganar seguidores. No pasó mucho tiempo antes de que Las Cuerdas del Destino fueran el tema de conversación en la escena musical local.

El gran salto llegó cuando un productor musical, impresionado por su actuación en un festival de música emergente, les ofreció grabar su primer álbum. El estudio de grabación se convirtió en su segundo hogar y, juntos, crearon un álbum que no solo mostraba su talento, sino que también contaba una historia: la historia de sus luchas, sueños y la inquebrantable esperanza que los mantenía unidos.

El lanzamiento del álbum fue un éxito rotundo. Las emisoras de radio no tardaron en poner sus canciones y Las Cuerdas del Destino se embarcaron en una gira que los llevó por todo el país. Con cada concierto, su base de fans crecía y, con ella, la confirmación de que Cristina y su

banda habían encontrado su lugar en el mundo de la música.



Y así, Cristina, continuó su viaje con su banda; cada acorde, una narrativa; cada canción, un capítulo; cada álbum, un volumen en la gran obra de su vida. La música era su diario y nosotros, los afortunados lectores de su historia en constante evolución.

La ascensión de Cristina al estrellato, lejos de distanciarnos, nos unió aún más. Yo encontré en su éxito una fuente de inspiración y un nuevo propósito. A medida que Las Cuerdas del Destino recorrían ciudades, yo estuve allí, no solo como su compañero, sino también como parte del equipo creativo. La adquisición de un ordenador portátil me permitió no solo colaborar en las letras, sino también continuar con mis obras literarias.

Mis días comenzaron a girar en torno a la música tanto como los de ella. Juntos, pasábamos horas hablando sobre sus temas, escribiendo letras y compartiendo ideas que más tarde se convertirían en las canciones que resonaban en los corazones de miles de seguidores y seguidoras. Nuestra relación se fortaleció en este proceso colaborativo; cada letra que escribíamos era un pedazo de nuestra historia entrelazada.

En la carretera, las largas horas de viaje se convertían en sesiones de bombardeos de ideas y los hoteles, en improvisados estudios de ensayo. La gira nos enseñó a apreciar los pequeños momentos juntos, ya fuera explorando una nueva ciudad o simplemente disfrutando de la tranquilidad antes de la vorágine de cada concierto.

La música nos había unido de una manera que nunca imaginamos. Mientras Cristina se subía al escenario, iluminada por los focos y aclamada por la multitud, yo me encontraba entre bastidores, lleno de orgullo y admiración. No era solo su éxito; era nuestro éxito compartido.

Y así, mientras Las Cuerdas del Destino seguían tocando, nuestra relación se convirtió en una sinfonía de amor y creatividad. Cada verso que escribíamos juntos era una promesa; cada melodía, un recuerdo y cada concierto, una celebración de nuestra unión. En este viaje musical,

encontramos no solo la fama y la realización, sino también el verdadero significado de ser compañeros de vida.

Mientras tanto, mi carrera como escritor se afianzaba. Cada libro que publicaba añadía un nuevo número de lectores y seguidores. Mis historias, reflejos de la vida que ahora compartía con Cristina, resonaban con autenticidad y pasión, ganándome el respeto y la admiración no solo de mis lectores, sino también de mis colegas.

Esos primeros dos años fueron intensos. Nuestro amor, ese sentimiento que había comenzado como una chispa, se convirtió en una llama inextinguible. Con cada día que pasaba, con cada desafío que enfrentábamos juntos, nuestro vínculo se fortalecía. No era solo la pasión de los primeros días; era una conexión profunda y verdadera que nos sostenía, nos elevaba y nos impulsaba a ser mejores personas.

Cristina, con su guitarra en mano, y yo, con mi pluma, creamos una sinfonía de vida, una obra maestra de amor y creatividad que resonaría a través del tiempo. Y así, en la danza de nuestras existencias entrelazadas, descubrimos que el verdadero arte no está solo en la música o en las palabras, sino en el corazón de quienes se atreven a amar sin límites.

Obviamente, tuvimos discusiones ocasionales, pero no fueron más que nubes pasajeras en un cielo mayormente despejado, en las que cada reconciliación nos unía aún más.

Después de tres años de lanzamientos discográficos, giras y conciertos. Cristina quiso hacer una pausa y disfrutar de una vida menos agitada.

—Me gusta la banda, pero siento que necesito estar más tiempo a solas contigo, en casa. Lo añoro —me dijo una noche después de un concierto.

De este modo vivimos un paréntesis en un ambiente doméstico, que no estuvo exento de momentos memorables, como cuando Robín persiguió a un ratón que se coló por la puerta de la librería y se escondió entre una montaña de libros. El animal, persistente en su persecución, comenzó a escarbar, desestabilizando la montaña de libros, que se derrumbó sobre el suelo. Acudí en su ayuda y fui sacando libros y más libros. Al final, el ratón escapó y Alba, gritando histérica, abrió la puerta de la entrada para que pudiera escapar.

Cristina acudió para ver qué sucedía y cuando vio todos aquellos libros desperdigados por el suelo exclamó:

—¡Robin! ¡Eres un trasto!

Iba a regañarlo cuando se detuvo y señaló el montón de libros que todavía quedaban apilados.

—Pol, ¿qué es eso? —dijo señalando al oscuro hueco entre los libros.

Me asomé y no pude creer lo que veía.

—¡Oh, Dios mío! ¡Era cierto! ¡Papá no bromeaba! —exclamé.

Empecé a quitar libros y libros con la ayuda de Cristina y Alba, hasta poner al descubierto la Vespa de mi abuelo. Acto seguido, llamé a Ramón, que ya había puesto en marcha su propio taller mecánico y acudió enseguida. Examinó la motocicleta y dictaminó que no estaba tan mal conservada como esperaba.

—Puedo tardar unos cuatro o cinco meses en ponerla a punto, una vez consiga las piezas de recambio necesarias —dijo y, mirándome, añadió—: Ve preparándote el carnet de motocicletas, tío.

Y así lo hice. Meses más tarde, llevé a Cristina a pasear en nuestra flamante y reacondicionada Vespa. Atesoro todavía el recuerdo de aquel primer paseo juntos. La Vespa resplandecía bajo el sol de la tarde; su pintura roja relucía como si hubiera capturado la esencia misma de la aventura. Cristina se subió detrás de mí, rodeando mi cintura con sus brazos y con

una sonrisa que reflejaba toda la emoción de nuestro nuevo comienzo.

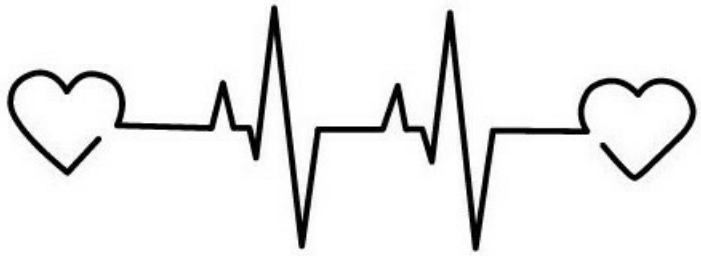
—¿Lista para la aventura de tu vida? —pregunté, mientras giraba la llave en el encendido.

—¡Siempre lo he estado! —respondió ella, con esa chispa en los ojos que siempre me había cautivado.

El motor de la Vespa cobró vida con un ronroneo suave y prometedor. Nos adentramos en las calles de Barcelona, dejando atrás la librería y su memorable caos de libros. La brisa fresca de la tarde jugaba con los cabellos de Cristina, que salían por debajo de su casco.

Tomamos una ruta siguiendo las calles menos transitadas. La Vespa se deslizaba con facilidad, como si conociera cada curva y cada rincón del camino. Conduje sin un rumbo fijo, solo con el deseo de sentir la libertad y la emoción de lo desconocido.

De este modo, Cristina y yo tejimos recuerdos inolvidables sobre la Vespa de mi abuelo, que ahora era también un poco nuestra. Nos acostumbramos a ir de pícnic a Collserola, a La Floresta, al Tibidabo o a la montaña de Montjuïc. Fueron unas excursiones maravillosas.



Nuestra boda, aquel precioso sábado de febrero en 2006, fue un reflejo de nosotros: sencilla, auténtica y llena de amor. No necesitábamos grandes adornos ni una multitud de invitados; solo la presencia de aquellos que realmente importaban: familia directa y amigos más cercanos. Jaime y Andreu estaban allí, en los juzgados, en calidad de testigos, con sonrisas que rivalizaban con el brillo del sol de aquella mañana. Cristina estaba radiante, su sencillo vestido blanco no era más que un complemento a la luz que emanaba de su ser. Cuando intercambiamos votos, supe que cada palabra sellaba una promesa eterna.

Tras la luna de miel, Cristina me anunció que Las Cuerdas del Destino iban a grabar un nuevo disco. La acogida del álbum fue buena y la gira supuso un largo circuito de conciertos. Coincidió que yo estaba de promoción de mi última novela y nos encontramos al principio del segundo mes del *tour*.

La gira fue un torbellino de emociones, conciertos inolvidables y el rugido constante de la multitud. Sin embargo, una noche, en medio de ese caos perfectamente orquestado, después de una aclamada actuación, Cristina me llevó a un lado; su mirada contenía un secreto que estaba a punto de transformar nuestras vidas.

—Pol —dijo, su voz apenas audible sobre el eco de la música que sonaba en los altavoces mientras la multitud de seguidores abandonaba el recinto—, vamos a ser padres.

En ese momento, el mundo se detuvo. La noticia cayó sobre mí como una dulce melodía, desvaneciendo el estruendo del local y dejándome sumido en un silencio reverente. Nuestro amor ahora daba paso a una nueva vida. La emoción me embargó y, abrazando a Cristina, supe que nuestro próximo álbum sería una nana, una oda a la promesa que crecía dentro de ella y que ya amábamos más que a la música misma.

El nacimiento de Ana Isabel fue el amanecer de una nueva era en nuestras vidas. Recuerdo cada detalle de ese día: la carrera al hospital, la espera interminable y, finalmente, el llanto poderoso que llenó la sala de partos. Cuando la sostuve en mis brazos, recién salida del vientre

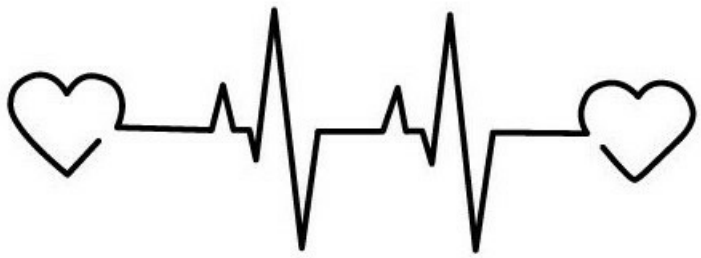
de Cristina, supe que mi mundo había cambiado para siempre. Era pequeña y perfecta, con los ojos de Cristina y algo indefinible que era enteramente suyo.

En 2007, año en que Anabel nació, Cristina se apartó definitivamente de su grupo musical y temporalmente de su empleo en el estudio para dedicarse al cuidado de Anabel, quien creció rodeada de libros y música, acompañada siempre de nuestro amor y cariño. Su llegada fortaleció nuestro vínculo y nos enseñó que el amor verdadero no solo se siente, sino que también se nutre y se construye día a día.

Dos años después, Cristina tomó la valiente decisión de embarcarse en una nueva aventura empresarial: abrir una tienda de discos. La vida nos presentó una oportunidad inesperada cuando el bar al lado de nuestra librería cerró sus puertas. Sin dudarlo, lo adquirimos y nos dedicamos con esmero a transformarlo, adaptándolo a las necesidades de la nueva empresa. Así, el antiguo bar se convirtió en un espacio vibrante y acogedor, donde la pasión por la música y los libros se entrelazaba en perfecta armonía, pues abrimos un acceso entre los dos locales, permitiendo que los clientes de la librería pudieran entrar directamente a la tienda de discos y viceversa, creando un flujo continuo y enriquecedor entre ambos mundos.

Contrario a lo esperado, el negocio floreció impulsado por las ventas tanto físicas como en línea, gracias a la página web diseñada por Cristina. Esto le brindó la flexibilidad de trabajar a la vez que se ocupaba de nuestra hija. Cristina no volvería a los estudios de grabación como música de sesión hasta que Anabel cumplió los catorce años y se convirtió en una adolescente más independiente.

Así, nuestra vida continuó, entre música y libros, entre el bullicio de Barcelona y la tranquilidad de nuestro hogar. Con cada paso que dábamos, tejíamos la historia de nuestra familia, una historia de amor profundo y verdadero.



La vida, a día de hoy, a mis 49 años, la considero como un constante fluir de personas que entran y salen de nuestro camino, dejando lecciones y recuerdos a su paso. Algunas permanecen a nuestro lado, otras se van sin mirar atrás. Pero cada una de ellas, de alguna manera, nos moldea y nos prepara para el siguiente capítulo de nuestra historia.

Cuando estoy frente a la pantalla de mi ordenador, escribiendo mis historias, a veces no puedo evitar ver esa tecla «ESC» como las siglas de las tres mujeres que moldearon mi vida: Erika, Sara y Cristina.

Cristina fue quien finalmente me enseñó que era hora de seguir adelante y a no torturarnos con lo que pudimos hacer y no hicimos en el pasado. Aprendí que la vida continúa sin Erika y sin Sara y, lo más importante: hay que aprender a confiar de nuevo y, sobre todo, aprender a perdonar.

Desde aquel primer beso en la estación de Plaça Catalunya, cada día con Cristina se convirtió en una lección de vida. Ella, con su sonrisa que derriba temores y su mirada que promete futuros, me mostró que cada cicatriz emocional es un mapa de las batallas que hemos sobrevivido y que cada una de ellas nos ha forjado en lo que ahora somos.

—El amor no es solo un bálsamo que suaviza el dolor del pasado —me dijo una tarde mientras observábamos el atardecer desde el Tibidabo—, sino un faro que ilumina un nuevo camino. Hay que mirar hacia delante, Pol. Sin miedo.

Erika y Sara fueron capítulos de mi vida que, aunque cerrados, me enseñaron lecciones valiosas. Pero fue Cristina quien me ayudó a leer entre líneas, a encontrar la sabiduría oculta en cada experiencia vivida. Con ella, aprendí que el perdón no es olvidar, sino recordar sin que duela; es liberarse de las cadenas que nos atan a los fantasmas del ayer.

Cristina trajo consigo un mundo lleno de colores que yo no sabía que existían. Me introdujo a la música que hace vibrar el alma y a la pasión por la vida que solo se encuentra en los pequeños detalles. Su amor fue el lienzo en el que pude pintar mis sueños y juntos creamos una obra maestra de momentos compartidos.

—La vida es un mosaico de instantes —me enseñó en otra ocasión— y cada pieza es esencial para el diseño completo.

Todas las vivencias a su lado obraron un gran cambio en mí. Dejé de ser aquel hombre indeciso y dubitativo. El adolescente inseguro de sus sentimientos cayó en el olvido. No obstante, la transformación no fue instantánea; fue un viaje. Un viaje donde cada paso adelante era un acto de fe y cada retroceso, una oportunidad para crecer. Cristina estuvo allí, en cada paso, sosteniendo mi mano y guiándome con su luz.

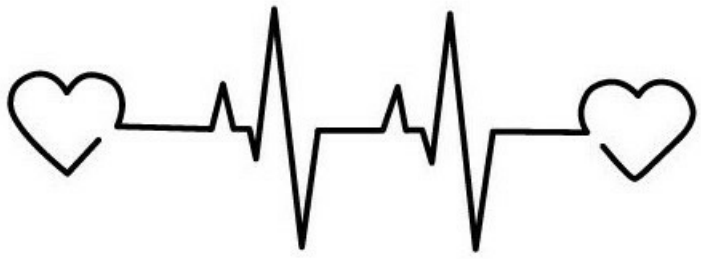
Y ahora, mientras escribo estas líneas, me doy cuenta de que Cristina no solo salvó mi vida; ella me dio una nueva. Una vida donde el amor es la fuerza que mueve montañas, donde la confianza es el puente sobre abismos de incertidumbre y donde el perdón es la llave que abre las puertas a un nuevo amanecer.

Gracias a Cristina, ahora sé que el amor verdadero no es aquel que ignora las sombras, sino el que se enfrenta a ellas con valentía, el que encuentra belleza en la imperfección y el que transforma el dolor en fuerza. Ella me enseñó que el amor es el alquimista que convierte el plomo de nuestros miedos en el oro de la esperanza.

Así que aquí estoy, al final de un capítulo, en una historia donde Cristina y yo somos los protagonistas de un amor que no solo nos cambió a nosotros, sino que también cambió el mundo a nuestro alrededor. Porque cuando dos almas se encuentran y se unen de la manera en que lo hicimos nosotros, el universo entero conspira para ayudarlas a brillar.

—El amor es la única magia real —susurró Cristina en cierta ocasión, mientras se acurrucaba a mi lado, una noche después de amarnos— y tú y yo somos sus magos, Pol.

Y yo, con una sonrisa que reflejaba la suya, no pude más que estar de acuerdo.



Aquí concluye mi manuscrito, una obra forjada en la urgencia de un plazo autoimpuesto: un mes que ha transcurrido en un abrir y cerrar de ojos. Treinta días para trazar en palabras el camino de mis andaduras en un mapa no geográfico, sino emocional. Ha sido un viaje agotador, un camino empedrado con el dolor de recuerdos que se resistían a permanecer en el olvido. Cada palabra escrita ha sido como presionar sobre una herida aún sensible, provocando que antiguas

cicatrices se desgarraran una vez más, dejando escapar la esencia de experiencias pasadas.

Sin embargo, este proceso ha sido de una importancia incalculable. Era necesario desenterrar esos fragmentos de mi historia, enfrentarse a ellos y, finalmente, darles forma a través de la narrativa. Aunque el manuscrito esté completo, mi trabajo no ha terminado. Las próximas semanas prometen ser igual de desafiantes, si no más, aunque lo que queda por hacer ahora me aleja del teclado de mi ordenador. Quedan tareas pendientes, decisiones que tomar y capítulos que cerrar; todos ellos tan cruciales como el acto de mirar atrás y plantar cara a los fantasmas de mi pasado. Enfrentarse a estos desafíos es de vital importancia para mí. Cada paso adelante, por doloroso que sea, es un paso hacia la resolución y la paz interior. Con cada línea que he escrito, he ido tejiendo un tapiz más rico y complejo de mi propia existencia y, aunque el proceso haya sido arduo, el resultado es una obra que refleja con sinceridad la profundidad de mi ser.

Ahora, con la vista puesta en el horizonte, me preparo para las siguientes etapas de este viaje, armado con coraje y determinación, listo para escribir los próximos capítulos de mi vida, aunque no sea yo quien finalmente los escriba en este manuscrito.

EPÍLOGO: POL



Septiembre 2023

Un último adiós,
es todo lo que pido,
un último adiós,
para cerrar este capítulo.

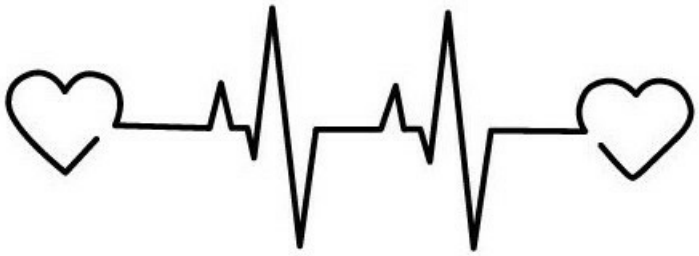
Un último adiós,
aunque duela en el alma,
un último adiós,
para encontrar la calma.

LAS CUERDAS DEL DESTINO

Adiós en silencio

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

REENCUENTROS



Septiembre de 2025

Ya han pasado dos años desde que Pol nos dejó y ahora tengo fuerzas de concluir este manuscrito, tal y como él mismo me pidió.

Antes de empezar, no puedo evitar evocar aquella mañana de sábado, en ese septiembre mágico de 1988, cuando fui a la librería de su padre, con el corazón lleno de emoción por encontrarme de nuevo con aquel chico excepcional que había conocido el día anterior.

Blue Velvet sonaba en el radiocasete de Lázaro en el momento en que entré en ese lugar lleno de encanto. Recuerdo que Pol y yo hablamos sobre *Cien años de soledad*, mientras sostenía en mis manos aquel ejemplar que todavía conservo con cariño entre mis libros. Tengo en mi memoria ese instante cuando le pregunté si se conformaría con vivir solo cincuenta vueltas al sol. Él me contestó que se conformaría con incluso menos, si era con la persona con la que fuese feliz. Desgraciadamente, Pol solo tuvo la oportunidad de realizar cuarenta y nueve vueltas al sol. Le faltó una para llegar a cincuenta; la muerte es tan intransigente que no permite ni la belleza de los números redondos.

La vida de Pol estuvo marcada por una serie de altibajos, una montaña rusa de emociones y experiencias que, como las páginas de un libro, se fueron acumulando en el volumen de su existencia. A pesar de los desafíos y las adversidades, su vida fue un testimonio del poder del amor, tanto recibido como dado. Este amor no fue un mero sentimiento pasajero, sino una fuerza transformadora que dejó una huella imborrable en aquellas y aquellos que tuvimos la fortuna de cruzarnos en su camino. Yo tuve la suerte de ser una de esas personas y me siento feliz de que fuese así, aunque al final pasara lo que pasó.

Durante su andadura en la vida, Pol aprendió a mirar hacia atrás, no con resentimiento o arrepentimiento, sino con una comprensión profunda y una aceptación pacífica de su historia personal. Cada error, cada triunfo, cada momento de duda y cada certeza contribuyeron a su crecimiento y maduración. Al final de su camino, logró una reconciliación con su pasado, entendiendo que cada paso dado fue esencial para convertirse en quien era.

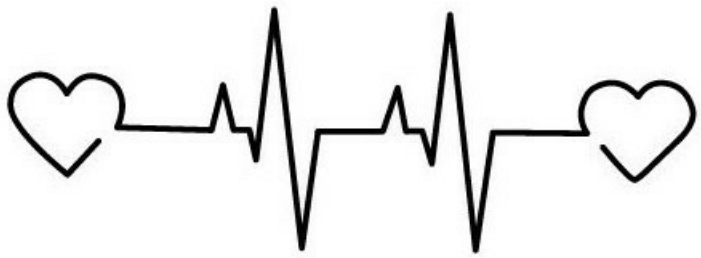
Esta reconciliación no fue un acto de resignación, sino de empoderamiento; un reconocimiento de que, aunque no podemos cambiar lo que ya ha sucedido, tenemos el poder de darle un nuevo significado y de permitir que nos guíe hacia un futuro más sabio y compasivo. Así se despidió de este mundo: no como alguien que huye de sus fantasmas, sino como alguien que ha aprendido a danzar con ellos en armonía.

Es total y absolutamente inenarrable la cantidad de emociones que me han asaltado al leer este manuscrito. No recuerdo haber llorado tanto en mucho tiempo. Lágrimas y lágrimas de alegría al recordar el pasado con él, a través de sus ojos y emociones; otras de tristeza, por muchas cosas que podrían haber sido tan diferentes. Lágrimas de alegría también por saber que finalmente encontró el amor no una, sino dos veces más.

Le echo de menos y, aunque amo a Koldo, mi marido, con todas mis fuerzas, Pol ocupa un lugar especial en mi corazón. El gran Gabriel García Márquez llegó a escribir una vez que «La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos y, gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado». También llegó a afirmar algo que es aplicable a nuestra relación: «Un verdadero amigo es quien te toma de la mano y te toca el corazón». Pol fue ese amigo. No tengo duda alguna al respecto.

La adolescencia es un periodo difícil en el que Pol entró con mal pie, al perder a su madre y pasar por un duelo sin apoyo o soporte profesional, que ahora sería lo más común, pero en aquellos tiempos no era muy usual. A esto se le añade el hecho de que los adolescentes carecen de las herramientas que la experiencia y la madurez pueden ofrecer para gestionar temas sentimentales. Si a esto también añadimos que Pol, aparte de poseer una capacidad casi infinita de amar, era dueño de una gran timidez, tenemos todos los factores para provocar la tormenta perfecta.

No está siendo fácil escribir estas líneas. Contribuir en este manuscrito es como entrar en la intimidad de Pol, pero finalizarlo fue un deseo expresado por él y mi intención es respetarlo, por aquellos años de amor y amistad.



Septiembre de 2023

Todo comenzó de nuevo una tarde hace un par de años, cuando recibí aquel mensaje en mi perfil de LinkedIn, la única red social en la que tengo una cuenta. Era él, me saludaba y me pedía que, por favor, pudiésemos hablar. Ver aquel mensaje me hizo, en cierto modo, olvidar mi presente y retroceder treinta y cinco años. Noté hasta un ligero rubor. Sin embargo, la urgencia en sus palabras me puso en guardia.

Quedamos para vernos mediante Zoom dos días después, un sábado por la tarde. Ahora, en retrospectiva, me puedo imaginar lo largas que tuvieron que hacérsele aquellas cuarenta y ocho horas.

Recibí el enlace a una reunión de Zoom por correo electrónico y, en el día y hora convenidos, me conecté puntualmente. Pol apareció en la pantalla, su presencia tan magnética como siempre. A pesar de las décadas transcurridas, las canas que salpicaban su cabello oscuro eran escasas, un testimonio de su juventud perdurable. Su barba, perfectamente recortada, enmarcaba una sonrisa que aún tenía el poder de desarmar. Sus ojos, aunque marcados por las líneas de la experiencia, conservaban ese brillo que siempre había sido su firma. Recordé que solía considerarse insulso y sin gracia, pero en mi memoria siempre lo representaba como ese chico que tanto me estimulaba

con su conversación y con el mundo que había compartido conmigo.

La última vez que lo había visto, era un joven prometedor con sueños tan grandes como su sonrisa. Ahora, a través de la ventana digital que nos conectaba, podía ver que esos sueños no habían sido en vano. Había una confianza en su porte que solo podía venir con los años de vivir plenamente, de tomar riesgos y cosechar recompensas.

—¿Cómo estás, Erika? —preguntó con una voz que resonó con la misma calidez de siempre.

El impacto de verlo así, transformado y, sin embargo, tan familiar, me dejó sin palabras por un momento. Era como si el tiempo se hubiera doblado sobre sí mismo y el pasado y el presente se fusionaran en la imagen de este hombre que había sido una parte tan vital de mi vida.

—Ha pasado tanto tiempo —logré decir finalmente—, pero parece que los años solo te han favorecido, Pol.

Él rio, un sonido rico y profundo que llenó la habitación y supe que, sin importar cuánto tiempo hubiera pasado o cuánto hubiéramos cambiado, nuestra conexión seguía intacta.

—Nada en comparación contigo —replicó—. Estás tan bonita como te recuerdo.

En aquel momento me ruboricé y un sentimiento de alarma me invadió. Durante los dos días previos a la reunión, había estado especulando acerca de la naturaleza de aquel reencuentro virtual. Recordaba que lo nuestro no había acabado del todo bien, a pesar de cinco años de amistad. ¿Querría alguna explicación a todos esos años de ausencia y silencio que vinieron después? ¿Querría una segunda oportunidad? Esas y otras ideas se me pasaron por la cabeza.

Sonreí, nerviosa. Para mi sorpresa, la conversación fluyó de forma cordial. Le expliqué que cursé traducción en Deusto. Durante mi paso por la universidad, un par de años después de volver a Euskadi, comencé a salir con Koldo, mi antiguo amigo de la infancia, con el que me casé y vivo hasta el momento en que escribo estas líneas. Pol me explicó sobre la muerte de su padre, cómo siguió con el negocio familiar y cómo, años más tarde, volvió a conocer el amor de la mano de una mujer llamada Cristina, con quien contrajo matrimonio y tuvo a una hija que llamaron Ana Isabel. No comentó nada sobre su éxito editorial, porque su fama ya le precedía allá donde iba.

—¿Eres feliz, Pol? —pregunté sonriente.

—Sí, mucho. Y afortunado. ¿Y tú?

—También, me siento muy unida a Koldo. Si quieres te lo puedo presentar —dije.

—¡Claro! —exclamó él con una sonrisa.

Fui a buscar a mi marido, que aquel sábado tenía libre en el trabajo y ambos nos sentamos delante de mi ordenador.

—Koldo, este es Pol, mi amigo del instituto.

Koldo y Pol se saludaron y estuvieron un par de minutos hablando, intercambiando preguntas. Después Koldo se retiró y nos dejó a solas de nuevo, no sin antes despedirse cordialmente de Pol, proponiendo reunirnos algún día en persona.

—¿Quieres conocer a mi esposa?

—Sí, me encantaría —respondí con una sonrisa genuina. Tuve curiosidad por saber quién había robado definitivamente el corazón de mi amigo. Se había convertido en escritor de fama, pero él y su familia siempre se habían mantenido muy al margen de los paparazzi.

Pol asintió y se giró para llamar a alguien fuera de la cámara. Un momento después, una mujer se unió a él en la pantalla, que saludó con una sonrisa cálida y ojos llenos de curiosidad.

—Erika, esta es Cristina, mi esposa —dijo Pol, presentándonos.

—Encantada de conocerte, Cristina —dije, notando cómo la presencia de Cristina traía un nuevo nivel de realidad a la situación.

Era una mujer de belleza serena, con una mirada que reflejaba inteligencia y compasión. Su cabello castaño caía en rizos suaves sobre sus hombros. Llevaba puesta una camiseta de una banda de rock, sin mangas, mostrando unos tatuajes de muy buen gusto en sus brazos.

—He oído mucho sobre ti —comentó Cristina, su voz era suave pero firme—. Pol me ha contado sobre vuestra amistad en el instituto.

Asentí, sintiendo una mezcla de emociones. Era extraño cómo la vida podía entrelazar los caminos de las personas de maneras tan inesperadas.

—Pol fue una gran parte de mi vida en aquel entonces —admití con una sonrisa—. Me alegra ver que ha encontrado a alguien que lo hace tan feliz.

La conversación entre las dos fluyó con facilidad, hablando sobre nuestras vidas, nuestras carreras y familias. Pol nos observaba con una sonrisa, claramente complacido, pensé, de ver a las dos mujeres más importantes de su vida llevándose bien.

Después de un rato, Cristina se disculpó.

—Debo dejaros, pues tengo que ayudar a Anabel con las *mates* —dijo—. Espero poder conocerte un día en persona, Erika. Eres tan amable como me había dicho Pol.

Sonreí, aunque hubo un gesto de Cristina que me llamó la atención antes de salir del ángulo de la cámara web. Puso una mano sobre el hombro de su marido y lo presionó con gentileza. Para mí, fue un claro signo de imbuir fuerzas para algo importante.

—Me alegra saber que estás con alguien que te hace feliz, Pol —repetí, una vez volvimos a estar a solas en un intento de retomar la conversación.

—Yo también me alegro de que seas feliz con Koldo. De hecho, me acuerdo de él —dijo Pol, ahora un poco más serio—. Cada vez que hablabas con él por teléfono me ponía muy celoso.

Se hizo un silencio denso y frío.

—¿Celoso? —pregunté con precaución.

—Sí, Erika. Verás… Uno de los dos motivos por los que quería hablar contigo es para decirte que estuve enamorado de ti desde el primer segundo en que te vi —me confesó—. Fue instantáneo. Viví enamorado de ti todos esos años y jamás te lo expresé, porque no sabía si sería correspondido. Éramos los amigos perfectos, teníamos una complicidad enorme y por eso tuve mucho miedo a perderte. Paradójicamente, ese miedo fue lo que hizo que definitivamente te perdiera aquella noche que me abrazaste y me dijiste que me querías.

La voz de Pol se quebró. Vi que estaba llorando.

—Lo siento, Erika —susurró, luchando por proyectar su voz a través de los sollozos.

Mi visión se hizo borrosa a causa de las lágrimas que inundaron mis ojos. Mi corazón latía acelerado. Él continuó hablando, dando rienda suelta a lo que durante años le había estado royendo por dentro.

—No lo supe gestionar, mi cabeza era un caos. Había confundido tu amistad con Daniel por otra cosa y, para colmo, había perdido a Sara meses antes de aquella última tarde. Dios mío, Erika, estaba hecho un lío… ¿Y tú? ¿Cuándo te enamoraste de mí?

—Desde el primer segundo en que te vi, al otro extremo de la grada, en el recreo del primer día de instituto. Me enamoré de ese chico que escribía versos en un cuaderno a su «musa inadvertida». Hice todo lo posible por estar siempre a tu lado. Hasta me inventé lo de las matemáticas en segundo de B.U.P. para que pudieras venir a casa de mis padres y pasar las tardes a tu lado —contesté entre sollozos.

Recuerdo que acaricié el rostro de Pol en la pantalla de mi portátil.

—Lo siento —repitió él.

—¿Qué sientes? —pregunté.

—No haberlo hecho mejor —contestó.

Negué con la cabeza. Me enjugué las lágrimas y respiré hondo, preparándome para confesar lo que desde hacía muchos años había deseado decirle.

—Me diste una gran amistad, Pol. La mejor que pude tener. Esa amistad arrojó luz en aquel momento en que me encontraba sola en una ciudad que no conocía; sola y lo peor de todo: sin amigos. Me tendiste tu mano, nada más verme. Y aunque jamás me lo confesaste, tu amor llegó a mí. Así que, por el amor de Dios, no vuelvas a decir que hiciste las cosas mal. Eras tan joven e inexperto como yo y tenías miedo a perderme. Ojalá no me hubiera ido, dolida y enfadada, a estudiar a Euskadi. Ojalá hubiera reaccionado de forma diferente, pero yo tampoco tenía experiencia en relaciones sentimentales. Siento que todo acabara de aquella manera.

»Has sido muy valiente, Pol, en contactar conmigo y no hay nada que perdonar. Lo pasado, pasado está, no podemos estar lamentándonos por lo que no hicimos. Creo que no hay que vivir en el pasado, porque eso nos hace desdichados, pero sí es importante reconciliarse con este y eso es algo que te agradezco.

Hubo una pausa. Pol sonreía, sus lágrimas todavía rodando por sus mejillas.

—Gracias, Erika. En cierto modo, eso es lo que estoy haciendo: reconciliándome con mi pasado… Cerrando capítulos —dijo y se detuvo. Miró hacia abajo, como si reflexionara. Comencé a sentirme nerviosa. Aquello parecía augurar algo oscuro.

—¿Pol? —inquirí—. ¿Qué sucede?

Siempre había sabido «leer» a Pol. Nuestra conexión fue tan profunda que sabía detectar cuándo estaba alegre o cuándo algo lo apenaba. Después de tantos años, todavía podía interpretar sus sentimientos con solo mirarlo a los ojos.

Él levantó la cabeza y miró a la cámara.

—Es la segunda razón por la que necesitaba hablar contigo. Hace… Verás… Hace unos meses… Comencé con jaquecas que fueron en aumento… La medicación no tuvo efecto y… Me llevaron a cabo diversas pruebas… Había otros síntomas…

—Dios mío, Pol, no… —dije. Mis lágrimas corrieron desbocadas. Negué con la cabeza, inconscientemente me aparté un poco de la pantalla, esperando lo que sabía que iba a ser una horrible noticia.

Él asintió.

—Es un tumor cerebral, Erika. Dispongo de tres meses… Cuatro… Siendo optimistas, claro.

Entendí el gesto de Cristina minutos atrás. Ella sabía todos los motivos de la videollamada y le estaba transmitiendo fuerzas a su esposo para comunicar aquella devastadora noticia.

—Quiero dejar este mundo con las deudas saldadas, Erika, y dejarte claro que te amé cada minuto que estuve contigo. Incluso hubo cierto eco de ese amor años más tarde. Después conocí a Cristina y ese amor quedó como el amor de un amigo en un lugar de mi corazón. Cristina es ahora el amor de mi vida, como Koldo es ahora el tuyo. Sin embargo, quedó pendiente hacerte llegar el mensaje de aquel muchacho que se despidió de ti en 1993, aquella noche en la calle, cerca de casa de tus padres. Eso es lo que estoy haciendo ahora.

»En su momento, meses atrás, también intenté contactar con Sara para despedirme, pero al igual que tú, no tenía redes sociales activas. En un principio eso me chocó. “Vaya”, pensé. “Dos chicas a las que amé y ambas parecen rehuir de las redes sociales”. Rafa, el marido de Dani, es policía y le pedí ayuda para localizarla. No tardó en comunicarme que Sara fue una de las víctimas del 11-M. Dejó atrás marido y trillizos. Treinta años, Erika. Treinta vueltas al sol. ¿En qué clase de mundo vivimos? Dios santo, la noticia me destrozó y me horrorizó. Pensar que el acto de unos terroristas había apagado la llama de sus ojos hizo que una parte de mí muriera.

No podía dejar de llorar mientras Pol me explicaba todo aquello. Él tampoco. Cuando acabó, me disculpé y le pedí que me esperara unos minutos. Fui al baño y allí, sentada sobre el borde de la bañera, lloré desconsoladamente. Koldo entró en el baño y se detuvo en la puerta, su silueta recortada contra la luz del pasillo. Su mirada era una mezcla de preocupación y amor. Se acercó y se sentó a mi lado, sin decir una palabra. Me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él, permitiéndome llorar en su hombro. Sentí su mano acariciando mi cabello, un gesto tan familiar y reconfortante que me permitió calmarme poco a poco.

—Erika, mi amor, ¿quieres hablar de ello? —preguntó Koldo con voz suave.

Asentí, aún con la voz entrecortada por el llanto.

—Pol está enfermo, muy enfermo. Solo le quedan unos meses… —logré decir.

Koldo me apretó más fuerte, como si intentara protegerme de la cruel realidad de esas palabras.

—Lo siento —susurró.

—No es justo, Koldo. No es justo que, después de todo este tiempo, cuando finalmente encuentra la paz, tenga que enfrentarse a eso —dije, sintiendo una nueva ola de tristeza.

—La vida rara vez es justa, pero lo importante es cómo respondemos a ella. Pol está haciendo las paces con su pasado y eso es valiente y hermoso —respondió Koldo, siempre el filósofo, incluso en los momentos más oscuros.

—Tienes razón. Y yo… yo necesito hacer lo mismo. No quiero que haya palabras no dichas o sentimientos no expresados entre nosotros —declaré, sintiendo una determinación creciente dentro de mí.

Koldo me miró, sus ojos llenos de apoyo.

—Entonces hagámoslo. Expresa lo que necesites, Erika. Estoy aquí para ti, ahora y siempre.

—Déjame antes despedirme de Pol, que me está esperando, y luego hablamos —dije, secándome las lágrimas y levantándome del borde de la bañera. Koldo asintió y me siguió de vuelta al estudio donde mi portátil seguía abierto, mostrando la imagen de Pol.

Me senté frente a la pantalla y respiré hondo antes de reanudar la videollamada. El rostro de mi amigo reflejaba una mezcla de tristeza y resignación, pero también una especie de paz.

—Pol, antes de que digas algo más, quiero que sepas que no hay nada que perdonar. Has sido una parte importante de mi vida y siempre lo serás —comencé, mi voz firme a pesar del nudo en mi garganta.

—Erika, no sabes cuánto significa para mí oír eso —respondió Pol, haciendo eco de algo que yo misma solía decirle. Una sonrisa triste adornó sus labios.

—Y quiero que sepas que, a pesar de los años y la distancia, el cariño que te tengo no ha cambiado. Siempre serás mi querido amigo, el chico de los versos, los relatos y las tardes de cine, libros y música. He leído cada uno de tus libros y en ellos me he reencontrado con él… contigo… —continué, recordando los momentos compartidos.

—Gracias, Erika. Eso es más de lo que podría haber pedido —dijo Pol. Se le notaba emocionado, pero tratando de mantener la compostura.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? ¿Algo que necesites o quieras? —pregunté, dispuesta a ofrecerle cualquier ayuda posible.

Pol se tomó un momento antes de responder.

—Solo una cosa. Me gustaría que escribieras algo para mí, tengo que repasarlo primero, pero te lo haré llegar en breve.

Asentí, las lágrimas amenazando con volver.

—Lo haré, Pol. También iré a verte, si no te resulta una intromisión, puedo entender un

«No», pues supongo que en estos momentos querrás estar al lado de los más queridos —prometí.

Pol asintió, agradecido, y luego su mirada se desvió, como si mirara hacia alguien fuera de la cámara. Después volvió a mirarme a través de la cámara y dijo:

—Si debo estar entre los más queridos, entonces faltarás tú, pero entiendo que tienes una vida y muchas responsabilidades. No puedo pedirte tal cosa.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y calló sobre mi pecho.

—Pol, yo también he aprendido con todo esto que, aparte de reconciliarse con el pasado, es importante hacer lo mejor posible en el presente para tener paz en el futuro. Trabajo desde casa, no tengo que ir a una oficina ni fichar. Puedo ir a verte.

—¿Y Koldo? ¿Qué pensará si te vas?

—Hablaré con él.

La conversación continuó un poco más, hablando de recuerdos y compartiendo risas a pesar de las circunstancias. Cuando llegó el momento de despedirnos, sentí una mezcla de tristeza y gratitud. Pol había cerrado su capítulo conmigo y ahora era el momento de cerrar el mío con él.

Después de colgar, me quedé mirando la pantalla por un momento. La reunión de Zoom había finalizado convirtiéndose en un puente a través del tiempo, un recordatorio de que algunas cosas, como la verdadera amistad, son eternas.

Cuando salí del estudio, Koldo había preparado algo de cena. La mesa estaba preparada muy cuidadosamente, haciendo gala del chef profesional que él es. Mantelería, servilletas, cubiertos y copas dispuestos impecablemente. La luz de las velas parpadeaba suavemente, reflejando destellos dorados en la botella de Rioja. Koldo había preparado nuestros platos favoritos, un gesto de amor que no pasó desapercibido para mí. Nos sentamos frente a frente y, por un momento, el silencio se llenó con el sonido de nuestros corazones y el chisporroteo de las llamas.

—¿Quieres hablar? —dijo él finalmente, rompiendo el silencio.

—Sí, hay algo que necesito preguntarte —contesté.

Él levantó la vista, sus ojos buscando los míos.

—Claro, Erika. Antes te dije que expresaras todo lo que te preocupa.

Respiré profundamente, las palabras que había ensayado en mi mente ahora luchaban por salir.

—Pol… Ya sabes… No tiene mucho tiempo. Me gustaría ir a verlo, para despedirme —las palabras salieron en un susurro, pero cargadas de una emoción que no pude contener.

Koldo asintió. Su expresión era seria, pero comprensiva.

—Lo entiendo, Erika. Es un asunto importante para ti y tienes todo mi apoyo —respondió, su mano encontrando la mía sobre la mesa.

—Pero no quiero irme si eso te va a causar algún dolor o preocupación. Nuestra relación significa todo para mí y está por encima de todo. Quiero que te quede muy claro —continué, apretando su mano.

—Erika, mi amor, nuestra relación se basa en la confianza y el apoyo mutuo. Ir a despedirte de Pol es algo que necesitas hacer y estaré aquí cuando regreses. No tienes que preocuparte por mí. Es más, puedo hablarlo en el trabajo e ir contigo, si eso te va a facilitar las cosas —dijo Koldo, su voz firme y segura.

Sus palabras me dieron el consuelo y la fuerza que necesitaba. Sabía que el viaje sería difícil, pero también sabía que era necesario. No solo para Pol, sino para mí también.

—¿Vendrías conmigo? —pregunté.

Él asintió, mientras me acariciaba la mano.

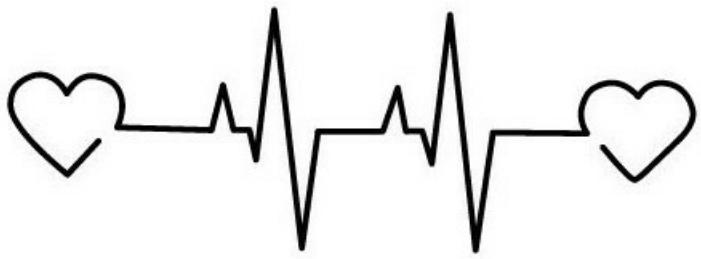
—Gracias, cariño. No sé qué haría sin ti —dije, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con

volver.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Siempre estaré a tu lado —prometió Koldo.

La cena transcurrió entre conversaciones sobre recuerdos y planes futuros, un recordatorio de que, a pesar de la tristeza del adiós inminente, la vida continúa y el amor perdura. Con cada bocado, con cada palabra, sentía cómo se reafirmaba el lazo que nos unía, un lazo que ni la distancia ni el tiempo podrían romper.

Más tarde, en la cama, nos quedamos en silencio, abrazados, mientras el mundo seguía girando fuera de nuestro pequeño santuario. Sabía que el camino por delante sería difícil, pero con Koldo a mi lado, sentía que me podía enfrentar a cualquier cosa. Incluso al adiós más doloroso.



Koldo y yo llegamos a Barcelona un viernes a las cuatro de la tarde y, después de registrarnos en un hotel en el Passeig de Gràcia, cogimos el metro hacia Poblenou. La ciudad estaba espléndida, aún después de haber pasado treinta años. A mi mente vinieron mil y un recuerdos que me emocionaron profundamente. Koldo, percibiendo mi emoción, me apretó la mano con dulzura, como si me asegurara que podía contar con él para lo que necesitara.

A las puertas de la Librería Ferrer, mi corazón latía con una mezcla de nostalgia y anticipación. A través del escaparate constaté que, a pesar de las reformas, cada rincón del lugar destilaba la misma esencia encantadora que había capturado mi alma juvenil. Los estantes, aunque nuevos, parecían susurrar historias del pasado y el olor a papel y tinta era un bálsamo para mi espíritu aventurero. No pude evitar sonreír al recordar aquel sábado treinta y cinco años atrás, cuando, con mi mejor vestido, había cruzado esas mismas puertas para encontrarme con Pol, el muchacho que había robado mi atención y, sin saberlo, un pedazo de mi corazón.

Justo al lado del establecimiento había una tienda de discos donde antaño hubo un bar.

BLUE VELVET RECORDS

Sonreí ante el nombre en el rótulo. El recuerdo de Pol, con su sonrisa fácil y su mirada llena de sueños, se materializó en mi mente, con un sentimiento de nostalgia y cariño. Era un sentimiento agridulce; la alegría de aquellos días dorados se entremezclaba con la melancolía de lo que nunca llegó a ser. Koldo, siempre atento, se mantuvo a mi lado, ofreciéndome un apoyo silencioso que decía más que mil palabras. Sabía que, aunque el pasado estaba lleno de «qué habría sido», el presente me ofrecía un «qué será» lleno de posibilidades junto a él. Con un suspiro cargado de recuerdos y una mirada hacia el futuro, me adentré en la librería, lista para descubrir los nuevos capítulos que la vida me tenía preparados.

Dentro, tras el mostrador, se hallaba Alba.

—¡Dios mío, Erika! —exclamó al verme. Cuando llegó a mí, ya lloraba y me estaba haciendo llorar de emoción. Verla tan cambiada, pero con aquella expresión de plenitud en todo su ser, hizo que se me hinchara el corazón. Le presenté a Koldo y enseguida se pusieron a hablar

cordialmente.

Un ladrido llegó de la trastienda y una perrita de color canela salió disparada a averiguar quién había llegado.

—¡Thelma, calma, chica! —Oí una voz detrás de Alba.

Allí estaba Pol. Cambiado, pero era él, indudablemente. Llevaba un bastón y se aproximó a mí con una ligera cojera. Me separé de Alba y Koldo y me aproximé a él. Nos abrazamos sin decir una palabra, aceptándolo todo, perdonándolo todo mutuamente.

—Has venido, finalmente… —sus palabras resonaron con un peso que solo los años de separación y el anhelo podían conferir.

—No podía faltar —respondí, con la voz temblorosa por la emoción. La familiaridad de su abrazo me envolvió y por un momento, las décadas se disolvieron en el calor de nuestro reencuentro.

Nos separamos ligeramente para mirarnos a los ojos, buscando en ellos las historias no contadas y los sueños compartidos que una vez nos habían unido. Pol, con una sonrisa que reflejaba tanto la alegría del momento como la tristeza de los años perdidos, me guio hacia un rincón tranquilo de la librería.

—Quiero mostrarte algo —dijo, llevándome hacia una estantería repleta de libros antiguos. Con un gesto cuidadoso, extrajo un volumen de tapa dura, desgastado por el tiempo, pero claramente atesorado. Era una primera edición de su novela más famosa, *La memoria de nuestro sentir*, aquella que había catapultado su nombre al estrellato literario.

—Este… este es para ti —murmuró, extendiéndome el libro con manos que temblaban ligeramente—. Siempre quise que tuvieras una copia de la primera edición.

Tomé el libro con reverencia, sintiendo el peso de su significado. Abrí la portada y allí, en la primera página, estaba su dedicatoria, escrita con una caligrafía que no había cambiado con el tiempo:

Para Erika,
La musa inadvertida que inspiró más que palabras.
Con amor eterno,
Pol.

Las lágrimas brotaron de mis ojos y no pude contener un sollozo. Pol me abrazó de nuevo y, en ese abrazo, encontramos un consuelo mutuo, una aceptación de lo que había sido nuestra historia.

—Gracias, Pol —susurré—. No sabes cuánto significa esto para mí.

Nos quedamos así durante lo que pareció una eternidad, hasta que Thelma, con su entusiasmo canino, decidió que era hora de romper el momento, empujando su nariz entre nosotros con un juguetón ladrido.

Aproveché para presentarle a Koldo y, para mi sorpresa, no se dieron la mano, sino un afectuoso abrazo.

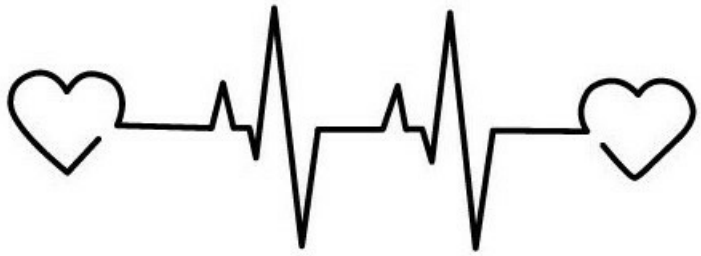
—Al fin nos conocemos —dijo Pol con una sonrisa conciliadora—. Creí que fuiste un rival años atrás.

—Pues yo te consideré de la misma manera —contestó Koldo con otra sonrisa—. Dos años más me costó que me hiciera caso.

Reímos.

—Lo sé y me alegro de que la cosa saliera bien —repuso Pol con una sonrisa—, pero bueno, menudo anfitrión estoy hecho. Por favor, acompañadme arriba, a casa, que os presento a Cristina

y a Anabel.



Aquella noche fuimos invitados a cenar a casa de la familia de Pol. Estuvieron él, Cristina y la hija de ambos, Anabel. También se unieron Jaime, Andrea y sus dos hijos. Fue una velada encantadora, en la que compartimos historias y anécdotas. Estar en aquel hogar me trajo recuerdos hermosos; aunque habían hecho reformas, aún esperaba que en algún momento Lázaro apareciera por la puerta del comedor, me saludara y me sonriera de aquella manera tan dulce y cariñosa.

Después de los postres, Jaime, Koldo y Pol se encargaron de la vajilla, de preparar café y licores. Desde el comedor escuchamos sus risas, mientras bromeaban entre ellos. Los primos se fueron a una habitación a echar unas partidas a la videoconsola y Andrea, Cristina y yo nos quedamos en el comedor.

—Nunca me sentí tan culpable en la vida —confesé.

—¿Por qué dices eso, Erika? —dijo Cristina y dio un sorbo a su copa de vino.

—Por el daño que le hice.

La mujer se encogió de hombros.

—Erais muy jóvenes, Erika. Él también vivió con esa espina. A Pol siempre le ha costado mostrar sus sentimientos; multiplícalo por tres, teniendo entre catorce y dieciocho años. Ama inmensamente, hasta tal punto que sus palabras se quedan cortas. Créeme, lo conozco desde hace un tiempo. —Cristina de repente se puso seria—. En circunstancias normales, no le hubiera dejado que os reencontrarais, discúlpame si te soy brutalmente sincera. Sin embargo, ahora, en su situación, no puedo impedirle nada. Está en tiempo de descuento y está liberando todo el lastre que ha tenido durante su vida. No quiere irse de este mundo con la mochila cargada de remordimientos.

Comencé a llorar. Cristina se levantó y, agachándose, me sostuvo las dos manos.

—Erika, no llores. Fue tu mejor amigo y tú, su mejor amiga. Eso es imborrable. Quizá estuvisteis destinados a eso. Atesora esa amistad, incluso cuando no esté.

—¿Qué vais a hacer estos días?

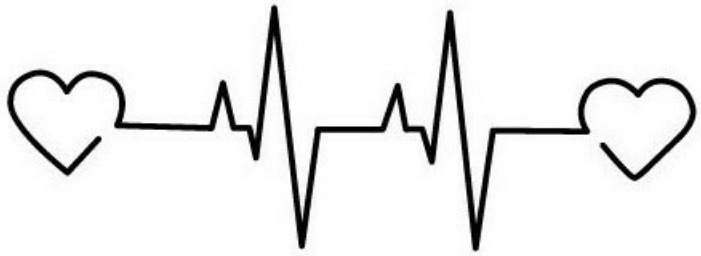
—Despedirnos, de la mejor manera posible. El domingo nos vamos a una habitación del Hotel Les Arts. Queríamos ir más lejos, hacer un último viaje, pero no es posible, pues su estado es delicado y pueden darle espasmos y dolores fuertes; mejor estar cerca de su playa, pero en un entorno diferente. Le está afectando el sistema psicomotor, por eso lleva bastón. Su andar se va volviendo más inseguro.

»Vamos a pasar unos días juntos, con Anabel. Una simulación de viaje. Después volveremos aquí y esperaremos. El diagnóstico no fue optimista, Erika. Lo que Pol no quiere es despedirse de ti y el resto de sus amigos sumergido en dolor. Quiere hacerlo mientras esté fuerte. Quiere hacerlo ya.

Asentí. Tomé una mano de Cristina, que derramaba lágrimas mientras hablaba.

—Si puedo ayudar en algo…

—Ya lo estás haciendo, Erika. Él ya está en paz. Le has ayudado a quitarse una espina clavada desde hacía mucho tiempo.



Al día siguiente, el sol brillaba con fuerza sobre la Barceloneta, reflejando la luz en las olas que besaban la orilla. Koldo y yo llegamos temprano, caminando por la arena aún fresca, dejando huellas que se borraban con cada nueva ola. A lo lejos, vi a Ramón, Miguelete, Chema, Irene, Alba y Lara, cada uno con sus hijos, jugando al fútbol o simplemente disfrutando del calor del sol. Vislumbré a Pol, Cristina y Anabel conversando con Adela, su editora, y Manel, marido de esta.

Nos saludamos con abrazos y sonrisas, como si el tiempo no hubiera pasado. Los jóvenes corrían hacia el agua, riendo y gritando en una cacofonía de alegría pura. Era un cuadro de felicidad que me llenó de una calidez que no sentía desde hacía años.

Hubo un rato en el que me senté al lado de Pol, mientras Koldo hablaba con Andrea y Cristina. Era como en los tiempos de instituto: Pol y yo juntos, aunque la gente nos rodeara.

—Amiga mía —dijo con la voz suave, una tierna sonrisa y un claro destino impreso en sus ojos—. Me alegro de que hayas vuelto, aunque sea para una despedida.

Agaché la cabeza, reprimiendo las lágrimas. Noté sus dedos bajo el mentón y cómo, gentilmente, me elevó la cabeza hasta tomar contacto visual.

—No estés triste, Erika. Sé que el manuscrito que te he pasado te ha podido emocionar o entristecer, pero lo hice porque quería dejar testimonio de que, a pesar de lo ocurrido, todo tiene un sentido. Me convertiste en quien soy ahora, tuviste ese poder transformador, de la misma manera que lo hizo Sara y después Cristina a lo largo de todo este tiempo juntos. No me habría convertido en escritor si no hubiese sido por todo el aliento que me diste y todos tus consejos como curtida lectora que ya eras siendo tan joven. Convertirme en escritor me llevó a conocer a Cristina. Sara me enseñó no solo a amar, sino a fotografiar. Logré sacar aquella foto de Cristina con la que la comencé a cortejar.

»La razón de que quisiera que vinieras fue para convencerte de que quizá no lo hicimos todo tan mal, sino que, con nuestros actos, conseguimos que las piezas se pusieran en su sitio con el tiempo. De que tú tuvieras tu vida con Koldo y yo con Cristina.

Sonreí y lo abracé.

—Te quiero, amigo mío.

—Te quiero, amiga mía.

Fue la manera de decirnos cuánto nos amábamos y de qué manera: como solo los auténticos mejores amigos lo hacen.

Después de unas horas bajo el sol, decidimos ir a comer. Nos dirigimos a un conocido restaurante en la Barceloneta, donde nos esperaba una mesa grande, con vistas al mar, cuyo

aroma se mezclaba con el de los platos de marisco y paella que pronto ocuparían nuestra mesa.

Mientras esperábamos la comida, comenzamos a intercambiar recuerdos. Chistes viejos y anécdotas del pasado fluían con la misma facilidad que el vino que bebíamos. Alba recordó aquel viaje de fin de curso a Mallorca, donde Miguelete había perdido su bañador en el mar. Irene compartió la historia de cómo Chema había intentado impresionarla con su habilidad para bailar flamenco, solo para terminar con un pie enyesado. Lara contó la anécdota de cuando tuvieron que llevar a Ramón a una caseta de la Cruz Roja, estando en un camping, después de soltar una ventosidad descomunal que se saldó con un punto de sutura. Aquello hizo que riéramos hasta llorar.

Los chicos nos miraban, a veces con incredulidad, otras con risas, al escuchar las historias de sus padres en tiempos más jóvenes y despreocupados. Fue un momento de conexión, no solo entre nosotros, sino también con las nuevas generaciones que crecían ante nuestros ojos.

La comida llegó y nos entregamos a ella con entusiasmo. Entre bocado y bocado, las conversaciones seguían y las risas se hacían más fuertes. Por un momento, el peso de los años y de la inminente despedida de Pol se desvaneció y todos volvimos a ser aquellos jóvenes llenos de sueños y esperanzas.

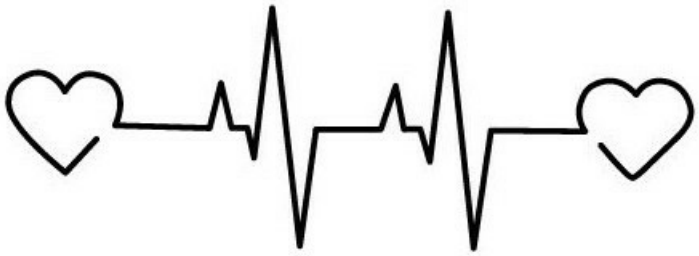
Después de la comida, nos quedamos un rato más, disfrutando de la brisa marina y del sonido de las olas. Los chicos y chicas jugaban en la playa o iban al agua y nosotros, los adultos, nos permitimos ser un poco niños también, dejando que el mar nos lavara los pies y el alma.

Fue un día perfecto, un regalo inesperado del destino, que nos recordaba que, a pesar de todo lo que habíamos cambiado, algunas cosas, como la amistad y el amor, permanecen siempre. Fuimos plenamente conscientes de que ese día podría ser el último en que estaríamos todos juntos.

Y así fue.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

UN ÚLTIMO ADIÓS



No poseo la habilidad de escribir como lo hacía Pol. Tampoco puedo igualar la destreza literaria de Erika, aunque Pol siempre me decía que sí la tenía, cuando escribía conmigo mis canciones. Aún así, voy a cumplir con mi promesa de dar punto final a este manuscrito, a pesar de sentirme incapaz de plasmar todo el dolor que experimento tras la pérdida de quien fue mi esposo, mi amante y mi mejor amigo. Quizás no se trate de expresar ese dolor. No. Creo que Pol no deseaba que Erika y yo hiciéramos tal cosa en esta parte del manuscrito.

Me limitaré a relatar nuestra despedida, que él no pudo escribir porque, aunque conocía cómo sería, carecía de la fuerza para traspasarlo al papel. Pol quiso que su despedida fuese similar a la que compartió con Sara, que cada minuto contase.

Omitiré narrar sobre esos últimos días en los que estuvo relativamente bien y disfrutamos de nuestra compañía mutua. Esos momentos los atesoro para mí y para nuestra hija, quien también estuvo a nuestro lado. Tampoco describiré sus últimas dos semanas, que fueron tan duras para él, atormentado por su enfermedad.



Pol nos dejó una mañana de noviembre de 2023 y se marchó en compañía de todos los que lo amamos. La sala de espera de aquella planta del Hospital Vall d'Hebron acogió a familiares y amigos. No faltó nadie, incluso Erika volvió desde Bilbao para ese último adiós. La llamé la misma tarde en que el equipo médico nos comunicó que era cuestión de horas y a la mañana siguiente ya había llegado a Barcelona.

Por turnos, Ramón, Lara, Chema, Irene, Miguelete, Alba, Andrea, Jaime, Erika y Adela fueron entrando para despedirse. Jamás en mi vida había hecho yo un acto de contención de emociones tan grande como aquel día. Me mantuve seria, pero firme, observando las vistas a Barcelona desde la ventana del pasillo, evitando ver cómo sus amigos y amigas salían de la

habitación donde Pol pasaba sus últimos momentos en este mundo. Oí sus sollozos, sus lamentos y sus llantos, una vez de vuelta a la sala de espera.

Cuando Erika salió de la habitación, me puso la mano en el hombro y marchó con el resto. Ahora nos tocaba a Anabel y a mí estar con Pol, a quien acompañamos durante dos horas en las que no dejé de hablar con él. No hubo disculpas por posibles actos erróneos, suyos o míos. Solo le hablé de todo lo que le amaba y de los buenos momentos que pasamos.

La sedación iba progresando sumiéndolo en el limbo que le apartaría de mi voz. No obstante, Pol hizo un último esfuerzo, entreabrió los ojos y me dijo:

—Te amo, Cris. —Después giró levemente la cabeza hacia Anabel—. Te amo, hija mía.

Nos besamos tiernamente, un beso tan dulce como el primero que nos dimos bajo el reloj de la estación de Plaça Catalunya. Anabel dio un beso a su padre en la mejilla, con las lágrimas desbocadas. Minutos después, aquel corazón tan grande y tierno, que latió con todo tipo de pasiones durante poco más de 49 años, se detuvo, dejando un gran vacío en las vidas de quienes lo conocimos.



Pol recibió sepultura dos días después en el cementerio de Montjuic. Recuerdo que aquella mañana me desperté notando con la mano derecha la frialdad y el vacío del lado de la cama que Pol acostumbraba a ocupar. El horrible pensamiento de que ese lugar seguiría vacío hasta el fin de mis días me invadió. Las primeras lágrimas comenzaron a brotar, lloré en silencio. Mi cuerpo comenzó a encogerse hasta quedarme en posición fetal.

Oí la voz de Anabel, hablándome desde la puerta de la habitación.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —preguntó en un susurro.

—Dame unos minutos, hija —contesté en un hilo de voz.

Se acercó a mí y me abrazó. No tuve fuerzas para abrazarla, pero el contacto de su cuerpo resultó reconfortante.

—Voy a hacer el desayuno —anunció. Dieciséis años y ya tan responsable y madura.

Me quedé en la cama, incapaz de levantarme y enfrentarme a ver de nuevo a Pol en aquel ataúd. Incapaz de acompañarlo al nicho donde los restos del hombre de mi vida permanecerán para siempre.

Escuché a Anabel hablando con alguien al teléfono y, al cabo de media hora, oí el timbre de la puerta de casa. A los segundos noté una mano sobre el hombro y la voz de Lara susurrándome al oído:

—Cariño, se va a hacer tarde, hemos venido a acompañarte.

Me giré y vi, a través de mi visión borrosa por las lágrimas, las figuras de Lara y Alba. Mis amigas, que «heredé» de Pol, habían venido en mi ayuda.

Me levanté y las abracé. Iban elegantemente vestidas, Lara, con chaqueta, blusa y pantalón; Alba, con un elegante vestido que marcaba su todavía esbelta figura.

Fui al baño y me duché. En aquella ocasión la puerta de la mampara no se abrió para que Pol entrara y se duchara conmigo, me acariciara y me besara. Aquello no volvería a pasar. Me sequé

el pelo y, vestida con el albornoz, roí una tostada que me costó la vida tragar. Bebí el café que Anabel me había preparado y fui a vestirme. Nadie habló durante esos momentos. El dolor nos había enmudecido.

Cuando estuve preparada, salimos a la calle donde varios coches aparcados en doble fila nos esperaban. Anabel y yo íbamos en el monovolumen de mis cuñados, con mis sobrinos, y Alba y Lara en los de sus respectivas familias.

Metí la guitarra, que transportaba en su funda, en el amplio maletero del vehículo y entré con Anabel. Mis sobrinos me abrazaron y me dieron un beso en silencio, antes de acomodarnos en los asientos. Andrea condujo en aquella ocasión; mi cuñado no estaba en condiciones de ir al volante.

Al entierro asistió el alcalde, gran seguidor de sus novelas, algunos periodistas que lo conocieron y algún que otro regidor. El cortejo fúnebre avanzó lentamente por las calles del cementerio, seguido por una multitud silenciosa que rendía homenaje a Pol. Las flores cubrían el ataúd en su totalidad.

El acto previo, al finalizar el responso, fue una sucesión de palabras de despedida, que comenzaron con la voz temblorosa del alcalde, quien compartió anécdotas de las novelas de Pol y cómo estas habían tocado su vida. Luego, uno a uno, los amigos más cercanos se acercaron al micrófono. Cada discurso fue un mosaico de emociones, un intento de pintar la esencia de Pol con palabras.

Erika, con su voz firme, pero cargada de emoción, habló de la amistad que compartió con Pol. Describió cómo dicha amistad trascendió el tiempo y se convirtió en un vínculo inquebrantable, a pesar de la distancia y la falta de comunicación.

Anabel, aunque joven, se mantuvo valiente al hablar. Sus palabras eran sencillas, pero profundas, reflejando la admiración y el amor que sentía por su padre. Habló de los juegos, las risas y las lecciones de vida que Pol le había enseñado.

Rota por la pérdida, me había sentido incapaz de escribir un discurso de despedida que, supuse, no podría pronunciar en su momento. Así que, en lugar de eso, hice algo que a él le hubiera gustado. Siempre me decía que cuando tenía una guitarra en mis manos toda mi timidez se esfumaba y por ese motivo preparé algo que me permitiría despedirme de él a mi manera.

Con la ayuda de Helena, una de las músicas que trabajan conmigo en el estudio de grabación, preparamos una versión acústica, a dos guitarras del tema de Carlos Santana, *Love Of My Life*. Jamás podré agradecer a aquella chica, de bonitos rasgos asiáticos, cómo me relevó a la voz cuando, en un momento de la letra, el dolor por la pérdida me invadió y las palabras se negaron a salir. Helena, con una voz suave y emotiva, llenó el espacio con una calidez que solo la música puede ofrecer. Su interpretación fue más que una canción; fue un abrazo sonoro para todos los presentes, un consuelo en medio del adiós.

La música se convirtió en un nexo entre el mundo terrenal y el recuerdo de Pol, uniendo en acordes el dolor y la belleza de la vida.

Mientras las últimas notas se desvanecían en el aire, el silencio que siguió fue un testimonio poderoso del impacto que Pol había tenido en nuestras vidas. No hubo necesidad de palabras; la música había dicho todo lo que había que decir. Y en ese momento, aunque el vacío de su ausencia era palpable, también lo era la certeza de que su amor seguiría vibrando en nuestros corazones, como las cuerdas de una guitarra que, una vez tocadas y grabadas, nunca dejan de sonar en nuestra memoria. Las cuerdas del destino.



Después del funeral, cumplimos el último deseo de Pol: reencontrarnos todas y todos con su esencia. Su grupo de amigos, con sus hijos e hijas, Anabel, mis dos hermanos, Jaime, Andrea, mis sobrinos, Adela, Manel, Erika y yo, fuimos donde él siempre se retiraba a pensar, relajarse y encontrarse consigo mismo: la playa.

Ramón trajo una nevera portátil enorme, llena de hielo y botellas de cava. Alba trajo dos cajas de copas. La brisa marina acariciaba nuestras caras mientras descorchábamos las botellas y el sonido del mar se mezclaba con el tintineo de las copas. Brindamos, primero en silencio, cada uno perdido en sus recuerdos de Pol. Llantos silenciosos, otros no tanto. Cada uno mostrando su duelo y su dolor a su manera. Luego, tímidamente, las palabras comenzaron a fluir con anécdotas y risas que rompían la solemnidad del momento.

Erika, con su copa en alto, recordó las largas, pero divertidas discusiones literarias con Pol y su pasión por las palabras. Alba habló de su generosidad, de cómo Pol siempre tenía tiempo para escuchar. Chema, con su voz grave, mencionó la integridad de Pol, su compromiso con la verdad. Anabel, mi querida hija, apenas pudo expresar su amor antes de que las lágrimas le cortaran la voz.

Los jóvenes, con la timidez propia de su edad, también levantaron sus copas. Los hijos de Ramón y Lara, Chema e Irene y los de Alba y Miguelete habían crecido con las historias de Pol como telón de fondo de sus vidas.

Fue Lara quien, con una sonrisa triste, nos instó a dejar una marca en la arena.

—Un corazón —dijo—, grande como el de Pol. Hagámoslo, como en los viejos tiempos, cuando veníamos a la playa después de clase y hacíamos figuras en la arena.

Y así, movidos por un impulso colectivo, comenzamos a modelar ese corazón. Las manos de todos, grandes y pequeñas, trabajaron juntas, amontonando arena, delineando un corazón enorme en la playa que Pol tanto amaba, sin importarnos que nuestros vestidos y trajes que llevábamos puestos para el funeral se vieran cubiertos de arena.

Mientras el sol descendía, el corazón de arena tomó forma y cada uno de nosotros depositó una flor a su alrededor. Los ramos y coronas fúnebres habían sido tantos que nos habíamos apoderado de algunas. Jaime y Andrea, los últimos en añadir sus flores, se abrazaron, encontrando consuelo en el acto compartido. Jamás había visto a Jaime, siempre de buen humor

y optimista, tan abatido y devastado. La familia Ferrer había sido un núcleo muy reducido: sus padres, su hermano y una tía. Jaime había tenido que pasar por el doloroso trance de asistir a sus funerales.

Todos hicimos un corro alrededor de la figura, en silencio, uniendo nuestras manos, rindiendo un tributo silencioso a quien había sido nuestro amigo, compañero o amante, en mi caso.

Allí, con el corazón de arena como testigo, sentí la presencia de Pol más fuerte que nunca. Su amor por la vida, su pasión por la escritura, su risa contagiosa, todo parecía impregnado en ese momento y lugar. Sentimos que él estaba en cada uno de nosotros, como siempre estuvo desde el momento en que se cruzó en nuestras vidas. Aunque el dolor de su ausencia era agudo, también había una sensación de paz, de haber cumplido su último deseo.

El sol iba ocultándose a nuestras espaldas, calentándonos tímidamente. Nos quedamos allí, en silencio, hasta que solo quedó el murmullo de las olas y la certeza de que, aunque Pol se había ido, su espíritu permanecería siempre con nosotros, tan inmenso y profundo como el mar ante nuestros ojos.



FIN

Terrassa
06/05/2024
14/06/2024

El autógrafo (Relato)

Sábado, 6 de marzo de 2004

No sé por qué mi tata[16] se empeña en pedirme que vaya a la sesión de firmas de ese autor. Comprendo que puede ser un engorro con los trillizos, pero le he dicho miles de veces que cuente conmigo para que haga de canguro.

—Tú y Fran tenéis que tomaros un respiro de vez en cuando —le comento esa tarde, antes de ir al FNAC—. No hay problema, son buenos «sobris» y se portan divinamente. Pueden quedarse toda la tarde conmigo mientras vais a por ese autógrafo.

Mi hermana niega con la cabeza, con una expresión indescifrable en su cara y los ojos ocultando algo que no soy capaz de averiguar. Es una mezcla de melancolía y tristeza. Sara es así, aunque algo me dice que no siempre ha tenido ese carácter. En silencio, me extiende el ejemplar del libro que sostiene en las manos: *Un último adiós*, de Pol Ferrer.

—¿Qué tienes con este autor, hermanita? Sé que en otras ocasiones han ido tus amigas a que te firme sus otros libros —pregunto.

—Es bueno, sus historias son preciosas —contesta.

—Esa respuesta no me convence, tata —repongo, un tanto molesta porque piense que me va a engañar de esa manera—. Hagamos un pacto: Ainhoa y yo nos chupamos las dos horas de cola en el jodido FNAC, el pollo este nos firma el libro y tú me explicas qué hay detrás de todo esto. —Sacudo el libro delante de ella, que me mira con una mezcla de apuro e incomodidad.

—De acuerdo, pero mañana, a solas tú y yo —dice, mirando hacia la habitación de mis «sobris», donde puedo oír la voz de Fran jugando con los trillizos, que ríen con las gracietas de su padre.

Frunzo el ceño, pero no digo nada más. Cuando Sara se cierra en banda, poco más puedo sacar. Me la quedo mirando. Sus ojos verdes, dos pozos de serena tristeza. De nuevo me invade un sentimiento de pena y el pensamiento de que Sara no es plenamente feliz vuelve a pasarse por mi cabeza.

—¿Va todo bien con Fran? —pregunto, consciente de que me meto en arenas movedizas.

—Sí. —Ella sonríe con una franqueza que me alivia. Un poco.

—Vale, pues mañana quedamos al mediodía, te devuelvo el libro firmado, nos tomamos unas cañas y hablamos —contesto y, con un gesto de la cabeza, le indico a Ainhoa, quien ha estado presenciando la escena desde el sofá, que nos vamos. Ambas cogemos nuestros cascos, nos despedimos de mi hermana y el resto de la familia y bajamos a la calle. Antes de subirnos a la moto de Ainhoa, un año mayor que yo y con su flamante carnet de motocicletas acabado de salir del horno, nos besamos con saña. Un taxista nos pita al pasar y yo le muestro mi dedo corazón sin dejar de besar a mi chica. Faltaría más.

El FNAC de Callao, un oasis cultural en pleno corazón de Madrid, se alza majestuoso frente a nosotras. Sus enormes cristaleras reflejan la luz de las farolas y el bullicio de la ciudad, creando un efecto mágico. La multitud se agolpa en la entrada, formando una masa compacta de personas ansiosas por conocer al famoso autor que hoy visita la librería. Los murmullos y risas se mezclan con el aroma a café y papel impreso. Es sábado por la tarde y el FNAC está en su máximo esplendor.

El clima invernal no ha disuadido a nadie a quedarse en casa. Ainhoa se arregla el pelo mientras avanzamos hacia el interior. El suelo de baldosas blancas y negras cruje bajo nuestros pasos, como si también estuviera emocionado por lo que está por venir.

Las indicaciones nos guían hacia la zona de firmas. Carteles coloridos anuncian la presencia del escritor catalán, cuya figura imaginamos sentada en una silla, rodeada de montañas de libros. La marabunta de gente se abre paso y algunos curiosos nos miran con recelo. Somos dos chicas altas, vestidas con chaquetas de cuero y botas moteras. Nuestras miradas desafiantes parecen decir «Estamos aquí para algo importante».

Finalmente, llegamos a la cola. El murmullo se transforma en un susurro expectante. Ainhoa y yo intercambiamos una mirada.

—Lidia, mira, ahí está —me indica Ainhoa.

Alargo el cuello hacia donde me indica y lo veo avanzar hacia la mesa de firmas. Es la primera vez que asisto a una sesión de firmas a petición de mi hermana, quien siempre ha puesto alguna excusa para no ir ella misma. Sus amigas no han podido asistir hoy, así que me ha pedido el favor a mí, lo cual me ha sorprendido y, en cierto modo, honrado al saber que confía en su disfuncional hermana pequeña.

Del mismo modo que me pasa cuando veo la imagen de este autor en la solapa de las novelas que Sara tiene en su casa, verlo en persona me produce una extraña sensación de familiaridad, aunque no veo por qué deba conocerlo de nada. Debo admitir que, de gustarme los hombres, diría que tiene un buen polvo. Cabello castaño, alborotado, barba, gafas y un rostro de gran belleza. Es también su manera calmada y segura a la hora de moverse lo que le da un gran atractivo. También su actitud humilde y reservada, para nada arrogante o soberbia.

La cola avanza con lentitud. Ainhoa me coge de la mano y yo le obsequio con una sonrisa. Llevamos un año citándonos y es fenomenal. Es sensible, dicharachera y muy racional. Todo lo contrario a mí. Creo que ese carácter tan opuesto es lo que realmente ha logrado esa química que tenemos.

Llega mi turno. Pol Ferrer me sonríe con calidez, sus ojos castaños provistos de una chispa que indica que el hombre está en su salsa, disfrutando de la proximidad de sus lectores. Yo no he leído nada suyo y me siento un poco culpable. Leo muchísimo, pero soy más de Stephen King y H.P. Lovecraft, las cosas como son.

—Buenas tardes —me saluda.

—Hola —replico, ofreciéndole el libro de mi hermana.

—¿A quién le debo el honor de firmarlo? —me pregunta.

—A Sara.

Pol se queda mirándome, con una expresión a caballo entre la sorpresa y la incertidumbre.

—Sara… —Oigo que susurra.

Pol detiene sus ojos y me observa con detenimiento. Esto hace que la sensación de familiaridad se acentúe en mí. Él borra esa sonrisa encantadora y muda su gesto a uno de reconocimiento. Sin embargo, solo dura unos segundos, para después sacudir la cabeza, abrir el libro y ponerse a escribir la dedicatoria en la página del título.

Cuando acaba, me devuelve la novela y mantiene su mirada durante unos segundos más. Le doy las gracias, que él me devuelve con una sonrisa. Ainhoa me acompaña a la salida.

—Ha sido extraño, ¿verdad? —me dice, una vez salimos a la calle.

—Sí. Me ha dado la extraña sensación de que ese hombre me resulta muy familiar.

—Es catalán, como tú. ¿No podría ser que os conocierais? —me pregunta Ainhoa.

—Nos mudamos aquí hace doce años. Por entonces, yo tenía seis. No recuerdo apenas nada

de aquella época —admito.

Ainhoa se encoge de hombros y me sugiere ir a tomar unos tercios. Le digo que, en dicho caso, deje la moto aparcada y nos volvemos cada una a casa en metro. Ella asiente y mientras nos dirigimos a una cervecería, le envío un mensaje a mi hermana por mi Blackberry, informándola de que ya tiene el libro firmado.

Domingo, 7 de marzo de 2004

Quedo con Sara en la terraza de un bar cerca de su casa, mientras Ainhoa y Fran se quedan al cuidado de los trillizos. El sol del mediodía tiñe su cabello castaño de un tono dorado y en sus ojos verdes veo la melancolía de nuevo.

—¿Por qué no vas a las firmas de Pol Ferrer? —le pregunto, aunque ya intuyo la respuesta. Ainhoa y yo habíamos especulado horas atrás por teléfono.

Sara se muerde el labio inferior y sus dedos juegan nerviosamente con el borde de la foto que ha sacado de su bolso.

—Porque lo conocí, Lidia. Fui su compañera de clase durante nuestro último año en el instituto. Y más que eso…

Sus palabras se desvanecen y yo asiento, comprendiendo.

—Fuimos pareja, ¿sabes? Durante ocho meses antes de que nos mudáramos a Madrid.

Miro la foto que me muestra y allí está él: una versión adolescente del escritor que ahora llena las librerías con sus novelas.



El recuerdo de Pol Ferrer, con su cabello alborotado y su sonrisa traviesa, se materializa en mi mente. Un vago recuerdo asoma en mi mente.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto, sintiendo una extraña mezcla de sorpresa y complicidad.

Sara suspira.

—Porque mi amor por él no se ha apagado, Lidia. Y no puedo enfrentarme a verlo de nuevo.

Haría daño a Fran y, muy probablemente, a Pol también. Cuando nos separamos, fue decisión mía romper el contacto para no torturarnos con la distancia. Él respetó mi decisión. Ahora no importa qué pueda hacer o decir, Lidia. No puedo cambiar lo que sucedió.

Mi hermana comenzó a llorar. Me levanté de la silla y la abracé hasta que se calmó.

—Quiero mucho a mamá y papá, Lidia, pero jamás les perdonaré que nos separaran. Sé que pensaron que lo hicieron por mi propio futuro, para que sacara buenas notas en las pruebas de acceso a la universidad, pero no pensaron que dos días para despedirme de él serían insuficientes. Seguí la pista de Pol y estuve a punto de ir a Barcelona y encontrarme con él, cuando lo mío con Félix acabó, pero leí aquella entrevista en la que explicaba que era pareja de la cantante de aquel grupo, Las Cuerdas del Destino. Después conocí a Fran y vinieron los trillizos. Supe entonces que mi destino estaba aquí.

—Pero tu corazón sigue en Barcelona —apostillo. Se hace un incómodo silencio—. ¿Y si te atrevieras a hablar con él? —sugiero, aunque sé que es más fácil decirlo que hacerlo—. Quizás podrías cerrar ese capítulo pendiente.

Sara sonríe tristemente.

—Tal vez. Pero algunos capítulos nunca se cierran del todo, ¿verdad?

Asiento, aunque a mi edad sigo siendo una inexperta en casi todo.

—No, nunca se cierran del todo.

Horas más tarde le envío un SMS a mi tata con el número de teléfono de la librería de Pol en Barcelona y el siguiente mensaje: *He visto por internet que el miércoles Pol estará en el Corte Inglés de Plaça Catalunya y no tiene otra sesión de firmas hasta el Día del Libro, en abril. Si te animas a retomar el contacto, aquí tienes el teléfono de su librería. Google es una mina de información!*

Mi hermana responde casi al instante: *Gracias, Lidia. El jueves mis jefes están fuera y tendré el día tranquilo en la oficina por la mañana. Podría intentarlo.*

Me paso los siguientes cuatro días con la incertidumbre acerca de si Sara llamará a Pol o no.

Jueves, 11 de marzo de 2004

A las seis de la mañana envío un breve mensaje por SMS a mi hermana: *Buenos días, tata! Hoy es el día en que cierras un capítulo, no?*

Al cabo de unos minutos recibo la respuesta de Sara, mientras estudio para el examen que tengo esa mañana: *Sí, es el día. Te quiero, hermanita.*

Le contesto: *Y yo a ti, tata.*

Sigo estudiando.

Un par de horas después, mientras me dirijo al instituto, Ainhoa me llama desde la Complutense.

—Ha pasado algo horrible, Lidia. ¿Sabes algo de tu hermana? Ha habido un atentado aquí en Madrid; varios trenes han explotado.

Cuando Ainhoa me detalla lo que ha oído por la radio, me empiezo a poner muy nerviosa. Uno de los trenes afectados por el ataque es el de la línea que mi hermana usa cada mañana para ir al trabajo. Me despido de Ainhoa y marco el número de Sara. No coge el teléfono. Insisto dos, tres, cuatro veces más. No obtengo respuesta. Con el corazón desbocado y las lágrimas rodando por las mejillas, marco el número de teléfono del trabajo de Sara, lo tengo por si hay alguna urgencia. Marco la extensión y alguien contesta, pero no es mi hermana. Pregunto por ella.

—No… No se ha presentado a trabajar —me informa una voz femenina, velada por la

incertidumbre—. ¿Con quién hablo?

—Soy su hermana, por favor, cuando se presente, ¿le podría pedir que contacte conmigo?

La mujer me pide mi número de teléfono y me despido de ella para, inmediatamente, llamar a Fran. Su teléfono comunica. Cruzo dedos para que esté hablando con Sara, quien quizás esté sin poder moverse en otro tren, sana y salva, sin poder finalizar su trayecto debido a los atentados. Me niego a pensar que mi tata va en el tren de la línea C-2 en el que han explotado las bombas.

Vuelvo a casa, incapaz de quedarme en el insti. Cuando salgo del metro, tengo dos llamadas perdidas y un mensaje de voz de Fran. En este último, con la voz temblorosa, mi cuñado me anuncia que no sabe nada de Sara, que no le contesta las llamadas. Subo al apartamento de mis padres y me paso toda la mañana pendiente de la televisión. Todas las cadenas están cubriendo las noticias. El caso es grave, varios trenes, diez bombas y el número de víctimas mortales o heridas todavía por confirmar.

Empieza el circo de los políticos; el gobierno apuntando a ETA y la oposición rebatiendo esta teoría. Papá y mamá me llaman desde sus trabajos, desesperados, sin noticias de mi hermanita. Vuelven a casa sin acabar la jornada laboral, justo en el momento en que anuncian por los noticiarios que van a comenzar a trasladar las víctimas mortales a IFEMA. Son solo las once y diez de la mañana y la desesperación ya se ha apoderado de todos nosotros.

Un mal presentimiento me revuelve el estómago y voy al lavabo. Vomito el desayuno. Cuando regreso, recibo la llamada de Fran: sigue sin noticias de Sara y me pide si puedo ir a recoger a los trillizos, que están en el colegio.

Papá y yo nos ofrecemos y, en silencio, nos ponemos en marcha. Tengo dieciocho años, pero la sesera suficiente para entender el silencio de papá. Su relación con Sara siempre fue tensa. Nunca le gustó Félix, la primera pareja —segunda, al parecer— de mi hermana, ni Fran. Tampoco le gustó el hecho de que su hija mayor le anunciara que se casaba a la edad de veintiséis años, con trillizos en el vientre. Después de la conversación con mi hermana el domingo pasado, también entiendo que Sara le recriminara el hecho de mudarnos a Madrid, pulverizando su relación con Pol. Puedo leer el remordimiento y la culpa en el rostro de papá. «Si no hubiéramos venido a Madrid, no estaríamos preocupados por ella en estos momentos» es lo que puedo leer en su expresión mientras conduce.

Volvemos a casa con los trillizos y empieza una maratón de horas de incertidumbre. Sara ha desaparecido. No contesta a las llamadas. Sus compañeros de trabajo no saben nada de ella, según nos informan al volver a llamar. Papá y Fran han llamado a todos los hospitales preguntando acerca de una posible víctima con el nombre de Sara Villamor. En ninguno de los centros hospitalarios que atiende la llamada tienen a una paciente bajo ese nombre.

Nos esperamos lo peor. Pasamos la que creo que ha sido la noche más oscura de nuestras vidas. A la una y veinte de la madrugada hay un boletín de noticias que informa que se han finalizado las autopsias de los cadáveres.

Horas más tarde, Fran, que sigue en casa de mis padres, recibe la demoledora noticia de que su esposa, mi tata, mi hermana mayor, a la que quiero con locura, ha sido identificada entre las víctimas mortales. Puedo oír por el altavoz del móvil de mi cuñado cómo la persona que se comunica con él le indica el lugar al que los familiares pueden acudir al reconocimiento de la finada y a recibir el apoyo de profesionales que el gobierno ha dispuesto para los afectados por la tragedia.

Mis oídos dejan de escuchar la voz quebrada de mi cuñado. También se enmudecen los gritos desgarradores de mis padres, que se abrazan con desesperación. Me levanto del sofá, en shock, rodeada por el más absoluto silencio. Observo una fotografía de Sara en un marco sobre el

mueble de la sala de estar. Debe tener mi edad en el momento que alguien, con un inmenso cariño, tomó la foto. Al fondo veo la fachada de una catedral. Cojo el marco entre mis manos y contemplo el rostro radiante de mi tata.



Mis manos empiezan a temblar y el marco cae al suelo, quedando abierto. Ajena a todo, me agacho y recojo un papel amarillento que sobresale entre las dos piezas que conforman el marco. Leo el contenido:

En un valle de sueños y suave brisa,
donde el sol acaricia la mañana,
una muchacha de mirada risueña,
con ojos verdes, serena y ufana.

Su cabello castaño, ondas al viento,
baila al compás de un mundo callado,
cada mechón es un dulce lamento,
de la naturaleza, arte prestado.

Esos ojos verdes, puertas del alma,

reflejan las aguas de mares lejanos,
en su mirar, una inquietante calma
cuenta historias de sus años tempranos.

Belleza serena, de tierra y cielo,
con la gracia de los antiguos relatos,
en su presencia, el tiempo es un vuelo,
y el mundo se rinde a sus encantos.

Oh, muchacha de ojos como esmeraldas,
tu serenidad es un canto de aves,
en tu silencio, mil palabras,
y en tus manos, caricias suaves.

Con todo mi amor,
Pol Ferrer

Es en ese instante cuando mi existencia se desmorona, la luminosidad se desvanece y cierro los ojos a un mundo por el que Sara ya no transita.

FIN

Terrassa
8 de julio 2024
10 de julio 2024

AGRADECIMIENTOS

Al igual que Pol, escribí esta historia en un corto plazo de tiempo (seis semanas), pero no lo hice solo. Tuve la inestimable ayuda de dos personas que generosamente invirtieron su tiempo y talento: mi esposa Emi López y mi amiga Ana Giráldez. Ambas hicieron una revisión del texto y aportaron ideas muy útiles que lo enriquecieron.

Adicionalmente, quiero agradecer al resto de lectores beta, que dedicaron su tiempo a leer el manuscrito y me ofrecieron sugerencias para poder dar brillo a estas páginas: Mireia Cegarra, José Requena, Blondie Rocker, Natalia Ruíz, K. Redgar y Desireé Romay.

Mi amiga Marga Garrido hizo que escribir sobre Poblenou fuese mucho más fácil, al hacerme esos audios en los que me dio pinceladas precisas y sustanciosas sobre el barrio, en la época en la que empieza esta historia.

Mis más sinceras gracias a quienes opinaron sobre los conceptos de portada: Emi López, Ana Giráldez, Sonia Naches, Dana Maat, Mireia Cegarra, K. Redgar, Natalia Ruíz y Desireé Romay. Mención especial a mi hermano, Manuel, diseñador gráfico que consiguió dar la belleza a la maravillosa portada que cubre este trabajo que tienes ahora en tus manos.

Es importante para mí mencionar a los compañeros de letras que a lo largo de mi corta andadura han apoyado todos mis proyectos literarios, ya sean a cuatro manos o en solitario: José Requena, K. Redgar, Desireé Romay, Roberto J. Rodríguez, Ricardo Soto, Ángel R. Barrios, Félix Morales, Katherine Vega, Dana Maat, Rocío A. Gómez, Joseph Tremico, Ada San Marco, Ana María Torres, Anastasia Sopale Thompson, María López (directora del programa y grupo de pódcast TuMiPoema), Rocío Manday, Edu López, Arturo Sánchez Espolio, Jose Urbano, Gabriel Meitner, Mariano García, Laura y Sofía, Daniel Lenaimal, Leonardo Jiménez, Javier C. Montero (Bradley Trevor), Helly Raven, Natalia Mas Diana, Ramon Gallart, Frank Palacios, Francesca Voltaire, Mónica de la Fuente, Ana Villamor (de Ediciones Passer), José Ramón Navas, Irene Mendoza Gascón, MK Gaes, Javier C. Sanz, Rocío R. Castillo, Borja Alonso, Amparo Rojas Mestre, Alberto Ruíz, Lorena Escobar, A.G. Novak, Tania Santana, Pilar Alvarellos… La lista es inmensa y si me he dejado a alguien, pido mil disculpas.

También quiero agradecer a todos los lectores que han ido leyendo mis libros, tanto los coescritos con José Requena, como los que he escrito en solitario y se han tomado la molestia de reseñar y recomendarlos. Algunos ya están mencionados en el párrafo anterior, pero hay más, muchos de ellos personas cercanas a mí: Juan Manuel y Maribel Gavilán, Carmen Palop, Encarna Requena, Encarna Membrilla, Raúl Maroto (que generosamente compra y regala ejemplares de todo lo que publico), Bea Tomás, Bea Dueñas, Ester Amela, Mar Bustos (por su entusiasmo con *La rosa y el abismo* y por su tirada de tarot) y a los chicos de la banda Embellish (David, Marcos, Ernesto, Micky y Abel), Adrià Ortega (que siempre apuesta por mis historias) y a mis compañeras y compañeros de trabajo: Albert Pujol, Ester Lizandra, Gary Johnson, José Luis Cano, Maribel Lozano, Megan Johnson, Sara Canalís, Mireia Cegarra, Tamara McNicol, Tiffany Johnson y Valle Cabello.

Gracias a aquellos y aquellas lectoras anónimas para mí que han leído mis libros y han tomado su tiempo para valorarlos en redes sociales.

NOTAS

1. E.G.B.: Siglas de Educación General Básica, plan de estudios que incluía todos los cursos de primaria y los dos primeros de secundaria del sistema actual.
2. B.U.P.: Siglas de Bachillerato Unificado Polivalente, plan de estudios con tres cursos de formación equivalente a tercero y cuarto de secundaria y primer curso de Bachillerato actuales.
3. Walkman: Dispositivo de reproductor de casetes portátil de la marca Sony.
4. Tete: Término familiar e informal de decir «hermano» en Cataluña.
5. Ramón expresa el temor, en la mayoría de ocasiones carente de lógica o razón, de muchos españoles de la época hacia ciudadanos vascos, debido a la actividad del grupo terrorista E.TA., que organizaba atentados reivindicando la independencia del País Vasco.
6. De nuevo se alude a la inseguridad producida por la actividad terrorista de E.T.A.
7. C.O.U.: Siglas de Curso de Orientación Universitaria, equivalente a segundo curso de Bachillerato del plan de estudios actual.
8. Narnia: Mundo fantástico e imaginario creado por el escritor británico C.S. Lewis.
9. PAAU: Siglas de Pruebas de Acceso a la Universidad. Posteriormente adquirió otros términos como PAU, EvAU y EBAU.
10. Pol y Andrea hacen referencia con sus frases a la canción *Me colé en una fiesta*, del grupo madrileño Mecano.
11. Rafa alude a la famosa canción del grupo Whitesnake sustituyendo ingeniosamente «Is this love» por «Díselo», al tener cierto parecido fonético.
12. ***Bajo el Árbol de los Sueños***

Bajo el árbol de los sueños,
donde las hojas susurran secretos,
te encontré en la penumbra,
nuestros anhelos tejidos en el viento.

Tus ojos reflejaban constelaciones,
promesas escritas en el cielo,
y en cada suspiro compartido,
se forjaba un mundo nuevo.

Las ramas nos abrazaban,
como cómplices de un pacto eterno,
y en la noche, nuestras almas danzaban,
bajo el manto de estrellas y desvelos.

Tus labios eran versos prohibidos,
que yo leía con avidez,
y en cada beso, se escribía un destino,
donde solo existíamos tú y yo, en sintonía.

Los deseos que susurramos al viento,
se convertían en melodías,
y en la sinfonía de nuestras esperanzas,
encontramos la razón de nuestra vida.

Bajo el árbol de los sueños,
donde las raíces entrelazan corazones,
te amé con la intensidad de mil soles,

y en tu mirada, hallé mi eternidad.

Tus ojos reflejaban constelaciones,
promesas escritas en el cielo,
y en cada suspiro compartido,
se forjaba un mundo nuevo.

Tus labios eran versos prohibidos,
que yo leía con avidez,
y en cada beso, se escribía un destino,
donde solo existíamos tú y yo, en sintonía.

Así, entre susurros y promesas,
bajo el árbol de los sueños,
nuestro amor floreció como un jardín secreto,
donde solo tú y yo conocíamos el camino.

13. *Caminos Entrelazados*

Dos almas errantes, en la oscuridad,
Sus caminos se cruzan, por casualidad.
El destino juega, sin piedad,
Los hilos invisibles, que los atan en realidad.

Caminos entrelazados,
Como notas en un riff desgarrado.
Dos corazones, un mismo compás,
En esta sinfonía de amor y soledad.

Ella es la tormenta, él la calma,
Se encuentran en la encrucijada del alma.
Sus miradas se cruzan, como relámpagos en la noche,
Dos almas perdidas, buscando su derroche.

Caminos entrelazados,
Como notas en un riff desgarrado.
Dos corazones, un mismo compás,
En esta sinfonía de amor y soledad.

Guitarra eléctrica llora,
Batería retumba, historia que aflora.
Sus manos se buscan, como acordes en armonía,
En este escenario de pasión y melancolía.

Caminos entrelazados,
Como notas en un riff desgarrado.
Dos corazones, un mismo compás,
En esta sinfonía de amor y soledad.

14. *Amanecer en tus ojos*

Encandilada por tus ojos, me quedo sin aliento,
Como un naufragio seguro, sin rumbo ni viento.
Eres como un sueño, pintado en el cielo,
Una luz en noches de desvelo.

La verdad es que contigo me pasan cosas,
Mil recuerdos que no voy a olvidar.
Apareciste como un mago en la sombra,

Y el amanecer se refleja en tus ojos,
Como un verso que no puedo dejar de cantar.

Tus ojos, volcanes de tu alma,
Escupen verdades que sangran sin consuelo aparente.
Tanta es la belleza cuando calma,
Como un sol, me ilumino en tu amor incandescente.

La verdad es que contigo me pasan cosas,
Mil recuerdos que no voy a olvidar.
Apareciste como un hada en la sombra,
Y el amanecer se refleja en tus ojos,
Como un verso que no puedo dejar de cantar.

15. *Adiós en silencio*

En la penumbra de la noche,
tu sombra aún puedo ver,
los recuerdos me persiguen,
no te puedo olvidar.

Y aunque el tiempo pase,
mi corazón no sanará,
tu ausencia es un vacío,
que no puedo llenar.

Un último adiós,
es todo lo que pido,
un último adiós,
para cerrar este capítulo.

Un último adiós,
aunque duela en el alma,
un último adiós,
para encontrar la calma.

Las promesas que hicimos,
se desvanecen en el aire,
los sueños compartidos,
se pierden sin cesar.

Y aunque el tiempo pase,
mi corazón no sanará,
tu ausencia es un vacío,
que no puedo llenar.

Un último adiós,
es todo lo que pido,
un último adiós,
para cerrar este capítulo.

Un último adiós,
aunque duela en el alma,
un último adiós,
para encontrar la calma.

Y en cada nota de esta canción,
llevo tu recuerdo,
aunque ya no estés aquí,
siempre serás mi anhelo.

Un último adiós,
es todo lo que pido,
un último adiós,
para cerrar este capítulo.

Un último adiós,
aunque duela en el alma,
un último adiós,
para encontrar la calma.

Un último adiós,
mi amor eterno,
un último adiós,
hasta el final de los tiempos.

16. Tata: hermana, típico en Cataluña o catalano-parlantes

About The Author

RAÚL REYES



Nacido en Santa Coloma de Gramenet (Barcelona) en 1974, cursó estudios de Filología Anglo-Germánica y ha dedicado su vida profesional como profesor de inglés y director de estudios en varias escuelas. Desde muy temprana edad ha demostrado ser un gran fan de la literatura y el cine de fantasía y terror de los 70 y los 80. Hasta el momento ha sido coautor de las novelas El Feriante (2021) y Al salir del túnel y otros relatos (2022), siendo La rosa y el abismo (2023) su primer trabajo en solitario, donde combina su afición por la escritura y su segunda pasión: la

música rock. En 2023 resultó ganador del concurso CARTAS PARA TI, organizado por Ediciones Passer y el grupo literario TUMIPOEMA con su relato corto Ellos no te ven, incluido en la antología benéfica Cartas para ti, publicada por Ediciones Passer. En 2024 publicó su primer poemario Versos heréticos y paganos y también participó en la antología benéfica Estáis Equivocadxs. Todas sus obras están disponibles en Amazon.

Actualmente, vive en Terrassa (Barcelona) con su mujer y sus dos hijos.

Sigue al autor en sus redes sociales y en sus blogs: https://linktr.ee/raulreyesautor

Books By This Author

EL FERIANTE (UNIVERSO FERIANTE #1)

Coescrito con José Requena

Septiembre de 1983. Santa Coloma de Gramenet. La soñada y deseada feria anual se tiñe de sangre cuando dos personas aparecen brutalmente asesinadas durante las fiestas mayores de la localidad. Entre bodegones, tómbolas, algodón de azúcar y atracciones, los inspectores Villalobos y Sampedro se adentrarán en una investigación desconcertante con pistas y hechos que escapa a toda lógica; una comunidad de feriantes hermética, un escurridizo asesino entre sus filas; una estela de desaparecidos tras el paso de los feriantes pondrá a prueba todas sus convicciones, sus conocimientos y sus propias vidas. El feriante, una emocionante historia donde se dan cita los golpes de los autos de choque, las subidas y bajadas de la noria y el que puede ser el último viaje…
Descubre quién se halla detrás de todas esas muertes y desapariciones en este thriller policíaco que no te dejará indiferente.

AL SALIR DEL TÚNEL Y OTROS RELATOS (UNIVERSO FERIANTE #2)

Coescrito con José Requena

El Caso Feriante no fue el final. Tan solo fue el principio.
De entre las ruinas en las que sus vidas se habían convertido, los supervivientes siguen adelante. Conoce qué fue de ellos en estos cuatro relatos.

Al salir del túnel
En un estado entre la vida y la muerte, la periodista Olalla Segura deberá decidir entre acabar con una existencia que aborrece o seguir adelante. La empresa se hace más complicada de lo que cree, al adentrarse en una sangrienta espiral de violencia y verse arrastrada a perseguir a un asesino en serie que está despedazando a las prostitutas de Barcelona. ¿Logrará encauzar su vida? ¿Podrá dar con ese escurridizo psicópata antes de que éste caiga sobre su siguiente víctima?

2º/98
Cuando el joven Marcos Sampedro es llamado a filas, descubrirá que hay fuerzas que sobrepasan y superan a la disciplina más estricta y las armas más mortíferas. Llegar a conocerlas puede convertirse en un camino peligroso.
Balas, sangre, fuego, venganza
No es la primera vez que Manuel Villalobos da caza a un capo del crimen organizado, pero cuando intenta caer sobre Boris Vasiliev, un peligroso pope de la droga en Barcelona, tan solo cuenta con 24 horas, un inesperado compañero y la ayuda de alguien que opera en las sombras.

Manada
Se mueven rápido, están organizados y la policía no da con ellos. Tras su paso, mujeres brutalmente violadas, algunas acaban muriendo en el hospital. Van a dar su siguiente golpe, ignorando que la víctima elegida les guarda una desagradable sorpresa.

LA ROSA Y EL ABISMO (HELENA TERREMOTO #1)

Helena Álvarez, una joven audaz y rebelde, está a punto de enfrentarse al desafío más trascendental de su vida. En su último año de instituto, decide cumplir su sueño de formar una banda de rock gótico junto a sus amigos más cercanos. Sin embargo, lo que parecía ser solo una aventura musical se convierte en un vertiginoso torbellino de emociones y misterios.
A medida que Helena se enamora y vive su primera historia de amor, también lucha por aprobar las asignaturas que le permitirán acceder a la universidad. Con cada día que pasa, se acerca más a la temida entrada en la edad adulta y a la incertidumbre del futuro. Pero justo cuando la fortuna comienza a sonreírle, una serie de pesadillas perturbadoras la asaltan, arrastrando consigo a sus amigos.
Más que meras imágenes oníricas, estas pesadillas muestran oscuros y violentos sucesos a los que Helena y sus amigos deberán enfrentarse. ¿Podrán eludir ese futuro aterrador y descubrir la verdad que se esconde detrás de sus pesadillas? Helena y su banda se verán envueltos en un peligroso juego de misterio, música y amor adolescente, donde cada nota puede ser clave para desvelar la verdad.
Sumérgete en esta cautivadora novela de intriga y suspense. Déjate atrapar por los giros inesperados y los secretos ocultos en las sombras. ¿Qué enigma rodea a Helena Terremoto y a su banda? ¡Descúbrelo en esta emocionante historia que te mantendrá en vilo hasta la última página.

ESTÁIS EQUIVOCADXS

(Colaborador)
La adolescencia es esa fase tan temida por los padres. Una etapa que se ha ido estigmatizando con el paso del tiempo, llegando a ser una etapa oscura y poco deseada.
Pero estamos muy equivocados. Es una etapa en la que empezamos a ser adultos y no solo tenemos que luchar contra nosotros mismos, sino también contra el mundo.
En esta antología encontramos 13 relatos en los que vemos lo complicado que es ser adolescente en un mundo que busca a toda máquina el sumun de la inteligencia artificial, pero que carece por completo de inteligencia emocional y donde la mayoría de las veces la diferencia entre un mal fin o un final feliz radica en la existencia de una mano amiga.

VERSOS HERÉTICOS Y PAGANOS

Adéntrate en un universo de misterio y oscuridad a través de las páginas de Versos Heréticos y Paganos, un poemario que te llevará a lugares prohibidos y te sumergirá en escenarios oníricos cargados de secretos ancestrales. En esta colección de versos, el autor desafía las convenciones y se sumerge en las profundidades de la imaginación, explorando las sombras de la existencia humana.

A medida que avances en esta travesía poética, te encontrarás con criaturas nocturnas que habitan en las esquinas más olvidadas de la realidad, seres que acechan en la penumbra y se alzan cuando la luna impera en lo alto del cielo.

Desde vampiros sedientos de sangre hasta brujas que danzan bajo la luna llena, estas páginas revelarán un bestiario de lo inexplorado, donde lo profano y lo sagrado se entrelazan en un baile eterno.

Este poemario te llevará a un viaje inolvidable a través de los rincones más enigmáticos de la mente y el alma.